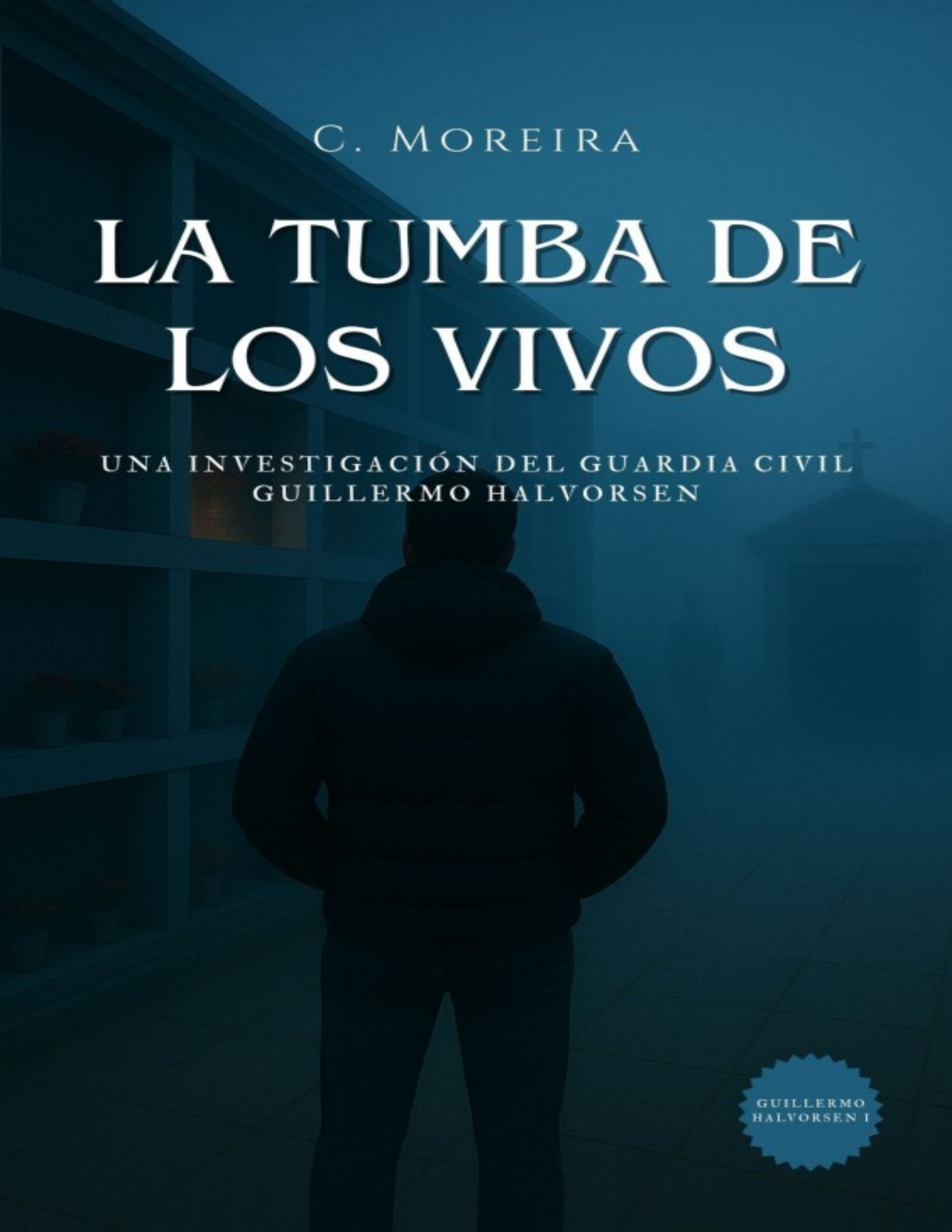

C. MOREIRA
LA TUMBA DE LOS VIVOS
UNA INVESTIGACIÓN DEL GUARDIA CIVIL GUILLERMO HALVORSEN
GUILLERMO HALVORSEN I

La tumba de los vivos.

Una investigación del guardia civil Guillermo Halvorsen.

© 2025 C. Moreira. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma sin el permiso escrito del autor.

A ti,

que me iniciaste en el vicio de la lectura, y cuya ausencia me obligó a liberar lo que llevaba dentro.

Sinopsis

Cuando Javier desaparece sin dejar rastro, la tranquilidad de Antas se rompe. La sargento Eva Escobar y el sargento Diego Piñeiro, junto al joven guardia en prácticas Guillermo Halvorsen, se ven atrapados en un juego mortal donde los secretos del pasado y antiguos rituales amenazan con destruirlo todo.

A medida que los cadáveres y pistas se multiplican, deberán enfrentarse a un enemigo que parece siempre un paso por delante. Con cada decisión, cada error y cada descuido, la línea entre la vida y la muerte se vuelve más difusa.

Un thriller implacable de intriga, acción y suspense, donde los lazos de amistad, el coraje y la lealtad serán puestos a prueba hasta sus límites, y donde nadie está a salvo… ni siquiera los que creen proteger a los suyos.

Tabla de contenido

OCTUBRE 1
Preámbulo. 2
Capítulo 1. 10
Capítulo 2. 18
Capítulo 3. 20
Capítulo 4. 21

NOVIEMBRE 24
Capítulo 5. 25
Capítulo 6. 34
Capítulo 7. 45
Capítulo 8. 49
Capítulo 9. 58
Capítulo 10. 65
Capítulo 11. 68
Capítulo 12. 82
Capítulo 13. 91
Capítulo 14. 95
Capítulo 15. 105
Capítulo 16. 112
Capítulo 17. 116
Capítulo 18. 124
Capítulo 19. 131
Capítulo 20. 133
Capítulo 21. 136

DICIEMBRE 137
Capítulo 22. 138
Capítulo 24. 148
Capítulo 25. 149

ENERO 154
Capítulo 26. 155
Capítulo 27. 160
Capítulo 28. 167

Capítulo 29. 172
Capítulo 30. 178
Capítulo 31. 185
Capítulo 32. 189
Capítulo 33 195

FEBRERO 198
Capítulo 34. 199
Capítulo 35. 202
Capítulo 36. 206
Capítulo 37. 212
Capítulo 38. 221
Capítulo 39. 222
Capítulo 40. 223
Capítulo 41. 224
Capítulo 42. 228
Capítulo 43. 229
Capítulo 44. 230
Capítulo 45. 232
Capítulo 46. 234
Capítulo 47. 236
Capítulo 48. 238
Capítulo 49. 239
Capítulo 50. 244
Capítulo 51. 251
Capítulo 52. 258
Epílogo 264

Curiosidades I 270
Curiosidades II 271
Biografía de la autora 272
NOTAS 274

OCTUBRE

Preámbulo.

Lugo, octubre 2020

El cielo de Antas, situado al sur de la provincia de Lugo, continuaba gris después de intensas semanas de lluvias torrenciales, borrascas y ciclogénesis explosivas, como las llamaba el hombre del tiempo cada vez que aparecía en televisión.

La televisión dejaba ver una nueva borrasca a la espera de poder entrar en Galicia. “Julen” había sido la borrasca del último día. Descargó tantos litros de agua de manera tan brusca que parecía que nunca iba a parar. A su paso dejó cientos de incidentes: las centralitas se llenaron de llamadas de vecinos asustados, la electricidad se fue y la línea telefónica dejó de funcionar. En el exterior, varios árboles y ramas cayeron sobre las carreteras, dejándolas intransitables; algunos ríos se desbordaron, aislando a varios vecinos, e incluso hubo muros de contención que cedieron, incapaces de soportar el peso de la tierra mojada.

Ese día llegó con furia “Karim”, azotando con vientos intensos, de esos que hacen volar todo a su paso, una vez más la centralita del 112 estaba desbordada y ni los Bomberos ni voluntarios de Protección Civil, ni la Guardia Civil daban abasto con tanto trabajo, una vez más: ramas en medio de la carretera, muros caídos... y lo peor de todo, la niebla espesa que impedía trabajar y avanzar con la normalidad que se requería en aquel momento.

Javier tenía la fiel costumbre de acercarse todos los días hasta el cementerio para ir junto a su mujer, que descansaba allí desde principios de año. Para él, acercarse a aquella tumba, dejarle un ramo de flores frescas y hablar con ella se volvió rutina. Estaba destrozado, pero no solo por la pérdida de la que fue su esposa, su mujer, la persona que lo acompañó durante casi 65 años de su vida, sino porque se dio cuenta tarde de que no la valoró lo suficiente en vida, y eso lo perseguía todas las noches.

Una enfermedad atroz la arrebató de sus brazos en tan solo tres semanas, y fue justo en el entierro, cuando el cura pronunció “*la energía nunca se va del todo, la energía se transforma…”*, sintió una bofetada de realidad que le hizo ver que estaba solo y el siguiente en estar en una caja

de pino iba a ser él, por su edad, sabía que su hora se acercaba a pasos agigantados. Había perdido todo lo que quería, la mujer de su vida, la madre de su hijo. *Todo*. En tres semanas se quedó sin nada. *Solo*.

Parte de esa tristeza y de esa bofetada de realidad, llega cuando ves como tus amigos se van: unos consiguen plaza en una residencia y ya sabes que nunca más volverán, otros se van a vivir con sus hijos durante el tiempo que les queda de vida, y los demás ves como se van muriendo delante de ti.

Cada campanada, cada latido que toca a *muerto*, cada esquela, cada corona de flores indica que uno de tus amigos, uno de tus seres queridos o un vecino de toda la vida acaba de fallecer, y eso duele.

«*¿El siguiente seré yo?*», te preguntas en silencio y con el corazón en taquicardia.

Por cada campanada el corazón se detiene un segundo, y tu cerebro trata de recopilar la información para saber quién pudo habernos dejado.

Por primera vez en dos meses sintió que le había fallado a su mujer. Otra vez.

Esta vez no fue por no acompañarla al médico, ni por dejarla sola en un día importante, ni por anteponer siempre el trabajo a la familia. Esta vez no fue capaz de cumplir una promesa tan sencilla como hacer una visita diaria al cementerio para llevarle flores y hablar con el mármol que los separaba. Aquello hizo que su corazón se volviera a romper, solo que ya no tenía piezas para arreglarlo.

Su nuera Pura y su hijo Jaime no le dejaban salir de casa durante la tormenta, y menos solo. Javier era un hombre muy mayor, con problemas de movilidad. Bastaba que una mala ráfaga de aire lo arrojase al suelo y todo se complicara.

En los últimos meses dio un bajón de salud impresionante, ya no era el hombre alegre que salía a pasear todos los días vestido con un traje de pantalón y chaqueta en color gris antracita, acompañado de un palo para apoyarse o asustar algún perro que lo interrumpiera. Tampoco era el hombre alto, grueso, de pelo gris y sin apenas arrugas en su rostro, a pesar de ir camino hacia sus 95 años.

Pero un mes antes de fallecer su mujer todo cambió. Javier se convirtió en un hombre gris, sin ganas de salir de casa, sin ganas de arreglarse, cambió su traje por un viejo pantalón de pana marrón, un jersey negro y una cazadora beige. Seguía siendo alto, solo que ahora iba

muy encorvado, sujetando un bastón que le permitía ser un poco más independiente, pero con poca movilidad. Estaba delgado y con arrugas, como si la muerte ya le hubiese alcanzado y no tuviese ganas de soltarlo.

Javier entendía perfectamente que su familia no le dejase salir de casa con aquel temporal. Nadie en su sano juicio querría salir con aquella lluvia y frío que taladraba hasta los huesos más profundos. De hecho, desde la ventana de su casa había varios días que no veía pasar a nadie, todos estaban al resguardo y al calor de la cocina de leña.

Sin embargo, él quería, *necesitaba* seguir con la tradición de visitar a su mujer y no dejarla sola tanto tiempo. La única forma que tenía de hacer su ritual sería algo diferente.

Después de comer, con la excusa de ir a dormir la siesta en su habitación y con la puerta cerrada, cogía una caja de madera de puros y la dejaba sobre la cama, luego se agachaba un poco y sacaba una nueva caja de cartón, en la que conservaba varias pertenencias de su mujer.

De la caja de puros sacaba las fotos una por una y las colaba con cuidado sobre el edredón, las trataba con cuidado y cariño para que aquel papel no se deshiciera entre sus dedos. Las fotografías eran tan antiguas que ni siquiera su hijo era capaz de reconocer a aquellas personas, excepto a una. Estudita.

Con el mismo cariño acariciaba los rostros de aquellas imágenes, parándose en cada una, mirándolas a los ojos como queriéndole decir algo, hasta detenerse en una. En la de su mujer, Estudita. Todos los días revisaba aquella caja. Todos los días buscaba una foto de su mujer, pero cada día elegía una diferente. La cogía entre sus manos, le acariciaba el pelo y las mejillas, y empezaba a hablar con ella, otras veces, sacaba algún objeto de la caja o del fondo del cajón de la mesilla: unos pendientes, un collar, unas gafas, un rosario, el anillo de su boda... Cualquier objeto que lo relacionase con su mujer, y empezaba a hablar con ella, como si fuese real y ella lo escuchase.

—¿Cómo estás? Hoy tu hijo y tu nuera tampoco me dejaron ir a verte. Sé que te debo tres ramos de rosas rojas por todos estos días que no pude ir. Esta noche pasó algo extraño, y ahora siento que —agarró la foto con más fuerza, dejando caer una lágrima sobre ella— muy pronto volveremos a estar juntos. Necesito verte y acariciarte. Tengo miedo a olvidarme de tu voz, de tu olor, de tus manos. Aquí ya no tengo a nadie que me sujete, el niño ya está haciendo su vida junto a su mujer, y yo ahora mismo no soy

más que un estorbo para ellos. Si tú no estás aquí conmigo, ¿Para qué voy a seguir?

El día siguiente fue igual de malo que los anteriores. Otra ciclogénesis explosiva bautizada como "*Maica"*: 90 litros por metro cuadrado, acompañada de vientos huracanados de 140 km/h, y en las zonas de alta montaña, nieve.

Las carreteras estaban vacías. En una aldea de tan solo 15 habitantes, los únicos coches que pasaban por allí eran la furgoneta del panadero, el todoterreno del cartero y algún pequeño camión de reparto.

La cobertura allí arriba era prácticamente inexistente. Por eso, la gente joven se mudó a pueblos cercanos donde tuviesen cobertura y acceso a Internet. Era imposible seguir viviendo en un lugar tan aislado cuando los libros y apuntes del instituto eran digitales, y muchos teletrabajaban.

La aldea se quedó despoblada, cuando hace 150 años había 430 habitantes censados y ahora solo quedaban los mayores que no quisieron dejar sus casas, junto a algunos de mediana edad que no tenían hijos ni necesitaban Internet para trabajar.

La vida en la aldea de Antas era de lo más tranquila. Situada en un valle, con vistas a prados verdes en los que varios animales pastaban libremente y un par de ríos pequeños cruzaban por varios lugares.

El único bar del lugar estaba a diez kilómetros y era usado por varios pueblos. Allí se desayunaba, se tomaba el vermut, se veía el fútbol y se ponía uno al día sobre los obituarios, la ganadería, la agricultura, la caza, la pesca, y los cotilleos típicos. Entrabas a tomar el café y salías sabiendo que en tal pueblo falleció el José Dómatos a los 83 años, porque según decían estaba enfermo, sus hijos aparecieron justo el día del entierro y soltaron un par de gritos sobre la herencia.

Además, en el bar aprendías sobre cómo cuidar a los conejos, que hierbas no podían comer, qué temperatura debían tener y lo limpia que debía estar su jaula. E incluso salías de la taberna sabiendo qué tal fue la temporada de caza y pesca, en la que la cuadrilla de cazadores del pueblo cazó 4 jabalíes y 2 corzos en seis meses, y se creen tiradores expertos aunque fallen el tiro a dos metros.

El primer día que cesó la lluvia, Javier se vistió en silencio, cogió su abrigo, su boina, el bastón y un paraguas. Se dirigió hacia la puerta tratando

de hacer el menor ruido, pero aun así, su hijo lo escuchó y salió corriendo de la habitación.

—¡Papá! ¿A dónde vas? —preguntó Jaime, aún medio dormido, arrimado al umbral de la puerta—. Con la niebla que hay te va a atropellar un coche o te vas a perder. Vuelve a cama, esta tarde te acerco yo.

—Claro, igual que ayer, que también dijiste lo mismo. O anteayer, que también lo dijiste, y al final, nada —rechistó Javier mientras seguía yendo hacia la puerta de casa—. Y por los coches no te preocupes, a mí ya no se pierde aquí nada.

—Papá, no digas tonterías y vuelve a la cama —Jaime dio un paso hacia él—. ¡Papá!

Pero Javier ya no escuchaba. Abrió la puerta y la cerró a sus espaldas.

Miró al cielo antes de echarse a caminar hacia el portal de su casa. No tardó en reconocer que su hijo llevaba razón y que salir a la carretera era un peligro. Vio la niebla más espesa de su vida, era imposible adivinar lo que se ocultaba a más de un brazo de distancia, durante un instante pensó en regresar a casa y esperar para salir en otro momento, pero no podía darle la razón a su hijo. Y aunque quisiera darle la razón, ya no sabía volver.

Sabía qué día era: 29 de octubre, faltaba muy poco para el Día de Difuntos. Quería tener la lápida reluciente y conseguir las mejores flores, demostrar que él no se había olvidado de Estudita. Siempre que su hijo se lo permitía iba al cementerio, dejando flores y velas, y aquel día tan especial no iba a ser menos.

Ella se lo merecía.

Se lo merecían.

Empezó a caminar los doscientos metros que separan su casa de la iglesia y del cementerio. Un recorrido que, en un día normal lo hacía en diez minutos, quince como mucho. Para él aquello era un reto, cada vez le costaba más moverse, pero sacaba fuerzas de donde no las tenía para visitar a su esposa.

El camino ese día se le hacía extraño. Los árboles seguían sin hojas, pero la carretera estaba oscura, sin luz. A pesar de los días de temporal, no había ramas rotas ni hojas en el suelo, todo estaba demasiado limpio, como si alguien lo hubiera barrido a conciencia queriendo ocultar las pruebas de un delito. Con cada paso que daba el camino se volvía más negro, más tenebroso, más frío y más pesado.

'Esto es una pesadilla' pensó Javier. Empezó a dar vueltas sobre sí mismo, sin saber donde estaba. Entre la niebla y la oscuridad no conseguía ver absolutamente nada, todo estaba negro. '*¿Me habré perdido?',* se preguntaba mientras seguía avanzando, allí no había lugar a equívoco, era el mismo trayecto que llevaba haciendo durante años. Su único miedo era que alguien estuviera esperarlo para asaltarlo, robarle o darle una paliza, por eso mejor seguir caminando y no quedarse quieto.

A medida que iba caminando empezó a ver pequeñas figuras: sombras oscuras que resaltaban en medio de la penumbra. Tenían forma de cruces, muchas cruces juntas.

¿La Compaña me estará esperando?

¿Será que la muerte se ve negra?

¿Qué es eso?

Cuando más se iba acercando, la oscuridad desaparecía sobre su cabeza. Los prados volvían a estar verdes, el helecho estaba brillante, en pie, como si aquellas semanas interminables de lluvia y viento no fuese con ellos. La carretera volvía a estar llena de hojas, pequeñas ramas rotas y tierra arrastrada.

El camposanto también estaba verde. Varias tumbas y nichos lucían unas preciosas flores de colores, precioso y a la vez triste. Por unos días, todo se cubre de colores alegres y vistosos, cuando durante todo el año allí no había nada más que flores mustias.

Una mezcla de olores se adentró en la nariz de Javier: felicidad, tristeza, rosas, lirios, crisantemos, claveles, cera de los cirios… Una mezcla de olores que solo se percibe en un cementerio en días como aquellos.

Desde la cancela de la entrada contempló todo sin ni siquiera abrirla. El final de la vida se encontraba allí, detrás de aquella puerta forjada de hierros antiguos.

—Todos estos, antes estuvieron aquí, en el lado de los vivos —dijo Javier en voz baja, mientras leía el letrero en la parte alta del muro.

«Aquí están nuestros huesos esperando por los vuestros».

Después de leer aquello, suspiró, abrió la puerta y se adentró en el cementerio. No era el más grande de la provincia, pero era suficiente para los pueblos que lo rodeaban.

Los nichos litera formaban un muro alrededor de la iglesia. Detrás de esta, se alineaban tumbas en el suelo, muchas seguidas, separadas por

menos de cinco centímetros las unas de las otras. La parroquia de Santa Eulalia de Antas era de las pocas en las que las tumbas del suelo seguían teniendo uso en la actualidad.

Cuando Javier se aproximaba a la tumba de su mujer, vio lo que de lejos parecía un ramo de tulipanes negros sobre ella. Un escalofrío recorrió su espalda. Había escuchado hablar de eso muchas veces, pero siempre pensó que se trataba de una leyenda. Una simple leyenda.

Aquel ramo no debía de estar allí. No era una buena señal para él.

Un olor a incienso inundó sus fosas nasales. Sin mirar atrás, apresuró el paso todo lo que pudo, sin saber a donde dirigirse. Una niebla espesa cayó sobre él, dejándolo desorientado.

Sin darse cuenta estaba caminando en dirección a la 'zona prohibida' del cementerio, desconcertado y siguiendo la dulce voz que lo llamaba por su nombre. Nadie debería pisar ese lugar en fechas próximas a noviembre, pero no se dio cuenta de que lo estaba haciendo.

Antas - 29 de octubre
13:00 Horas
Al teléfono:

—Guardia Civil de Pizarros ¿en qué podemos ayudarle?

—Mi padre ha desaparecido —dijo un hombre nervioso al teléfono.

—¿Cómo qué ha desaparecido? ¿En dónde?

—En Antas. Esta mañana temprano salió hacia el cementerio y no ha vuelto. Fui hasta allí a echar un vistazo y no estaba —le temblaba la voz.

—Por favor, intente calmarse...

—Ni calmas ni hostias... ¡mi padre ha desaparecido y vosotros no estáis haciendo nada! —interrumpió Jaime nervioso y cabreado.

—Vamos a ver... ¿Cómo se llama usted? Necesito que me de toda la información posible y la dirección de su vivienda para enviar a una patrulla.

—Me llamo Jaime. La dirección es en Antas, n º13 a 200 metros de la iglesia. Por favor, dense prisa. Mi padre toma medicación y además es muy mayor.

• • •

Un coche de la Guardia Civil se dirigió hacia Antas.

Capítulo 1.

Guillermo, octubre 2020

La vida en Madrid continuaba con el ajetreo habitual de una ciudad grande. La gente se movía con prisa hacia algún lugar que solo ellos sabían en sus cabezas. Después de un par de meses fuera de casa, la vuelta se hizo extraña, era difícil volver a coger el ritmo. Y ese frío helador tampoco ayudaba.

Guillermo llevaba varios meses viviendo en el sur de España. Estaba tan entretenido con su trabajo y tan a gusto que casi no echaba de menos la ciudad que lo vio crecer. En casa no tenía a nadie que le esperase, quizá por eso le era tan fácil moverse por el país sin sentir añoranza.

Ya no tenía la necesidad, ni la obligación de moverse en metro para desplazarse cómodamente por la urbe. Después de años pudo volver a sacar su moto del garaje a diario, sin tener que verse en medio del caos de la M-30. Incluso podía coger el coche y salir a dar una vuelta para despejarse, sin miedo a los atascos ni a dañar ninguna pieza del motor por ir a bajas revoluciones.

Cada vez que podía, su nuevo hobby era conducir por carreteras que no había visto nunca, descubriendo lugares nuevos, y a la vez, buscando aquellos sitios que más ganas tenía de visitar. En Madrid, las pocas veces que sacaba el coche del garaje era para complementar su afición en Segovia, Asturias o Barcelona... y, el último año, en Jaén.

Su principal pasión era la fotografía. Cualquier lugar para fotografiar era casi perfecto. Siempre que hubiese un cementerio, un panteón importante o monumentos tallados en piedra, como Catedrales o Capillas. Guillermo era un enamorado del arte esculpido y del trabajo tan delicado y detallado que hacían los canteros de ‘broca fina’, como a él le gustaba llamarlos.

Eran tantas las dudas que le surgían sobre la vida y las costumbres de los seres humanos que terminó estudiando Antropología en la Universidad de Madrid. De esa manera podría compaginar sus estudios con su pasión, y de paso, ganar algo de dinero.

En los meses previos a marcharse para Jaén trabajó como fotógrafo para varias revistas funerarias e históricas. A veces lo llamaban de la radio o

de la televisión para entrevistarlo acerca de las creencias existentes en España, sobre festividades como el Día de Difuntos, Navidad o Pascua. También querían saber qué fue aquello que hizo que terminase recorriendo cementerios, haciendo fotos y buscando algo especial, una belleza singular que solo él era capaz de encontrar, y enseñar en sus fotografías.

Guillermo era un hombre normal. Nacido en Oslo (Noruega) hacía 28 años, alto, fuerte, con barba cerrada, pelo negro y ojos azules. A los visitantes siempre le llamaba la atención verlo durante el invierno recorriendo el cementerio de La Almudena o el de San Isidro. Pero a sus amigos lo que más les sorprendió, fue la decisión que lo llevó a Andalucía. Pasó meses encerrado, estudiando, y sólo salía para visitar cementerios. En cada visita conseguía el material suficiente para mantener sus redes sociales durante un tiempo prudencial, sin tener miedo a quedarse sin material.

Bajaba a la calle equipado con su cámara profesional, un abrigo de lana gris y una bufanda negra enroscada al cuello, llegando a ser usada de gorro en los peores días.

A su lado se movían dos mujeres más bajas, no más de metro cincuenta, delgadas y rubias, de unos 40 años. Su mejor *hobby* era compartir cementerios con sus amigos y buscar algo que le llamase la atención. Epitafios extraños, los ramos con formas inesperadas o coronas dedicadas. Se detenían ante tumbas curiosas, como la de aquel niño de seis años que siempre estaba acompañada de coches de juguetes; o la lápida de un señor de unos 60 años, en la que su familia había mandando grabar una furgoneta y una persona muerta debajo de ella.

Todo eso lo apuntaban en una libreta. Cada detalle. Cada rareza. Con el tiempo, aquello se convirtió casi en un mapa para ofrecer pequeñas rutas guiadas dentro del enorme cementerio de La Almudena, donde más de 120 hectáreas esconden historias que la mayoría de madrileños jamás ha escuchado.

. . .

Después de varios meses viviendo entre Jaén y Granada, Guillermo consiguió un permiso especial para escaparse hasta Madrid y hacer la mudanza a su nuevo destino.

Nada más llegar a Madrid, dejó sus cosas en su piso. Por allí todo seguía igual. O casi. Ya no recordaba ese frío que calaba hasta los huesos ni

el cielo marrón que cubría la ciudad.

Se acercó al bar de siempre, en el que durante años fue un fiel cliente, un lugar que le servía para desconectar de sus estudios. Pocos minutos pasaban de las diez de la mañana, cuando entró. Estuvo charlando con el dueño, contándole cómo era su nueva vida en Granada, y tratando de convencerle de que su trabajo no es tan peligroso como parecía en la televisión.

Pidió un cafe y un croissant. Cogió el plato y con cuidado lo apoyó en la esquina de una mesa. Se sentó mirando hacia la calle, y sacó su ordenador portátil.

Tenía menos de veinticuatro horas para enviar unas fotografías a la gerente de un tanatorio cordobés que requirió de sus servicios para hacer catálogo del próximo año, añadiendo los nuevos productos: urnas y ataúdes ecológicos y/o biodegradables.

Entre descanso y descanso, cogió el periódico y empezó a leer las noticias. *Sucesos:*

“Ocurre de nuevo. Desaparece un hombre en Galicia en extrañas circunstancias cuando se dirigía al cementerio de Santa Eulalia de Antas, Lugo”.

—¿Otra vez? —se preguntó Guillermo para sí mismo mientras seguía leyendo la noticia.

“Un hombre de avanzada edad se dirigía al cementerio de Santa Eulalia de Antas, igual que mucha otra gente en estas fechas. La única diferencia es que él nunca regresó a su casa. Según nos cuenta su familia, no tenía problemas de movilidad ni salud. Los vecinos, sin embargo, apuntan a una causa más inquietante: el ‘Chopo’. Una antigua leyenda que…”

Guillermo apartó la mirada del periódico y volvió a centrarla en su ordenador. Tecleó algo en el buscador, y suspiró viendo la mala conexión a Internet que había en aquel momento. Quería, o mejor dicho*, necesitaba* investigar sobre aquello, nunca había escuchado nada similar, y “*El Chopo*” le parecía un nombre demasiado atractivo y cómico para tratar una noticia tan seria, como era la desaparición de una persona.

Quizá se trataba de alguna broma de un vecino.

Tras unos eternos segundos, aparecieron los resultados de su búsqueda.

“El Chopo se cobra una nueva víctima en Galicia”
“Un vecino de Antas ha sido capturado por El Chopo”
“¿Quién es ‘El Chopo’ y dónde se esconde?”

Aparecieron menos de medio centenar de resultados relacionados con búsqueda, pero ninguno le convencía a Guillermo, en ninguna de aquellas páginas ponía quién era realmente El Chopo. Nadie sabía nada.

Cuando buscaba algún tema relacionado con la *Compaña* (conocida erróneamente como *Santa Compaña*, y de santa no tiene nada), sobre seres enanos, seres obligados a vivir en el agua, brujas, hombres lobos... o cualquier otro *ser* de la Mitología gallega aparecían millones de resultados. Pero de ese tal ‘Chopo’ nada relevante a simple vista.

Después de varios intentos de búsquedas con resultados fallidos, recogió sus cosas y se dirigió a la biblioteca municipal. Quizá allí, en alguna estantería olvidada y llena de polvo, aparecería un libro sobre la “Mitología gallega” y, con algo de suerte, sobre el Chopo.

A las 14:00 llegó a la biblioteca. Entró en silencio y un poco desorientando. A pesar de llevar viviendo en Madrid casi toda su vida, no le estaba siendo fácil volver a adaptarse a ello. Quizá solo necesitaba descansar.

Pasó por detrás de las mesas y, se marchó al fondo de la biblioteca, allí se encontraba el material más antiguo de Historia y todas las enciclopedias posibles.

Entre aquellos libros, buscó el índice alfabético escrito a rotulador en el borde de la estantería, la tinta se encontraba medio borrosa y algunas letras no había manera de adivinarlas.

—La G… la G… ¿Dónde carajos está la...? —murmuraba para sí mismo, hasta que una mujer lo interrumpió.

—¿Te puedo ayudar? Llevas un buen rato ahí parado —le contestó la mujer de forma seca.

—La letra G —respondió en el mismo tono.

—Pues está ahí delante —ella señaló una estantería alejada de la letra F.

Recorrió con la mirada las enciclopedias que había sobre aquella estantería, buscando alguna relacionada con Galicia. Cogió la primera que

vio y la dejó sobre la mesa. Antes de sentarse, sacó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de la silla.

Abrió el índice, y con ayuda de una regla empezó a leer las palabras, a ver si encontraba "Chopo", "Chopo El", "Mitología" o palabras relacionadas.

Pero para su desilusión no había nada, como si aquel *ser* fuese un invento de los vecinos para cubrir a algún asesino que ellos conocían. No era normal que ese nombre no tuviese resultados en Internet ni en libros antiguos.

La última enciclopedia que encontró fue "Mitología gallega - *Seres llegados del más allá*". Era la última opción que le quedaba. Casi sin esperanza, leyó el índice.

Nada.

Ni rastro.

Los siguientes días navegaron entre dudas. No sabía dónde más buscar. Recorrió las enciclopedias, los libros antiguos, repasó la mitología, rebuscó hasta en lo más profundo de Internet, y nada. Absolutamente nada sobre El Chopo.

Si era *real*, ¿cómo era posible que no hubiese información alguna?

¿Era tan necesario tomarse tantas molestias en ocultar algo qué parecía una broma?

Apenas le quedaba un día y medio en Madrid, y no quería marcharse con las manos vacías.

El plan B de Guillermo consistía en adentrarse en foros de Internet relacionados con la mitología. Durante su interminable búsqueda del El Chopo, encontró varios foros y grupos en páginas web y redes sociales, pero no fue admitido en ninguno,

«Su *petición de acceso al foro de Mitología gallega 2.0 ha sido rechazada»* era el mensaje que le saltaba en modo notificación a la pantalla de su móvil. Eran los foros más grandes que había visto relacionados con el tema, con entre 10.000 y 50.000 personas suscritas, activas y con una media muy alta de mensajes diarios. Pero él no conseguía ser aceptado en ninguno de ellos. «*No cumple los requisitos de acceso al grupo»*, era el otro mensaje que lo perseguía.

Cada vez faltaba menos para irse a su nuevo destino y los nervios lo atenazaban por miedo a fallar otra vez. No sabía qué hacer. Tenía la maleta lista en el maletero del coche. Consultó de nuevo la hora: demasiado temprano para marcharse y demasiado tarde para distraerse con cualquier otra cosa.

Volvió a impacientarse, cogió el móvil y llamó a una de sus amigas, que siempre lo acompañaba en sus paseos rutinarios por los cementerios.

—Hola, Guille, guapo. ¿Qué tal estás? —respondió la voz de una mujer al teléfono.

—Hola, Rebeca. Estoy bien, ¿Podemos vernos en San Isidro dentro de una hora? Estoy de vuelta en Madrid y tengo que contarte algo antes de irme —dijo Guillermo.

—Eeee —dudó unos segundos—. Sí, claro, me visto y salgo, que me has pillado desayunando.

Guillermo terminó de vestirse, cogió un jersey de rayas, su abrigo gris y la mochila donde llevaba el ordenador portátil, y salió de casa. Llegar hasta San Isidro le llevaba un buen rato, el metro nunca era una ciencia exacta. A él le gustaba ser puntual y odiaba tener que esperar por alguien, —*¿Acaso mi tiempo no vale lo mismo que el suyo?* —Se preguntaba cada vez que su gente se retrasaba y le hacían esperar más de los 5 minutos de cortesía.

Al cabo de 66 minutos, hizo el último giro de 90 grados en la esquina de la calle y empezó a fijarse en si veía a Rebeca. Tan solo le faltaban 200 metros para llegar al punto de encuentro. Su amiga también se estaba acercando, miró al cielo y después a su bolso para sacar una cajetilla de tabaco, encender un cigarro y llevárselo a la boca mientras en la otra mano sujetaba el mechero.

—Buenos días, Rebeca. Sé que me retrasé unos minutos, pero el metro y la puntualidad… —Rebeca le cortó y terminó la frase.

—...no es lo suyo —se echó a reír—. ¿Cómo estás? Hace tantísimo tiempo que no te veo que ya no sé quién eres. ¿Y ese peinado nuevo?

—Normas de la casa, ya sabes —respondió mientras se pasaba la mano por el pelo—. Esta noche me tengo que ir a un nuevo destino. Te llamé por una cosa que me está taladrando la cabeza, pero no sé por dónde empezar. ¿Versión corta o larga?

—Versión corta si puede ser… —Rebeca sabía que su amigo siempre se iba por las ramas—. Ya nos conocemos.

—… y por eso no sé qué hacer. —Bromeó un instante a la vez que abría la cancela de la necrópolis y se dirigían a los bancos—. Te cuento: anteayer, leí en un periódico que desapareció otro hombre en Galicia por culpa de El Chopo, en un cementerio de no sé qué lugar. Tengo mucha curiosidad en saber quién, o qué es. Los vecinos del pueblo dicen que pertenece a una vieja leyenda. Pero no encuentro absolutamente nada. Hice tantas búsquedas en Internet que ya perdí la cuenta, he ido a la biblioteca y al archivo municipal, pero ni en los libros más antiguos aparece. Intenté acceder a foros y grupos, pero rechazaron mi solicitud. Necesito saber qué pasa, porque… —Rebeca le interrumpió.

—Si no encuentras nada, en ningún sitio, ¿Te has preguntado por qué será? —interrumpió Rebeca.

—¿Cómo que…? —se paró unos segundos—. ¿Cómo qué por qué será?

—Te digo mi teoría, porque te conozco. ¿Te has parado a pensar que si no aparece información alguna, o bien esa leyenda es falsa, o alguien se está tomando demasiadas molestias en ocultarlo y lo que hay es un asesino?

—¿Pero quién va a tener interés en ocultar que un anciano se perdió dentro del cementerio? ¿Y si es una leyenda? —respondió él mientras pensaba en alto.

—¿Si es una leyenda, qué?

—Tú sabes que las leyendas existen porque en un momento fueron ciertas, ¿no? Seguramente hace siglos pasó algo, y la información se fue trasladando de generación en generación, pero con varias modificaciones.

—La historia se hizo leyenda, y la leyenda mito —dijeron los dos a la vez.

—¿Y eso qué tiene que ver con el anciano desaparecido? Quizá tenía demencia y se perdió por el camino. En un par de meses algún cazador lo encontrará. Pero si de verdad tienes tanto interés, ¿por qué no te vas hasta allí? —añadió ella.

—Eso es lo que te iba a contar. Mi trabajo en Granada no está gustando a los jefes, el teniente dice que este trabajo me queda grande y me destinan a una aldea perdida en Galicia, pero no sé si queda cerca da aldea — Guillermo se encogió de hombros.

—Dame un minuto —Rebeca sacó su móvil del bolso—. El hombre desapareció en Antas, ¿no? ¿Y tú te vas a…?

—Yo a Pizarros, o algo así.

—Pues… —le enseñó el móvil— Según esto, es el pueblo de al lado, treinta y cinco minutos.

Capítulo 2.

Guillermo, 30 de octubre 2020 .

Anochecía en Madrid cuando Guillermo terminó de recoger algunas cosas más en el piso, especialmente ropa de abrigo, sabía que la necesitaría. Cinco horas de carretera lo separaban de su nuevo destino, un cuartel cerca de la montaña, en la provincia de Lugo. Nunca pensó que terminaría en un sitio tan pequeño ni tan alejado de lo que se imaginaba, pero aun así, la alegría brotaba de su cuerpo.

Se montó en el coche con el GPS activado y comenzó la ruta, confiando en que no lo llevara por caminos sin salida. Salir de Madrid fue fácil por una vez, a esas horas de la noche apenas había trafico.

Hizo un pequeño descanso en un bar de carretera, no había cenado y el hambre, junto a las ganas de ir al baño lo acompañaban desde hacía varios kilómetros. Pidió algo de comer, fue al baño y a la vuelta se sentó en una mesa.

Por momentos, la ilusión y brillo en los ojos se iba apagando, se sentía abandonado en medio de aquel pueblo, parado en un bar de carretera. Moverse con un arma en aquel lugar no era fácil a esas horas de la madrugada, sentía ojos clavados en su espalda y temía que al mínimo descuido, quedara a la vista y lo metiera en algún lío, pero dejarla sola en el coche tampoco le gustaba.

Salió de allí en cuanto terminó de comer y condujo hasta otra ciudad, si no le fallaba la vista, debería estar llegando a León. Se alojó en una pensión para descansar antes de continuar su trayecto. Eran las siete, y el miedo junto con los nervios le habían cerrado el estómago; cada vez faltaban menos horas para la reunión en el cuartel con su nuevo teniente.

Le hubiese gustado conocer la ciudad, ya que no recordaba haber estado nunca en ella, pero eso sería en otro momento. Cogió el móvil de la mesita de la habitación y buscó el hotel más próximo a Pizarros, no quería que le volviera a pasar lo de esta noche, tener que preguntar en seis sitios diferentes.

Se dio una ducha, se vistió y salió de la habitación para comer antes de continuar su viaje hacia Lugo.

—¿Todo correcto? —preguntó una mujer de mediana edad desde detrás del mostrador cuando Guillermo salía del hotel.

—Sí, todo bien. Muchas gracias. Muy rica la comida —respondió Guillermo.

—No pasó nada fuera de lo común, supongo.

—¿Cómo? —se dio la vuelta cuando estaba a punto de marcharse.

—Algunas personas afirman haber visto cosas extrañas por las ventanas de las habitaciones —se encogió de hombros.

—Pues no, no he visto nada raro —dijo saliendo de la pensión a paso rápido.

Cerró la puerta de la pensión y salió lo más rápido que pudo hacia su coche, que estaba aparcado a pocos metros. Dio una vuelta alrededor de él, comprobando que todo estuviese correcto y se metió dentro, puso el GSP en marcha y arrancó.

Lugo ya estaba más cerca.

Y los fantasmas parecía que le acechaban.

A medida que iba haciendo kilómetros, notaba el ambiente extraño: un olor incapaz de descifrar y un dolor de estómago que le decía "*cálmate*". Agarraba el volante con más fuerza, los nervios cada vez era más fuertes y un escalofrío recorrió su columna, apenas podía respirar. Necesitaba parar el coche urgentemente y calmarse.

Cuando al fin cruzó la frontera de Galicia en dirección a Lugo, vio como el cielo estaba cubierto de nubes grises y caían las primeras gotas de agua. En la carretera aún quedaban charcos, recordando que había llovido hacía menos de una hora.

El verde de los campos, de los montes y de las rotondas no dejaba de asombrarle. Allá donde mirase existía algo verde, incluso desde la ciudad, a punto de llegar a su hotel, podía ver algunos bosques que lo rodeaban.

Capítulo 3.

31 de octubre de 2020

Llegó a su destino, paró el coche durante unos minutos y subió la cremallera de la cazadora que aún llevaba puesta. Ni la calefacción podía luchar con aquel frío. En cinco kilómetros llegaría al hotel.

La ubicación que le chivó Google Maps parecía un edificio viejo, de tres pisos, con ventanas de madera en color verde. Sin embargo, la entrada era diferente, moderna, con una puerta de doble hoja con sensor de proximidad. Al entrar vio un mostrador en color blanco con detalles en negro, un contraste destacado y elegante. Detrás de él, una mujer de unos sesenta años, rubia, con trenza y gafas de pasta atadas a un cordón rosa que colgaba de ellas. Guillermo le preguntó por su habitación y mostró su DNI. La mujer parecía sorprendida al ver a aquel hombre de aspecto nórdico y un acento español perfecto.

—Segunda planta, habitación 25 B —Respondió ella mientras le hacía la ficha y le entregaba las llaves.

La habitación era sencilla. Una cama en el centro con un edredón gris, el armario empotrado blanco, y una pequeña mesita en color antracita. Al fondo, una puerta negra daba al baño, azulejos grises hacían juego con el piso antracita. Era increíble cómo cambiaba aquel hotel, desde dentro se veía moderno, mientras que por fuera no invitaba a entrar.

Dejó la maleta a los pies de la cama y se metió a la ducha, la necesitaba para despejarse antes de hacer lo que tenía en mente.

Capítulo 4.

Guillermo. 31 de octubre de 2020

Se había dado la ducha, descansado la espalda después de tantas horas sentado en el coche, vestido y buscado un restaurante bueno para comer. Por la tarde, cogió la carpeta que le habían entregado en Granada el último día de trabajo para presentarla en el nuevo cuartel, debía entregarla lo antes posible para agilizar los trámites administrativos y, de ese modo, todo sería más rápido en su primer día.

—Buenas tardes, soy Guillermo Halvorsen, el nuevo guardia civil en prácticas. Me incorporo mañana, pero me dijeron que debía entregar estos papeles hoy para que el teniente los vaya tramitando, si es posible, claro —Se presentó delante del guardia que custodiaba la puerta.

—Buenas tardes, dame un segundo —respondió el otro guardia civil mientras hacía una llamada desde el puesto de control—. Vale, ya está. Acompáñame por aquí. ¿Cómo has dicho que te apellidas?

—Halvorsen.

—Tú... español... poco... ¿No...? —dijo en tono burlón y vocalizando mucho.

—Llevo casi treinta años aquí, tranquilo.

Ambos guardias se adentraron al interior del cuartel, cruzaron el pasillo de piedra, decorada con con fotografías de lugares turísticos de Lugo, y llegaron a un espacio amplio con varias mesas, y desde el que se veía un despacho acristalado.

—Pasa, ahí está el teniente Bazán. Ten cuidado que no está de humor —esperó a que entrase Guillermo y cerró la puerta.

—¿Es usted Guillermo Halvorv... Havorsen...? Tome asiento —el teniente estiró la mano invitándole a sentarse.

—Sí, Halvorsen —respondió mientras se sentaba.

—¿Finlandés?

—Noruego. Pero llevo aquí toda la vida.

—Ah, bueno, eso no es problema. Aunque se me hace raro tener un nórdico por esta zona, supongo que viene acostumbrado al frío. ¿Cómo es que decidió trasladarse a Galicia?

—No mucho la verdad, ya me acostumbré al calor del sur —dudó un poco sobre qué responder—. Necesitaba un cambio de aires, algo tranquilo

y mis superiores decidieron que Galicia era un buen destino para mí.

—¿Cómo algo tranquilo? No le veo con muchas ganas de trabajar. ¿O es impresión mía? —interrumpió el teniente mientras se recostaba sobre la silla— . Así empieza mal.

—No quise decir eso mi teniente . Quería decir que...

—Hace apenas cuatro meses que salió de la Academia de Baeza. Todavía está en prácticas, y este ya es su segundo destino. Un poco raro, ¿Qué le pasó en Granada para tener que cambiar de lugar? —preguntó esperando una respuesta, aunque ya la sabía.

—No pasó nada... nada importante, me refiero.

—¿Seguro? En la academia sacó una de las cien peores notas y durante las prácticas en el sur, me consta que sus superiores le dieron varios avisos.

—Lo sé, me pilló en un mal momento. Meses difíciles… Pero le prometo que ya estoy recuperado al 100% y daré mi mejor versión.

—¿Por qué dice que le cogió en un mal momento? Aquí sí tenemos trabajo, quizá no tanto como en Granada, pero *haberlo haino,* y no precisamente casos fáciles. En muchos casos necesitará usar un sexto… o séptimo sentido.

—En los últimos meses de academia caí en depresión, no sé por qué. Pero ya estoy recuperado y con el alta de mi psicólogo. ¿Cómo un sexto sentido? No le entiendo.

—Lo sé, pero... ¿Sabe por qué accedí a acogerlo en mi cuartel, a pesar de su historial? —se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—No… no lo sé —dudó al responder—. ¿Quizá porque no había efectivos suficientes?

—Nada de eso. Me lo han recomendado desde Comandancia. Dicen que puede ser de gran ayuda. Si por mí fuera, no estarías aquí, tengo ya suficiente con mis guardias y no quiero a nadie más que vaya por libre. Pero tengo las manos atadas en esas decisiones... Además, he leído que ha estudiado algo relacionado con antropología, ¿cierto?

—Sí, un grado en la universidad de Madrid, la antropología es un tema tan interesante que necesitaba…

—¿Y por qué no criminología, criminalística o tanatología? —El teniente le interrumpió—. Podría llegar a la Policía Judicial, igual que muchos compañeros suyos. —se volvió a recostar en la silla— ¿En algún momento pensaste en esto?

—No, la verdad. Elegí la carrera porque tenía curiosidad sobre el comportamiento del ser humano, y como entran en juego las creencias, los rituales... Ah, por cierto... —Guillermo dio un salto en la silla y extendió la carpeta—. Me dieron esta carpeta para usted.

—Gracias, aunque supongo que contendrá lo mismo que tengo aquí —señaló el ordenador con la barbilla y cogió la carpeta—. ¿Alguna duda más?

—Mañana, ¿a qué hora entro?

—A las 8 de la mañana, igual que el resto. De paso, le asignaré a un compañero y el caso que llevaréis. Ahora, váyase a donde esté alojado y descanse. Te necesito dando el 150% de ti.

NOVIEMBRE

Capítulo 5.

Galicia, noviembre 2020

En el cuartel de Pizarros, el sargento Diego Piñeiro comenzaba la investigación sobre la desaparición de un vecino de un pueblo cercano. Tenía varios casos abiertos y aún esperaba la llegada de un nuevo miembro para su equipo, era demasiado trabajo para un equipo tan falto de efectivos, y más aún desde que uno de sus cabos estaba de baja.

El teniente confiaba en él. Piñeiro era el mejor activo del cuartel, especializado en resolver crímenes, asesinatos y desapariciones. A pesar de las horas extras que hacía, el cansancio acumulado y de tener que multiplicarse para llegar a todo, seguía convencido de que tenía el mejor trabajo del mundo. Daba igual que fuese un caso grande o pequeño, todos eran igual de importantes y necesitaban ser resueltos.

Varios meses después de que el teniente Rafael Bazán solicitara nuevos efectivos, parecía que por fin los de arriba habían tomado una decisión, enviarle a un guardia civil en prácticas. No era mucho, pero también era suerte de que Guillermo estuviera solicitando un cambio de destino en unas fechas tan complicadas como era el Día de Difuntos y Todos los Santos, cuando los cementerios se llenaban de vida y los cuarteles del rural quedaban prácticamente vacíos mientras que vigilaban dichos lugares para confirmar que todo estaba controlado, que no había peleas por robo de flores, ni caídas de personas mayores. Y sobre todo, después de que una persona desapareciera de manera especialmente inquietante

En la Comandancia consideraron que Guillermo podía resultar útil, aunque el teniente Bazán no se mostró satisfecho al enterarse de su formación. Fingió interés en la entrevista, pero la idea de tenerlo allí durante meses no le hacía ninguna gracia.

Era el primer día de trabajo de Guillermo en un cuartel situado en las montañas de Lugo. Los nervios eran mayores que él, impidiéndole dormir en toda la noche. Cada hora y media, algo pasaba en su cabeza que lo mantenía en vilo cerca de una hora más, hasta que otra vez conseguía conciliar el sueño. Viendo que no era capaz de dormir, ni de descansar, a las seis de la mañana salió de la cama, era totalmente de noche

y la única luz que se filtraba en su cuarto por las rendijas de las persianas, procedían de las farolas de la calle.

Se puso un pantalón de deporte, una sudadera y un gorro de lana, y salió a correr para conocer un poco las calles. Tenía dos horas antes de empezar su turno, *—hay tiempo de sobra—* pensó. No sabía si existían pistas de atletismo, parques o rutas, así que decidió ir por la acera y dar un par de vueltas a la manzana. A los veinte minutos subió de nuevo a su cuarto, el frío era insufrible, sus pulmones se quedaban sin aire cada vez que intentaba respirar de manera normal. Tenía las manos entumecidas y la cara roja del frío.

Nada más abrir la puerta de su habitación, una ola de aire caliente lo saludó azotando su rostro. Se fue corriendo a la ducha, el agua caliente era lo que sentía que necesitaba en aquel momento. Desayunó tranquilamente y miró el reloj *—media hora—*.

Cogió el uniforme del armario y empezó a vestirse delante del espejo. A pesar del tiempo que llevaba usando la ropa verde, todavía le costaba asimilar la suerte que había tenido al aprobar la oposición. Guardó la cazadora con las letras de *Guardia Civil* en la mochila y puso otra en color negro sobre el uniforme. No había necesidad de mostrar a todo el mundo en dónde trabajaba, sus profesores de la academia siempre le hablaban de pasar desapercibidos durante su tiempo libre.

Su coche se encontraba a cinco minutos andando. Apuró el paso. Quedaría feo llegar tarde el primer día, y más siendo un guardia en prácticas con una hoja de servicio... digamos que curiosa.

Cuando llegó al cuartel faltaban diez minutos para el comienzo de turno, pero sabía que a los compañeros no les gustaba esperar por el relevo más tiempo de lo necesario.

El guardia de la garita levantó la barrera y Guillermo accedió al parking. Justo a la entrada estaban sus coches, cada uno tenía una plaza con un número asignado. Al fondo, debajo de unas chapas, se podían observar algunos coches viejos de Seguridad Ciudadana y un autobús. Se quedó embobado mirando el estado de aquellos vehículos, que sin duda ya había visto tiempos mejores.

—¡Guillermo!

Oyó la voz a lo lejos. Se había quedado observando aquella flota de vehículos viejos y había perdido la noción del tiempo. Miró el móvil, las 7:56. Al girarse, vio al teniente Bazán acercándose con gesto de mala leche.

—Buenos días, mi teniente, no le había visto. Entro ahora, perdón —intentó disculparse por el retraso.

—Tranquilo —respondió Bazán, sin quitarle la mirada de encima—. ¿Ha visto algo que le llame la atención? —señaló el garaje con la barbilla.

—No pensé que habría tantos coches en este estado. Nunca los había visto tan… desechos.

—Eso no es más que chatarra. Luego le enseño los nuevos —Guardó silencio unos segundos—. Vamos a mi despacho. Le presentaré al que será su tutor durante las prácticas y, después, él le enseñará las instalaciones.

Guillermo lo siguió. Era el mismo despacho del día anterior. Bazán aparentaba unos sesenta y cinco años, aunque probablemente tenía menos. Pelo gris, varias arrugas marcaban su frente y rodeaban sus ojos, no parecía una persona atlética, aunque se movía con bastante agilidad por los pasillos.

La oficina era blanca, paredes y techo, acristalada por el frente y por la derecha. La mesa estaba ocupada por dos ordenadores, una lámpara y varios montones de folios y carpetas. Detrás, otra mesa más pequeña llena de documentos y un armario metálico. La silla de Bazán parecía cómoda, pero las dos que tenía enfrente, no tenían el mismo aspecto.

Guillermo se sentó y dejó la gorra en la silla libre.

—Bien —dijo el teniente, sentándose y abriendo una carpeta—. ¿Por dónde empiezo?

—Por donde quiera, mi teniente.

—No sé qué le contaron en su primer destino en Granada, no quiero repetirme, pero… —ese 'pero' sonó justo a repetición—. Como sabe, aún está en periodo de prácticas hasta el mes de junio. Necesita un APTO en cada una de las unidades en la que trabaje, para así poder jurar el cargo.

—Debe de ser un momento fascinante… y emocionante, ¿no? Con tu uniforme de gala, compañeros, familia… —Guillermo sonrió, imaginándolo.

—Sí, lo es. Pero no quiera correr antes de aprender a gatear —respondió con tono seco—. Lo normal en cualquier otro cuartel sería comenzar con trabajo de oficina, archivando documentos, atendiendo llamadas telefónicas o consultando bases de datos. Supongo que eso ya lo hizo en Granada

—Sí, hice todo eso y no me gustaba nada… La última semana empecé a coger denuncias y salí algo a la calle, pero no me dejaban hablar con nadie cuando trataban con testigos.

—Aquí saldrá a la calle desde ya —afirmó Bazán—. Aunque eso dependerá del sargento Piñeiro. Estamos bajos de efectivos y todo el personal es necesario en estas fechas. Aquí no hay casos pequeños —Lo miró con seriedad— todos son importantes. Igual para usted, una denuncia por robo de una cartera, de un bolso… o incluso de una oveja, pueden parecer nimiedades. Para quien lo denuncia, es lo más importante del mundo. No lo olvide.

—En eso tiene razón —tragó saliva.

—Lo siguiente: aquí tenemos unos horarios y unos turnos a cumplir. Es muy importante llegar puntual. Y con eso no me refiero a cruzar la valla cinco minutos antes, me refiero a que cinco minutos antes debe darle el relevo. Quizá deba llegar quince minutos antes, el tiempo suficiente para dejar sus cosas o cambiarse —lo observó unos segundos, recorriéndolo con la mirada—. Aunque, si prefiere, puede venir vestido de casa. Después le asignaré su taquilla por si acaso.

—Sí, la taquilla la agradezco. No sabía si habría, por eso vine vestido de casa.

—Me gustó el detalle de taparse con una cazadora suya. No es necesario que los transeúntes sepan dónde trabaja. En la calle, en su tiempo libre, intente pasar desapercibido —miró el reloj—. Su superior debe de estar a punto de llegar. Sigamos. Otra cosa más, el respeto por los compañeros y ciudadanos es fundamental, igual que la empatía. Pero siendo antropólogo, ya lo sabrá.

—Sé que la empatía es crucial cuando hablamos con personas o víctimas —asintió Guillermo.

—Por último: no me dé problemas. No haga como hizo en Granada. Si tiene cualquier problema con su binomio o compañeros, me lo comunica a mí.

—¿Ya sabe lo que pasó con mis compañeros *allí?*

—Sí, lo leí. Por eso le digo que cualquier problema nos lo haga saber sin saltarse la cadena de mando.

Toc-toc

Un sonido rítmico procedente del otro lado de la puerta de cristal sonó cuando alguien la golpeó. Detrás de ella, un hombre alto, moreno, con barba de dos días, tupé corto y cara de poco amigos entró al despacho.

—Buenos días, teniente, ya estoy por aquí —saludó al cerrar la puerta tras de sí.

—Ya le veo. Diego, llegas tarde —respondió Bazán, seco—. Siéntese.

—Guillermo Halvorsen —dijo el teniente señalando al joven— le presento a su compañero, el sargento Diego Piñeiro. Que no le impresione su aspecto. Donde lo ve, es uno de los mejores que tengo en el cuartel. Aunque a veces no comparta sus métodos, tengo que reconocer su buen trabajo —miró a Piñeiro con una sonrisa amarga. Este respondió con otra igual de contenida.

—Ho... Hola —saludó Guillermo, tímido.

—¿Qué tal? Oye… —Piñeiro lo miró un instante, calibrándolo— ¿Te puedo llamar Guillermo? Es que tienes un apellido muy raro.

—Sí… claro…

—Bueno —cortó el teniente Bazán, poniéndose en pie— Diego, enséñale el cuartel y resuélvele las dudas. Luego póngalo al día con los casos que lleva. Y si lo ve preparado, sobre las doce del mediodía, cogéis el coche y dais una vuelta por ese maldito pueblo. Está todo demasiado tranquilo y no me gusta. Se me hace raro que nadie esté llamando para pedir explicaciones.

Ambos guardias salieron del despacho del teniente en silencio y cerraron la puerta tras ellos. Diego empezó a caminar sin mirar atrás, y le fue enseñando el interior del cuartel, mientras que Guillermo lo seguía en silencio, atento a todo.

«*No hay mucho que ver*». Pensó.

Desde la entrada principal podía observarse prácticamente todo lo que pasaba allí dentro. La entrada era un pasillo de piedra que conducía al centro del cuartel, varias mesas de trabajo formaban un pequeño cuadrado de ordenadores y papeles.

A la derecha se encontraba el despacho del teniente, justo detrás de la mesa del informático, un guardia civil joven que se encargaba de filtrar las llamadas, los correos, revisar las cámaras de seguridad o mantener los equipos informáticos de los compañeros en buen estado. En definitiva hacía el trabajo de un técnico de comunicaciones, aunque siempre que hacía falta salía a la calle.

A la izquierda, el despacho de los sargentos. Aunque, en realidad, solo Eva Escobar prefería trabajar allí dentro, con tranquilidad y concentrándose

en los casos que le tocaban llevar.

El garaje estaba situado en un lateral del cuartel, junto al aparcamiento donde dejaban sus coches y motos. Se accedía por una puerta situada a escasos metros de la principal del cuartel.

Fuera, en el aparcadero, un guardia terminaba de lavar unos de los coches sin rotular. Al lado había dos rotulados: un coche y un todoterreno, ambos recién lavados.

—Y esto es todo —dijo Piñeiro, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué te parece?

—¿Aquí se puede fumar? —preguntó Guillermo, señalando el cartel de prohibido fumar—. Está bien… me lo imaginaba más pequeño. O diferente.

Diego se encogió de hombros mientras exhalaba el primer humo.

—Fumar en la calle queda feo. Por eso el teniente nos deja estar aquí. Lo hacemos todos —miró al guardia que lavaba el coche—. Aquí trabajamos diez personas. Contando al teniente, a la sargento y a mí.

—¿Solo diez? Así es imposible trabajar ¿Y de noche también?

—¿De noche? —soltó una risa seca—. ¡Qué va! Quedan uno o dos por si pasa algo. Si es grave, nos llaman a casa y venimos los sargentos a arrimar el hombro. Si es un accidente de tráfico o algo relacionado con animales, naturaleza, bosques... vienen los compañeros desde la Comandancia de Lugo, cuarenta minutos mínimo. Pero antes suelen pasar los de Protección Civil para ver si es algo que pueden solucionar ellos solos.

—¿Y no hay más personal? —preguntó Guillermo, sorprendido.

—No. Nosotros abarcamos poco territorio, esto es un cuartel pequeño. Aquí hay poca gente y casi nunca pasa nada... pero cuando pasa, suele ser algo gordo. Pero ya verás como pronto te acostumbrarás a nuestro ritmo de trabajo y a tratar con los vecinos.

Diego apoyó la espalda en el muro mientras hablaba. Guillermo caminaba observando todo con curiosidad.

—A mí al principio también me costó adaptarme. Quería irme de este agujero lo antes posible. Pero ahora no lo cambio por nada —continuó Diego—. Y eso que venía de trabajar en Comandancia.

—¿Suele haber mucho trabajo? ¿O al menos algo interesante? El teniente me dio a entender que sí. ¿Y cómo terminaste aquí? —preguntó Guillermo, volviendo junto a él.

—Me enviaron hace unos años para resolver un asesinato de una chica. Me salté el reglamento varias veces para avanzar en el caso. Y ya no me dejaron volver, removí demasiados avisperos. ¡Fran! —gritó hacia el guardia del coche—. ¿Qué dices tú, mucho trabajo o qué?

—Depende de si el chaval quiere lavar los coches llenos de barro —dejó la esponja en el cubo de agua y se dio la vuelta—. Esto es como un tanatorio, igual en una semana no hay nada que hacer, y de repente, llegas aquí una mañana y te encuentras con una desaparición rara, un cadáver en el monte, un ovni estrellado, un robo de ovejas y un ex-yonki que, de alguna manera, está metido en todo, pero no hay forma de enviarlo a prisión.

—Al ex-yonki pronto lo conocerás —añadió Diego—. Ese hombre está en todos los fregados, pero siempre se va de rositas. Es buen tipo, según él somos amigos, y con un pagarle un refresco ya canta como un loro. Hasta donde yo sé solo pisó la cárcel una vez por traficar en pequeñas cantidades, y eso que hace años tuvo una plantación de maría inmensa y no hubo forma de relacionarlo con él.

—¿Es listo? —preguntó Guillermo.

—Tan listo que parece idiota. Si no fuese por todo lo que se metió en el cuerpo, este hombre hubiese dominado el país —contestó Diego, soltando una carcajada.

Entraron de nuevo al cuartel por la puerta principal, saliendo a la calle y dando un rodeo para terminar el segundo cigarro. La entrada era fácil de intuir, unas escaleras, dos banderas sobre la puerta y un cartel verde dejaba ver lo que era aquel edificio que combinaba piedra en la planta baja y ladrillo en la superior.

Dentro, a mano derecha y lejos de las paredes de cristal del despacho del teniente, se encontraba la mesa de Diego, pegada al radiador y junto a las ventanas. Se sentó en su silla e invitó a Guillermo a coger otra y acercarse a él.

Mientras, sacó una pequeña llave que tenía guardada en el bolsillo de sus pantalones y abrió el cajón de la mesa. De un tarjetero sacó una tarjeta verde con el símbolo de la Guardia Civil, su nombre y una numeración, y la pasó por el teclado del ordenador para poder acceder desde su usuario.

—Ya estamos dentro —dijo.

Esperó a que su compañero volviese con la silla y se sentase a su lado para explicarle los casos abiertos, o mejor dicho, *el caso*. Sobre la mesa

había tres carpetas de casos diferentes que estaba llevando con su equipo, y de vez en cuando pidiendo ayuda a la sargento Escobar para que le diera otro enfoque.

El primer caso, prácticamente cerrado a falta de unas firmas, hacía referencia al robo de arte sacra. El autor de estaba identificado y un par de efectivos estaban con él de camino a los juzgados. Tenían todo lo necesario para enviarlo a prisión.

El segundo caso trataba de una pelea entre varios padres durante un partido infantil de fútbol. En los últimos meses aquellas discusiones se repetían casi todas las semanas. Varios padres y madres tenían prohibido el acceso al campo y a las gradas, pero las peleas no cesaban con los equipos visitantes.

El tercer caso era el que le importaba a Guillermo, y ya estaba ansioso por saber cómo iba aquello. Pero su desilusión se hizo mayor al ver que no tenían nada. La estaban tratando como una desaparición más, una entre las veinte mil desapariciones voluntarias e involuntarias que se producen al año. Pero él sentía que aquella desaparición no era una más, esta era diferente, había algo que la hacía distinta, y él conseguiría llegar al fondo del asunto. Con o sin ayuda.

Aún no conocía nada de aquel lugar, ni los sitios, ni los habitantes ni la forma de trabajar de aquel cuartel tan pequeño. No sabía qué pasos dar para conseguir reunir la información que necesitaba. Todo lo que tenía en su cabeza eran dudas y preguntas, pero ninguna respuesta. Mientras su superior lo ponía al día de los casos y los avances, Guillermo no podía evitar mirar hacia una pizarra situada a escasos metros de sus mesas, repleta de frases escritas a rotulador y fotos de las personas, lugares y objetos que rodeaban los casos.

De repente su ilusión se borró, nunca había visto a nadie trabajar de esa manera tan caótica. En la academia todo era diferente, todo era mucho más fácil. Y en su puesto de Granada, desde fuera, también parecía fácil resolver un caso.

Diego se levantó de su silla, dándole una palmada en la espalda a Guillermo para que lo siguiese. Era el Día de Todos los Santos y los cementerios, como cada año, estaban llenos de gente limpiando tumbas y colocando las flores. La Guardia Civil salió a dar una vuelta por los

cementerios más grandes del rural para asegurarse de que no hubiese ningún problema y comprobar que todo seguía con normalidad.

Recorrieron más de cien kilómetros. Aunque en un principio solo se les había asignado un puñado de cementerios, decidieron desviarse de la ruta y visitar uno por uno dentro de su demarcación. Todo transcurría con normalidad, solo alguna pequeña caída, algún mareo y alguna historia curiosa que hizo sobresaltar a varias personas.

En el cementerio de la parroquia de San Pedro, coincidieron varias personas para colocar las flores en los nichos. Un matrimonio había llevado a su nieta de siete años, lo curioso fue cuando empezó a corretear por el camposanto, sin hacer caso de los abuelos. Encontró un oso de peluche tirando cerca de una tumba y empezó a jugar con él y con un niño de su misma edad que reclamaba el peluche.

Algunas de las personas que se encontraban por allí le pareció raro ver a aquel oso en manos de la niña, pero ella seguía sin hacer caso cuando le decían que dejase el peluche en el lugar que lo encontró, levantó la mirada hacia los adultos, y cuando la bajó, el niño que jugaba con ella ya no estaba. Se levantó del suelo y se echó a correr hasta donde estaban sus abuelos, pero de pronto, vio como su amigo se escondía detrás de una tumba, se acercó hasta él y se paró en seco al ver la foto del niño con el traje de la primera comunión y el epitafio que decía: *'Nunca te olvidaremos'*.

Alertados por los gritos y la explicación de la cría, algún transeúnte decidió llamar a la Guardia Civil para que echase un vistazo. Quizá era cierto que había un niño perdido corriendo por el cementerio.

Al sargento Piñeiro aquellas cosas no le hacían ninguna gracia, y menos después del suceso de Antas, que aún no había conseguido resolver.

Guillermo, que también acudió a la llamada, trató de restarle importancia al 'amigo' de la cría. Era consciente de que los pequeños tienen 'un tercer ojo' y pueden ver y sentir cosas que los adultos ya no. Para Piñeiro las explicaciones de su compañero le parecían tonterías, cada una más grande que la anterior. Él no creía en nada, pero tampoco le gustaba escuchar nada relacionado con el *'Más allá'*, las religiones ni las energías.

Cada vez que alguien pronunciaba algo relacionado, un escalofrío recorría su columna.

Capítulo 6.

Lugo, noviembre 2020

Los días nublados volvían a ser parte de la vida cotidiana en Antas. Nubes blancas, esponjosas y enormes, daban paso, en cuestión de minutos, a nubes grises y pesadas, que después de un estruendo conseguían dejar incomunicado y sin luz a un pueblo entero.

Los vecinos continuaban sus vidas con normalidad, a pesar de la desaparición de un vecino.

Nadie hablaba de ello.

Nadie hablaba de El Chopo.

Como si nada de aquello hubiese ocurrido.

Solo su familia cercana continuaba inmersa en la búsqueda. La Guardia Civil dejó de hacer batidas, aunque eso no significaba que la investigación estuviera cerrada.

. . .

La noche del 5 de noviembre resultó ser la peor en muchos años. Una tormenta brutal mantuvo en vilo a los vecinos de aquellos pueblos de montaña. La lluvia caía con tanta fuerza que se filtraba entre las tejas y ventanas, dejando inundadas varias viviendas. La luz pública no llegó a encenderse; la única forma de alumbrar en la penumbra era con linternas o velas.

Los rayos caían seguidos, y casi se podía llegar a percibir lo que había detrás de las paredes, como si se tratase de rayos X, acompañados de un ruido que hacía temblar las piedras. Nadie recordaba una tormenta así, ni siquiera Abelardo, el hombre más mayor del pueblo, que estaba en su cama, dándole la espalda a la ventana, y tapándose la cabeza con las mantas. No tenía buenos recuerdos de aquellas tormentas, ni de las '*cosas'* que vio por la ventana cuando era niño.

La mañana siguiente fue aún más desagradable, con varias sorpresas guardadas: árboles arrancados de raíz, piedras arrastradas por la corriente y el pueblo paralizado, que seguía sin suministro eléctrico. Incluso algunos tejados habían cedido.

Para otro, lo peor fue ir a su finca y ver cinco de sus vacas muertas e hinchadas Aquello no parecía ser un daño colateral de la tormenta. Los animales estaban tirados en una posición antinatural y, en los costados, tenían dos extraños agujeros, como si una gran pinza las hubiese enganchado, zarandeado y dejado caer con fuerza desde varios metros de altura.

Aquella fue la primera llamada al cuartel por la mañana; la primera de muchas.

—Guardia Civil, puesto de Pizarros —respondió una voz— ¿En qué puedo ayudarle?

—¡Tienen que venir de inmediato! No sé qué *carallo* pasó con mis vacas durante la noche, pero están muertas. ¿Sabes el dinero que acabo de perder con esto? ¡Venid ya!

—Tranquilícese. ¿Me puede decir la dirección?

—Sí, *oh*. Soy Manolo de Antas. Menudo desastre *meu*, menudo desastre....

—Le envío ahora una patrulla.

El sargento Diego y el guardia en prácticas, Guillermo, acababan de darle el relevo a los últimos compañeros del turno de noche, que ya estaban agotados después de una noche de intenso trabajo bajo la lluvia y el frío del mes de noviembre.

Cogieron un café en la máquina y se acercaron hasta su mesa. En la sala principal, varios compañeros estaban inmersos en una lucha para encender los viejos ordenadores.

Mientras tanto, el cabo Abascal atendía su primera llamada de la mañana y tomaba una serie de notas en su cuaderno. Sin embargo, algo en la centralita le indicaba que esa no era la primera llamada del día. Durante la noche, casi medio centenar de avisos fueron desviados a la Comandancia de Lugo.

—Le envío ahora una patrulla —dijo Abascal al teléfono, mientras hacía un gesto al sargento Piñeiro para que se acercase—. Tengo trabajo para ustedes.

—¿De qué se trata? Que aún no son las ocho, *macho* —respondió Piñeiro cabreado, mientras se acercaba—. Déjame adivinar, la tormenta partió algún poste de la luz, el vecino llamó a la compañía y, como van a

tardar en arreglarlo, nos llaman a nosotros para ver si podemos agilizar el proceso ¿Estoy en lo cierto?

—Eee... no. Esas llamadas ya las atendieron los del turno de noche, pero le aseguro que pronto habrá otra de esas llamadas. Le cuento —cogió la libreta para leer los nombres— Nos llamó Manolo el Besugo, el de Antas. Dice que sus vacas aparecieron muertas y quiere que vaya usted personalmente, que para algo sois Thelma y Louise.

—Yo lo veo capaz de inmolarse conmigo… —contestó Piñeiro, buscando a Halvorsen con la mirada.

—¿Y para eso no está el veterinario o el SEPRONA? —preguntó Guillermo, tímido.

—Yo no sé nada. Acercaros y él os contará. Pero llevad cuidado, está muy cabreado y es capaz de estar esperando con la escopeta —pausó un segundo—. Y daros prisa, que no quiero que esté llamando cada cinco minutos.

—Guillermo, recuerdas que te dije que al ex-toxicómano de Antas lo ibas a conocer pronto, ¿verdad? Pues vamos, a ver qué quiere de nosotros.

Con el vaso del café aún en la mano, Diego se acercó a su mesa, cogió la libreta del cajón y salió hacia el coche patrulla, dándole un golpe en la espalda al Guillermo para espabilarlo y que no se quedara embobado mirando el fondo del vaso. En el coche se hizo un silencio incómodo. Aún no se conocían tanto como para iniciar una conversación, ni el sargento era persona más habladora del mundo. Mientras él conducía, Guillermo observaba el paisaje, perdido en sus pensamientos, sin entender por qué tenía que acudir a una llamada de animales muertos cuando en el cuartel había un caso más importante.

«Si las vacas están muertas, llama al veterinario, no a mí.» se repetía continuamente.

—Has hecho una oposición para tener que ir al monte a ver una vaca muerta, ¿eh? —dijo el sargento, girando hacia un camino lleno de barro y baches.

—Esto en Granada no es así…

—Pues igual, ahora te das cuenta de que esto no es lo tuyo. El 90% de nuestro trabajo es en el mundo rural: vacas muertas, caballos que se escapan de sus fincas, una pelea a hachazos por una tontería, un accidente en el monte… No sé, si quieres asfalto y bloques hormigón, quizás habrías tenido que opositar a Policía Nacional.

—O un hombre que desapareció. ¿Usted porque está aquí y no en una ciudad? —preguntó Guillermo sin dejar de mirar por la ventana.

—¿Y ese hombre dónde desapareció? ¿En medio del hormigón o en el monte? Yo estuve años trabajando fuera de mi tierra, y cerca de la ciudad, muy cerca… pero el verde de Galicia no lo cambio por nada. Y tú, si empiezas así y no estás a gusto con el lugar en el que trabajas, lo vas a pasar mal. Cambia de mentalidad, chaval.

En menos de media hora, el todoterreno llegó a Antas. Los últimos caminos de tierra daban pena: ramas, barro, piedras… todo complicando el acceso a aquella aldea remota. Cogieron la última curva y vieron como Manolo hacía aspavientos con los brazos, para que se dieran prisa o o para que aterrizara un avión. Antes de que tuviesen tiempo a bajar del vehículo, el vecino ya estaba golpeando la ventanilla.

—¿Qué? A buenas horas llegáis. Para otras cosas bien que corres, amigo.

—Buenos días, Manolo. ¿Qué te pasó esta vez? Hemos venido en cuanto nos dieron el aviso —respondió el sargento—. Yo aún no tengo el poder de teletransportarme.

—Pues has venido muy lento. ¿Quién es ese? —preguntó señalando a Guillermo.

—¡Cojones! ¿Tú viste cómo está este camino? Bastante hice con llegar —señaló hacia las ruedas, estaban cubiertas de barro—. Él es Guillermo, un chaval en prácticas. No lo molestes. A ver, ¿Qué pasó aquí?

—¿Qué me pasó? Míralo tú mismo, amigo. Todo el ganado muerto. —gruñó Manolo, braceando como un loco.

—Todo, todo… no. Hay casi veinte vivas —respondió Guillermo, cansado ya de la escena.

—Pero hay cinco muertas, y dos de ellas estaban a punto de parir. ¿Tú sabes el dinero que acabo de perder? —Guillermo se encogió de hombros sin decir nada— Ah, ya me parecía... aquí está tu sueldo de varios meses.

Guillermo suspiró. No daba crédito de lo que tenía delante de sus narices ni de cómo su sargento, con lo serio y recto que era, podía ser amigo de aquel desecho social.

A varios metros, en una finca de varias hectáreas, cerrada con tres hilos de alambre y dos somieres haciendo de cancela, se podían ver varias con las tripas fuera. Pero él solo podía fijarse en un trozo de madera clavado sobre

un palo, unas letras azules con la palabra “CEMENTERIO” y una flecha indicando una dirección. No había duda: estaban en Santa Eulalia de Antas, cerca del lugar que hizo que se trasladara de Andalucía a Galicia... aunque forzozamente

Cuando salió de sus pensamientos, vio que estaba solo en medio de la carretera. Tardó un par de segundos en localizar al sargento y a Manolo, ya junto a las vacas y a punto de ser devorados por la niebla. Con cuidado, pasó por encima del alambre de espinos para no engancharse y se acercó hasta ellos.

—Por fin te acercas Guillermo. ¿Qué crees que pasó aquí? —preguntó Diego, recogiendo un palo del suelo.

—¿Tienes miedo a que te den una cornada? —señaló con la barbilla al resto del ganado, que los observaba desde pocos metros.

—No… es que no quiero manchar las botas —Guillermo dudó qué responder—. Es que nunca vi esto… y me da asco… mucho.

—¡Joder con el señorito de los cojones! —se le escapó al sargento—. Pues te las limpias al llegar al cuartel, igual que hacemos todos.

—No hombre, lo que no quiere es despeinarse, aunque ahí lleva laca para varios tornados —contestó Manolo entre risas.

«La laca te hacía falta a ti, que ese pelo no había visto un peine en la vida», pensó Guillermo mientras se apretaba los labios para no decir nada.

—Pensé que me lo decías a mí —el sargento se quitó la gorra y pasó la mano por su pelo corto—. A ver, vamos a tomarnos esto en serio de una vez. ¡Guillermo, a mi lado, ya! —gritó como si fuese un instructor militar.

Con cuidado y con cara de asco, Guillermo acató las órdenes de su superior. Aunque el olor que desprendían los animales hacía que quisiera salir corriendo del prado, pero si lo hacía, aparte de llevarse una buena bronca y una posible amonestación, todas las vacas y toros que lo vigilaban se echarían a correr tras él como en un encierro de San Fermín.

—Vale —Diego suspiró, viendo la torpeza del chico—. Aquí pasaron dos cosas durante la noche: lo primero, fijaos en todos los carreros que se aprecian sobre el pasto, los alambres que dan al monte están reventados y estas dos vacas —acercó el palo que sujetaba a las dentadas de los animales y a varias mordidas en la parte inferior—. No sé si lobos o perros, pero por las marcas de los colmillos sabemos que un Caniche no fue, y por todo lo que comieron, está claro que fue una manada de lobos o perros.

—Nada de eso. —interrumpió el dueño, señalando hacia una res blanca —. No tiene marca de colmillos por ningún lado.

—Cierto. Pero está desgarrada por la zona de atrás, suficiente para morir, y más si le falta medio cuerpo. Ya sabes como son los lobos, comen a su presa aún con viva —Diego se agachó de nuevo entre las dos últimas vacas muertas—. Ahora mirad esta y esta, están patas arriba y con el cuello torcido. Estas dos sí que murieron por la tormenta, algún rayo cayó por aquí cerca, y ellas, con los cuernos, hacen efecto de *pararrayos*. Cría ovejas que se te da mejor.

—Mi sargento —respondió Guillermo asustando— Esas de ahí se están acercando mucho.

—Están asustadas, llevan toda la mañana pegadas a nosotros. Eso sí, no eches a correr, que las cagas —Diego acarició el morro de una vaca marrón que estaba a su lado.

—¿Y qué hago yo? —interrumpió Manolo molesto—. ¿Sabes los *cuartos* que esto supone en pérdidas? Las últimas ovejas me las quitaste tú, igual que los tomates que me dijiste que plantara para no meterme en líos

—Llama al seguro y ellos te dirán qué hacer. Te dirán que te las van a pagar y blablabla, te pedirán papeles y más cosas, ya sabes cómo funciona esto —volvieron caminando hasta el coche—. Las ovejas que tenías eran robadas, y lo que tenías plantado no eran tomates: era marihuana.

—Ya te dije mil veces que no las robé, las encontré en un prado, solas, muertas de frío y le di un hogar. ¿Y por qué no puedo dedicarme tranquilamente a la agricultura como la gente honrada? Yo pensaba que eran tomates. Son plantas tan parecidas que dan lugar a confusión.

—¿Y el tomate y el cogollo también son parecidos? —soltó Diego riéndose—. Nosotros nos marchamos, cualquier cosa, llámame.

—¿La desaparición de Javier, cómo la llevas? —añadió el ganadero, rascándose la cabeza.

—Nos tenemos que ir —añadió el sargento como despedida.

El viaje de vuelta no fue tan tenso como el de ida, ambos intentaban seguir charlando con tranquilidad. El guardia en prácticas tenía muchas dudas sobre Manolo el *Besugo* y su vida anterior, y sobre la muerte de las vacas. El sargento se lo iba explicando a su manera, no era un experto en el tema, pero llevaba años de carrera compartiendo tiempo con amigos del SEPRONA, y había aprendido bastante de ellos.

Guillermo escuchaba atento. Diego era serio y poco hablador con quien no conocía, pero, en confianza, resultaba totalmente distinto.

Llegaron al cuartel de Pizarros envueltos en una niebla densa que no dejaba ver más allá de un brazo. Para quien estaba acostumbrado, aquello no suponía un desafío, pero para alguien nuevo como Guillermo resultaba asfixiante, perdido y desorientado, hasta que alguien le echó la mano sobre el hombro y lo llevó hasta el garaje. Una vez con el portal cerrado, la niebla desapareció al completo, como si hubiese sido un mal sueño.

—¿Estás bien? —preguntó Diego.

—Sí —contestó Guillermo—. Es esta niebla, me confunde y no veo nada. Pero no se lo digas al teniente Bazán, por favor —rogó Halvorsen.

—Claro, la niebla —dijo Diego, esbozando una risa que a Guillermo no le hizo tanta gracia—. Aquí hay días que casi tenemos que ir palpando. —siguieron caminando—. Una cosa más Guillermo, la próxima vez que pase algo como hoy, me da igual la excusa que tengas, pero te acercas. Y si hace falta, metes la mano en las tripas del animal muerto, ¿entendido? —lo dijo tajante—. Lo de hoy eran solo un par de vacas muertas y medio comidas, mañana podría ser una persona sin tripas o sin cabeza. ¿Qué excusa pondrías entonces para no acercarte? Ahora volvamos a la mesa, tenemos trabajo. ¿Sabes hacer un informe?

—Es que nunca vi un muerto, además, acababa de tomar el café —tragó saliva— y el olor tampoco es que ayude a mucho. Informes sé hacer, nos los enseñaron en la academia.

—Pues no desayunes, y ponte al día —replicó Diego—. Porque en este trabajo vas a tener que acostumbrarte a ver de todo, incluso cadáveres, no tantos como un forense, pero los vas a ver. Y no estarán tan presentables como en un velatorio. Venga, vente conmigo, te voy a enseñar cómo quiere el teniente que se redacten los informes.

El sargento se acercó a la máquina por otro café, aunque el nuevo no tenía ganas de nada. No entendía como su superior tenía estómago para tomar algo después de la escena que acababan de ver. Con el vaso en la mano, se sentaron en la mesa de Diego. Este cogió su tarjeta del fondo del cajón y la colocó en una ranura del teclado de su ordenador. Asú tuvo acceso a las aplicaciones, programas y a la intranet de la *empresa*. Apartó un poco los papeles y carpetas que tenía sobre el escritorio para hacer hueco y, cuando la pantalla se encendió mostrando el fondo verde, Guillermo

cogió una silla y se sentó al lado, preparado para recibir una clase de cómo debía redactar el informe.

—En la parte superior no hace falta escribir nada. El programa detecta la tarjeta y de inmediato aparecen ahí mis datos identificativos: nombre y apellidos, número de placa y DNI, puesto y cargo, antigüedad, y demás —Diego iba señalando con la flecha del ratón—. También salen los datos del cuartel y cuatro cosas más.

Guillermo seguía atento, leyendo como si fuera la primera vez que veía un informe.

—La parte de abajo quizás es más compleja —prosiguió Diego—. Tienes que poner qué motivó el desplazamiento. En nuestro caso, una llamada recogida a las 7:50 de la mañana. Añades el lugar, la hora de finalización... Luego explicas qué ocurrió al llegar, lo que vimos, si el denunciante mostró agresividad, y quién era…

—¿Cómo los de la academia? —preguntó Guillermo.

—Sí. Un informe debe ser claro, ordenado y objetivo. Pones la información sobre el denunciante, testigos y sospechosos, si los hay; haces un relato cronológico de los hechos, las evidencias recogidas, las actuaciones realizadas y, finalmente, conclusión y la firma. Todo debe poder verificarse y no incluir opiniones personales —Diego señalaba cada apartado en la pantalla como si dibujara un esquema—. Es importante que sea objetivo, preciso y que no falte ningún detalle relevante.

—Escuché en Granada que hay informes de más de diez páginas.

—Claro —asintió Diego—. Depende del hecho ocurrido. No es lo mismo un ataque de lobos que una pelea o un asesinato, si no hay testigos o si hay diez. Si hay apoyos de otros cuerpos, si interviene la ambulancia… todo eso cambia la extensión del informe.

Giró un poco la pantalla hacia el nuevo y le acercó el teclado para que practicara. Lo más importante del atestado era recoger los hechos de manera objetiva. Lo más difícil al empezar era dejar de lado los criterios subjetivos, los ‘creo que’ y los ‘opino que’. Parece fácil, pero no lo es.

—Bien, ¡Ya lo tienes! Solo has tardado dos horas —se pasó una mano por la cabeza—. Si esto fuese real, solo tendrías que copiarlo y pegarlo en otro programa, revisarlo una vez más y enviarlo. Ten cuidado de no repetir palabras, que no quede redundante, y no te olvides de nada. —Apoyó la mano sobre las carpetas—. Y después de nuestra primera clase, veamos qué nos toca hacer ahora con esta pila de papeles.

—¿Todo eso son casos abiertos que tiene que llevar? —preguntó Guillermo, abriendo muchos los ojos.

—Sí. La mayoría los llevo con ayuda de mis chicos, guardias y un cabo. Tengo otro caso que lo llevamos de manera exclusiva Eva y yo y, por último, una desaparición en la que estamos trabajando mi equipo y los sargentos; es decir, Eva y yo.

—¿En ese caso hay guardias?

—No, solo en momentos puntuales. Es un caso… complicado, con gente complicada y solo quieren a los sargentos en él —cogió las carpetas — Mira, aquí tengo unas cosas en las que nadie está trabajando: otra pelea este fin de semana durante la semifinal de un partido de cadetes y una denuncia por tala de árboles en una propiedad que no correspondía. ¿Cuál quieres revisar?

Guillermo lo tenía claro. Sus ansias lo delataban: quería saber todo sobre la desaparición. Pero tuvo que contenerse y pensar qué responder, aunque pasara lo que pasara, no dejaría ese caso de lado.

—Lo de esa desaparición que escuché es más urgente, pienso yo. Las primeras horas son fundamentales y los primeros días, cruciales — respondió en un tono pausado, sintiendo los latidos de su corazón en la boca —. ¿Cómo va?

—No va. La investigación está llegando a un punto muerto. Ni la sargento ni yo tenemos muy claro por dónde buscar —Le tendió la carpeta del caso a su nuevo compañero—. El teniente nos tiene las manos atadas. Lo que hay en esta carpeta no vale para nada y los vecinos son más cerrados como una almeja de Carril.

—¿Solo tienen esto? En el periódico había más líneas escritas —Su rostro se dibujó con una mueca de decepción.

El día 29 de octubre del presente año 2020, a las trece horas y diez minutos, se recibió una llamada comunicando la desaparición de Javier Fuentes García, de 94 años, vecino del pueblo de Antas, cuyos familiares le perdieron la pista cuando se dirigía al Cementerio de la parroquia de Santa Eulalia de Antas (adjunto foto del hombre y del lugar de la desaparición). Se realizó una visita a la vivienda con resultado negativo (…). Posteriormente, varios vecinos se acercaron a los Guardias Civiles en busca de información, correspondiendo a los nombres de (…) y, por último, se revisó el camino que comunica el punto A (vivienda del desaparecido) hasta el punto B (cementerio) y

la única carretera existente (…). Las patrullas se retiraron del lugar a las veinte horas de la noche por falta de visibilidad, con la intención de retomar la búsqueda al día siguiente.

En la primera página del dossier no veía nada de valor, salvo las fotografías que le ayudaban a hacerse una idea y crear un mapa mental para ubicarse. Leyó todo fijándose en detalles que no le gustaban o que, por alguna extraña razón, le llamaban la atención.

—¿Has visto algo, Guillermo? —preguntó el sargento.

—Puede —tiró las fotos del cementerio sobre la mesa y cogió una de ellas— Fíjese, en esta esquina se ve una sombra negra, demasiado oscura para ser de un árbol o de una persona.

—Esa esquina es un lugar muy sombrío y cubierto de maleza. Esa sombra puede ser de un árbol, alguna cruz de los nichos o incluso de alguno de los compañeros que estaba allí cuando hicieron las fotografías.

—Sí, pero entonces debería haber más sombras, ¿no? A esta no le encuentro parecido ni con un árbol ni con una persona… —hizo una pausa y lanzó una mirada a su superior—. ¿Y si nos acercamos hasta allí? Así podremos verlo con claridad.

—No podemos. El teniente Bazán no me deja. Ya te dije que me tiene las manos atadas. Dice que tenemos casos más importantes que una desaparición y que ya he gastado muchos recursos. Pero…

—¿Pero qué? —preguntó Guillermo sin entender.

—Que acatar órdenes no es lo mío y veo que a ti te va la marcha —sonrió—. Mañana salimos. Hoy tengo otra cosa que terminar y la sargento Escobar me está esperando.

—Ese hombre merece que lo encontremos. Tiene derecho a que su familia sepa dónde está. Necesitamos resolver esto cuanto antes.

—Guillermo, escúchame. Estamos hablando de una persona de noventa y pico años que, probablemente, lleva muerta desde la primera hora que salió de casa. No podemos pasar todo el día buscando un cadáver mientras que los vivos se matan entre ellos. ¿Entiendes lo que quiero decir? —el sargento acompañó a su compañero hasta una mesa vacía.

—Le entiendo. ¿Si esta es mi mesa, puedo investigar desde aquí? ¿Y acercarme esta tarde al cementerio?

—¿Sabes que si encuentras alguna prueba no será válida? Un juez podría desestimarla. Nos quedamos igual que ahora, sin nada y con el teniente tirándonos de las orejas. Yo te dejo hacer lo que quieras en tu

tiempo libre, solo te pido que no me salpique. No necesito tener más problemas con los de arriba.

—Tranquilo, seré discreto. Llevo años haciendo esto, es mi *hobby*. —una sonrisa pícara se mostró en su cara.

Capítulo 7.

Lugo, noviembre 2020

«¿Qué llevas tiempo haciendo qué?»

En la cara del sargento Piñeiro se dibujó una expresión mezcla de "*no entiendo nada*" y "*¿Qué estás diciendo?*", pero prefirió no preguntar y seguir con su trabajo. Guillermo apreció su gesto y empezó a reírse, se relajó en la silla como si estuviera probando un sofá nuevo y le contó su afición: desde los 15 años se dedicaba a recorrer los cementerios de Madrid, Barcelona, Castilla-La Mancha y a fotografiar todo aquello que le llamaba la atención para, posteriormente, subirlo a sus redes sociales. Incluso le contó el día que, sin querer, terminó como fotógrafo en varios catálogos de las revistas funerarias, haciendo las mejores fotos para que se mostrasen en los tanatorios más importantes del mundo, sin que se perdiera ningún detalle.

Su compañero no daba crédito de todo lo que escuchaba, pero optó por callar y esbozar una sonrisa fingida. Al fin y al cabo, en aquel cuartel había gustos diferentes y algunos, cuestionables.

Aquella misma tarde, Guillermo cogió un bocadillo en el bar al salir de trabajar y marchó corriendo al cementerio. Eran las cinco y cuarto. En menos de una hora, sería de noche y la `investigación` sería más complicada, así que debía apresurarse para examinar todo con claridad suficiente. El camino se le hacía eterno, ni siquiera por la mañana con el silencio incómodo de su superior, se le había hecho `eterno`. Tenía la sensación de estar pasando una y otra vez por el mismo sitio: misma curva, misma recta o misma casa de piedra con el tejado de losas negras... todo era tan parecido que lo llevaba a confusión.

Al cabo de veinticinco minutos "una voz de mujer —a cincuenta metros, su destino estará a la izquierda— le indicó que había llegado". Guardó el móvil en el bolsillo interior de la cazadora y se apeó del vehículo mientras se acomodaba la ropa.

Se apostaría su puesto de trabajo a que cuando salió del cuartel no hacía aquel frío helador de Antas. Se subió aún más el cuello de la cazadora y aprovechó para ponerse la capucha. Delante de él, a unos diez metros, estaba la puerta del cementerio: una cancela alta, de dos hojas

con barrotes de hierro y un muro bajito que no terminaba de encajar con el conjunto. El pasador chirrió agudamente cuando lo giró y tiró de él hacia arriba. La hoja estaba atascada en el barro y le costó desatascarla. Pasó al interior y la cerró tras de sí, preguntándose si aquello sería una buena idea.

Con cautela, se fue adentrando al cementerio. Un cruce de emociones afloró dentro de él. No sabía a dónde mirar ni en qué detalle fijarse. Durante varios minutos caminó en línea recta, pasando por la parte trasera de una iglesia gótica con bastantes siglos de antigüedad. Aquella iglesia destacaba demasiado allí dentro.

Se asomó a una de las ventanas. En medio de la oscuridad se apreciaban unas cuantas velas rojas y blancas ardiendo cerca del altar. Quizá algún feligrés las había encendido por una promesa u ofrenda. En el altar había una mesa de piedra cubierta con un largo mantel blanco, varias flores colocadas encima y, detrás, colgado de la pared, un Cristo crucificado, delgado y con la mirada perdida hacia el suelo, Guillermo dio un salto hacia atrás cuando lo vio.

Los bancos de madera, alineados, bañaban el suelo de la iglesia, cubierto de piedras con unas extrañas inscripciones que desde fuera no lograba leer.

Antiguas tumbas, quizá —pensó—.

Sí. Confirmado: tumbas.

Cuando miró al suelo que pisaba, se dio cuenta de que sus botas estaban pisando una lápida de una tal Eveltina Pereiro. Alrededor había más, muchas más. Pero no se había percatado hasta ese mismo instante. Todas con letras de acero inoxidable o grabados a relieve, flores, velas y pequeñas figuras —santos o ángeles— que parecían observarlo en silencio, preguntándose quién era aquel hombre que pisaba lo que ellos custodiaban.

Decidió caminar con cuidado, intentando no pisar a ninguno de los que allí descansaban, No era necesario `hacerlo`. Fue apoyando los pies en los escasos centímetros de tierra que separaban una tumba de otra. Al fin, después de varios metros, ya todo era campo verde. Vio como los nichos literas que se levantaban junto al camposanto estaban repletos de flores y velas.

La noche ya caía sobre él. Sacó una linterna del bolsillo y continuó su paseo. En el lateral derecho del cementerio no había nada, solo nichos. A medida que se dirigía hacia la parte frontal de la iglesia, escuchó cómo una voz lo llamaba por su nombre. Decidió ignorarla: llevaba demasiados años recorriendo cementerios de día y noche, sabía que el miedo y la sugestión no eran buenos compañeros.

Respiró hondo y continuó.

Cuando llegó a la parte delantera de la iglesia, vio cómo un banco de piedra se fusionaba con el muro que cerraba el cementerio. A los lejos podía distinguir árboles centenarios y maleza.

Al asomarse por encima del banco, un bramido fuerte sonó a sus espaldas. Se giró tan rápido que tambaleó sobre sus pasos hasta casi caerse. Apuntó con la linterna a todos los rincones, pero no había nadie. Solo una espesa niebla que devoraba el terreno a toda prisa. Sin pensárselo dos veces, echó a correr. La noche estaba adquiriendo un aspecto muy desagradable. Saltó por encima del muro bajo que rodeaba esa zona y se metió en el coche, tratando de encontrar las llaves que se le habían caído en la alfombrilla.

—Esto parece una película de miedo… —murmuró mientras arrancaba.

Metió primera y salió quemando rueda.

Notaba cómo *algo* lo había echado de aquel lugar.

No quería seguir un minuto más en aquel pueblo viendo como la niebla aparecía y desaparecía a su antojo.

Pocas veces había pasado tanto miedo haciendo *necroturismo*[1], y eso que había tenido motivos suficientes para ello.

La primera vez que entró solo de noche en el Cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, recorrió la zona antigua investigando unas tumbas que le habían recomendado sus amigas. Aquello era espectacular: la decoración, las zonas derruidas, o las pequeñas sepulturas de no más de cincuenta centímetros de largo.

Neonatos, probablemente.

Se había entretenido demasiado haciendo fotos con el encuadre perfecto y, cuando volvió a ser consciente del tiempo, ya había oscurecido. La puerta principal estaba cerrada con llave y los vigilantes de seguridad pronto empezarían la ronda. Salió corriendo hacia la salida de la parte

trasera de aquel gigantesco cementerio. Poca gente conocía aquella puerta y allí no había vigilancia —¿quién iba a querer vigilar una zona vieja, destruida y medio devorada por la maleza?—.

Tras cinco minutos de carrera, divisó el muro lleno de hiedra a unos trescientos metros en línea recta. A medida que se acercaba, se dio cuenta de que la cancela tenía luces rojas en la parte baja, o algo que iluminaba el suelo. Giró por la última calle y, de repente, se detuvo en seco.

No podía creer lo que estaba viendo. Se frotó los ojos, pero nada había cambiado. En un gesto instintivo de protección, se agachó tras la tumba que tenía delante. Observó cómo un grupo de personas, vestidas con túnicas oscuras, encendían cirios negros, colocándolos de manera que formaban un círculo. En el centro había algo que no alcanzaba a distinguir bien, parecía un perro de unos diez kilos, o algo similar, que no paraba de chillar de miedo.

Uno de los integrantes sostenía una espada de hoja ancha y pesada. Otro llevaba algo en la mano que dejaba un rastro de sangre por donde pasaba.

De repente, un grito desgarrador surgió del grupo:

—¡¡EEEHHH, TÚ!!

Un haz de luz lo alcanzó de lleno. Lo habían visto. Varias linternas o focos apuntaron hacia él.

Guillermo salió corriendo a toda velocidad en dirección contraria, oyendo cómo las voces y pasos detrás de él se multiplicaban. Lo estaban persiguiendo.

No sabía a dónde ir. La puerta trasera era la opción más segura para salir de allí de noche, pero ese día todo se había torcido. La entrada principal no era mejor, sabía que los vigilantes estarían en la garita, pero viendo que las dos opciones eran malas, optó por escoger la menos mala.

Echó a correr hacia la garita. Allí nada le pasaría, —o, como mucho, le caería una bronca monumental—, pero al menos salvaría su vida. Con la cámara colgada al cuello y con sus perseguidores pisándole los talones, sería fácil explicar lo que le acababa de pasar.

Capítulo 8.

Lugo, noviembre 2020

La mañana arrancaba lentamente para Guillermo. Otra noche mala en Lugo: la segunda. Se metió en la ducha tratando de eliminar los últimos restos de sueño mientras repasaba lo que había sucedido en aquel cementerio. Lo único que tenía claro era que había tenido la suerte de poder investigar aquello que le había hecho cruzar España, y no con el enfado que traería otra persona al ser sancionado durante el periodo de prácticas.

—Buenos días, sargento, ¿Qué tal? —dijo Guillermo al llegar a los vestuarios y encontrarse con su superior, que estaba terminando de cambiarse.

—Buenos días, Guillermo. No vengas con tantas ganas de trabajar, que aún te van a tener que ascender —contestó Diego con una sonrisa—. ¿Hubo jarana ayer a la noche o qué? Fiestas por aquí no hay, así que... o has conocido a alguien o ha venido tu novia a visitarte. Coge un café en la máquina y despierta de una vez, que tenemos trabajo.

—Es evidente que no dormí mucho —respondió, algo irritado, mientras miraba de reojo a Diego—. Pero no le eches la culpa a mi pareja, porque no tengo. Estuve en el cement…

El sargento carraspeó de pronto, interrumpiéndolo, al pasar el teniente frente a los vestuarios.

—El teniente anda por aquí. Después cuando salgamos a la carretera, me lo cuentas ¿vale? —se terminó de atarse las botas y salió del vestuario, seguido de Guillermo—. ¿Te parece si volvemos a repasar el informe y lo que hemos hecho? Hay cosas muy mal redactadas.

—Perfecto, es mi superior y controla más que yo. Pero tengo que darle la razón en una cosa: ayer le eché un vistazo al informe cuando me lo dio, y a simple vista las horas están mal puestas —dijo antes de darle un sorbo al café recién sacado de la máquina—. Y teniendo en cuenta que usted es sargento y yo un chaval recién salido de la academia con cero rodaje... ¿Es posible que en una desaparición de un anciano nadie hable con los familiares? ¿Sabe quién fue a Antas cuando se hizo la denuncia?

—Al pueblo fue el teniente Bazán, y él mismo redactó el informe. Mal, pero lo hizo. Después le pasó el caso a la sargento y se lo quitó en cuanto ella quiso hablar con los vecinos. Y ahora soy yo quien está al mando desde ayer... y con las manos atadas —Piñeiro se sentó en la mesa de Halvorsen mientras volvía a leer el informe—. ¿Qué pasa con las horas?

—Algunas horas empiezan antes que otras —dijo Guillermo, cogiendo una hoja en sucio y empezando a dibujar—. Me explico: si su móvil marca las 8:15 y envía un mensaje, este mensaje tendrá esa hora o posterior. Y cuando le respondan, será en un tiempo igual o superior al del mensaje. ¿Me entiende?

—¿Estás diciendo que si son las 8:15 es imposible enviar un mensaje a las 8:00 y que el receptor conteste a las 7:45, ¿cierto?

—¡Justo! Pues en el informe pasa eso. No sé con qué horas, pero si la llamada fue a X horas, no entiendo cómo la patrulla llegó allí quince minutos antes de esa llamada. Y así con otras horas también.

—Sí, lo sé. El teniente siempre lo hace así de mal. No entiendo cómo llegó a ese despacho. También pone que hubo batidas con perros y caballos, y eso es mentira.

—A mí me gustaría ver la zona de la desaparición. ¿Es posible?

El sargento echó un vistazo al despacho del teniente y se aseguró de que tenía suficiente trabajo allí dentro como para no fijarse en quiénes faltaban en el cuartel. Cogió las llaves de uno de los coches y salió con Guillermo en dirección a Antas. Ambos iban con la idea de empezar de cero en la investigación y hacerla al margen del teniente. Lo primero y más importante era realizar una reconstrucción desde cero: hablar con la familia, vecinos, buscar testigos o inspeccionar la zona.

Durante el camino, Guillermo empezó a relatar lo que vio en el cementerio de aquella pequeña aldea la noche anterior: como era por dentro, las tumbas colocadas en el suelo que estaba pisando sin darse cuenta, las voces, el gruñido o la niebla espesa que devoraba el terreno en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Y bien? —preguntó Halvorsen.

—¿Y bien qué? —respondió el sargento sin apartar los ojos de la carretera.

—Pues eso, lo que le conté. ¿Qué qué opina?

—Por partes. Sí, debajo de esas piedras del interior de la iglesia antiguamente enterraban a la gente, algunas aún conservan los grabados, pero es imposible leer nada. Las de fuera son tumbas que se usan en la actualidad. Ten cuidado de no pisarlas, no será la primera vez que alguien se cae dentro y nos toca ir en su rescate con ayuda de los bomberos.

—¿Y del resto qué me puede decir? —insistió Guillermo, ansioso.

—¿Sinceramente? Raro. Las voces que dices que te llamaban, se llama tener miedo, y pasa mucho en lugares tan tétricos como estar dentro de un cementerio de noche. Y el gruñido sería algún animal que estaba cerca, acuérdate de los lobos que mataron las vacas del *Besugo*. Estarían avisando al resto de la manada para bajar a comer —esbozó una sonrisa.

—¿Y la niebla?

—La niebla es así. A veces cubre despacio y otras, en dos minutos, se come una aldea completa. Nada de lo que alarmarse.

Aquellas palabras le cayeron como un vaso de agua fría sobre Guillermo. Pensó que su sargento lo entendería y le daría ánimos para seguir investigando aquellos fenómenos extraños, pero poco le faltó para tratarlo de loco. En ese momento deseó con todas sus fuerzas tener cerca a sus amigas, con sus ideas y ánimos todo sería fácil. Ellas sí entendían cómo funcionaba su cabeza. Quizá porque compartían las mismas creencias, gustos y aficiones, pero para Piñeiro, aquello eran tonterías. Él no creía en nada y siempre buscaba el lado racional a las cosas.

O al menos, lo intentaba.

De repente, en el coche se volvió a formarse el silencio incómodo del primer día. Tan solo la emisora de radio lo rompía. Guillermo ya no escuchaba nada: ni la radio, ni el motor del coche, ni las piedras que crujían bajo las ruedas. Solo pensaba en cómo serían las cosas si aquellas mujeres estuvieran a su lado y no a seiscientos kilómetros de distancia.

El sargento era consciente de que la relación con el nuevo no estaba teniendo un buen comienzo. Nunca había tenido a nadie en prácticas bajo sus órdenes, aunque sí los había visto por los cuarteles en los que había trabajando. Pero no es lo mismo verlos que tener que ser su mentor durante casi un año. Lo único bueno del chico era su afán de conocer los pueblos, algo que Diego aceptaba encantado. Estar tanto tiempo encerrado aguantando a sus hombres, haciendo trabajo de oficina o escuchando gritos

no le gustaba nada, y cada poco tiempo tenía que salir unos minutos a fumar, tomar aire fresco, relajarse y volver a su puesto.

—Llegamos —dijo Diego mientras apagaba el motor del coche.

—¿Aquí fue donde se perdió el hombre? —preguntó Guillermo, confundido.

—Esa es la casa —Diego señaló hacia una vivienda—, y la carretera que va hacia el cementerio es esa otra —indicó con un dedo hacia el frente.

—Pero aquí es imposible perderse —dijo mientras comenzaba a caminar por la carretera que le señaló su superior—. No veo caminos alternativos ni pistas de tierra.

—Ya, es una carretera sin salida, no hay pistas hacia las fincas ni nada… El hijo de Javier pudo ver perfectamente el recorrido que hizo su padre aquel día —Piñeiro silbó para llamar por su compañero—. Primero intentemos hablar con la familia, luego ya vamos hasta allá.

El sargento llamó al timbre de aquella casa de piedra y, en cuestión de segundos, salió un hombre alto, fuerte, de unos sesenta años y pelo canoso. Al ver a la Guardia Civil delante de su puerta, no pudo evitar que el corazón se acelerase de una forma casi absurda, necesitaba noticias nuevas.

Piñeiro se presentó como el sargento del cuartel de Pizarros que estaba al mando del caso. Trató de explicarle el motivo que los llevaba de nuevo hasta el pueblo de Antas, y Jaime enseguida los invitó a pasar. Él también tenía preguntas y, sobre todo, quería saber por qué lo habían mantenido desinformado durante tanto tiempo. El sargento empezó haciendo las preguntas básicas, mientras Guillermo tomaba notas en una libreta.

Querían saber a qué hora había salido el hombre de casa y a qué hora se dieron cuenta de que no volvía; la ropa que llevaba puesta; su estado físico, mental y de salud en general; cómo era la relación en casa con su familia; qué hicieron antes de llamar a la Guardia Civil... y, sobre todo, mostrar un poco de empatía con Jaime y saber cómo se encontraba en aquel momento, aunque ya se imaginaban la respuesta: *«Pues mal, ¿cómo queréis que esté con mi padre desaparecido y sin noticias?»*

Dado por finalizada la entrevista y resueltas varias dudas, guardaron la libreta y salieron de la casa para dirigirse al cementerio, siguiendo los pasos que Javier había dado unos días antes. Al cerrar el portal, vieron a

una anciana de más de noventa años sentada en un banco de piedra, apoyando sus manos en un bastón de madera y observándolos fijamente. Guillermo trató de acercarse, pero un leve ssshhh de su compañero lo detuvo. Diego no podía permitir que el nuevo tomase la iniciativa hablando con ella y arriesgase a meter la pata.

—Iso foi o Chopo[2] —murmuró la mujer, clavando sus ojos en el guardia y sosteniéndole la mirada.

—¿El Chopo? —preguntó el sargento, esperando una respuesta.

—¿Quién es el Chopo? —insistió Guillermo, mientras cerraba la puerta del coche patrulla y acercándose a la mujer.

—¿Non saben quen é? Mal ides entón[3] —respondió ella.

Si las miradas matasen, Guillermo habría caído fulminado en ese mismo momento con la que le lanzó su compañero. Pero, como no matan, ignoró el gesto y continuó hablando, pese al susurro previo de su sargento: «Déjame hablar a mí, tú ni mú».

—Pues no, no sé quién es. ¿Debería? He hecho una búsqueda intensa en Internet y no aparece absolutamente nada sobre ese ser, persona… o lo que sea —dijo Guillermo, acercándose más.

—O internet no sabe nada, nin o vai saber. ¿Sabedes cantos veciños vivimos aquí? As nosas novas non saen máis alá de dous concellos. Pero isto é distinto: fíxose famoso porque o seu fillo ten cartos e medios para que a noticia chegase máis lonxe do noso pobo.[4]

—También he buscado en libros antiguos, enciclopedias y mitología gallega, pero nada.

—¿Libros de onde? ¿De Madrid? ¿Ou de Noruega? —la anciana soltó una risa grave y, sorprendentemente ágil, se incorporó y empezó a alejarse —. Estánvos enganando e non vos decatades. Todos vos minten.[5]

—Eee… —Guillermo trató de continuar, pero una patada discreta de su superior fue suficiente señal para callar.

En silencio comenzaron a caminar por la carretera que los conducía al cementerio. Halvorsen fue por el lado derecho y Piñeiro por el izquierdo, fijándose en las cunetas, pequeños barrancos o recovecos. Entre los dos era más sencillo revisar el terreno, igual que lo habían hecho sus compañeros días antes. Pero seguía sin haber rastro del hombre. Toda la zona estaba

bien peinada, y había marcas claras: helechos rotos, zonas de hierba y zarzas aplastadas y pisoteadas.

La cancela del camposanto se abrió con una suavidad pasmosa.

—¿Pero cómo…? —pensó Guillermo—. Si ayer estaba casi atrancada.

Empezaron a caminar, primero esquivando unas lápidas situadas a ras del suelo y luego la verde y brillante hierba. Todo seguía igual que la noche anterior: las flores, las velas, las figuras…

Frente a la iglesia se podían ver unos bancos de piedra tallada a bajo relieve, medio devorados por la maleza. Se acercaron con la intención de buscar algo detrás: un cacho de tela de una camisa rasgada o unas botas, pero estaba limpio, y todo apuntaba a que la patrulla del 29 de octubre ya había revisado aquel lugar.

—¿A qué vino lo de Noruega? —preguntó Piñeiro.

—Nací en Noruega, pero no sé cómo lo supo la mujer. Quizá casualidad —respondió Guillermo, haciendo una pausa mientras miraba atentamente algo en el móvil—. ¿Esto es una tumba, sargento? Debería estar allí. —señaló hacia la maleza, casi fuera del cementerio.

—¿Qué dices? —Diego encendió un cigarro, dio una calada y le ofreció otro a su compañero—. La calidad del satélite tampoco es muy buena, ¿pero por qué está tan alejada de las otras?, ¿La persona enterrada ahí era bruja o actriz? No le veo otra explicación.

—Ya no fumo. Mire —le acercó el móvil, enseñándole una aplicación con vista aérea que mostraba algo rectangular en la esquina.

—¿De qué año es esa panorámica? —dio otra calada y dejó salir el humo—. Igual ya tiene años y la maleza se comió todo, porque desde aquí no veo nada. Luego hablaré con el cabo Abascal para que me diga a quién pertenece la tumba. En caso de que esas imágenes sean ciertas, esto tiene que tener dueño, aunque sea el ayuntamiento o la iglesia.

—De ser así, se habría dado cuenta.

—¿Cuenta de qué? Yo no piso una iglesia ni un cementerio si no es por personas únicas. Llevo poco tiempo trabajando aquí y tampoco soy de la zona.

—Y mire —le volvió a enseñar la pantalla del móvil—. Es de septiembre del 2020, hace dos meses.

—¿Y cómo me explicas que haya desaparecido en dos meses? Es una tumba: un agujero de tres metros de fondo por dos de largo, no es como una planta de tomates que se pueda arrancar sin dejar huellas. Ahora vámonos

de aquí, no me gusta este sitio —estaba tan nervioso que el cigarro que sostenía con dos dedos casi se le cae.

—¿Irnos a dónde?, ¿Se encuentra bien? —Guillermo notó el estado de nerviosismo y la palidez de su superior.

No quiso perder ni un segundo más dentro de aquel lugar. Salió a la carrera detrás de Diego, cerró la cancela de un golpe brusco y cogió las llaves al vuelo que le acababa de lanzar su superior, que seguía pálido, temblando y apenas podía sostenerse en pie. El viaje de regreso fue en silencio; solo se escuchaba el motor y la música con interferencias de los viejos altavoces.

Cuarenta minutos más tarde llegaron al cuartel. Guillermo sacó la libreta y, ya más calmado, empezó a revisar lo que tenía apuntando de la entrevista con Jaime. Con un lápiz fue marcando los datos que le parecían importantes, después accedió al ordenador con su tarjeta, entró en la aplicación y comenzó a comparar la información nueva con el informe que ya tenían hecho.

El primer fallo que encontró, a pesar del que ya sabía, era que Javier sí tenía problemas de movilidad y salud: llevaba años medicándose para varias dolencias, entre ellas, demencia senil. Sin embargo, aquella información había sido omitida en el primer informe y presentada de forma contradictoria en el periódico.

Las horas, una vez más, no cuadraban. En el informe firmado por el teniente Bazán se indicaba que la desaparición se produjo por la tarde, pero la llamada de alerta quedó registrada a la una del mediodía. Su hijo confirmó que su padre salió de casa a primera hora de la mañana.

La relación entre padre e hijo era entre “normal a tensa”. En los últimos días se había tensado bastante la cuerda, porque Javier insistía en ir a visitar a su difunta esposa al cementerio y el hijo no lo permitía, lo que provocaba discusiones diarias entre el padre, el hijo y la nuera. Incluso algún vecino llamó a la puerta al escuchar los gritos. Pero, en el informe, se indicaba que mantenían una relación cordial, sin discusiones y sin problemas mayores.

Lo más duro fue leer cómo el teniente firmó el documento afirmando que habían hecho búsquedas exhaustivas, con varias batidas y perros de rastreo durante las primeras 48 horas. Pero, según el hijo del desaparecido, los vecinos y lo que le había contado Diego, todo era mentira.

En ese instante, Guillermo se dio cuenta de que el sargento aún no había regresado a la mesa después de media hora de ausencia. Preocupado, salió en su búsqueda por los pasillos del cuartel, al garaje y al patio trasero, quizá estaría allí fumando. Pero nada. Ni rastro. Por último, de casualidad, entró hasta los baños.

El sargento Piñeiro se había pasado todo ese tiempo en los vestuarios, intentando comprender lo que había sentido en aquel cementerio. Se encontraba mareado, ausente de la vida; su cuerpo pesaba varias toneladas y apenas podía llenar los pulmones de aire a pesar de haberse quitado el jersey y la camiseta para sentirse más liviano. No dejaba de echarse agua en la cara, pero todo le daba vueltas y casi no lograba enfocar su cara en el espejo.

En un último movimiento, se sentó en el suelo de la ducha, abriendo el agua y dejando que el chorro casi frío cayera sobre él. Seguía sintiendo una presión en el pecho, como si un elefante estuviese sentado sobre él, disfrutando. Aquello no le podía estar pasando, no a él.

De repente, dejó de escuchar las voces de sus compañeros en el cuartel, que se iban convirtiendo en un eco lejano. Un fuerte dolor de oídos acompañado de un zumbido dio paso a que su visión se desenfocara y quedase en negro, mirando a la nada. Por último, un golpe seco sobre el suelo de la ducha hizo que todo se volviese completamente oscuro.

—¡Sargento! ¡Sargento! —una voz resonó en su cabeza, pero no sabía de dónde ni cuándo.

—¡Sargento, despierta! —gritó Guillermo nervioso mientras le sujetaba la cabeza. ¡AYUDA! —gritó desde el interior del baño.

En cuestión de segundos, llegaron dos guardias a la carrera, alarmados por los gritos y sin saber muy bien qué estaba pasando allí dentro. De inmediato llamaron a la ambulancia y trataron de despertarlo, sin conseguirlo.

—¿Qué le pasó? —gritó uno de los guardias desde el suelo, sujetando a su compañero.

—No lo sé. Vi que tardaba en llegar a la mesa y me lo encontré aquí, con la ducha abierta. —dijo Guillermo, tan nervioso que le costaba contener las lágrimas—. ¿Qué le pasa?

—Un ataque de ansiedad, creo. ¿Dónde está la ambulancia? —gritó de nuevo.

—Está en camino. —respondió el otro guardia, guardando el móvil—. La acabo de llamar. Guillermo, ¿Sabes si Diego te dijo algo antes de venir aquí?

— No… venimos de —trató de evitar decir que venían de Antas— una aldea que está allá abajo. Me dijo que condujese de vuelta, que él estaba cansado y así, de paso, yo conocería mejor la zona. Pero no sé qué le pasó, joder…

Capítulo 9.

Hospital - Lugo

Las horas pasaban con una lentitud pasmosa dentro de la sala de espera de aquel hospital.

La sala de espera estaba repleta de familias esperando noticias de sus seres queridos, de personas enfermas deseando ser atendidas y de otras que estaban mirando vídeos en el móvil a todo volumen, sin pensar en si molestaban a los demás. Cada vez que se acercaba un médico de bata blanca o una enferma de pijama amarillo, todas las miradas se concentraban en ellos, esperando una noticia aliviadora, o, por el contrario, una mala noticia acompañada de lágrimas y gritos de frustración.

En medio del caos se encontraban Guillermo y Miguel, sentados en una esquina e intentando pasar desapercibidos. No tenían por qué estar allí: su turno de trabajo había terminado varias horas atrás, pero tenían claro que uno de los valores más importantes de su trabajo es el compañerismo, y no se marcharían sin antes tener noticias de Diego y poder hablar con él, para comprobar que su estado de salud era bueno. Desde que llegaron al hospital, nadie se había acercado a ellos para informarles de nada, y la desesperación iba en aumento.

«¿Pero por qué no nos dicen nada? Joder…»

A eso de las nueve de la noche, una mujer alta, de unos treinta y cinco años, de pelo largo y castaño, entró a la sala de espera del hospital lucense. Todos los hombres se giraron hacia ella al escuchar el sonido de sus tacones. Vestía un vestido largo de color azul marino, acompañado de una gabardina beige y unos zapatos de tacón fino. No parecía necesitar atención médica, pero las miradas indiscretas no dejaban de seguirla.

Con pasos elegantes, se dirigió a la esquina donde dos miembros de la Guardia Civil estaban hablando entre ellos. Al llegar a su lado, se quitó las gafas de sol que cubrían sus ojos verdes.

—Buenas noches. ¿Sois vosotros los compañeros de Diego, verdad? —preguntó mientras mostraba una sonrisa blanca.

—Sí, somos nosotros. Estamos aquí para lo que necesite. —Miguel la contempló y respondió con una sonrisa pícara—. ¿Qué desea, señorita?

—Soy Fátima, su mujer. Me llamó Rafael hace un par de horas diciendo que Diego estaba aquí, pero por trabajo no pude venir antes. ¿Sabéis cómo está?

—Tranquila. Llevamos aquí con él desde las tres de la tarde y, como ves, ya es de noche. Si quieres, puedes sentarte aquí conmigo unos minutos; tu marido no se va a ir a ningún lado —respondió Miguel con otra sonrisa pícara—. Y no, a nosotros no nos han dicho nada sobre Diego. ¿Pero no te valgo yo de ayuda?

—Ya veo que eres el gracioso y el baboso de turno. Tú no me sirves ni para preguntarte la hora —respondió Fátima con tono despectivo—. Voy a intentar hablar con los médicos.

Volvió a salir de la sala haciendo sonar sus tacones con el mismo contoneo que había usado al entrar y se dirigió a la ventana de la entrada, donde un administrativo no tardó ni cinco segundos en dirigirse a ella y avisar al primer enfermero que pasó por cerca. El enfermero, un hombre de estatura media, complexión atlética y tatuado por todas las zonas visibles, no dejaba de mirarla mientras la acompañaba a la habitación donde se encontraba Diego.

Diego Piñeiro estaba tumbado en una camilla, consciente, separado de otra camilla por una cortina blanca y aturdido por todos los medicamentos que le inyectaron durante la tarde. Se cogieron de la mano durante varios segundos sin decirse nada, llevaban tanto tiempo compartiendo la vida que una sola mirada era suficiente para entenderse. Aunque su mirada seguía perdida en el techo de la habitación, los tranquilizantes que recorrían su cuerpo lograron dominar al hombre, que era puro nervio. Sus ojos se cerraban y ni siquiera su mujer conseguía mantenerlo despierto mucho tiempo.

A los quince minutos apareció un médico de bata blanca con varios papeles en la mano para informar de la situación: Diego permanecería toda la noche en observación en una de las habitaciones del hospital y, si todo iba bien, a la mañana siguiente podría volver a su casa.

Fátima cogió las bolsas con las pertenencias de su marido y regresó a la sala de espera para avisar a Miguel y Guillermo, sabiendo que llevaban toda la tarde esperando y que seguramente querrían hablar con él antes de marcharse.

Los tres subieron juntos en el ascensor, sin saber muy qué decir. Incluso Miguel, el más atrevido, se quedó sin palabras. Conocía a Fátima

desde antes de la boda, pero su presencia seguía intimidándole, igual que aquel primer día en que Diego la presentó en una de las cenas de Navidad del cuartel.

—Aquí debe de ser, la habitación 109 —dijo Fátima al leer el número de la puerta, casi al final del pasillo—. Sí, aquí es. ¿Queréis pasar vosotros primero? Supongo que tendréis ganas de volver con vuestra familia. —preguntó con una sonrisa.

—Mejor que pase usted primero; a su marido le gustará volver a estar contigo antes que vernos la cara a nosotros —respondió Guillermo de forma tímida.

—Como queráis, y tutéame por favor, que somos casi de la misma edad —respondió ella mientras entraba en la habitación.

Los chicos quedaron en silencio en el pasillo, esperando. Pocos minutos después, Fátima volvió a salir, pero ya sin cargar las bolsas con las pertenencias de su marido, sin abrigo ni bolso.

—Guillermo —miró el joven—. Me dice tu sargento que quiere hablar contigo, ahora.

—¿Conmigo? —respondió Guillermo, despistado.

—Sí, contigo. Quedaos los dos pendientes de él; yo bajo a buscar algo de comida y subo enseguida.

—¿Quieres que te acompañe? Igual tienes miedo ir sola por el hospital. Es de noche y a lo mejor hay algún fantasma esperando para asustarte. —dijo Miguel mientras caminaba a su lado.

—El único fantasma que vi hoy, eres tú. Pero si acepto que me acompañes es porque quiero que me digas qué le pasó a mi marido para terminar aquí —contestó ella mientras desaparecían por la esquina.

Guillermo se quedó parado al lado de la puerta sin saber cómo entrar. Estaba tan nervioso que le sudaban las manos; se las secó en las perneras del pantalón y trató de preparar la conversación en su mente antes de decir nada. Finalmente se asomó de nuevo a la puerta, como si temiese una emboscada. Entró en la habitación temblando hasta que en la primera cama localizó a su compañero. Al menos ya no estaba temblando como cuando lo vio por la mañana y tenía mejor aspecto, a pesar de estar despeinado y con cara de llevar sin dormir varios días.

—¿Me tienes miedo? —respondió desde la cama, sin moverse—. Si no me tenías miedo cuando tenía la *Beretta* en la cintura, no lo tengas ahora que estoy completamente desarmado.

—¿Yo? No, no le tengo miedo… Ni ahora ni antes. Es solo que no sé qué decir, mi sargento. —titubeó Guillermo.

—Pues sigue tranquilo. No tengo arma para disparar ni fuerzas para hacerte nada. Puedes sentarte en la silla, en la cama o donde te sea más cómodo. Tenemos que hablar.

—¿Es sobre lo que pasó esta mañana en el cuartel? —se acercó lentamente a Diego.

—¿Te puedes acercar un poco más? —le pidió mientras le señalaba la silla con la cabeza—. Ya vi las miradas que me echas en el vestuario. —vaciló con una leve sonrisa.

—Fue sin querer, no quería molestarle… ¿Pero qué pasó? Yo no te toqué. Y su mujer volverá enseguida

—No pasó nada, tranquilo, pero ten cuidado con esas miradas y, sobre todo, a donde las diriges. —le guiñó un ojo—. Veo que ya conociste a mi mujer ¿Qué pasa con ella? Le tienes más miedo que a mí, a pesar de que yo a veces cargue un fusil. —trató de incorporarse un poco—. Lo de esta mañana fue un ataque de ansiedad, nada grave. Pronto estaré dando guerra en el cuartel, de mí no te librarás tan fácil.

—Ya le dije que fue sin querer. No sé qué me pasó, se me fue la vista y… lo siento. —bajó la mirada al suelo—. Y sí, su mujer impone bastante. Estuvo abajo con el cabo Abascal y conmigo, no sabía que usted estaba casado… Como consejo le diré que tenga cuidado con Abascal, hoy casi le hacía falta un babero. —miró hacia el pasillo y contestó tímidamente—. Pero quiero saber qué le pasó esta mañana, ¿por qué ese ataque de ansiedad? En el cementerio estaba bien, y cuando volví a girarme ya estaba pálido.

—Miguel lleva babeando desde el día que la conoció. Siempre que la ve se hace el gracioso para intentar ligar, pero no tiene ninguna oportunidad. Yo estoy tranquilo. —se tumbó de nuevo y puso las manos bajo la cabeza— Y sobre lo ocurrido esta mañana, te pido que no se lo cuentes a nadie. Por favor. —dijo casi rogando—. En caso de que te vayas de la lengua, me encargué personalmente de que no jures el cargo.

—Eres sargento hasta estando enfermo… Ya sabes que soy discreto. Seré una tumba. Cerrada, claro.

—Sé que no me vas a creer, pero te lo cuento igual. Necesito compartir esto, y aunque no te conozco de nada, parece que te gustan las cosas raras y puede que me entiendas. En el cementerio, cuando estaba hablando contigo

y de espaldas a la esquina que me señalaste segundos antes, creo que me mostraste en tu móvil algo del *Google Maps* —hizo una pausa de varios segundos—. En ese momento me acerqué a ti, porque con el reflejo de la luz no veía bien lo que me estaban queriendo explicar. Al moverme, la esquina quedó a mi derecha, y no sé qué fue lo que pasó, pero por el rabillo del ojo vi una mano totalmente blanca y esquelética saliendo de tierra, como en una de *The Walking Dead*. Traté de calmarme y no dejarme llevar por la sugestión, ni por el miedo. Cuando parecía que estaba más calmado, una voz procedente de esa maldita esquina empezó a llamarme por mi nombre, y ahí ya ni control ni calma: mi cuerpo me pidió salir corriendo.

—Tranquilo. ¿Le puedo llamar por su nombre? —preguntó Guillermo, mirando a Diego.

—Solo aquí dentro —asintió Diego, y Guillermo se sintió más cómodo —. Estoy bien. Cuando escuché la voz, me giré y vi cómo la mano huesuda se desvanecía mientras me hacía señas con el dedo índice para que me acercara. Quise avisarte por si tú también veías algo, pero no fui capaz de articular palabra.

—¿Pero no había cojones para acercarse, no? —preguntó Guillermo, como si hablara con un colega de toda la vida—. Supongo que cuando llegamos al coche, esa voz te iba persiguiendo por el camino, diciéndote "*Diego*", "*Diego vuelve aquí*" o "*Diego, ayúdame*".

—Ni cojones, ni mente fría. Solo puro instinto de supervivencia —Diego respiró hondo—¿Cómo sabes lo que decían las voces?

—Fue lo que me pasó a mí la noche anterior, solo que al estar oscuro no vi tan en detalle la mano. Lo que estoy seguro es que era muy blanca. Y además de eso, la voz que me llamaba era de niña, y de fondo podía percibir un grito o una voz muy aguda.

—Era un llanto de bebé, similar a cuando nacen —contestó Diego—. Pero la historia tampoco termina ahí. Al llegar al cuartel me fui al baño a lavarme la cara y tratar de despejarme, pero todo empeoró.

—¿Las voces te llamaban con más fuerza?

—No. Después de lavarme la cara, apoyé las manos sobre las esquinas del lavabo y me miré al espejo. De repente parecía que tenía cuarenta años más y un aspecto muy demacrado. Supongo que igual a la mano que me saludó en el cementerio. Me empecé a agobiar, no podía respirar; la ropa me apretaba, no me dejaba coger aire. El corazón se disparaba con taquicardias bestiales, tenía frío y a la vez estaba chorreando sudor. Me

senté en el escalón de la ducha, la abrí y dejé la camiseta y el cinturón en el suelo, pero me seguía ahogando, parecía que un elefante estaba sentado sobre mi pecho.

—Joder. ¿Pero por qué no me avisaste? Habría estado más pendiente de ti.

—Imagino que os di un buen susto a todos —hizo un gesto de disculpas juntando las palmas de sus manos—. En esa esquina igual echan alguna sustancia alucinógena que provoca visiones tan bestias como esta, y aprovechan que la gente está drogada para hacerles cualquier maldad. Pero ya se puede morir alguien; a mí ahí ya me han visto.

—¿Por qué no me dijiste en el coche, de camino al cuartel, que te encontrabas mal? Así estaría más pendiente y probablemente no hubieses terminado en el hospital ¿Tú crees que Javier está allí dentro? Estoy pensando en volver yo solo con la *spirit box*, quizá capte algo.

—Avisarte no habría servido de nada. Hubiese ido igual al baño a lavarme la cara o a mear, y en ambos casos iba a terminar cara a cara con el espejo —suspiró—. Sobre el tema Javier y el trabajo, no estoy yo ahora para pensar en nada. Y sobre la *spirit box*, dudo que seas capaz de captar algo, la gente profesional lleva un equipo bestial y no captan nada. Pero si vas, lleva cuidado. Si realmente hay algo alucinógeno, también habrá alguien cerca para cazar.

—Iré con cuidado y con una máscara. Sé que estoy en prácticas, no soy guardia civil aunque lleve el uniforme y no puedo arriesgarme tanto —sacó su móvil del bolsillo y miró la hora—. Recupérate pronto. Yo me voy a descansar, que mañana tengo que volver al cuartel. Fátima lleva tiempo ahí fuera y tendréis mucho de lo que hablar. Cuídese mi sargento —se despidieron con un apretón de manos—. Le quiero ver de nuevo en el cuartel y poder seguir trabajando con usted. Eres un buen sargento, profesor e investigador.

—Gracias, compañero —por primera vez lo llamó *compañero*—. Y recuerda, no digas nada de esto —añadió con un leve susurro mientras sujetaba a Guillermo por el brazo.

Guillermo salió de la habitación con la cazadora y la gorra en la mano, casi arrastrando los pies por el cansancio tras casi veinte horas sin dormir. En el pasillo, Miguel estaba de charla con Fátima, sentados y actuando con confianza, como si fuesen amigos de toda la vida. Nada que ver con su actitud en la sala de espera. Estaba claro que muy *amigos* no

eran, pero sí que tenían la confianza suficiente para mantener una conversación sobre su vida privada.

El cabo se levantó de las incómodas sillas al ver salir a su compañero, borró la sonrisa que tenía de estar dialogando con Fátima y se dirigió a la habitación de Diego para asegurarse de que su superior estaba bien. Pocos minutos después salió. Los hospitales eran los lugares que menos le gustaban.

Guillermo se sentó en la silla vacía que había dejado su compañero, mientras lo esperaba para marcharse a casa. Era muy tarde, y la batería de su móvil ya estaba agotada; lo consultó por última vez, lo guardó apagado en el bolsillo; se reclinó un poco, sintiendo el peso del cansancio acumulado.

Se sentía destrozado, con ganas de tumbarse en la cama y borrar de su mente todo lo que había sucedido aquel día junto a su sargento.

Quizá era fruto del cansancio, de llevar casi veinte horas sin dormir, o de no haber tenido nunca una pareja estable, pero no lograba comprender cómo la mujer que estaba sentada a su lado podía mantener una sonrisa, conversar de manera agradable con él y preocuparse por Miguel y Guillermo, aún sabiendo que su marido estaba ingresado.

Cuando Miguel salió de la habitación, los tres se despidieron cordialmente, haciendo planes para cuando Diego se recuperase por completo. Pero Guillermo no podía pensar en nada más que en llegar a casa, tumbarse en la cama y dejar que el sueño borrara todo el cansancio del día.

Capítulo 10.

Galicia, noviembre 2020

A las pocas horas de que el sargento Diego Piñeiro terminara en urgencias, el teniente Bazán no dudó en llamar a Guillermo para preguntarle sobre los avances que tenían del caso de Antas. En ese momento, el nuevo era la persona más cercana a Diego, quien más tiempo había compartido con él y quien mejor conocía lo que estaba investigando.

Lo raro es que el teniente ni siquiera preguntó por su estado de salud, como si no tuviera importancia. Guillermo, que de tonto no tenía un pelo, recordó la frase "el teniente me tiene las manos atadas", y optó por cortar la llamada tan pronto como pudo, sin mencionar nada del caso y alegando que no tenía la cabeza para pensar en trabajo.

No en ese momento.

Esa misma noche, mientras que su superior seguía ingresado, Guillermo decidió ignorar su cansancio. Subió corriendo a la habitación a por un café bien cargado y bajó de nuevo al coche para ir hasta el cementerio de Antas con su equipo: cargador portátil, linterna, cámara térmica y fotográfica y una grabadora de alta sensibilidad. Quería intentar conseguir algo, lo que fuera. Sabía que a las 01:15 de la madrugada nadie lo iba a ver, y mucho menos su teniente, aquel hombre de sesenta años estaría roncando en ya su cama, igual que el resto del pueblo.

El único que estaba al tanto de lo que iba a hacer en los próximos minutos era el sargento, pero no tenía detalles; no quería saber de nada que pudiera relacionarlo con las actividades de Guillermo. Una de las condiciones que le puso era que no lo implicara en nada. Apenas llevaba dos años en aquel cuartel y su expediente estaba ya bastante manchado con apercibimientos, suspensiones de empleo y sueldo, y varias investigaciones de Asuntos Internos siguiéndolo de cerca.

Dejó el coche aparcado delante de la cancela. Rebuscó en la mochila hasta encontrar la grabadora y la linterna y salió del coche con la luz apagada, la claridad de la luna, en un principio, era suficiente. Con cuidado de no tropezar, dejó la grabadora sobre la tumba de la esquina y se alejó despacio para no contaminar el audio con sus pasos, ni con una llamada inesperada. Volvió al coche y esperó dentro, con el cuello de la cazadora

subido y la capucha puesta; hacía mucho frío, pero no podía encender el motor. De vez en cuando, con las manos congeladas, cogía el móvil para ver el tiempo que llevaba de grabación, a partir del minuto 119 el aparato grabaría encima de sí mismo y todo lo que hubiera al principio desaparecería.

Sabía que había captado: las barras de sonido se movían varias veces, lanzando picos altos. En total fueron treinta y nueve registros.

Treinta y nueve veces en las que la grabadora había detectado algo.

Al minuto cien salió del coche y fue a la carrera a recoger la grabadora. El frío era intenso, penetrante. Necesitaba volver al hotel y entrar en calor.

A la mañana siguiente, el cuartel seguía con el mismo ritmo de trabajo y con un sargento menos. Pero todos parecían estar demasiado ocupados como para darse cuenta. La denuncia por la desaparición del anciano había pasado a un segundo plano, cubierta por nuevos casos que parecían de mayor importancia.

Guillermo cogió una carpeta de la mesa de Diego y empezó a leer. Una palabra escrita a mano le hizo entender que era algo urgente. Algo había aparecido en el monte de Os Mouros: un cadáver semienterrado y en avanzado estado de descomposición. La única certeza que tenía era que no se trataba de Javier, sino de alguien sin identificar, quizá un maderero portugués, por ejemplo.

Y sin tener ni idea de qué hacer, allí se encontraba el guardia en prácticas, sentado en su mesa, atento al teléfono y al correo, a la espera del informe del forense y del laboratorio para saber quién era la persona o cuáles habían sido las posibles causas de la muerte. Mientras tanto, también esperaba el informe de criminalística; cabía la posibilidad de que hubiese algo relevante: una bala, el arma del crimen, restos de tela o, en definitiva, algo que les ayudara a comenzar la investigación.

Durante los días en los que Diego no estaba, Eva era su superior, pero no le prestaba mucha atención ni le daba demasiada carga de trabajo. Guillermo aprovechó el tiempo para seguir con el caso de Antas, algo que sí le importaba y le gustaba investigar.

La esquina en la que salía una tumba en la aplicación de mapas ya se dejaba ver ante los ojos de cualquiera que visitara el cementerio. Y todo gracias a un operario de desbroces que estuvo trabajando en el camposanto. Ahora se podía ver un trozo de lápida blanca, varios ladrillos podridos con

bastantes siglos de antigüedad y, a su lado, varias colillas cubiertas de moho.

Una vez más habló con el cabo Miguel Abascal, la única persona en la que confiaba. Necesitaba que le ayudase a hacer llegar aquellas colillas al laboratorio y obtener el ADN. Pero tras ser analizadas, alguien hizo desaparecer el informe con el nombre de la persona que dejó olvidadas las colillas.

Capítulo 11.

Cuatro días después de la salida del hospital.

A primera hora de la mañana, el sargento Diego Piñeiro entregó el papel del alta y trató de ponerse al día con los casos abiertos, repasando el trabajo del guardia en prácticas que tenía a su cargo y echando una mano con la nueva investigación que tenían en el cuartel.

Todos sabían que Diego era insustituible cuando se trataba de trabajar con un cadáver misterioso y descubrir la causa de la muerte. Guillermo también trabajaba bien para estar prácticamente recién salido de la academia y con *poca calle*. En Pizarros espabiló rápido y no tardó en adaptarse al ritmo de trabajo del cuartel y de los compañeros, ya no era el chico que andaba medio perdido por los pasillos. Los días que trabajó en ausencia del sargento hicieron que madurase profesionalmente en todos los aspectos. Aún le faltaba mucho por pulir —las maneras a la hora de escribir, el trato con los ciudadanos—; la paciencia y el saber escuchar eran fundamentales. En algunas ocasiones debía empatizar más, y en otras, no implicarse tanto ni llevarse la carga emocional a su casa.

—Mi sargento —empezó a preguntar Halvorsen—, ¿esta tarde qué va a hacer? Me refiero a cuando salgamos de aquí.

—Supongo que iré a casa con mi mujer, ¿por qué? —preguntó, girando la silla hacia él—. Ahora que la tengo en casa para mí solo, tendré que aprovechar antes de que nazca el peque.

—Tengo que contarle una cosa importante. ¿Podría venir a mi hotel? Vivo cerca y esta tarde viene una amiga.

—¿Para qué? —la cara del sargento se tornó confusa.

—Es sobre el cementerio, creo que descubrí algo —se levantó de su silla y se acercó a su compañero para que nadie más lo escuchase—. Es sobre lo que le vimos el otro día.

—No quiero saber nada de eso.

—Es por otra cosa —respondió Guillermo más insistente—. Pero aquí no puedo enseñárselo.

—Explícamelo, tío, porque me suena muy raro todo esto. Tú, una amiga, yo, una habitación… no me van esos rollos —empezó a contar con los dedos—. Tu amiga y yo en una habitación puedo llegar a aceptarlo, pero tú te quedas fuera de la ecuación —dijo en tono vacilón.

—¡Qué no joder! —alzó la voz y la bajó enseguida—. Quiero decir... sí, esa parte me quedó clara. Pero lo que le quiero decir no tiene que ver con lo que está pensando. Además, usted está casado, ¿no?

—Con las *miraditas* que me echas no hace falta jures nada. ¿Ahora también lees la mente? Estoy casado, sí, ya lo sabes, pero puedo hacer un comentario, ¿verdad? A ver, dime, ¿qué quieres?

—Un comentario con respeto siempre se puede hacer. Espere. —Se levantó y se apoyó en la mesa, al lado del sargento Piñeiro— Descubrí algo nuevo, pero aquí no puedo decírselo. Y no, no leo mentes, pero ambos somos hombres y sabemos en lo que pensamos cuando nos hablan de una mujer guapa. O de un hombre, en mi caso. Yo a usted le admiro y le respeto por igual; sé que está casado, feliz y esperando un hijo, pero aunque no lo estuviese, yo respetaría igual.

—Menudo cabronazo estás hecho. Me recuerdas a mí con tu edad. Tendré que confiar en ti esta vez —respondió en voz baja—. ¡Y ahora a currar! —dijo en alto al ver a la sargento Escobar acercarse—. Los mayores también tenemos trabajo.

La sargento Escobar se acercó en silencio hasta la mesa en la que los dos chicos hablaban amistosamente. Halvorsen se puso en pie de inmediato al verla, Eva empezó a hablar con ellos. A pesar de estar fuera del caso de Antas, Jaime —el hijo del desaparecido— no paraba de llamarla todos los días, cabreado, exigiendo avances sobre la búsqueda de su padre. Necesitaba un hilo de esperanza y saber que pronto todo iba a estar bien.

El sargento Piñeiro la interrumpió para contarle lo que había oficialmente, que era igual a no tener nada: solo un par de folios que podían ir directos a la papelera y suposiciones. Cogió la carpeta del caso y la dejó en una esquina de la mesa.

Escobar cogió la carpeta, miró a Piñeiro y luego revisó las fotos, que fue observando una a una antes de dejarlas sobre la mesa. Luego agarró los papeles y en la segunda línea su expresión cambió. Se sentó en una de las sillas y empezó a leer mientras negaba con la cabeza.

«Esto no vale para nada» y «aquí faltan cosas», dijo antes de ponerse en pie. Diego se encogió de hombros; ambos sabían que el teniente le tenía las manos atadas y que, si descubrían algo nuevo, lo echaría del caso, tal y como le había pasado a ella.

—Pero esto no vale para nada. —dijo Eva, tirando la carpeta vacía sobre la mesa.

—¿Tú me escuchas cuándo hablo? —contestó Diego, molesto desde su silla.

—Sí, te escucho, pero no me gusta lo que dices; —cogió las fotos de nuevo y empezó a revisar una por una—. Esto no vale de nada… —las guardó de nuevo—. Tío, tú antes eras bueno, ¿qué coño te está pasando? ¿Te afectó el golpe en la cabeza?

—¿Quieres que te responda la verdad? —se puso en pie—. Sabes perfectamente que tu jefe me tiene las manos atadas en este maldito caso y tengo ya los cojones hinchados de sentir su aliento en la nuca a cada paso que doy. Esta mañana —miró la hora en el móvil— llevo aquí tres horas y hasta me ha seguido al baño; solo le faltó agarrarme la polla.

—Diego, Diego, ya —Eva le interrumpió antes de que terminase la frase—. Tu forma de hablar no va a cambiar nunca.

—Nunca. Pues eso. Tú tuviste este caso antes que yo, ¿y qué hiciste? Nada. No hiciste nada, aparte de andar detrás de mí a todas partes para que te ayudara. Y cuando te eché un cable y supimos que aquí el Patrón mintió en el informe, te echó fuera y me dio a mí el caso y una docena de amenazas. Solo que yo ya no tengo edad, fuerzas ni ganas de arriesgarme por ti ni por nadie. Habla con los de arriba y que quiten al viejo de en medio, solo así podremos trabajar.

Eva optó por no responder a aquel último comentario y se dirigió de nuevo al pasillo que la llevaba a su despacho. Sin contar con el sargento, Guillermo la llamó para decirle que quizá él sí había descubierto algo nuevo, algo que podía ser interesante para seguir la investigación. La acompañó hasta el despacho, sacó el móvil del bolsillo y le mostró las imágenes aéreas y las fotografías que había hecho de aquella vieja tumba en el cementerio, así como las colillas que mandó analizar y de las que nunca llegó a saber de quién era el ADN. Por un instante, pensó que no estaría de más que Diego estuviese allí para reconocer su trabajo; sin embargo, enseguida recordó que la relación entre los sargentos no era precisamente la mejor.

El sargento Piñeiro volvió a sentarse en su mesa para continuar con otro de los casos que tenía asignado, aunque no podía evitar pensar en la conversación entre Eva y el nuevo. Por momentos, los nervios se apoderaban de él. Conocía demasiado bien a Eva como para saber que se la tenía jurada desde el primer día que supo que ya no sería la única sargento de aquel pequeño cuartel. Cualquier fallo era suficiente como para que su

compañera terminase en el despacho del teniente dando su versión de lo ocurrido. Y ahora, lo más probable era que intentase usar a Guillermo como arma arrojadiza contra él.

Se llevó las manos a la cara y soltó un suspiro, incapaz de comprender qué estaba ocurriendo entre aquellos dos. Se levantó de la silla y cruzó los pasillos hasta el patio trasero para fumar. A pesar del frío y de la lluvia, necesitaba tomar aire y pensar con claridad.

Cuando terminó el cigarro y sintió cómo su ansiedad comenzaba a remitir, volvió a su mesa para continuar trabajando. Vio las persianas del despacho bajadas y dedujo que la reunión aún seguía.

Cogió de nuevo la misma carpeta que había tenido minutos antes y empezó a leer uno de los informes. Hablaba del anatómico forense y de la identificación del cadáver encontrado días atrás en el monte, que probablemente estuvo más de veinte años enterrado allí. No conseguía concentrarse. Pasó la hoja y la dejó sobre la mesa mientras sacaba una pequeña caja del bolsillo con papel de liar y preparaba otro cigarro. Estaba a punto de salir cuando una melodía en su teléfono cambió sus planes: Eva quería hablar con él.

Colgó, se frotó los ojos y entró en el despacho sin llamar a la puerta. Su mesa seguía igual de vacía que antes; en la otra, Eva sonreía, pero no era una sonrisa tranquilizadora. Guillermo, frente a ella, tenía las piernas cruzadas y estaba sentado como si estuviera en el sofá de su casa, algo que no se debía hacer delante de un superior. Diego, en cambio, estaba tenso y casi sudando, con demasiadas cosas rondándole la cabeza como para preocuparse por las formas. Escuchó una risa de su compañero, pero la ignoró.

Eva era simplemente otra compañera, una sargento del mismo rango que él, aunque siempre se había creído superior por trabajar "*en casa*" y por tener un expediente impoluto, sin una sola falta disciplinaria.

—Halvorsen, ¿quieres contárselo tú o lo hago yo? —preguntó Eva con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Todo suyo —respondió Guillermo, y empezó a reír.

—En primer lugar, Diego, querido compañero, ¿cómo te encuentras de salud después de lo ocurrido el otro día? —preguntó ella en un tomo amistoso.

—¿A qué viene esto? Hace quince minutos venías con tu superioridad moral, y ahora me preguntas qué cómo estoy. Eva, que ya peino canas y

sabes bien dónde —respondió indignado—. Conmigo no juegas más.

—Supongo que eso significa que ya estás bien, compañero. Me alegro. Y deja tu prepotencia fuera del cuartel —cogió un bolígrafo de la mesa y se echó hacia adelante—. Sé perfectamente lo que estás pensando en este momento, pero no es necesario que saltes a la defensiva. Puedes estar tranquilo, tanto tú como tu mujer: no voy a decirle nada.

—¿Hasta cuándo va a durar este chantaje? Estoy harto de esta situación —respondió, cada vez más cabreado—. A la próxima me planto en tu casa y le cuento todo a tu marido y a tus hijos. Tú me jodes la vida, yo te la jodo a ti.

—Es el precio que tienes que pagar. Esto durará hasta que yo quiera. —Una sonrisa desagradable se dibujó en su cara—. ¿O acaso Fátima está al tanto de lo ocurrido entre nosotros el día anterior a vuestra boda? A mi marido sé que no le dirás nada; no tienes lo necesario para hacerlo. Pero volvamos a temas de trabajo, que duran más. Estuve hablando con Guillermo, porque hace unas noches me lo encontré en el cementerio de Antas con varios aparatos.

—Con que vuelvas a decir algo así, vas a acabar recogiendo tus dientes en el suelo del despacho, que sé que te gusta agacharte. Pero a tu marido tampoco le va a gustar saber que, mientras él bañaba a los críos, tú estabas follando conmigo. Y me dijiste que soy mejor que él en la cama —respondió cabreado, pero mostrando una sonrisa—. Guillermo, como cuentes algo de esto ahí fuera, no vas a volver a Baeza en la vida; empieza a echar currículum en la empresa privada —y volvió a girarse hacia Eva.

—Bien —ella sonrió de nuevo— El Diego de siempre ya está de vuelta y totalmente recuperado, me alegro. Supongo que te estarás preguntando qué hacía yo allí, una sargento revisando el escenario de una investigación de noche y sin avisarte.

—Me suda la polla lo que hagas y con quién. Tengo vida propia como para estar pensando en lo que haces o dejas de hacer —respondió Diego.

—Tengo una idea y necesito de tu ayuda. Oficialmente eres el único sargento al mando del caso de Antas; yo también estoy trabajando en ello de manera extraoficial —abrió una libreta llena de apuntes y garabatos—. Me comentó Guillermo que hace un par de días estuvo en Antas hablando con Jaime, el hijo del desaparecido, y le hizo las preguntas que consideró oportunas para seguir avanzando —hizo una pausa—. Lo curioso es que

formuló las preguntas del mismo modo que lo haces tú. Qué raro… ¿por qué tú no has ido con él, cierto?

—Efectivamente, yo no estuve en esa casa. ¿Qué dijo Jaime? —preguntó Diego, sin terminar de fiarse de su compañera.

—Dijo que… —empezó a leer—. Su padre lleva varios años enfermo, y aquí tengo el informe médico que lo confirma —le tendió las hojas al sargento—. El susodicho presenta un gran deterioro cognitivo y funcional; casi no podía valerse por sí mismo y necesitaba ayuda hasta para las necesidades más básicas. Aún podía caminar, con mucha dificultad, pero podía hacerlo. Además, debido a su estado y al golpe que se llevó cuando enviudó, las discusiones en casa eran constantes. Varios vecinos alarmados fueron hasta la vivienda en distintas ocasiones. ¿Pero sabes qué es lo peor?

—Alzhéimer… otra enfermedad muy jodida. Qué injusta puede ser la vida, y tener que pasar por eso los últimos años. No sé si es más duro para el enfermo o para la familia, viendo como su padre, abuelo o pareja no te reconoce… No quiero ni imaginar el día que no sea capaz de reconocer a mi propio hijo, o que mi mujer no me reconozca después de tantos años —respondió, bajando la voz—. ¿Hubo peleas? ¿O un caso de violencia doméstica?

—Tienes razón, un familiar mío también tuvo alzhéimer y fue muy duro para todos los que le rodeaban —respondió, bajando el tono—. Nosotros hemos quedado como unos auténticos incompetentes, Diego. Este informe… —lo zapateó sobre la mesa—. Huele a mierda solo con abrir la portada; es todo una mentira. Pone que se hicieron batidas durante días y búsquedas intensas con perros de rastreo. ¡Pero es mentira! —gritó la sargento—. ¡No se ha hecho absolutamente nada! No se hizo ni una sola batida. Tan solo cuatro guardias civiles rastrearon aquel camino durante la tarde. No hubo perros nuestros, solo los de los vecinos que iban siguiendo a sus dueños, y la familia ha estado desinformada desde el día siguiente.

—Ya lo sé, Eva, ya lo sé —gritó el sargento, enfurecido—. He leído ese informe decenas de veces y sé lo que pone. No estuve trabajando el día en que se denunció esa desaparición, pero trabajo aquí y veo lo que pasa cada día. Me está resultando muy complicado poder hacer las cosas sin tener al cabrón del teniente encima. Sabes perfectamente lo que pasó conmigo en Comandancia para que me dejaran en este agujero. Además, ese informe lo hizo el teniente; díselo directamente a él.

—Claro, el teniente. El mismo que, si no me equivoco, me apartó del caso cuando centré mi investigación en la casa que está pegada al cementerio. El mismo que aprovechó que te tenía fuera de juego para decirle a Guillermo que pusiese una buena excusa antes de tu reincorporación al trabajo y se apartara del caso. El mismo teniente que te pidió abandonar la investigación cuando por fin tenías un hilo bueno del que tirar —respondió ella, cabreada.

—Ya que me has hecho venir hasta aquí, me gustaría que me dijeses alguna novedad —respondió, alterando de nuevo—. Me estás contando cosas que ya sé. ¿Y todo esto qué tiene que ver con Guillermo? ¿Estuvisteis juntos en el cementerio? ¿Pasó algo entre vosotros? Es que no entiendo por qué Guillermo me ocultó esto —Piñeiro fingía seguir envuelto en dudas—. Pero tampoco quiero saber los detalles de lo que habéis hecho para estar tan sonrientes.

—Está llevando una pequeña investigación por su cuenta para no implicarte, pero lo sabes perfectamente; no hace falta que sigas disimulando —la sargento miró hacia el guardia en prácticas con un gesto de aprobación —. Me gustaría poder trabajar con vosotros, a pesar de que me hayan apartado de la investigación. Podemos buscar un lugar discreto y lejos de aquí para reunirnos y juntar todo nuestro trabajo —le lanzó una mirada al sargento—. ¿Qué opinas, Diego?

—Vamos por partes —hizo una pausa—. Esta mañana me vienes con tus aires de grandeza, poco después me chantajeas, luego me vuelves a amenazar con contarle a mi mujer el desliz que tuvimos, hace dos minutos me has tratado de imbécil, y ahora ¿acudes a mí para meterte en un caso del que el teniente te ha expulsado?

—Dejando todo eso a un lado… ¿te acuerdas cuando llegaste aquí la primera vez para ayudarnos a resolver el asesinato de aquella chica joven? —preguntó en tono más amable—. Tus jefes de Comandancia dijeron que eras el mejor resolviendo asesinatos y el tercero de Galicia investigando. Te tenemos a ti y tenemos a Abascal, que es el mejor en telecomunicaciones, informática y tiro. Déjame ayudar, y si hay cualquier problema, responderé con mi nombre.

—No me fío de ti, eso es todo —hizo una pausa de varios segundos—. Pero mira, haz lo que te dé la gana, y si consigues algo, dímelo.

Por primera vez parecía que alguien les mostraba apoyo en aquel caso tan enigmático. Tan solo había una persona que confiaba en la investigación

que estaban llevando y en que tendrían posibilidades de resolver un caso complicado y lleno de misterio como era aquel. Llevaban más de una semana desde la desaparición de aquel hombre, y seguían sin tener nada. Solo un informe con información oculta. Además, recibieron dos toques de atención por parte del teniente para que abandonaran el caso, poniendo una buena excusa, a pesar de la insistencia de la familia de Javier en volver a hacer batidas por la zona, con perros y caballos.

La sargento Escobar ya estaba al tanto de los avances, y su misión consistía en trabajar con discreción y mantener a Rafael alejado. Solo tres personas podían saber lo que estaba pasando: Diego, Guillermo y Eva. Lo que restaba del día siguieron trabajando en los demás casos, los más importantes para Bazán, de manera que al día siguiente tendrían más margen para actuar por libre y pasar más tiempo fuera del cuartel.

Guillermo estaba feliz; sentía que ahora empezaba a producir y a demostrar todo lo que sabía sobre las costumbres humanas, las leyendas y lo aprendido en la academia.

Ahora sí. Cruzar España comenzaba a dar sus frutos.

La cabeza de Guillermo funcionaba a un ritmo muy superior al de los últimos días; la emoción se apoderaba de él al ver que podría resolver su primer caso. Cogió su libreta y, en una hoja, empezó a escribir los movimientos que tendría que hacer los próximos días, con ayuda de su superior y compañeros… o solo.

PRIMERO: regresar a la pequeña aldea de Antas y buscar a aquella señora mayor que decía conocer al Chopo. En un lugar con tan pocos vecinos no sería difícil localizarla.

SEGUNDO: hablar con el resto de vecinos que aún no lo conocían; se haría pasar por un estudiante universitario que había venido a Galicia para hacer el Trabajo de Fin de Grado sobre leyendas y mitos.

TERCERO: de forma oficial y con un binomio, hablar con los dueños de la casa más cercana al cementerio. Era una vivienda grande y recién restaurada: ventanas de aluminio, piedra limpia y un tejado con teja del país que destacaba sobre las demás, igual que el jardín, con el césped perfecto y una zona de ocio bien cuidada.

Tres sencillos pasos.

. . .

A menos de una hora de terminar la jornada laboral, todo parecía estar en calma. De pronto, un estruendo procedente del despacho del teniente Rafael Bazán hizo que todos los guardias del puesto se sobresaltaran. La puerta se cerró y, al verla abrirse de nuevo, vieron la cara desencajada de su superior cuando salió hacia ellos. Nunca lo habían visto tan furioso: las venas de su cuello parecían a punto de estallar.

Cruzó entre las mesas, apartando a manotazos y patadas todo lo que se interponía en su camino. Todos se apartaban sin rechistar. Llegó a la parte más alejada y descargó un puñetazo en una mesa. Luego ordenó a dos de sus guardias que entraran en su despacho.

El silencio que siguió fue sepulcral: durante unos segundos, solo el zumbido de los ordenadores se atrevía a romperlo. Bazán cerró la puerta de otro portazo y bajó las persianas para que nadie supiera lo que iba a ocurrir dentro. En cuanto desapareció de la vista, los murmullos regresaron, preguntándose qué demonios acababa de pasar.

Estaba claro que el sargento Piñeiro no era un santo, pero nadie recordaba haber visto nunca al teniente Rafael Bazán perder los papeles de ese modo. Los gritos y amenazas no cesaban. Se oían dentro y fuera del despacho. El teniente no paraba de dar vueltas ni de echarse las manos a la cabeza mientras escupía maldiciones, a punto de estallar como una granada sin anilla.

Guillermo estaba sentado en una de las sillas, recostado, manos en los bolsillos, siguiendo con la mirada los pasos circulares del teniente. Mantuvo la calma: al fin y al cabo, era el único de los tres que tenía poco que perder; solo podría perder la condición de Guardia Civil. Y, si lo pensaba fríamente, ni siquiera tenía placa. Solo un carnet que lo acreditaba como "Guardia Civil en Prácticas", y que fuera del cuartel valía lo mismo que el del *Xabarín Club*.

Diego, en cambio, lo estaba pasando mal. Miraba al suelo, consciente de lo que podía caerle encima. No temía a quienes tenía delante, sino a perder el trabajo, algo que no estaba dispuesto a permitir. Por una vez, sabía que no había hecho nada mal. No se había saltado el reglamento: solo las órdenes de un superior… y eso, de momento, nadie lo sabía.

En medio de los gritos, la puerta se abrió detrás de ellos y el teniente lanzó un gruñido. No sabía quién era; ni siquiera se molestó en girarse. El

perfume bastó para delatar a la persona que acababa de entrar y que ahora posaba una mano firme sobre su hombro.

Eva.

Había escuchado los gritos desde su oficina y salió para poner orden. No iba a permitir aquel espectáculo en el cuartel del pueblo. Se inclinó hacia Diego y le pidió que saliera unos minutos. Él dudó apenas un segundo, pero enseguida se levantó y abandonó la estancia, soltando el aire que llevaba retenido. Sudaba. Todos los compañeros lo miraron, aunque nadie se atrevió a preguntar nada.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón para asegurarse de que tenía tabaco y salió por la puerta principal. Se sentó en el primer escalón, encendió un cigarro y, con la mirada perdida en el suelo, dejó que el tiempo se detuviera un instante.

Dentro del cuartel, Guillermo seguía sentado en el despacho del teniente, recostado, con las piernas cruzadas y, de vez en cuando, apoyando la cabeza en el respaldo para mirar el techo. Bazán continuaba discutiendo con Escobar, y ella con él, sin llegar a ningún acuerdo. Otra tanda de palabrotas salió de la boca del teniente, esta vez dirigida a ella; Eva trataba por octava vez de explicarle por qué el sargento Diego Piñeiro no tenía que estar allí.

Pasaron algunos minutos hasta que Bazán, agotado, se dejó caer en su silla y aceptó escuchar a los demás.

—Halvorsen, ¿Qué has hecho? —preguntó el teniente, gritando y negando con la cabeza—. ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —repitió, esta vez muy despacio.

—Yo… —Guillermo se incorporó un poco—. Hice muchas cosas, pero si no especificas, no sé exactamente a cuál te refieres.

—En primer lugar, un respeto: soy tu superior, soy tu teniente y la máxima autoridad en este cuartel. Y, en segundo lugar, siéntate bien y deja esa prepotencia fuera —le recriminó—. No necesito un segundo Diego aquí dentro.

—Podría, pero… ¿para qué? —Guillermo se acomodó, aunque solo un poco—. Hace unas semanas me dijiste que no hacía falta tratarte de usted, que eras uno más y que si tenía cualquier problema acudiera a ti.

—¿Te dije eso? Pues las cosas han cambiado. ¿Qué te ha parecido el comentario de la sargento Escobar para que el otro sargento no esté aquí?

—Pues que tiene razón. El sargento Piñeiro no sabía nada de lo que estuve haciendo hasta que me oyó hablar con ella hace un par de horas. Los dos me echaron la bronca por actuar por libre. —Guillermo hablaba rápido, enfadado, intentando exculpar a Diego—. No vi necesario implicarlo. Es un buen tío y no merece que yo le estropee la carrera.

—Se nota que todavía no conoces al sargento —se burló Bazán con una carcajada—. Pregúntale por qué acabó en este destino.

—No he sido yo quien ha ordenado dejar de investigar una desaparición ocurrida hace unas semanas, ni tampoco oculté información en un informe —replicó Guillermo, clavándole la mirada—. Yo voy a seguir con esa investigación, tenlo claro. Puedo hacer prácticamente lo mismo como Guardia Civil que como detective… o como colaborador. Y sé perfectamente por qué Diego está destinado aquí, no hace falta que me lo digas tú.

—¡Te dije que dejaras ese caso a un lado! —Bazán golpeó la mesa con la palma abierta—. No te lo repito más. A la próxima te vas fuera. Sin jurar el cargo, sin nada. Ve sacándote la TIP de Vigilante de Seguridad.

—Tú me dijiste que necesitabas a un antropólogo en el cuartel para resolver este caso porque estabas perdido. ¿Qué no voy a jurar el cargo? Pues vale, otra cosa encontraré —contestó con tono firme— ¿Por qué tanto interés en que me mantenga al margen? Si ese hombre fuese tu padre, ¿no te gustaría saber dónde está? ¿O acaso estás implicado en la desaparición? Eso explicaría muchas cosas.

La sargento Escobar seguía escuchando en silencio la discusión entre ambos y decidió intervenir antes de que la situación fuera a más.

—Halvorsen tiene razón. Diego no sabía nada de esto. Guillermo habló conmigo y le dejé seguir investigando por su cuenta, con cuidado de no implicar a nadie más. De hecho, lo hizo muy bien. Esta mañana hablé con él para decirle que Diego tendría que estar al tanto, pero escuchó la conversación y no hizo falta explicarle nada más —hizo una breve pausa mientras se levantaba—. Les dije que les voy a ayudar con la investigación. Sé que me has apartado del caso, pero este no se va a archivar en dos semanas como pasó hace unos años. He hablado personalmente con Comandancia y me han dado cuerda suficiente para volver a estar dentro del caso y llegar al fondo de esta investigación. El capitán manda más que un teniente, ¿no? Mañana a primera hora le llamarán para decírselo. Te puede gustar más o menos. Pero ya está hecho.

—¿Qué has hecho qué? —gritó el teniente—. ¡Guillermo, fuera de aquí!

—¿Y si no quiero? —contestó Guillermo, retador.

—Haz caso, vete —añadió la sargento—. Ya tienes suficientes problemas, veremos como terminas.

Cuando salió del despacho, pasaban de las cinco de la tarde. Marchó al vestuario para cambiarse y salir antes de volver a cruzarse con el teniente. Dejó el uniforme en la taquilla, sacó un peine que tenía guardado y se acercó al espejo para repasar su peinado; con el ajetreo de las últimas horas, algunos mechones se movían y le molestaban en los ojos. Terminó de vestirse y salió.

Al llegar al coche, miró el móvil: varias llamadas y mensajes de Diego y Rebeca cubrían la pantalla. Primero llamó a Rebeca para explicarle el "pequeño" contratiempo en el trabajo y le pasó la dirección del hotel; después llamó a Diego para intentar quedar esa misma tarde. Él aceptó.

A las 17:30, tanto Diego como Rebeca llegaron a la puerta del hotel que Guillermo les indicó, llamándole por teléfono para saber dónde estaba, y en menos de un minuto apareció a su lado, invitándoles a subir a su cuarto. Entraron al ascensor y subieron en total silencio; se podía cortar el aire con un cuchillo. Nadie parecía estar tranquilo.

Al entrar en la habitación, dejaron las cazadoras amontonadas unas sobre otras en un lado de la cama y se sentaron al otro lado, cerca del ordenador.

—Bueno, más o menos pienso que ya sabéis lo que hacemos los tres juntos en una habitación de hotel —Guillermo se rió—. Hace unas noches estuve en el cementerio que os dije y dejé esto grabando sobre la tumba —enseñó la grabadora que sostenía—. Y, como veis, he grabado varias cosas, pero aún no las he escuchado.

—¿Me has traído para esto? —protestó Diego, frotándose los ojos—. ¿Qué esperas encontrar ahí, a un fantasma resolviendo el caso? No voy a estar aquí dos horas para esto, ya te aviso.

—Tranquilo, sargento. Apenas son quince minutos de grabación en total.

—Venga, va. Ponlo —contestó Rebeca, ansiosa.

—Voy. Atentos, chicos —Guillermo le dio al play de la primera pista, y automáticamente se fueron reproduciendo una tras otra.

En algunas se escuchaban quejidos, sollozos, una voz que parecía pedir ayuda y, la peor de todas, la de una niña pequeña llamando por su madre: "mamá, tengo frío". Aquello se escuchaba perfectamente. Rebeca y Guillermo estaban fascinados con aquella psicofonía; era de las más claras que habían grabado en años. Pero Diego seguía pensando que lo estaban vacilando y no le hacía gracia que lo tomasen por tonto.

—¡Guillermo! Tengo que hablar contigo —comentó Diego.

—Dime —Guillermo salió de delante del ordenador y le hizo un gesto para que le acompañase al baño—. Venimos ahora, Rebe, sigue con eso. Igual consigues entender alguna de las psicofonías que hemos escuchado antes.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Diego—. ¿Y por qué me traes al baño pudiendo salir al pasillo? —añadió en tono muy bajo—. La voz de la niña es la misma que te dije yo el otro día; no sé si me estás vacilando o es que tienes demasiado tiempo libre.

—Estamos en la habitación de un hotel; el espacio es el que hay —se encogió de hombros—. Si quieres discreción, salir al pasillo no es buena idea. Y sí, esa voz es la misma que escuché yo también.

—Te has puesto guapo para estar con la novia y me traes a mí aquí —le arregló el cuello de la camisa—. ¿Esto es lo que me querías enseñar esta mañana? Sigo pensando que me estás tomando el pelo. Una última cosa: ¿qué te dijo Rafael?

—¡Que no es mi novia! —dijo casi susurrando—. Antes de traerme a ella a esta habitación, te hubiese traído a ti. Y sí, esas grabaciones son parte de lo que descubrí. También hay algo más: los del ayuntamiento desbrozaron el cementerio y la tumba quedó al descubierto. Me acerqué hasta allí y cogí algo que podía servirnos en la investigación. Eran colillas llenas de moho. Hablé con el cabo Abascal y las mandamos al laboratorio para ver si el ADN nos decía algo, pero el informe nunca llegó, y eso me hace sospechar del teniente.

—¿En qué momento has empezado a tutearme que ni me enteré? Conmigo no tienes ni una posibilidad, ya te lo advertí —contestó Diego—. Yo desconfié de Rafael desde el primer día; no es trigo limpio, ni es la primera vez que da carpetazo a una investigación… Y sé que hace años un civil acabó muerto por hacer de confidente. Pero no puedo acusar a nadie. ¿A ti qué te dijo?

—Ah, sí. En resumen: el teniente nos llamó para bronca y sanción. La sargento Escobar ya habló con Comandancia y el capitán le permitió volver a estar dentro del caso, contigo y conmigo. Si hay algún avance o novedad, lo hablaremos directamente con él, pasando por encima del teniente Bazán.

—Entiendo.

—Me gustaría decirte una cosa, pero no sé cómo hacerlo… —hizo una pausa larga.

—Dispara.

—A ver… que no te parezca mal, pero… —dudó unos segundos—. Lo que pasó entre la sargento y tú lo veo normal. Tanto ella como Fátima han tenido suerte de poder estar contigo.

—Cállate, anda, cállate y déjate de tanta confianza. Descansa este fin de semana, que falta te hace. El lunes tenemos trabajo duro. Enséñale a la chica un poco Lugo; hay sitios bonitos para hacer turismo —dijo Diego en modo despedida—. Y deja de soñar conmigo por las noches —le dio una palmada en la espalda.

—¿No puedo fantasear? ¿Ya se marcha? Oye, un día tenemos que quedar. El lunes a mí me viene bien —le lanzó una mirada—. Creo que me tienes que contar alguna cosa sobre tu pasado.

—No, no puedes fantasear conmigo y sí, me tengo que marchar. Tengo a mí mujer sola en casa —abrió la puerta del baño—. Te dejo aquí con la chica. Rebeca, yo me marcho —dijo mientras se ponía la cazadora—. Te dejo aquí con mi colega, que en estos momentos es mejor compañía que yo.

Guillermo comprobó que la puerta de su habitación estuviera bien cerrada. Luego volvió a coger los cascos que había dejado junto al ordenador para seguir escuchando las grabaciones y, de paso, hablar con Rebeca sobre Diego.

Cerró los ojos y se concentró todo lo posible para analizar la grabación N7 y la N13.

En una de las grabaciones se escuchaba la voz de un hombre, una voz grave y lejana, que apenas se percibía, decía algo como: “ayuda a…” y nada más. La número 13 contenía la voz de una niña pequeña. Después de varias reproducciones, llegaron a la conclusión de que decía: “*mamá, tengo frío y está oscuro”.* Cada vez que lo escuchaban, un frío trepaba por sus espaldas.

Era la voz más clara y cruda que habían captado en los últimos trece años, desde que empezaron a buscar psicofonías, primero con la grabadora

del móvil y luego con equipos más potentes y profesionales. Guillermo no sabía cómo relacionar aquellas grabaciones con el caso, pero estaba prácticamente convencido de que todo estaba conectado.

Capítulo 12.

Galicia, noviembre 2020

Varias semanas después, el tiempo dio una tregua durante el fin de semana. Las temperaturas eran propias del mes de noviembre, con cielos azules y sin nubes grises que los cubrieran. Para Guillermo era algo nuevo poder contemplar las maravillas arquitectónicas y naturales que salpicaban Lugo. Durante las semanas que llevaba viviendo en el pueblo había escuchado maravillas sobre la zona, pero nunca habría imaginado que estaba viviendo en un paraíso.

Dentro de las gruesas paredes del cuartel, todo seguía igual. El contraste entre el cielo azul con y los tonos grisáceos del interior generaba un ambiente triste, casi sacado de otra época. De vez en cuando, los guardias se asomaban a las ventanas o salían a la puerta principal para contemplar el exterior: gente haciendo deporte, jardines y parques verdes, fuentes repletas de agua… incluso los pájaros menos tímidos se atrevían a deleitar con sus cantos.

A primera hora del lunes, el teniente Rafael Bazán convocó a todos sus guardias a una reunión. Era algo que hacía todas las semanas para mantenerse al tanto de los avances de los casos, dar nuevas instrucciones o marcar las indicaciones que considerase oportunas para continuar con las investigaciones en curso.

Los sargentos Piñeiro y Escobar, junto al guardia Halvorsen, salieron de la sala sin cruzar palabra con su superior. Él tampoco se dirigió a ellos; no estaba contento con cómo había terminado la semana pasada ni con la llamada que recibió durante la reunión, avisándole de que el caso de la desaparición de Antas era asunto exclusivo de los sargentos y de Comandancia hasta nuevo aviso.

Al volver a su mesa, Diego se dio cuenta de que alguien había revuelto sus cosas. Los documentos que tenía apilados en una esquina estaban tirados y revueltos. Con cuidado, empezó a ordenarlos para asegurarse de que no faltara ninguna carpeta, foto ni dossier. Al mover la última carpeta, un *post-it a*marillo asomó desde dentro: "*Esta tarde a las 17:30 en el Cafetín*". Era la letra de la sargento Escobar.

Menos mal.

Mientras Piñeiro intentaba eliminar las últimas telarañas de sueño que arrastraba desde que se levantó y su ordenador terminaba de arrancar, decidió hablar con el cabo Abascal. Necesitaba saber lo antes posible quién era el propietario de la vieja tumba estaba situada prácticamente a las afueras del camposanto. Quizá en el registro de propiedad o en los documentos de la parroquia de Santa Eulalia podría encontrar algo. Abascal aceptó y se puso manos a las obras; era el mejor buscando información a través de una pantalla.

En la calle, por primera vez Diego iba de copiloto, con el móvil en la mano, esperando el correo con los datos que necesitaba. Guillermo iba al volante, fijándose en todo lo que veía a su alrededor. Las carreteras parecían menos peligrosas que en ocasiones anteriores, aunque todavía le costaba adaptarse a caminos que parecían de sentido único, aunque los lugareños aseguraban que pasaban dos coches a la vez.

Al llegar al pueblo de Antas, Guillermo se sorprendió por su belleza singular. No era el lugar tenebroso que había imaginado en los días de niebla. Hectáreas de campos verdes separaban la aldea de las carreteras principales. Un puñado de casas construidas con pequeñas piedras, ventanas negras y puertas de madera se erguían alrededor de una pequeña plazuela. Bajo el balcón de una vivienda, en varios bancos de madera y una mesa redonda de piedra, los vecinos jugaban a las cartas mientras desayunaban, aprovechando el buen día lejos de la lluvia, las tormentas y niebla.

Ni siquiera apartaron la vista del juego cuando un coche de la Guardia Civil pasó por su lado.

La patrulla dio varias vueltas en busca de la misteriosa anciana, pero no había rastro de ella, como si se la hubiese tragado la tierra. Cuando ya estaban a punto de abandonar el pueblo, Guillermo se detuvo frente a los vecinos y comenzó a hacerles preguntas. Preguntas que causaron miradas confusas entre los siete vecinos.

La anciana que buscaban se correspondía con Adonina, de 97 años. Soltera y sin hijos reconocidos, siempre había llevado una vida aislada, al margen de todo y de todos, pero aun así estaba dispuesta a echar una mano a quien lo necesitara. Nadie tenía malas palabras sobre ella. Era conocida por ser una *compostora*[6] de huesos y *menciñeira*[7]. Sus manos curaban a la gente.

Su vestuario siempre era completamente negro, con una pañoleta que cubría su pelo blanco, unas gafas gruesas, una cadena de oro con un crucifijo y un bastón de madera que la acompañaba desde hacía varias décadas, recuerdo de una mala caída.

Pero era imposible que aquellos dos guardias civiles hubieran hablado con ella la semana pasada.

Llevaba dieciocho años muerta.

Tanto el sargento Piñeiro como el guardia en Halvorsen palidecieron. Aquello no podía ser cierto; estaban convencidos de que la habían visto y de que habían hablado con la anciana. Quizá los vecinos se equivocaban de persona... o estaban intentando gastarles una broma macabra.

Diego repitió la misma pregunta, tratando de aportar algún dato físico: la anciana era muy arrugada, no medía más de metro y medio, tenía un solo diente en la parte superior de la boca, gafas gruesas con moldura amarillenta, pañoleta negra, bastón torcido de madera y cojeaba de la pierna derecha. La respuesta fue la misma.

Muerta.

Estaba muerta.

«¿Pero cómo muerta? Pero si yo la vi...».

Apostaron por creer en la buena fe de los vecinos; no les quedaba otra opción. Y regresaron al cuartel para comprobar un par de cosas sobre aquella anciana.

—La vieja fantasma quiere robarnos el caso —respondió el sargento con una risa nerviosa al meterse en el coche.

—¿Se habrán confundido? —respondió Guillermo, envuelto en un mar de dudas.

—No lo creo. Confundir, no se confunden, pero sí que nos ocultaron información. El lenguaje no verbal, en ocasiones, juega malas pasadas —dijo Diego, apoyando la cabeza en el brazo y el brazo en el cristal de la ventana—. Afloja un poco, tío, ve más despacio.

—Yo pienso que Adonina está viva y puede estar detrás de la desaparición del hombre —dijo Guillermo sin apartar la mirada de la carretera mientras trazaba curvas cerradas.

—¿Quién? ¿La anciana? —se sorprendió Diego— Imposible. Con esas manos artríticas no podría coger ni un tenedor sin que se le cayera la comida.

—Pero existe la posibilidad de que esté detrás de todo. Ella puede ser la cabeza pensante y mover a otras personas como si fuesen marionetas.

—¡Céntrate, Guillermo! —protestó Diego— Esto no es un capítulo de *Cuarto Milenio*, ni la mujer de noventa y siete años es Jackie Chan —suspiró—. Nos están ocultando información. Nuestro trabajo es descubrir por qué no quieren hablar con nosotros.

Mientras Guillermo apagaba el coche y cogía la cazadora de la parte de atrás, Diego entró en el cuartel y se dirigió a su mesa. Encendió el ordenador y accedió a la página del registro. La conexión a Internet volvía a fallar, como siempre que tenían prisa. Recargó la página varias veces hasta acceder a la pantalla con el rectángulo blanco y la lupa.

Buscó por el nombre de Adonina; no podía existir mucha gente con ese nombre en la actualidad. El resultado: 165 mujeres, la mayoría en Asturias y León. En Galicia tan solo había tres, pero en la provincia de Lugo, ninguna.

Cambió de aplicación y buscó en el registro de personas fallecidas. Aplicó los filtros avanzados para limitar la búsqueda a la provincia de Lugo, luego a la comarca y finalmente al municipio de Antas, hasta dar con su objetivo: Adonina Álvarez Gaiteiro.

La primera de la lista.

Tenía noventa y siete años en el momento del fallecimiento, a menos de un mes de cumplir los noventa y ocho.

Causa de la muerte: *no se encontraron signos de violencia*. Su cuerpo fue hallado en su propio domicilio y, al no existir indicios contradictorios, se determinó que había muerto por causas naturales. Un vecino dio la voz de alarma tras no tener noticias de ella durante veinticuatro horas.

Diego se levantó de su silla de un salto, llevándose las manos a la cabeza. Lo que estaba viendo no podía ser cierto. Pero la Administración no mentía, y el certificado de defunción tampoco. Aquella vieja llevaba casi dos décadas bajo tierra.

Entró en una nueva aplicación, esta vez de su “empresa”, para buscar el DNI de la anciana. Allí estaba Adonina, en una foto pequeña: con unos 80 años, las mismas gafas del otro día, el pelo blanco alborotado, sonriendo con su único diente y mirando directamente a aquel hombre que estaba al otro lado de la pantalla. Un escalofrío recorrió su espalda.

Cogió la cazadora de la silla y se la puso mientras rebuscaba en los bolsillos. Cuando levantó la cabeza, se encontró con Guillermo a escasos centímetros de él.

—¿Pero dónde te habías metido? ¿Has aparcado el coche en Pontevedra y subiste andando? —su tono de voz estaba entre el enfado y nerviosismo—. Me he comido esto yo solo.

—Pero qué… —Guillermo salió a la carrera detrás de su superior, hacia el patio trasero—. ¿Qué ha pasado? ¿El teniente le ha dicho algo? —seguía sin entender nada.

—He comprobado lo que dijeron los paisanos de Antas en la base de datos —sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo, encendió un cigarro y le ofreció otro a su compañero—. La vieja lleva veinte años muerta. ¿Con quién hemos hablado entonces? He buscado su DNI y ahí está ella, con veinte años menos y el mismo diente solitario. Esto no tiene sentido. Nada tiene sentido en este caso.

—¿Qué dice? ¿Cómo es posible? Si yo la he visto… usted la ha visto. Hablamos con ella, nos contó cosas… —se sentó en el suelo, pegado a la pared, desconcertado.

—No sé qué está pasando. ¿No tienes ninguna respuesta para esto? El de los fantasmas y cosas raras eres tú, no yo. ¡Y levántate de ahí! —le recriminó—. Que somos guardias civiles.

—Todo esto debe tener una explicación… pero ahora mismo estoy bloqueado. ¿Tiene localizada la foto en el ordenador? Quiero verla; quizá se ha confundido y solo es alguien que se parece.

—¡Guillermo! —alzó la voz—. ¿Sabes cuántos años llevo trabajando como Guardia Civil? Sé reconocer a la gente aunque sea con una foto en blanco y negro.

Al cabo de un rato regresaron a su mesa. El ordenador seguía encendido. Diego accedió directamente a la página en la que encontró la foto y la amplió para que el nuevo la viese mejor.

Guillermo se sentó, apartando con cuidado a su superior, y le sacó el ratón de la mano. Amplió la foto aún más, recorriéndola en busca de algo que solo su mente intuía. Al llegar a las gafas, amplió hasta que ocupara toda la pantalla, pero enseguida se frustró al no encontrar nada.

—¿Pero qué quieres ver ahí? —preguntó Diego, cabreado.

—En las películas siempre funciona —contestó Guillermo, encogiéndose de hombros.

El sargento Piñeiro seguía cansado y frustrado. Cada paso que daban en la investigación parecía menos lógico que el anterior, y la sensación de estar atrapado en un misterio que no comprendía lo iba consumiendo.

El técnico en telecomunicaciones, el cabo Abascal, envió un mensaje al móvil del sargento Piñeiro para que se acercase a su mesa. El teniente Bazán había salido a comer y había que aprovechar el tiempo. Aquella misma mañana había intentado pasarle el PDF con el volcado de los datos del móvil de Javier y la propiedad de la tumba, pero el teniente se dio cuenta de lo que estaba pasando y salió de su despacho dando voces.

Piñeiro barrió el cuartel con la mirada y se acercó a la mesa del compañero, que ya tenía el archivo abierto y listo para su lectura. Pero, para frustración suya, tampoco pudo obtener nada útil:

Llamadas telefónicas con su hijo, nuera y otros familiares.

Mensajes del SERGAS.

Nada de redes sociales.

La ubicación del terminal en los últimos seis meses mostraba siempre los mismos lugares: casa, cementerio o algún centro sanitario.

—¿Por qué no me lo enviaste antes, Miguel? —preguntó Diego mientras se sentaba en la mesa.

—No me dejó Bazán. Salió hecho una furia de ahí detrás —señaló al despacho del teniente, justo detrás de él—. Me dijo varias lindezas y me lanzó una sutil amenaza para que no me metiera en este caso. Por eso tampoco te avisé antes; ya sabes que yo no arriesgo mi trabajo por nadie. Me importa demasiado.

—Pues no lo entiendo, tío. Si aquí no hay nada que merezca la pena… —se encogió de hombros mientras cogía los papeles—. ¿Con qué te amenazó exactamente?

—Nada grave. Me dijo que no me metiera ahí, que son aguas mayores de las que no saldría vivo —se levantó de la silla—. ¿Te vienes a comer y seguimos hablando? También tengo lo de la tumba, pero al nuevo no le va a gustar nada.

—Pues este hombre, para estar con alzhéimer, escribía de maravilla. He leído algunas notas del móvil y también alguna carta en papel que me facilitó el hijo. Me encanta la gente mayor que, sin tener estudios o con estudios mínimos, es capaz de rimar o discurrir cualquier cosa mejor que otro que presume de títulos. Tiene mérito. Dame un minuto y salgo ahora

para el bar. ¿Quieres que me lleve al cachorro? —el sargento le echó una mirada a Guillermo.

—Guillermo —dijo Abascal llamándole—. Ya tengo lo vuestro. La tumba pertenece a todos y a nadie: propiedad del pueblo, fosa común, en desuso desde principios de siglo.

Los tres guardias salieron del cuartel y se dirigieron al bar más cercano para comer. Llegaron en cinco minutos y eligieron la mesa más apartada, para hablar con tranquilidad, lejos de oídos ajenos. Piñeiro y Abascal se sentaron mirando hacia la puerta, mientras Guillermo quedó de espaldas, sin poder ver lo que pasaba por la calle.

Comenzaron a hablar sobre lo ocurrido aquella mañana, incluida la llamada que había recibido el jefe durante la reunión, que lo había dejado de un humor de perros y en alerta durante las horas trabajadas. El cabo Abascal era el único de los tres que parecía no entender del todo qué estaba pasando ni por qué aquel caso se llevaba con tanta discreción. Tenía claro que aún le faltaban un par de cabos por atar, como por ejemplo el motivo por el que no pudo enviar ese informe, cuando durante cuatro años no tuvo problemas en pasar la información necesaria a los móviles de sus compañeros. Pero tampoco era tonto.

Durante un rato bromearon sobre el ‘nuevo’, que todavía no dominaba el humor que se movía por aquellas tierras, pero sin llegar a ofenderse. Guillermo, a pesar de llevar poco tiempo trabajando con ellos, sentía plena confianza con el sargento Diego Piñeiro y, poco a poco, iba ganando confianza con los demás compañeros. A pesar de los problemas actuales con el teniente, se sentía contento en el pueblo, disfrutando de los casos y de la tranquilidad que le daba tener siempre cerca a Diego, supervisando que todo saliese bien.

Por su parte, el cabo Abascal no se sentía así de bien. Se veía como una pieza en el tablero del ajedrez, siendo el peón del teniente, de los sargentos y de los demás compañeros, sin poder moverse por su cuenta. Todos los días afrontaba una carga de trabajo que lo superaba, terminando a menudo haciendo horas extras para poder ayudar a todos y evitar que las investigaciones se atascaran. No solo se trataba de los casos asignados por sus superiores, sino también de los casos urgentes de sus compañeros —que siempre eran urgentes—, además de estar pendiente de los correos que le llegaban desde otras unidades, revisar cámaras de seguridad o de tráfico,

atender sus propios casos y un sinfín de tareas más que una sola persona difícilmente podía abarcar.

Mientras tomaban el café, charlaron con Guillermo sobre el ambiente de la academia de Baeza y cómo seguía funcionando después de quince y diez años. Algunos profesores todavía permanecían; las habitaciones ya no tenían literas, pero los alumnos seguían compartiendo espacio con otros cincuenta compañeros. Los pabellones eran nuevos, las pistas habían sido arregladas y las pruebas físicas habían cambiado ligeramente, pero el día a día seguía siendo igual de duro y estresante, especialmente cuando se acercaban las fechas de los exámenes y el tiempo para estudiar escaseaba.

Cuando volvieron al cuartel después de comer, la carga de trabajo había aumentado para algunos. El sargento Piñeiro debía ausentarse durante una hora por una llamada personal, mientras que Guillermo imprimía la imagen de aquella mujer y se marchaba solo hasta Antas para preguntar de nuevo por ella. Su superior no estaba muy de acuerdo, pero tampoco tenía ganas ni tiempo para discutir.

Halvorsen cogió las llaves de uno de los coches y marchó al garaje. Era un viejo todoterreno que parecía caerse a pedazos. Con un sonoro rugido encendió el motor; 450.000 kilómetros marcaba el cuadro. Metió primera y salió a la carretera que ya conocía a la perfección. Mientras conducía, no podía evitar fijarse en el paisaje: varias explanadas de fincas con animales pastando, montañas al fondo, puentes estrechos sobre ríos, pequeñas cascadas y, sobre todo, muchas curvas.

Sabía que estaba a unos diez minutos de Antas cuando tomó el desvío que lo llevaba por un camino cada vez más estrecho, hasta convertirse en una pista de tierra que lo dejó frente a las primeras casas del pueblo. A aquella hora, la aldea estaba despierta; la plazuela estaba totalmente vacía y los perros en silencio. Continuó unos 300 metros más a pie hasta llegar a la casa de Javier, que también parecía desierta, y finalmente hizo una parada en el cementerio de la aldea.

Las flores colocadas en el Día de Difuntos ya mostraban colores mustios y los cirios estaban tirados en el suelo. Guillermo no le dio mayor importancia; sabía que había hecho bastante viento en los últimos días. Su objetivo era claro: llegar, preguntar a los vecinos sobre la vida de Adonina y regresar al cuartel.

Sin darse cuenta, se encontró de nuevo dentro del cementerio, evitando pisar las lápidas. Se acercó a la vieja tumba, donde todavía se veían los restos de los ladrillos en las esquinas y más colillas llenas de moho.

Capítulo 13.

Miró el reloj: pasaban de las 16:30. Salió hacia el coche. Sabía que no llegaría a tiempo a la reunión con los sargentos, así que cogió el móvil y envió un mensaje: «No me da tiempo llegar; aún tengo una cosa que resolver en este pueblo».

La plazuela tenía la misma calma que por la mañana, aunque las caras eran distintas. Esta vez, un grupo de hombres jugaba a las cartas. Aparcó a un lado y rebuscó en la carpeta la fotografía que había impreso horas antes; la encontró, la guardó en el bolsillo y se acercó sin hacer ruido.

Un hombre mayor, de bigote blanco y boina negra, lo observaba sin disimulo. No era la presencia de la Guardia Civil lo que parecía incomodarle, sino que le interrumpieran una partida que —por su expresión — iba ganando.

—Buenas tardes —dijo Guillermo mientras se acercaba a la mesa—. Soy el guardia Halvorsen…

—Ya sabemos quién eres —interrumpió otro hombre, alto, de unos setenta años—. Lleváis dando vueltas por aquí varias semanas. ¿Qué queréis ahora?

—Lo primero, un poco de respeto. Vendremos las veces que sean necesarias; ya saben que estamos en medio de una investigación. Lo segundo… —sacó la foto del bolsillo interior de la cazadora— quiero que me digan todo lo que sepan de esta mujer. Y cuando digo "todo", es todo.

—¡Pero si está muerta! —exclamó uno de los hombres—. Vete ahí al cementerio y pregúntale lo que quieras —añadió con sarcasmo—. Con una ouija y un espiritista ya tienes para empezar.

—Caballero —respondió Guillermo, serio—, no voy a traer a ningún médium para descubrir algo que usted me puede explicar. Estamos intentando localizar a un vecino y necesito saber quién fue esta mujer. Estoy seguro de que la partida podrá esperar diez minutos. Cuanto antes empecemos, antes podrán seguir jugando

Tres de los cinco hombres se levantaron y se marcharon, murmurando algo que Guillermo no alcanzó a entender; las risas de los otros dos le bastaron para hacerse una idea.

—¿Qué necesita saber? —preguntó el hombre del bigote cuando los demás se habían alejado.

—Todo sobre Adonina Álvarez Gaiteiro: quién era, qué hacía, de dónde vino, cómo vivía, cómo murió… Un resumen de su vida.

—Siéntate ahí, neno —dijo el hombre alto, encendiendo un puro—. Esto es una historia larga y complicada de contar.

—Se llamaba Adonina, como bien dijiste —comenzó el del bigote—. Decían que nació ciega, y que una noche del mes de octubre empezó a dar gritos desde la cama. Sus padres fueron corriendo a la habitación y ella, señalando a una esquina, dijo que estaba viendo a un hombre que no paraba de mirarla. Pero no le hicieron caso.

—¿Por qué no le hicieron caso? ¿Se lo estaba inventando? —preguntó Guillermo, intrigado—. ¿O pensaron que era un berrinche de una cría?

—No había modo de creerla —intervino el alto—. Era ciega, y por la mañana no recordaba nada de lo que pasaba durante las noches. Ella ni siquiera veía sombras, ni manchas borrosas. Estuvo así varias noches, gritando. Hasta que, después de una noche infernal, los padres llamaron al médico… o al veterinario[8], no sé.

—Sí, pero eso fue por otra cosa —siguió el del bigote—. Aquella noche volvió a gritar, pero eran gritos de terror. Pasó tanto miedo que se meó encima. Decía que ese hombre la observaba y le hablaba, pero el pavor era tal que no entendían lo que decía. Por la mañana, el padre fue a la habitación para llevarle el desayuno. Y la niña fue capaz de describir al hombre que pasaba la noche en su cuarto: bigote al estilo italiano, calvo, ojos marrones profundos, cara estrecha, mandíbula marcada, ropas largas, marrones… El padre quedó estupefacto. —Hizo una breve pausa—. El hombre que su hija describía era su propio padre.

—¿Era el abuelo de la chica?

—Pero la rapaza igual ya tenía trece años, ¿eh? —añadió el alto—. No era una cría de tres que dice tonterías para que le hagan caso. Y esa misma mañana, cuando la madre entró, la niña... no sé qué le dijo. Pero veía perfectamente —Apagó el puro y se levantó—. Me tengo que ir. Te dejo con mi viejo amigo.

—Que te sea leve —murmuró Guillermo, centrando la mirada en el otro hombre—. ¿Y luego qué pasó?

—A partir de ese día, la chica empezó a ver cosas. Y no me refiero a personas, casas o flores… lo que podemos ver tú y yo —respondió el del bigote, bajando la voz—. Veía a muertos. Muertos que le hablaban y le contaban cosas que luego se cumplían. Incluso podía saber quién iba a

morir, y dejaba un mensaje de despedida para sus familias. Cuando yo tenía tu edad —unos treinta— ella vino a mi casa. Tendría unos cincuenta años. En la entrada teníamos un espejo: tenías que cruzarte con tu reflejo para pasar. Adonina se quedó mirándolo fijamente y me describió a tres personas: dos de blanco —las describió— y una de gris. Era mi abuela. Falleció días después… —tragó saliva—. Y no fue solo en mi casa. En muchas pasó igual.

—Entonces, cuando veía a alguien de blanco, era porque ya había muerto —anotó Guillermo en su libreta—. De gris, porque estaba próximo a morir. ¿Y de negro? ¿Llegó a ver a alguien de negro?

—Las enfermedades eran negras. Pero años antes de eso, cuando ella tendría unos veinte, volvió a ver al hombre que veía de niña; solo que esta vez no sintió miedo. Él le preguntó por qué no estaba usando sus poderes curativos con los enfermos.

—¿Qué poderes? ¿Lo de componer huesos? Me dijeron que sabía hacerlo.

—Entre otros —comentó el hombre, mirando hacia la pared.

—¿Perdón?

—Era bruja. Aparte de echar las cartas o hacer algún conjuro, también curaba el mal de ojo. Veía y se comunicaba con el más allá. Curaba pequeñas enfermedades, componía huesos, curaba heridas, catarros… ¿Te parece poco?

—El mal de ojo no existe. Y para ser curandera, para tener ese don… ¿no es necesario ser la menor de siete hermanas hembra[9]?

—Existe, existe —insistió el hombre, gesticulando—. Mira, una vecina de esa casa —señaló una vivienda de piedra a pocos metros— compró dos cerdos en la feria de Monterroso. Sanos, grandes, preciosos. Al mes, invitó a una amiga para enseñarle la buena compra. Y al día siguiente, los cerdos estaban flacos, con muchos kilos menos y sin poder levantarse. Vino el veterinario, les pinchó vitaminas y antibióticos… pero murieron. La amiga los miró mal, y se enfermaron. Hay gente que no sabe usar el mal de ojo y hace daño sin querer. Y otros lo usan para hacer maldades a conciencia.

—Casualidad, quizá —respondió Guillermo, restando importancia.

—Hay algo más que igual necesitas saber. Adonina tuvo un hijo. Algunos dicen que murió al nacer; otros, que lo criaron los caciques de la aldea. Pero nunca se supo la verdad.

Halvorsen miró el reloj. Ya pasaban de las seis de la tarde. Se había quedado embobado escuchando aquellas historias y había perdido la noción del tiempo. Tenía varios mensajes y llamadas perdidas de Diego; seguramente ya había terminado la reunión y estaba preocupado al no saber nada de él. Guillermo escribió rápido: «Sigo en Antas, todo bien».

Todavía le faltaban preguntas por hacer, y apenas quedaban veinte minutos de luz. Tenía que darse prisa.

Adonina había vivido siempre sola desde que murieron sus padres y sus hermanas se marcharon o fallecieron. Pocas veces se dejaba ver por la carretera. No participaba en las actividades del pueblo: ni verbenas, ni matanza, ni vendimia ni trabajos de campo. Pero su casa estaba abierta día y noche para quien necesitase sus poderes curativos.

Murió durante la noche del 31 de octubre. Eso constaba en el certificado de defunción. Quien descubrió el cuerpo fue el vecino que le llevaba la comida cada día desde hacía diez años. La penúltima vez que lo hizo, timbró y, como nadie abrió, dejó el plato sobre una banqueta junto a la puerta. No era raro; a veces ella no salía, quizá estaba en cama o no escuchaba, porque en los últimos años apenas oía nada. El vecino no le dio mayor importancia y siguió con su vida.

Pero al día siguiente, desde la carretera vio que el plato seguía allí, intacto. Eso no pasaba nunca: Adonina siempre devolvía el plato vacío. Tocó al timbre, aporreó la puerta, la llamó a gritos. Nada.

Entonces decidió avisar a la Guardia Civil.

18:45. «He acabado en el pueblo. ¿Dónde nos vemos?».

Capítulo 14.

Bar Cafetín, misma tarde

El estrés y el cansancio del sargento Diego Piñeiro se notaban cada vez que alguien se acercaba para preguntarle algo o informarle de los avances de los casos. Solo le faltaba media hora para poder marcharse del cuartel e irse a descansar.

Llamó a Guillermo, pero no le cogía el teléfono. Le envió varios mensajes, pero tampoco los leía. Su preocupación crecía por momentos, y más viendo que se acercaba la hora de la reunión. Cogió su cazadora y salió al patio del cuartel a fumar; lo necesitaba. Otra vez.

Volvió a entrar en los vestuarios. Mientras se quitaba los pantalones, sonó su teléfono: un mensaje de Guillermo. «No me da tiempo llegar, aún tengo una cosa que resolver en este pueblo».

Por momentos, la aguja del reloj parecía detenerse y el tiempo con ella. Necesitaba que aquel día tan largo terminase de una vez y poder regresar a casa con su mujer. Los problemas crecían a pasos agigantados, pero las soluciones no tanto.

Después de leer el mensaje y contestar, terminó de desnudarse para darse una ducha; necesitaba despejarse y quitarse el sudor antes de acudir a su cita. Al salir de la ducha, mientras se secaba y empezaba a vestirse, apareció un compañero para hacerle compañía. No era muy alto, pero sí fuerte; el tiempo que no estaba trabajando se lo pasaba en el gimnasio, en la piscina o buscando un hueco en la piel para seguir tatuándose. Diego aceptó la compañía, aunque no tenía ganas de hablar con nadie—y mucho menos de trabajo—, pero debía mantener las formas.

¿Por qué tengo que hablar si no quiero? ¿Por qué tengo que estar siempre bien de cara a los demás, si por dentro voy hecho polvo? ¿Por qué tengo que mantener las formas por ser sargento? ¿Acaso no soy también persona?

—Tú qué, macho, vives estresado —comentó el guardia de los tatuajes —. Relájate un poco.

—No me da la vida, tío —respondió Diego mientras se secaba—. Estoy que… no sé ni cómo estoy, ni cómo me mantengo en pie con todo lo que tengo encima. Me va a explotar la cabeza en cualquier momento.

—Pues afloja, tío. Vente un día conmigo a boxeo y ya verás cómo te viene bien. Yo, en cambio, como guardia raso no tengo tantas preocupaciones ni problemas —dijo mientras se dirigía a la ducha—. ¿Todo bien con el desaparecido ese?

—Te haré caso; tengo ganas de dar hostias —respondió Diego, empezando a vestirse—. Y sobre el caso… me gustaría poder decir que sí, que va genial y que estamos a punto de resolverlo, pero la verdad es que no avanza. Estamos en una vía muerta y esto me desespera.

—Bueno, pues con calma, Diego. Que luego ya sabemos el resultado: terminas en el hospital con decenas de pastillas para calmarte. A ti te jode no ser capaz de resolver este caso y romper la racha que llevas; eres como los delanteros con los goles. ¿Fátima y el niño están bien? Dame una alegría, por lo menos.

—Sí, ellos dos están de maravilla —sonrió por primera vez en toda la tarde—. Tuvimos médico hoy otra vez y está todo perfecto. Va quedando menos para verle la cara, y no sabes las ganas que tengo.

—Solo espero que no tenga tu carácter —bromeó—. Salga con tu cara o con la de tu mujer, va a ser guapo, pero si tiene tu carácter… pobre Fátima. Dos amargados y dos tíos serios para ella sola.

—Que yo no soy tan mala persona ni tan serio. Tengo una fama injusta —contestó Diego—. Fátima ya me tiene bien dominado, eso lo sabemos todos. Ahora solo le queda luchar con el peque.

—Por cierto… —abrió la puerta de la ducha y asomó la cabeza—. Lo que se comenta por los pasillos sobre el nuevo y sobre ti… ¿es cierto?

—No sé qué se comenta —se levantó del banco para coger los zapatos de la taquilla—. ¿Qué se dice por ahí?

—Dicen que Guillermo no te quita ojo y que fantasea contigo.

—Vale, ya sé por dónde vas —se giró hacia su compañero—. Me vio hace unos días mientras me cambiaba y se le fueron los ojos. No vio absolutamente nada, solo a un tío en gayumbos, pero fue suficiente. Ya le di varias advertencias para que cuide esas miradas. Puede meterse en un problema —se acercó al espejo y se peinó con las manos.

—Pues eso es lo que se comenta. Eres mi amigo y quería decírtelo —Fran se aproximó un paso—. Habla con él y dile que tenga un poco de saber estar. Esto no es un instituto ni tiene quince años. Que salga de fiesta y se busque un *pibe* para pasar el invierno.

—Algo así le dije yo: que el invierno en Lugo es muy jodido para estar solo. Me voy ya —le dio una palmada en la espalda—. Nos vemos mañana, Fran.

Diego salió del vestuario hacia el patio trasero para coger el coche intentando no llegar demasiado tarde a la reunión con Eva. El tiempo jugaba otra vez en su contra. Solo esperaba encontrar un sitio libre cerca; estaba demasiado cansado como para subir la cuesta.

Desde la acera, a través de la cristalera de la cafetería, distinguió la figura de la sargento: una mujer no muy alta y delgada, pelo corto, mediana edad. Vestía vaqueros azules y una americana roja a juego con los tacones. Sobre la mesa tenía varios papeles y, de vez en cuando, ojeaba el móvil. Diego se detuvo unos segundos frente a la puerta, observando su reflejo: un hombre de unos cuarenta años, cansado, despeinado, vaquero negro y cazadora deportiva.

Respiró hondo y entró.

Se acercó a la mesa de su compañera, que ya empezaba a impacientarse por la demora de ambos agentes. Diego se disculpó e intentó cargarle la culpa a Guillermo; poco ético, pero era lo único que tenía a mano. A los cinco minutos tenía un café delante y la reunión comenzó, siempre con un ojo puesto en el móvil por si Halvorsen necesitaba algo.

Diego empezó a contar lo que llevaba hasta el momento, que no era gran cosa. Lo más difícil sería explicarle que una anciana muerta había hablado con ellos y que Guillermo seguía investigando la vida pasada de Adonina.

—Tienes un aspecto horrible, compañero —comentó la sargento Escobar.

—No más que de costumbre. Llevo varias noches sin dormir —esbozó una sonrisa para restarle importancia.

—No seas cabezón y pide unas vacaciones; te van a venir bien. Y más ahora, que estás día y noche pendiente de tu mujer. ¿Qué está haciendo Guillermo en sus prácticas? —apartó unos papeles y abrió un pequeño cuaderno.

—¿Vacaciones? ¿Yo? Ya me lo pensaré cuando acabe este caso o cuando nazca mi hijo —bebió un sorbo—. Guillermo se está adaptando bien, tanto al trabajo como a los compañeros. A mí me sigue tratando de

usted, ya me voy acostumbrando; es el único que lo hace. Ahora mismo está en Antas, siguiendo la investigación.

—Qué fácil es contentarle, sargento —sonrió—. ¿Y le has dejado ir solo?

—Sí. Conoce la carretera, el pueblo, los vecinos… y no me hace ni puto caso cuando le digo que no a algo. Si mete la pata, no seré yo quien lo defienda ante los superiores por saltarse las normas. Yo doy instrucciones, y si las incumple, es cosa suya.

—¿Qué estáis investigando ahora? Necesito que me pongas al día.

—Nos encontramos con una mujer… o eso quiero creer —hizo una pausa, sacó la cajetilla de tabaco del bolsillo y volvió a guardarla—. Esta mañana volvimos para hablar con ella, pero no la localizamos. Cuando ya regresábamos al cuartel, los vecinos nos dijeron que llevaba años muerta. Por eso Guillermo ha vuelto esta tarde: para hablar con ellos y que le cuenten todo sobre la vida de la anciana. A ver si saca algo.

—Aquí no se puede fumar —dijo la sargento en voz baja, vigilando los movimientos de Piñeiro—. ¿Lo habéis comprobado? Y… ¿en qué os puede ayudar saber la vida de esa anciana? ¿Qué pensáis conseguir con eso?

—Sí —respondió Piñeiro—. Nada más volver de Antas lo comprobé: hace años que falleció. Y no, no va a ayudar en nada. Guillermo cree que sí, y le estoy dejando seguir con su investigación. Yo me estoy centrando en las personas de carne y hueso, y Miguel me está echando una mano. —Hizo una pausa larga—. Hay algo más, pero no sé cómo decírtelo… Tanto Guillermo como yo vimos a esa mujer por el pueblo y nos habló de El Chopo. Es muy raro todo. Y si fuese un sueño, Guillermo no la habría visto.

—¿Estás seguro de haberla visto? —preguntó la sargento, frunciendo el ceño—. Te noto muy confundido y despistado últimamente.

—Totalmente seguro —insistió Piñeiro—. Acabo de salir del hospital y aún me dura el efecto de todo lo que me pusieron, pero sí, la vi. Y lo peor es que cada vez que entro en ese maldito cementerio salgo viendo y escuchando cosas… Sigo pensando que alguien usa alucinógenos.

—¿No puede ser alguien que se le parezca? —propuso la sargento—. Una hermana, por ejemplo. Probablemente dentro de la tumba haya algo que cause alucinaciones a quien se acerque; no sería tan descabellado viendo lo que está ocurriendo —soltó una risa contenida.

—Las hermanas están fallecidas y ella no tuvo hijos —replicó Piñeiro, cogiendo el móvil para comprobar si su compañero le había dejado algún mensaje; luego lo dejó sobre la mesa—. Vete tú a saber lo que arrastra el aire. No había ningún olor destacable, pero claro: el olor de las flores frescas cubre hasta el del cadáver más putrefacto.

—Veo que tu *cachorro* ya va aprendiendo de ti —bromeó la sargento, riendo—. Solo espero que no se te vaya de las manos y cometa los mismos fallos que tú has cometido en varias investigaciones. Sé que tienes varias faltas de indisciplina.

—Sí —contestó Piñeiro, mirando al suelo—. Me recuerda mucho a lo que hacía yo hasta hace no tanto tiempo. A él también le cuesta obedecer órdenes. ¿Pero acaso hay algo que no sepas de mí?

—Te he tenido como compañero muchos meses, tanto en el trabajo como alguna noche en la habitación de un hotel —dudó un instante—. ¿Pero ya has aprendido la lección? Pasaste de trabajar en Madrid, a la comandancia de A Coruña, y acabaste en el cuartel más pequeño y perdido de Lugo.

—Sabes que mi mujer no se merece esto, así que cállate un poco; nos puede oír cualquiera. Ya sé que por mi mala cabeza he acabado en este agujero, pero tú también estás en este agujero; no eres la más indicada para darme lecciones.

—Claro que no se lo merece —replicó ella, indignada—, pero tampoco se lo merecía cuando estabas con las dos y no lo pensaste —hizo una pausa —. Y te equivocas: yo no estoy en ningún agujero. Trabajo en mi casa; este cuartel es mi pueblo.

En ese momento Diego sintió unas ganas terribles de levantarse y marcharse lejos de la cafetería, dejar a su compañera plantada y no verla nunca más. Pero sabía que, si lo hacía, solo se buscaría más problemas en todos los ámbitos de su vida.

—¿Hasta cuándo vas a seguir así? —respondió, cabreado, procurando no subir la voz—. ¿Cuándo vas a dejar de chantajearme? Creo que ya he pagado bien caro el error de acostarme contigo. Y jamás jugué a dos bandas: a ella la quiero. Lo tuyo fueron cuatro polvos, ¿no te has dado cuenta? Un calentón, nada más. Y tú tampoco eres la más indicada para hablar, porque también estabas casada y con niños pequeños.

—Sé que estás cansado, Diego —contestó la sargento—, pero terminamos enseguida. El chantaje se acabará cuando yo lo diga; eras tú el

que venía desde A Coruña a verme —hizo una pausa dramática—. Volviendo al trabajo, aunque sé que te costará concentrarte y que ahora mismo tu cabeza no piensa, quiero decirte que ya podemos trabajar juntos, como en los viejos tiempos, y seguir con esta investigación. ¿Algún compañero sabe de esto, aparte del chaval en prácticas? Me refiero al trabajo.

—No voy a volver a acostarme contigo. ¡Nunca! —explotó Piñeiro, más tenso que antes—. Cuando pasó todo yo no estaba casado; lo mío con Fátima no era nada serio. Compartíamos piso, pero no había nada… o casi nada, solo dudas —respiró con violencia—. Miguel se huele algo, pero no es ninguna amenaza; ese solo se moja por dinero… igual que tú.

—Yo no me muevo por dinero. Si lo hiciera, te habría estado sacando dinero muchos años —vaciló—. Hay que tener cuidado con Abascal; es mucho más inteligente de lo que parece.

—Tú te mueves por cosas peores —replicó Piñeiro—, y no vas a parar hasta hundir mi matrimonio, mi familia y mi carrera. Te da igual llevarte a inocentes por delante con tal de salirte con la tuya.

—Pues cumple con lo que te pido —respondió ella con frialdad.

—Claro —dijo él—. Te meto en mi casa y, en unas semanas, cuando nazca mi hijo, nos vamos los cuatro de vacaciones. Mi mujer estará encantada —cogió la cazadora y salió de la cafetería—. Y tu marido también.

Al alejarse unos metros logró calmarse un poco. No soportaba el chantaje que le hacía su compañera cada vez que se reunían por trabajo o se cruzaban en el cuartel. No aguantaba más. Y no tenía forma de librarse de ella.

18:55 «He acabado aquí. ¿Dónde nos vemos?».

Durante horas había deseado recibir ese mensaje; ahora mismo no era lo que quería leer. Trató de relajarse y bajar las pulsaciones antes de responder y quedar con él para tratar el tema de la reunión.

19:15 «A buenas horas macho. Llevo toda la tarde preocupado. Vente para mi casa, te adjunto ubicación».

Diego se metió en el coche y, antes de arrancar, encendió otro cigarro. Necesitaba llegar antes que Guillermo, pero tampoco quería convertirse en un loco por las carreteras, adelantando de forma temeraria a todo aquel que

se pusiese en su camino, aunque era lo único que le apetecía hacer: acelerar y no pensar en nada más. Por el momento, no entendía por qué el camino de vuelta a casa se le hacía tan interminable; tenía la sensación de estar pasando una y otra vez por el mismo sitio.

Cuando por fin llegó al portal, vio que el coche de Guillermo estaba aparcado delante, esperándolo. Con un gesto le indicó que entrara en la finca. Lo saludó con una palmada en el hombro y entraron en casa, alumbrando el suelo con la linterna del móvil. A pesar de que Fátima estuviera en casa, la luz de la puerta y del jardín siempre las tenía apagadas.

La noche no invitaba a quedarse fuera; el frío calaba hasta los huesos.

Pasaron al salón. Había dos sofás burdeos, igual que la alfombra, colocados en L, dándoles la espalda a la calle. Enfrente, un mueble blanco que cubría gran parte de la pared, con la televisión, varios libros de novela negra, fotografías y alguna figura. Diego se sentó en uno de los sofás y Guillermo en el otro, mientras sacaba la libreta con todo lo que había apuntado aquella tarde. Mientras picaban unas patatas y bebían cerveza, Halvorsen comenzó a explicar lo que había descubierto.

—Y eso es todo. ¿Qué te parece? —preguntó Guillermo, recostándose en el sofá.

—Me acabas de saturar. Dame un minuto —Diego suspiró y se levantó del sofá para dar vueltas por el salón—. ¿Me estás intentando vender que una mujer ciega vio a su abuelo muerto en sueños, estuvieron hablando toda la noche y, a partir de ese día, la mujer recuperó la vista?

—Así es —respondió, encogiéndose de hombros.

—Nada tiene sentido en este caso ni en este pueblo —volvió a sentarse—. Veía muertos, gente enferma y moribunda, y enfermedades que estaban por llegar. ¿Voy bien? Ya podría ser modista la mujer con tanta tela que cortar —vaciló con sarcasmo—. Y años después vuelve a soñar con el abuelo, que le dice que tiene que usar su *poder* para curar a los demás… Esto ya es de locos. Se lo cuentas al juez y lo primero que hace es quitarte el arma, internarte en un psiquiátrico y atiborrarte a pastillas. Ni psicóloga ni hostias: al loquero de cabeza.

—Ella no soñaba con difuntos, los veía. Son cosas diferentes. Tú puedes soñar con alguien, pero no puedes verlos. Y con respecto a lo otro, podía curar pequeñas enfermedades de la piel o catarros, por ejemplo.

Componer huesos, quitar el mal de ojo, hacer limpiezas, echar las cartas o hacer pequeños conjuros para curarte.

—Si estás dormido, soñar y ver gente en sueños es lo mismo —Diego lo miró con ironía—. Tú me ves de día y sueñas conmigo de noche. Pero de día es diferente: yo sueño con que todo vaya bien y luego solo me encuentro con problemas y chantajes. ¿Y qué es eso de "hacer limpiezas"? ¿Trabajaba para el ayuntamiento desbrozando? —Se rió, aunque Guillermo seguía serio—. ¿Qué más tienes? Y dime que, por favor, son cosas útiles. Estoy harto de fantasmas y tonterías de estas.

—A mí no me hace gracia tu comentario, por muy sargento que seas. Respeta las creencias de la gente, te guste o no. Se refiere a limpiar el aura, los chakras y temas espirituales o místicos. No a barrer las colillas que tú vas tirando.

—A mí tampoco me hace gracia estar con un caso serio y que tú me vengas con estas chorradas. No tiene que ver con las creencias. ¿En qué me va a ayudar saber que hacía limpiezas espirituales? Como si comiera lentejas —soltó el aire con rabia—. Si tienes algo que sirva, dilo. Estas cosas que no valen para la investigación te las dejo a ti y a tu amiga. Y hazme un favor: búscate un novio, hazte una paja… pero deja estas tonterías ya. No te lo voy a repetir más.

Los ojos de Guillermo se encendieron.

—Pues respeta tú también a los demás —respondió, conteniéndose para no levantarse—. Llevaba una vida rara, marginal. No se involucraba con la gente del pueblo por su cuenta; acudía para ayudar en lo que hiciera falta. Dicen que tenía la puerta abierta para cualquiera que la necesitase. ¿Y sabes qué más? Que tú no me conoces de nada y no puedes hablarme así. Yo tampoco te digo cómo tienes que llevar tu vida.

—Una señora introvertida. No veo dónde está el problema. Muchas veces es mejor estar solo; qué lista era la vieja. Pero si dices que tenía las puertas abiertas, se nota que le gustaba ayudar a la gente. Y tú tampoco me conoces de nada y no paras de montarte películas conmigo. Voy a terminar vomitando.

—Eso no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo. ¿Tú escuchas o solo oyes lo que te conviene? Bueno, como dirías tú: escuchas lo que te sale de la punta del capullo.

—Mira, tío, paso de tus mundos. Búscate a un tío por ahí y déjame en paz con tus pajas. No me interesan tus perversiones. Y antes de que digas

nada, si fueras una tía te diría lo mismo. ¿Tengo que saber algo más sobre Adonina? Porque si no, esta conversación ha terminado. Estoy muy cansado y quiero dormir.

—Yo también paso. Es imposible razonar contigo —se puso la cazadora, enfadado—. Murió sola, en su casa, un 31 de octubre. ¿Sabes dónde?

—¿31 de octubre? —repitió Diego, despacio—. Igual que Javier. ¿Dónde murió? Me dijiste que en su casa.

—Sí. ¿Pero cuál era su casa?

—O fue la que está pegada al cementerio, que no creo… —se quedó mirando unos segundos a Guillermo—. Aunque también pudo ser en algunas de las abandonadas que hay próximas. ¿Cierto? Pero has cometido un error, que es normal. ¿Sabes cuál?

—Exacto. En una de aquellas comidas por la maleza, con las ventanas rotas y con las puertas forzadas. ¿Qué fallo cometí?

—Aquí nos ocultan información y nos mienten por todos lados —se pasó la mano por la cabeza—. Ya les has mostrado las cartas a los vecinos —se puso en pie, manteniendo la distancia—. ¿No decías que te ibas a hacer pasar por un estudiante para sacar información? Pues ya saben quién eres.

—No… no te entiendo —tragó saliva.

—Qué rápido eres para unas cosas y qué lento para otras, coño —protestó—. Me dijiste que te harías pasar por un chico haciendo el Trabajo de Fin de Máster, que querías información sobre las leyendas de Galicia y, en especial, sobre el Chopo. Luego que ibas a hacer no sé qué, y por último, tampoco recuerdo qué querías hacer.

—Vale, ahora le entiendo —se acercó a Diego, y este dio un paso atrás —. En parte tienes razón. Cuando llegué al pueblo y pregunté por esa anciana, varios vecinos se levantaron y se marcharon. No quisieron hablar conmigo y me insultaron en gallego. Solo hubo dos hombres dispuestos a ayudarme. Creo que puedo seguir investigando sin problemas —esbozó una sonrisa traviesa—. Tengo el teléfono de uno de ellos; me dijo que si necesito algo, que le llame. Y ahora dime: ¿con la sargento, qué tal? —se volvió a acercar a Diego, y este le apartó con la mano.

—Estate quieto —dijo en tono bajo—. Con Eva fue… bien. Va a trabajar con nosotros y le tenemos que contar todo esto a Abascal antes de que lo haga ella.

—¿Puedo preguntarte por qué estabas tan enfadado cuando vine? ¿Y ahora conmigo? ¿Hice algo malo o cometí algún error? —preguntó Guillermo, preocupado.

—Tiene narices que me preguntes eso después de todo lo que me haces. ¿Sabes cuando nos reunimos en el despacho con Eva, el comentario que me hizo? —preguntó Diego.

—Yo no te hice nada; de hecho, ni te toqué. Cuando te desmayaste en la ducha, fueron Fran y otro chico quienes te movieron. Yo no te toqué ni un pelo. ¿Con Eva te refieres a lo del chantaje? Sí, creo que lo entendí.

—Primero baja la voz; está mi mujer en la cama. Ya veo que sabes lo que pasó con Eva…

—Lo deduje fácil; estabais a gritos. ¿Estabas con las dos? —preguntó lo más bajo que pudo, con una sonrisa—. Tanto la sargento como tu mujer tienen buen gusto. ¿Sabes? Yo no tengo pareja y creo que nunca la tuve, pero no me veo capaz de estar jugando con dos a la vez…

—Pues yo, en cambio, tengo la costumbre de estropearle la vida a toda la gente que quiero.

La conversación terminó. Guillermo se levantó del sofá y se dirigió a la puerta, pero cuando estaba a punto de salir recordó un dato importante que se le había olvidado: Adonina tuvo un hijo. Había que investigar si realmente nació muerto o si, por el contrario, seguía vivo y más cerca de ellos de lo que pensaban.

Capítulo 15.

Diego

Desde pequeño nunca soportó las injusticias ni las desigualdades. En el instituto siempre terminaba envuelto en problemas por defender a sus compañeros de los abusones. No le gustaba ver cómo el más callado de la clase tenía que aguantar que lo pisoteasen cada vez que intentaba asomar la cabeza.

Con el paso de los años aprendió una lección amarga: el primero al que ayudaba era el primero que se quitaba de en medio cuando él lo necesitaba. Nadie iba a estar ahí para siempre.

Por eso le hervía la sangre cada vez que se enfrentaba a algo que no le gustaba.

Tampoco soportaba las traiciones ni que la persona en la que confiaba le fallase.

Tenía claro que él solo no lograría cambiar el mundo, pero estaba convencido de que muchos hombres y mujeres como él, con su forma de pensar y de actuar, podrían hacer del mundo un lugar menos malo. O al menos intentarlo.

Diego no fue ningún hacha en los estudios. Le era difícil estudiar aquello que no le interesaba ni le gustaba. Con suspensos y aprobados raspados, partes, expulsiones y recorriendo un par de institutos, consiguió terminar los estudios obligatorios sin repetir ni un solo curso.

No tenía intención de seguir estudiando, y mucho menos de meterse en la universidad.

Sin tener claro qué camino seguir, aceptó la oferta de su mejor amigo para conseguir dinero fácil, aunque fuese haciendo cosas poco legales. No se veía trabajando de camarero ni de repartidor de comida rápida.

Pero el destino le tenía una trampa preparada: aquel amigo, al que consideraba un hermano, lo traicionó para convertirse en la mano derecha del jefe.

Diego temió por su vida. Sabía que ese hombre haría todo lo posible por sacarlo de en medio; no le temblaría la mano al apretar el gatillo, del mismo modo que no le tembló cuando le partió la cara a puñetazos para demostrar quién mandaba.

Pasó años escondido del mundo, sin poder llevar una vida normal como cualquier chico de su edad. Hasta que un día, alguien dejó unos folletos de publicidad en el buzón de su casa: se abría la convocatoria de Tropa y Marinería, y varios gimnasios ofrecían la preparación de las pruebas físicas. En ese momento supo que era su oportunidad para huir, empezar una vida de cero, lejos de su pueblo natal, donde nadie lo conociera.

Con el tiempo corriendo en su contra y pasando algunas tardes en el gimnasio, consiguió entrar con buena nota.

Durante años recorrió varios países, envuelto en misiones con las que no estaba nada de acuerdo, pero que aguantó por dinero. Vio morir a su sargento del Ejército al pisar una mina antipersona y contempló cómo caían compañeros gravemente heridos, entre ellos él mismo.

A los 27 años, ya de vuelta en España y completamente recuperado, dio el otro giro definitivo a su vida: aprobó la oposición a la Guardia Civil. Sentía que, de algún modo, su padre estaría orgulloso.

Una emboscada sufrida en un cuartel de Navarra hizo que su padre nunca regresara a casa. Aparecieron todos los cuerpos… menos el suyo. Nadie supo qué pasó en el momento de la explosión, ni si estaba dentro o fuera del cuartel.

La única certeza era que, si lo habían secuestrado, la familia pronto recibiría alguna llamada pidiendo rescate.

Nadie llamó.

Nunca apareció.

Nunca.

Cuando consiguió su primer destino en Teruel, Diego supo que aquello no se parecía a nada de lo que había vivido antes. Ya no sentía la necesidad de mirar el reloj cada veinte minutos para ver cuánto faltaba para terminar la jornada y volver a casa. Ese trabajo le gustaba de verdad.

Aunque ser Guardia Civil nunca había sido su vocación, se le fue metiendo en la sangre, y por el momento se encontraba en el lugar correcto: lejos de su tierra, de su familia y, sobre todo, de quienes lo querían ver muerto. Aunque eso no le importaba demasiado: el pasado siempre lo seguía. Da igual lo lejos que huyas o lo rápido que corras; del pasado y de la culpa no se escapa.

Su siguiente destino fue en la capital valenciana, como cabo en la ATGC (Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil). Desde su punto de vista, no existía un destino mejor: compaginar trabajo y pasión. Horas y horas recorriendo la carretera en moto —y a veces en coche— con la sensación de libertad.

Lo peor era el verano y estar tanto tiempo bajo el sol, algo atípico para un chico del norte. Pero en invierno disfrutaba como un niño con bicicleta nueva.

Todo lo bueno se acaba, y eso él lo sabía bien desde pequeño. Incluso la felicidad de ir encima de una moto, notando la brisa del mar y desconectando de los problemas personales, tendría fecha de caducidad.

Un fatídico accidente lo cambió todo.

Iba de camino a un aviso cuando, con las prisas y la adrenalina, no vio la gravilla que estaba a un lado de la curva. Frenó cuanto pudo, pero era demasiado tarde. Salió fuera de la carretera, siendo arrastrado sobre el asfalto caliente hasta que su cuerpo chocó contra un árbol. La moto quedó destrozada, igual que el casco y su ropa.

Diego supo que podía haber muerto. Su buena costumbre —casi una manía— de llevar el equipo completo, incluso en pleno agosto, hizo que se salvara.

Los médicos no se explicaban cómo era posible que consiguiera salir vivo de allí y que, al año, ya pudiera llevar una vida casi normal.

Ocho días en coma.

Dos meses ingresado.

Nueve meses de rehabilitación.

Y lo peor no fueron las cicatrices ni el dolor: fue escuchar una y otra vez el mismo pronóstico de los médicos.

Que no volvería a subirse a una moto.

Que su futuro sería una oficina gris y aburrida.

Que su carrera, tal y como la conocía, había terminado.

Su futuro era un borrón negro.

Y por más que intentaba ser positivo, las palabras de los médicos no ayudaban a afrontar lo que le venía encima.

«No me jodas… era mejor morir en la carretera».

Se lo repetía una y otra vez, en silencio, sin que nadie lo escuchara.

Las palabras de su teniente y del capitán tampoco eran fáciles de digerir, así que optó por no coger las llamadas: «Diego, no sé cómo decirte esto… pero me dice el capitán que no puedes volver como cabo de ATGC».

No, aquello no le podía estar pasando a él otra vez.

Las semanas en el hospital y los meses de recuperación que pasó solo en su piso no le ayudaron en absoluto. Solo reforzaban su pensamiento de que era mejor estar muerto.

Su familia estaba lejos, gente mayor que no podía desplazarse. Y él, en su estado, tampoco podía conducir ni cruzar España en autobús.

Sus compañeros de trabajo eran los únicos que se interesaban por su estado de salud. Ni siquiera su novia —una chica bastante más joven que él — dudó en apartarse. La vida de ella giraba en torno a fiestas, viajes, noches de hotel, algún que otro exceso y restaurantes caros… no alrededor de un hombre de treinta y cinco años que no podía valerse por sí mismo y oscilaba entre la rabia, la impotencia y el dolor de no poder hacer lo que su cuerpo ya no le permitía.

No, ella no estaba para eso.

Las mujeres siempre habían sido su debilidad, aunque las relaciones no eran su fuerte. Prácticamente con ninguna conseguía aguantar más de tres meses. Hasta que conoció a Fátima, y todo cambió.

Era la preciosa enfermera que lo atendía a diario en la habitación del hospital: lo aseaba, le daba de comer, lo acompañaba a dar paseos por los pasillos que formaban parte de su rehabilitación… y poco a poco fue formando parte de su vida, con la condición de no hablar nunca del pasado.

El día que se cumplió un año del accidente, Diego dio el paso de pedirle matrimonio.

Tenía claro que un matrimonio, al igual que todas las relaciones, terminaría convirtiéndose en un compromiso con patas. En casa tendría que cumplir igual que en el trabajo, pero no siempre era posible. Cuando no llegaba muerto de cansancio, llegaba preocupado o sin ganas de hablar; y cuando tenía ganas de hablar, tendría que tragárselas, porque lo que pasa en el cuartel se queda en el cuartel.

El principio de las relaciones era fácil. Todo estaba bien. A los dos meses empezaban las discusiones por cualquier motivo. Al tercero o cuarto, todo explotaba por los aires. Pero con Fátima era diferente.

Con un nuevo ascenso, llegó a ser sargento de la Guardia Civil, con buen destino, sueldo y unidad en Madrid. Pero poco aguantó allí. En 2019, cuando salió la primera vacante de su rango para Galicia, se trasladó a vivir con Fátima.

Ella empezó a trabajar en el hospital de A Coruña, y él en la Comandancia de la misma ciudad.

Durante los primeros meses, él era un ejemplo a seguir: un sargento ejemplar con una prometedora carrera en el cuerpo, varios casos resueltos en tiempo récord y un expediente de matrícula.

Con el paso de los meses, todo cambió de forma drástica. Ya no era un ejemplo para nadie, aunque seguía teniendo la misma intuición y el mismo olfato de siempre. Solo que dejó de hacerle caso a los superiores. Empezó a trabajar por libre, a saltarse el protocolo y los reglamentos siempre que le venía en gana, con Asuntos Internos detrás de sus pasos.

Las faltas de indisciplina por desobediencia mancharon por completo su expediente, y ni su brigada ni su teniente dudaron en apartarlo de la Comandancia. Lo primero que hicieron fue enviarlo a Pizarros para ayudar en un asesinato. Todos sabían que él era el mejor de Galicia para ponerse al mando y resolver ese tipo de casos. Pero lo que Diego no imaginaba era que aquel traslado no era temporal: no volvería a trabajar con ellos hasta que su nombre quedase limpio. Si es que algún día lo lograba.

Las primeras semanas en el Puesto de Mando de Pizarros fueron complicadas, igual que los primeros meses. Nunca antes había trabajado en un sitio tan pequeño, donde solo había una sargento que no paraba de ponerle zancadillas, y un inmediato superior que tampoco simpatizaba con él. Tampoco contaba con efectivos a su cargo, ni podía disponer de ellos a su antojo. En lugar de dirigir equipos, tenía que salir él mismo a la calle, sin medios, sin recursos y sin apoyo.

Llegó a Pizarros por primera vez un día cualquiera. No recordaba el día exacto, pero sí que hacía frío. Demasiado frío para ser otoño en Galicia.

No había pisado el cuartel cuando ya tuvo que acudir al medio del monte para formar parte del equipo que esperaba la llegada del juez para levantar un cadáver.

Una mujer joven había aparecido muerta junto a una piedra de varias toneladas. No había marcas de coches, ni el arma del crimen apareció tras el

primer vistazo hecho por los uniformados. Los vecinos no paraban de entorpecer la investigación. Su investigación.

Solo escuchaba mentiras y personas que se negaban a colaborar. Incluso la propia víctima mentía. No era quien decía ser.

El teniente Rafael Bazán fue el primero en cerrar la investigación apenas unos días después, con un sospechoso bajo presión. Diego discutió con todos: con el teniente y con la sargento Escobar. Aquel hombre no era un asesino, solo uno de los amantes de la víctima.

Y no paró hasta demostrarlo.

Por el camino se llevó broncas, amenazas de suspensión de empleo y sueldo, advertencias formales e informales. Pero no le importó. No sería la primera vez que lo expedientaban por investigar un caso cerrado, como ocurrió aquella vez, ni por poner pruebas falsas para detener al culpable, como también había sucedido.

Ni al teniente Bazán ni a la sargento Escobar les gustaba el nuevo compañero. Sabían que aquel sargento iba a dar más problemas que soluciones y que no acataría ninguna de las órdenes que se le diesen. Aunque el teniente, durante las primeras semanas, tenía claro que no le iba a pasar ni una, con el tiempo terminó dejándolo hacer las cosas a su manera… siempre y cuando "sus maneras" se mantuvieran dentro de la legalidad.

Porque Diego, con todos sus defectos, era demasiado bueno investigando como para desperdiciarlo o dejarlo al margen de un caso. Además, sabían que, aunque lo expulsaran de una investigación, él seguiría trabajando a escondidas hasta dar con la verdad.

Simplemente, era Diego.

Con sus métodos.

Con su instinto.

Con su manera de enfrentarse al mundo.

Una manera que no siempre gustaba.

Eva era la otra sargento del puesto, una mujer de ideas claras que no soportaba a su compañero recién llegado de la ciudad, un hombre que no se había acostumbrado ni integrado al lugar donde trabajaba.

Pero, a pesar de las discusiones durante las horas de trabajo, Eva no tardó en descubrir el punto débil de Diego: las mujeres. Y ninguno de los

dos desaprovechó la oportunidad de pasar varias noches juntos, aun sabiendo que ella estaba casada y tenía dos hijos pequeños, y él lo estaría en pocas semanas.

Un cagada en toda regla.

Capítulo 16.

Galicia, noviembre 2020

El caso del vecino de Antas, un hombre de 94 años desaparecido desde el 29 de octubre, estaba a punto de ser cerrado por el teniente Bazán y tratado como una desaparición más.

En unos años —si había suerte— sus restos óseos aparecerían de casualidad por una cuadrilla de cazadores o leñadores.

O no.

Igual no aparecerían jamás.

Para el sargento Diego Piñeiro, aquella desaparición ya no era "una más". Era la primera vez que sus superiores le ponían verdaderas trabas y la primera vez que no encontraba la manera de resolverlo. Todos los hilos terminaban en una vía muerta y no le quedaba nada sólido a lo que agarrarse.

O eso creía.

Los métodos habituales de trabajo no funcionaban en aquella aldea, donde todos mentían, ocultaban información, ofrecían pistas falsas o hablaban de leyendas y folclore.

No entendía nada.

Según el informe realizado por el teniente Bazán, la vivienda de Javier había sido registrada el primer día. En parte, aquello era cierto: varias pertenencias del desaparecido estaban en el cuartel, dentro de una caja y precintada.

El camino que llevaba hasta el cementerio —y el propio cementerio— eran, probablemente, los lugares más peinados de toda la provincia de Lugo. Barrancos a la izquierda, montes altos a la derecha, imposibles de escalar.

Lo único extraño, hasta el momento, era una tumba antigua que había quedado al descubierto en los últimos días. Los vecinos aseguraban que siempre había estado ahí, invisible entre las malezas, pero para los investigadores era imposible no fijarse en ella.

Sospechaban que en aquel lugar podía haber algún tipo de alucinógeno potente filtrándose por la tierra o por el aire.

La losa era de piedra, cubierta de musgo. La fecha estaba tan erosionada que ya no se distinguía; solo quedaban dos letras grabadas en relieve: una “D” y una “P”, separadas unos centímetros. Y ni siquiera tenía un propietario con nombre y apellidos, sino un pueblo entero.

Diego volvió a coger la carpeta que guardaba en su mesa con todos los documentos recopilados hasta la fecha: folios, mapas, fotografías, declaraciones… y empezó a leer cada frase, cada párrafo, cada centímetro de las imágenes. Una vez más supo que se le escapaba algo, pero no conseguía saber qué. Y, sin entender cómo, los archivos más importantes habían desaparecido de su carpeta sin dejar rastro.

—Aquí pasa algo más grave de lo que puedo ver —pensó.

Hecho una furia, se dirigió al despacho de la sargento.

Nada más abrir la puerta —que también era su despacho—, Eva lo recibió con un gesto de fastidio por no llamar y por interrumpirla en mitad de una llamada. A él no le importó. Dejó los papeles golpeando la mesa sin decir palabra. Ella, enseguida, captó el mensaje: «A este le ha pasado algo», pensó.

—¡Aquí faltan papeles! —gritó, dando toques con el dedo sobre la mesa—. No me jodas, Eva, esto no funciona así. ¡Tú no puedes sabotearme una investigación de esta manera! Hablé con el hijo y con la nuera del viejo y tomé las notas oportunas. Hablé con varios vecinos y redacté toda la información para tenerla impresa y ordenada. Y hoy, por arte de magia, todo eso ha desaparecido. ¿Dónde está lo que falta? Porque en el archivo digital tampoco está. Yo no he cogido ni borrado nada. ¿Y tú?

—Tranquilízate, Diego —ella lo miró fría—. Te recuerdo que soy sargento, igual que tú. No soy tu amiga. No he cogido nada. Y me parece repugnante que me acuses en mi propio despacho —lo recriminó de nuevo —. Y ya que eres tan valiente, háblale así al teniente Bazán y verás la sorpresa que te llevas.

—Me da absolutamente igual quién seas —le respondió él, desbordado —. Si me jodes, iré a por ti: tengas mi rango, uno superior o inferior. Seas mujer, hombre o perro. No voy a tolerar que mi trabajo desaparezca en mitad de una investigación tan importante, y en la que me estoy jugando la reputación. ¿Quién tuvo acceso al cuarto de pruebas durante la noche? Porque allí dentro tampoco hay nada. —Gritó mientras daba vueltas, nervioso—. ¿Y a mi ordenador? Aparte del teniente, claro, que de él me

espero esto y más —añadió con veneno—. Y no, no tengo ningún problema en hablarle en este tono o en uno peor.

—¿Y qué reputación? —replicó Eva, con más frialdad que ira—. ¿La de resolver doce casos seguidos? —Cogió la carpeta que Diego había arrojado sobre la mesa—. ¿Cómo que han desaparecido cosas? Eso es imposible. Llevas aquí el tiempo suficiente para saber que trabajamos de forma meticulosa para que no se pierda nada. Alguna explicación habrá, y dudo mucho que el teniente Bazán esté detrás. ¿Has pensado en Guillermo? Sé que él tiene un interés especial en el caso.

—¿Cuál explicación? Dímela tú —Diego se dejó caer en la silla—. Mi reputación es resolver casos: todos, sin que se archive ninguno sin cerrar. Aquí faltan cosas, muchas e importantes. En el almacén faltan pruebas, entre ellas la caja con las pertenencias del viejo. Yo no las he cogido. Y sí, Guillermo tiene interés en el caso: es la primera vez que trabaja ayudando a un sargento; en Granada solo atendía el teléfono y archivaba papeles de hace dos siglos. Le gusta la mitología, las historias raras… Por eso sé que él no robaría nada. Pero de ti no me fío: igual que eres capaz de chantajearme en lo personal, también puedes joderme la carrera y hacer cosas peores. —Se puso en pie recogiendo la carpeta y los folios—. Ahora te toca a ti. Averigua quién ha tenido acceso al cuarto y a mi ordenador para borrar todo. Habla con Miguel, con Comandancia o con el Rey. Pero lo quiero todo de vuelta antes de la hora de comer. —Y salió golpeando la puerta.

—¡Diego! Vuelve aquí —Escobar salió tras él y lo sujetó del codo, llevándolo a una esquina del pasillo—. Que sea la última vez que me hablas así. No soy tu enemiga, ¿me oyes? —dijo en voz baja, cuidando que nadie escuchara.

—Haz lo que te digo. ¿Eres de fiar? Demuéstramelo, y te daré la información que falta sobre este caso —respondió él con aspereza.

El sargento metió la carpeta bajo el brazo, cogió la cazadora del perchero y, sin decir a nadie adónde iba, salió directo a Antas. No iba a quedarse mirando cómo todo desaparecía ante sus narices. Y eso solo podía significar una cosa —o dos—: la primera, que estaba muy cerca, demasiado cerca, de dar con el culpable. Y la segunda, que el teniente, de un modo u otro, estaba implicado.

Entró en la carretera haciendo chirriar los neumáticos y, tras varios minutos —y unas cuantas infracciones de tráfico—, decidió apartarse al

arcén y llamar a Abascal para que revisase las cámaras de seguridad. Ya no podían confiar en nadie.

Al llegar a Antas, aparcó unos metros antes de las primeras casas, donde nadie pudiera verlo, y comenzó a caminar. Todo estaba tranquilo, demasiado para su gusto. El día invitaba a salir a los balcones, pero nadie se atrevía. A cada paso escuchó cerraduras echarse y persianas bajando de golpe, con un sonido seco. No entendía por qué se escondían. Incluso Jaime, el hijo del desaparecido, corrió a cerrar la puerta con un pasador metálico cuando el sargento se acercaba.

Sabía que nadie iba a salir a hablar con él, pero tampoco le dio mayor importancia. No tenía ganas de conversaciones ni de repetir preguntas que acabarían en un informe destinado a desaparecer de la red en dos horas. Con la misma tranquilidad, dio la vuelta y regresó al coche para dirigirse al cementerio. Eran apenas doscientos metros, pero no tenía intención de caminar bajo la mirada de desconocidos ocultos.

Aparcó junto al muro y se subió a él. Encendió un cigarro y, durante unos minutos, se quedó allí arriba, contemplando el paisaje: decenas de lápidas en el suelo, hileras de nichos, la iglesia en el centro, un bosque autóctono cerrado por la maleza y, al fondo —muy al fondo—, las llanuras de prado que rodeaban la aldea. Bajó de un salto y rodeó la iglesia por el lado en el que no había tumbas. Se acercó a aquella a la que había prometido no volver, pero allí estaba, plantado frente a ella, con un cigarro en la boca.

La observó con detenimiento. Apenas se veían cinco centímetros cuadrados de la piedra; el resto estaba cubierto de tierra oscura. Alguien había aprovechado la noche para hacer desaparecer la maldita tumba bajo tierra para siempre.

Un crujido metálico interrumpió sus pensamientos. El chirrido áspero de unas bisagras oxidadas, seguido del golpe seco del hierro contra el muro de piedra, lo puso en alerta. Diego llevó la mano al arma por instinto y avanzó despacio, procurando no pisar las lápidas del suelo.

No había nadie. Pero la cancela sí estaba abierta.

«*Una vieja, supongo*» pensó mientras arrancaba el motor del coche. «*Estas no van a ir esquivando lápidas*».

Capítulo 17.

Galicia, noviembre 2020

Una persona de aspecto descuidado, con un chándal que parecía un paracaídas, intentó escapar corriendo delante del coche patrulla. Sin éxito.

Diego dio un frenazo y un volantazo para cortarle el paso. En cuestión de segundos, la cara del hombre estaba pegada a la puerta de madera de una casa, con una mano en la espalda mientras era esposado.

—Déjame marchar, amigo. Que si me ven aquí contigo, me van matar —suplicó.

El sargento no escuchaba súplicas; quería respuestas, y no había forma de hacer cantar al Besugo, a pesar de lo fácil que siempre había sido. El hombre solo repetía que lo soltara antes de que fuese demasiado tarde. Sin hacerle caso, Diego lo agarró por los brazos y lo metió a la fuerza en la parte trasera del coche. Ya pensaría después cómo justificar la detención.

Durante el trayecto de vuelta al cuartel, el móvil de Diego no paró de sonar: llamadas y mensajes rompían el silencio cada pocos minutos, pero no atendió ninguno.

Al llegar, lo condujo directamente a la sala de interrogatorios. La detención era ilegal y en pocos minutos tendría que dejarlo en libertad; por eso era fundamental no desperdiciar ni un segundo en asuntos que podían esperar.

—Besugo, siéntate ahí. O hablas ahora, o te mando al calabozo para que se te refresque la memoria —dijo el sargento, cerrando la puerta.

—Correcto, amigo, ese soy yo. ¿Sabes que esto es ilegal, no? —se rió con una voz pastosa—. Yo no he hecho nada esta vez, solo deporte. —Su risa delataba a alguien aún muy afectado por drogas antiguas—. Pero ya sabes que no te puedo decir nada sobre ese tema. Estar aquí dentro nos hace perder el tiempo: yo pierdo tiempo de mi vida, porque me van a matar en cuanto vuelva a ver el sol, y tú pierdes el tuyo conmigo y con los otros. ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Primero, dime por qué intentaste huir y quiénes son los otros. Segundo: por qué tu vida corre peligro. Y luego, yo decidiré qué hacer contigo —se apoyó en la mesa, duro.

—No puedo —negó el hombre—. Este caso te viene grande, sargento, hazme caso. Los otros son gente muy poderosa —rió otra vez—. Suéltame,

que no vas a querer cargar con otro muerto más.

—¿Cómo que "otro más"? ¿Quién te crees que soy? —bramó Diego.

—Una mujer me contó cosas sobre ti, pero no te puedo decir quién fue. Vive en la casa grande al lado del cementerio. Me habló de tu pasado, de cuando no eras picoleto y estabas haciendo cosas muy feas —estiró los brazos, pidiendo clemencia—. Suéltame, amigo.

—¿Quién vive en esa casa? —Piñeiro salió un segundo junto a Abascal para que buscara el nombre del propietario y volvió a entrar—. Aquí dentro nadie sabe nada de mi pasado, en el hipotético caso de que eso que dices sea cierto, y si alguien se va de la lengua, te juro que pasarás el resto de tu vida en Monterroso.

—Uy, el chantaje me salió mal. ¿Estás bien, amigo? —farfulló Manolo —. Te veo muy serio.

El cabo Abascal llamó a la puerta de cristal de la sala de interrogatorios y entró con paso apresurado. Se acercó al sargento para susurrarle que había descubierto algo importante.

—Ahora voy, gracias —respondió el sargento Piñeiro—. Teresa Álvarez —dejó caer el nombre.

—¡Eeh!, yo no te lo dije —gritó Manolo desde dentro.

—Sargento, por favor, es importante —insistió Abascal—. Tiene que escucharlo.

—¿Qué quieres? ¿No puedes esperar cinco minutos? —gruñó el sargento.

—Tiene que dejarle marchar o ese hombre acabará muerto. Los vecinos de Antas están revueltos desde que trajo a Manolo detenido. Hay algo superior a todos nosotros detrás de esto y que nos está poniendo trabas; pero eso usted ya lo sabe. Suéltelo, por favor. El teniente está a punto de volver y no puede verlo aquí con usted.

—Dame un motivo para no enviarlo al calabozo.

—Bazán es el motivo. Por favor, déjelo marchar —suplicó el cabo.

El sargento asintió, no muy convencido. Regresó a la sala de interrogatorios y soltó al hombre, que, en cuanto se vio libre, salió del cuartel corriendo y sin mirar atrás.

—¿Qué has descubierto, Miguel? Y más te vale que sea importante — su voz seguía mostrando enfado.

—Cálmese, sargento, y escúcheme. Ya sé quién entró en el cuarto de pruebas, y también sé quién hizo desaparecer los archivos digitales y físicos

—respondió Abascal mientras buscaba un vídeo en su ordenador—. O mejor dicho… sé quiénes fueron.

—¿Quiénes han sido? ¿Cuántos? ¿Por dónde entraron para que no saltara la alarma? ¿O fue uno de los nuestros?

—Te lo cuento. Entraron por la puerta principal, a cara descubierta y sin problema. El teniente estuvo anoche aquí: entró en la habitación de las pruebas y salió con dos cajas grandes. Luego las dejó delante de la puerta de su despacho y estuvo en su ordenador casi media hora; tiempo más que suficiente para borrar los archivos digitales. Cuando salió del despacho, Sánchez cogió los documentos que tenía usted en su mesa y los metió en las cajas. Estuvieron unos diez minutos más hablando y se marcharon juntos. Ya sabe que Sánchez es la mano derecha de Bazán y uno de los políticos de Antas —le mostró el vídeo.

—No puede ser… ¿Un teniente de la Guardia Civil y el teniente de alcalde de un pueblo perdido haciendo chanchullos juntos? —se frotó los ojos—. No entiendo nada. ¿Quién era realmente el hombre desaparecido para que tomen tantas medidas para que no lo encontremos? Tenemos muchas preguntas y ninguna respuesta. Creo que tengo que poner al tanto a Eva. ¿Y dónde está Guillermo? —gritó sin darse cuenta—. No lo vi desde que llegué.

—Yo no puedo ayudarle mucho porque no sé lo que ha hecho hasta ahora. Llevo tiempo oliendo que algo raro pasa, pero no imaginé la magnitud hasta ver las grabaciones. Si quiere, le echo una mano —respondió Abascal con seriedad—. Guillermo salió hace rato; me dijo que iba a ir al cementerio de Santa Eulalia de Antas a buscar la tumba del hijo de Adonina y, de paso, a usted para contarle algo. Le estuvo llamando un buen rato, pero como no cogía, se preocupó y salió detrás del teniente, que también le está buscando, y no por una buena causa.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Piñeiro, nervioso.

— Hace unos 30 minut…

—¡Vente conmigo, YA! —interrumpió Piñeiro—. Si es lo que pienso, el chaval está en peligro, igual que ese yonqui. Te lo explico por el camino.

Salieron con el coche lo más rápido que pudieron: tenían que localizar a Guillermo cuanto antes. Pasaban de las tres de la tarde. Las rotondas estaban llenas de coches que no se apartaban para facilitar el paso, y las bicicletas obstaculizaban aún más la circulación, sin intención de permitir el

avance del coche patrulla, a pesar de llevar los rotativos encendidos y las señales acústicas activadas.

Al llegar al cementerio de Antas, vieron uno de sus coches rotulados aparcado junto a la cancela y, a pocos metros, oculto entre la maleza que invadía la carretera, el Audi blanco del teniente. El cabo y el sargento se pusieron el chaleco antibalas bajo la cazadora y, con gestos, entraron en el cementerio: no sabían con qué se podrían encontrar. Con el arma en la mano y apuntando hacia el suelo, rodearon la iglesia con cautela, esquivando las tumbas del suelo y las piedras que crujían al moverse, hasta encontrarse de nuevo frente a la puerta de la iglesia, bajo el campanario y delante de un gran banco de piedra que formaba parte del cierre.

No había rastro de Guillermo.

Diego estaba desesperado y bloqueado; no sabía por dónde empezar a buscar al nuevo. Era la primera vez que tenía a alguien en prácticas a su cargo y no podía permitir que le pasase nada. Los coches estaban aparcados fuera, y caminando no podrían haber llegado muy lejos.

Miguel bajó la guardia por un segundo para atarse las botas y, con un pie apoyado sobre el banco, distinguió un sutil camino que se adentraba en las profundidades del bosque. En silencio se lo indicó a su sargento y ambos saltaron por encima para internarse entre los árboles. Nada aseguraba que su compañero estuviese allí, pero tenían pocas opciones, y esa parecía una buena oportunidad para localizarlo.

Continuaron caminando con cuidado para no perder de vista el camino: había que mantener los cinco sentidos en alerta. Las hierbas aplastadas, los helechos rotos o las ramas partidas no siempre eran visibles, y la maleza volvía a cerrarse sobre ellos, aislándolos. A unos doscientos metros empezaron a oír gritos lejanos; parecían las voces de dos hombres, pero no se separaron hasta asegurarse. Al avanzar cincuenta metros más lo tuvieron claro: era la voz ronca y afónica de Rafael.

Diego hizo un gesto que su compañero entendió al instante y, con el arma en la mano, siguieron avanzando en absoluto silencio, esquivando ramas y todo aquello que pudiese crujir bajo sus botas. Consiguieron ver un raso en medio del monte basto —un claro donde durante varios metros no había maleza ni árboles— y pudieron contemplar el cielo grisáceo y las primeras gotas que la niebla depositaba sobre ellos.

A cincuenta metros, dos siluetas discutían acaloradamente. Una de ellas tenía la figura inconfundible del teniente, que acababa de tumbar a Guillermo de un puñetazo. Vieron cómo se agachaba para atarlo con cuerdas a un roble y cómo le golpeaba la cabeza en repetidas ocasiones hasta dejarlo inconsciente. Bazán desenfundó su arma —parecía un revólver calibre .22—, la contempló durante unos segundos y luego apuntó al suelo, mirando a un lado y a otro.

El sargento le hizo un gesto mudo al cabo para indicarle el camino por el que bordear el claro y sorprender al teniente por ambos lados. Abascal fue el primero en llegar a uno de los puntos acordados: se agachó entre la maleza y una piedra, a la espera de que su superior ocupase la posición opuesta para tenerlo todo controlado y no perder de vista a los objetivos. Cuando recibió la señal, Abascal empuñó su arma y avanzó con cuidado hasta quedar al descubierto; el teniente no tardó más de cinco segundos en darse cuenta de que no estaba solo.

—¡Rafael Bazán! ¡Tire el arma o disparo! —gritó Abascal.

—¡No des un paso más o le reviento la cabeza a este niñato, y después a ti por imbécil y por meterte donde no te llaman! —gritó Bazán—. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

—Dispárale a él y saldrás de aquí con una bala en el pecho —contestó Abascal, preparado para apretar el gatillo.

—Un paso más y te vacío el tambor en el pecho, niñato —gritó el teniente, levantando el arma y apuntando al torso de Miguel—. No me obligues a hacerlo.

—No lo harás. Si disparas, si nos matas, si fallas o alcanzas a cualquier vecino o cazador que pase por aquí, tendrás problemas —dijo Miguel sin apartar la vista del hombre que tenía atado—. Tú tienes mucho que perder. Yo, nada. Tú eres teniente de la Guardia Civil: ¿cómo es posible que estés a punto de matar a un hombre? ¿Qué hace él aquí? —señaló con la cabeza hacia Guillermo sin dejar de mirar a Bazán.

—Se metió donde no debía, igual que Diego. Han hablado con gente poderosa, más fuerte que todos vosotros juntos, y yo no voy a terminar igual que el viejo ese. ¿Y que yo tengo mucho que perder? —soltó una risa amarga—. ¡Tú no sabes nada! ¡Nada!

—¿Qué hizo Diego? —respondió el otro, tratando de ganar tiempo—. Yo solo vine a buscar a Guillermo para que me echase una mano. Pero si nos disparas ya sabes que vas a terminar en la cárcel, y los de allí dentro no

se llevan nada bien con los perros como nosotros. Tira el arma, entrégame al chaval y no diré nada de lo que ha pasado en este monte.

—No lo haré. Ahora mismo él es mi seguro de vida, y lo sabes. En pocos minutos vuestro admirado sargento también aprenderá la lección.

—¿Qué lección? —preguntó el otro, intentando ganar segundos.

—Este también sabe cosas que no debía saber —le dio otra patada—. Y yo me voy a encargar de que no cuente nada —le apuntó a la cabeza—. Esto os queda grande.

El sargento Piñeiro salió de detrás de la maleza y se acercó al teniente para sorprenderlo por la espalda; tenía que hacerlo con mucho cuidado, procurando que nada crujiese bajo sus botas. Cuando llegó a su lado no dudó: puso la pistola directamente en la nuca de Bazán. No era lo acordado con Abascal, pero en aquel momento supo que era la mejor opción; nunca había hecho caso a los consejos y ahora no iba a ser la excepción.

—Eres más tonto que estos dos juntos —soltó, con desprecio—. Nunca le dispararías a tu teniente; no tienes cojones para apretar el gatillo.

—Cuento hasta tres —un sonido metálico sonó a escasos centímetros de la oreja de Rafael.

—Haz lo que quieras, yo también sé lo que debo hacer —el teniente fingió bajar el arma como si fuese a entregarla y, en menos de un segundo, la levantó, disparó a Guillermo y salió corriendo.

Diego no dudó: abrió fuego contra Rafael. Miguel cubrió a sus dos compañeros. Durante unos minutos, el fuego cruzado fue tan intenso que nadie supo bien quién estaba disparando ni dónde buscar refugio. Los primeros disparos habían sido al aire, pero la situación cambió cuando uno de los guardias soltó un aullido de dolor. El último disparo del sargento consiguió detener aquel caos. Un silencio espeso, roto solo por gritos de dolor y el olor a pólvora.

Los vecinos, alertados por los disparos, llamaron al cuartel para avisar de lo que pasaba en el monte. No era día de caza ni existían campos de tiro cerca. En menos de una hora aquello se llenó de coches y ambulancias; la imagen era dantesca.

El teniente yacía boca arriba con un boquete abierto en el abdomen; la sangre salía como una manguera a presión y el suelo se teñía de rojo. El leve movimiento de su pecho indicaba que todavía respiraba.

Por poco tiempo.

—Te dije que ibas a terminar muerto si le hacías daño a mis compañeros —Diego se arrodilló junto a él—. No me arrepiento de esto; lo hago por las veces que me denunciaste en Comandancia, por las veces que tuve que enfrentarme a Víctor, por haberme jodido mi trabajo en Comandancia y mandarme a pudrir aquí. Esto lo hago por mí y por los míos. Te lo advertí. Ahora cierra los ojos y duerme; te espera un largo tiempo en el infierno.

—Eres un cretino —la voz de Bazán se volvió ronca, ahogada—. Solo espero que con esto te echen de la Guardia Civil. Tú… tú me has matado —balbuceó—. Hay gente muy poder… *podelosa*. Por mat… por *matame* a mí no vas a conseguir par… *palar* con todas estas desap…

—¿Qué cojones estás diciendo? —gritó Diego—. ¡Eh, Rafael! —se incorporó de un salto, miró a su alrededor y se llevó las manos a la cabeza —. ¡Este hombre está muerto! ¡Joder!

—¡Diego! —gritó Miguel desde unos treinta metros—. Ayúdame a levantarme, tenemos que taparle la herida a Guillermo hasta que llegue la ambulancia. Y no te voy a mentir: acabo de avisar al cuartel. Lo siento, pero no voy a permitir que esto me salpique. Te dije que nada de disparos. Mira a tu alrededor: el teniente está muerto, al chaval ese poco le queda y a mí un disparo me jodió la pierna.

—¿Qué querías que hiciera? —protestó Piñeiro mientras ayudaba a su compañero a incorporarse—. Si me quedo quieto, nos matan a los tres. Has hecho bien en llamar: esto fue en defensa propia y tú lo sabes. Tu teniente nos iba a matar. A todos. Pero no te preocupes. Nos llamarán para declarar en Santiago y Asuntos Internos se encargará del resto.

—Podías haberlo golpeado con un palo, darle con la pistola en la cabeza, desarmarlo… de eso controlas. Pero no, el sargento Diego Piñeiro se cree que está en la guerra y dispara a todo lo que se mueve. ¡Has matado a un teniente! ¿Te das cuenta de la magnitud de los hechos? Nos va a costar el trabajo a los tres —gritó, nervioso.

—No le iba a abrir la cabeza a un superior para que me denunciara otra vez. He hecho cosas peores y nunca pasó nada.

Guillermo seguía atado al árbol con un disparo en el lado derecho del pecho: pálido, inconsciente y convulsionando. Ninguno de los compañeros se atrevía a moverlo por miedo a empeorar las cosas; solo le soltaron las manos cuando el equipo médico, que llegó en ambulancias y helicóptero, se lo pidió.

Miguel Abascal tenía una rozadura de bala en el muslo —algo tratable con un torniquete provisional—, lo suficiente como para seguir ayudando a los sanitarios. Lo primero era salvar la vida de Guillermo; su pierna aún podía aguantar.

El sargento Piñeiro era el único que parecía estar bien físicamente —solo una herida superficial en el brazo—. Pero cuando llegaron el resto de compañeros del cuartel, Diego estaba sentado en el suelo, apoyado en un árbol, incapaz de reaccionar ante lo que tenía delante de los ojos. No quería mostrar debilidad, pero sabía que nada podía salir bien: acababa de matar a un teniente, a su propio teniente. Un compañero se debatía entre la vida y la muerte y otro podía testificar en su contra para salvarse a sí mismo. En ese momento, vio el final de su carrera llamando a la puerta.

La sargento Eva Escobar asumió el mando durante los días siguientes; era la máxima autoridad presente. Tenía la obligación de informar a Comandancia, y Asuntos Internos no tardaría en llamar a Piñeiro y a Abascal a declarar.

Otra vez tendría que enfrentarse a ellos.

Otra vez su trabajo estaba en juego.

Otra vez…

Capítulo 18.

Galicia, noviembre 2020

Ubicación: Santiago de Compostela

El inicio de la semana comenzó de la peor manera posible para el sargento Piñeiro: una llamada urgente durante el fin de semana lo citaba a primera hora del lunes en la segunda planta de un edificio en Santiago de Compostela. «*Para esto sí que se dan prisa los hijos de puta*», pensó. Tenía que responder a unas preguntas ante un teniente de Régimen Disciplinario o algo por el estilo; no le prestó demasiada atención. Ya conocía bien el lugar, la puerta y, por desgracia, quien estaba al mando de la investigación.

Las oficinas estaban próximas al casco histórico, mimetizadas con el entorno. Para quien lo desconociera, sería otro edificio más, uno de esos para fotografiar y hacerse selfies frente a la fachada. Pero para Diego era un infierno. Nada que ver con la ilusión de los peregrinos al recorrer las estrechas calles que desembocaban en la plaza del Obradoiro, delante de la Catedral.

En otro contexto, pasear por las calles, entrar en las tiendas de souvenirs, recorrer la Plaza del Obradoiro, la Quintana, la Inmaculada o las Platerías, sentarse en la Alameda o tomar un café en una terraza sería un plan perfecto. O no. Pero aquel día no había ocio ni placer; no estaba en Santiago por voluntad propia, y ni siquiera podía decir que estaba allí por trabajo. Solo necesitaba sobrevivir al día. Contempló por última vez la calle, los peregrinos levantando el bastón en señal de triunfo y gritando con euforia. Respiró hondo y entró al edificio.

Al cerrarse la puerta tras él, notó de inmediato el ambiente frío y tenso que reinaba dentro. Pulsó el botón del ascensor y subió a la segunda planta. Al salir, a pocos metros, vio una mesa de oficina que hacía de mostrador y detrás, una mujer con el uniforme de diario de los “jefes”: traje verde con corbata.

—Buenos días. ¿Vienes en búsqueda de…? Necesito que te identifiques —dijo, firme, sin levantar la voz.

«Vengo a que me comáis los cojones», pensó Diego.

—Diego Piñeiro —dijo, mostrando la documentación—. Busco a Víctor Mosqueira, o como cojones se llame.

La diplomacia y las formas no eran lo suyo.

—Perfecto. Espere un momento, enseguida estará con usted.

—Apúralo. Tengo cosas más importantes que hacer que esperar.

No habían pasado dos minutos cuando Víctor salió del despacho para acompañarlo hasta la sala de interrogatorios: una habitación blanca, sin ventanas y sin muebles, salvo una mesa de madera y una silla incómoda. Allí lo esperaba un hombre que no paraba de hacer preguntas, insistía, daba cosas por hecho, tergiversaba las palabras y presionaba hasta saber la verdad. Su versión de la verdad.

El interrogatorio fue largo, duro, sin descanso y sin comida. Solo había una botella de agua, con suerte.

Para Diego, aquellos interrogatorios no eran nuevos; no sería la primera vez que pasaba una noche encerrado en aquella sala, durmiendo en la silla. Pero seguía odiando aquel edificio con todas las fuerzas del mundo, igual que odiaba a los traidores.

Víctor Mosqueira era el superior encargado de su caso. Otra vez. Para Víctor, tratar con el sargento Piñeiro no solo era trabajo: desde hacía dos años se había convertido en algo personal. Buscaba cualquier mínimo fallo en sus investigaciones o en su forma de actuar para poder encerrarlo y convertirlo en un civil de por vida: sin placa, sin pistola, expulsado del Cuerpo. En una visita al cuartel de Pizarros, Víctor le había amenazado personalmente, diciéndole que no descansaría hasta arruinarle la carrera o hasta que presentase su dimisión voluntaria. Diego lo tenía claro: no dimitiría. Nunca abandonaría la Guardia Civil; era su vida.

—Nos volvemos a ver, Diego Piñeiro —comentó Víctor mientras cerraba la puerta—. Me quedó claro que no elegiste la opción correcta la última vez que hablé contigo en Lugo.

—Elegí la mejor opción, Víctor. Soy guardia civil; puedes comerme los cojones, pero no voy a dejar lo que es mi vida por culpa de un imbécil como tú. Ya viste que, en todas las ocasiones, mis compañeros me respaldan —respondió Diego.

—Ya veremos. Mucho a tu favor no estarían cuando te echaron de Comandancia para que te pudras en un cuartel de aldea. Y ten un poco de respeto, sargento: ahora soy teniente y, por tanto, tu superior —le mostró la placa—. No voy a pasar por alto estas faltas de respeto. Ahora, cuéntame qué pasó el miércoles 15 de noviembre en el monte de Os Mouros, en

Antas. Ve por orden y no dejes detalles olvidados —abrió el ordenador y se sentó frente a él—. Ya sabes cómo funciona esto.

—¿Teniente?, ¿en serio? —dijo Diego con sorna—. Nos extinguimos en menos de diez años… Mejor no pregunto a quién se las has chupado para llegar tan arriba. No has resuelto un solo caso en tu vida y ahora eres teniente —rió con acritud—. Mira: soy sargento, trabajo, tengo varias investigaciones abiertas y un pequeño grupo de compañeros que siguen mis órdenes. Entre ellas, la desaparición de un anciano; sospecho que no fue voluntaria ni, mucho menos, que se perdió. Pero supongo que eso ya lo sabes; otra cosa es que sepas lo que es trabajar —contestó con una nueva amenaza—. Lo que pasó el día quince: por la mañana llegué a mi mesa para repasar el caso y repartir trabajo. Me di cuenta de que me faltaban varios folios y fotografías, así que entré en la nube para imprimirlos y ya no había nada.

—No empieces con tus amenazas, Diego. Ya nos conocemos. Deja de amenazarme o haré que pases el resto de tu vida en Ceuta. ¿No te molestaste en buscar los papeles en otro lugar? —replicó Víctor con incredulidad.

—Las cosas normalmente no se mueven solas. Claro que las busqué, me hacían falta. ¿O acaso no escuchas cuando te hablo? —contestó Diego, alterado—. Fui a la habitación en la que guardamos las pruebas para ver si alguien las había guardado. Solo me faltó venir aquí y buscar en tu despacho, que igual sabes algo.

—¿Insinúas que alguien os robó? —rió Víctor—. A nadie le interesa tanto la desaparición de un nonagenario como para tomarse tantas molestias en borrar pruebas.

—No lo insinúo: lo afirmo. Y a las pruebas me remito —Diego clavó la mirada.

—¿Qué había en esos papeles y fotos que desaparecieron? —preguntó Víctor.

—Los datos más relevantes tras hablar con el hijo, la nuera y los vecinos. Y las fotos del hombre, del camino, del lugar de la desaparición… lo típico —hizo una pausa para beber.

—Está bien. Continúa.

—A las pocas horas tuve que ausentarme del cuartel; antes de salir pedí al cabo Miguel Abascal que revisara las grabaciones de las cámaras internas para ver quién había accedido a mi ordenador y al cuarto de pruebas, del

que además había desaparecido una caja con objetos personales de la persona que buscamos —tomó aire—. Volví al cuartel más tarde con un detenido; en ese momento Miguel me avisó de que había encontrado lo que le pedí.

—¿Cuánto tiempo te ausentaste? ¿Dónde estabas? ¿Quién era y por qué hiciste esa detención? —preguntó Víctor sin apartar la vista del ordenador mientras tecleaba.

—Me ausenté unas dos horas, más o menos —Diego cruzó los brazos —. Primero por motivos personales que no vienen al caso, y luego volví a ese maldito pueblo para intentar hablar con algún vecino. Pero en cuanto vieron el coche patrulla, todos se metieron en sus casas. Así que fui al cementerio para hacer tiempo. El detenido se llama Manuel Otero, es un ex–toxicómano. Lo detuve por desobediencia a la autoridad.

—¿Qué tipo de desobediencia? Aunque, siendo tú, me atrevo a decir que lo detuviste sin ningún motivo. Ya nos conocemos, sargento.

—Suele traficar en pequeñas cantidades y siempre está en algún lío —Diego improvisó con naturalidad—. Escapó corriendo delante del coche y, cuando dejó de correr, le pedí la documentación. Se negó. Me empujó y casi me golpea. Después me dijo que me largara de allí o acabaría muerto. Intentó empujarme de nuevo, así que lo detuve.

—Pero no llegaste a tramitar la denuncia.

—Lo sé —se rascó la cabeza—. En el cuartel me hicieron cambiar de opinión y lo dejé en libertad.

—¿Quién te hizo cambiar de idea? ¿Qué pasó ahí dentro? —la mirada de Víctor se volvió más dura.

—El detenido insistía en que, si no lo soltaba y Rafael Bazán lo veía allí, lo mataría. En ese momento entró el cabo Abascal y me pidió hablar a solas. Él fue quien me convenció para soltar al hombre.

—¿Qué quería tu compañero? —preguntó Víctor, entrecerrando los ojos.

—Tenía lo que le había pedido. Ya te lo dije antes, ¿me escuchas cuando hablo o solo estás de secretario? —respondió Diego con sarcasmo —. Rafael fue quien cogió la caja del cuarto de pruebas y borró el archivo de la nube. Y el teniente de alcalde de Antas aprovechó para llevarse mi carpeta: la metió en una de las cajas y se marcharon juntos —bajó la mirada un segundo.

—Eso son acusaciones muy graves —Víctor se incorporó bruscamente, apoyando los puños sobre la mesa—. ¡Estás acusando a un superior de la Guardia Civil y a un político!

—Lo sé. Pero corruptos hay en todos lados, y tú lo sabes mejor que yo —Diego lo miró fijamente—. Es la verdad. Yo mismo tengo una copia, a buen resguardo, de esas grabaciones.

—Siendo así… sigue —Víctor, aún alterado, se volvió a sentar despacio—. Ya comprobaré después si lo que dices es cierto.

—Me di cuenta de que Halsoven… Halcosen… —Diego se frotó el puente de la nariz—. El chaval de las prácticas, Guillermo. No estaba por el cuartel, y Abascal me dijo que había salido hacia Antas unos minutos antes de que yo llegase. Y fue cuan… —se detuvo de golpe. Su rostro cambió por completo—. ¡Rafael fue quien entró al cementerio cuando yo estaba allí! Venía a por mí… y Guillermo fue directo a la trampa —se llevó las manos a la cabeza.

—¿De qué hablas, Diego? Por favor, céntrate —Víctor suspiró con fastidio—. Llevamos aquí toda la mañana y me quiero ir a comer. ¿Sabes algo del estado de tu compañero?

—Por la mañana, cuando fui al cementerio, escuché cómo alguien entró dando un golpe seco a la cancela —se levantó y empezó a dar vueltas por la pequeña sala—. Tenía que ser el teniente, que venía a por mí. Yo salí por un lado y él tuvo que entrar por el otro. No me vio, y tampoco vi su coche entre tanto arbusto. No, no sé nada nuevo de Guillermo; solo que sigue grave.

—No tienes pruebas de ello; pudo ser cualquiera. Estamos en unas fechas en las que la gente se pasa el día entrando y saliendo de los cementerios —Víctor salió unos minutos de la sala y regresó con dos cafés —. Continúa con lo de tu compañero.

—Dejé marchar a Otero y salí lo más rápido que pude con Abascal hacia Antas. Delante del cementerio estaba el coche patrulla y, metros más adelante, semioculto, el Audi del teniente, por eso no lo vi antes. El cabo Abascal y yo accedimos al cementerio, cada uno por un lateral de la iglesia, y nos volvimos a encontrar delante de la puerta. Yo no vi nada raro. Sin embargo, cuando el compañero se agachó para atarse las botas, vio un camino casi inapreciable que se adentraba en el monte.

—¿En ese momento recuerdas si ibas con el arma en la mano? —preguntó Víctor.

—No… creo que no. Pero llevaba el chaleco antibalas desde que bajamos del coche. Avanzamos con cuidado para no perder la pista. A los cinco, diez o quince minutos llegamos a un claro en el bosque; ya no quedaba rastro de las casas que se veían minutos antes. A unos cien metros pudimos ver cómo discutían y cómo Rafael tumbó a Guillermo para atarlo —se frotó los ojos.

—¿Cómo hizo para atarlo? Un cuerpo inerte no es fácil de mover.

—Lo agarró por debajo de las axilas y lo arrastró hasta el árbol más próximo. Abascal y yo nos separamos para rodearlos a distancia y sorprenderlos en silencio. La idea era desarmar a Rafael, pero salió mal —apoyó la cabeza en las manos y se quedó mirando a la mesa—. Necesitaba salvar a Guillermo. Escuché a Rafael decirle al chico que lo que había descubierto no podía saberlo nadie más, y que la única manera de asegurar el secreto era matarlo.

—¿En qué momento te calentaste y decidiste dar el primer disparo? —preguntó Víctor, queriendo cerrar el interrogatorio.

—Yo no di el primer disparo; sé que te gustaría que fuese así para tener la excusa perfecta para echarme del cuerpo —vaciló—. Abascal salió frente al teniente pidiéndole que tirase el arma, pero él no hizo caso y apuntó hacia él. Volvió a decir que Guillermo sabía algo y que tenía que matarlo, y que después vendría a por mí. No fui yo quien abrió fuego; fue Rafael quien disparó al compañero atado. Después huyó para salvar su vida. Entonces yo disparé, Abascal disparó y Bazán también. El último en disparar fui yo, y pasó lo que pasó. Mi obligación era salvar a mis compañeros; sus vidas estaban en peligro.

—¿Estás seguro de que fue así? —Víctor sonrió por primera vez—. ¿Sabes que haré más preguntas? Hablaré con el cabo Abascal. Hablaré con el agente en prácticas Halvorsen —si sale de esta, claro—. Hablaré con la sargento Escobar y con quien haga falta. Y te recuerdo que ya llevas a otro muerto a tus espaldas.

—Eso es un golpe bajo que no te hace justicia ni profesional ni como hombre. Pregunta lo que quieras y a quien te dé la gana. No te tengo miedo, y ese muerto sabes tan bien como yo que fue en defensa propia.

—Lo haré, tenlo por seguro. Pronto me entrevistaré con Miguel Abascal y, cuando sea posible, lo haré con Halvorsen. Pero en esta ocasión tienes difícil salirte con la tuya.

—Lo mismo me dijiste cuando estaba en la Comandancia de A Coruña, y aquí sigo años después. Yo estoy tranquilo: si no llegase a intervenir, Guillermo estaría muerto. Y si no disparo en medio del monte, Guillermo, Miguel y yo estaríamos muertos. Y, sinceramente, no tenía ganas de que lloraran nuestras familias.

Diego se levantó de la silla, cogió la cazadora y salió de aquel despacho en cuanto le abrieron la puerta; no aguantaba más tiempo encerrado ni sentado. El interrogatorio, además de duro, fue largo: más de diez horas sin poder salir de aquellas cuatro paredes y bebiendo únicamente agua. Víctor ni siquiera tuvo la decencia de dejarle ir al baño.

La calle estaba oscura y apenas se veía lo que dejaban ver las farolas. Tenía hambre y ganas de ir al baño, pero no quedaba ningún bar ni cafetería abierta tan tarde; de hecho, pocas personas quedaban en la calle, a pesar de estar en Santiago y a pocos metros de la plaza más importante para los cientos de peregrinos que llegaban cada día. Apuró el paso: no le gustaba el color que iba cogiendo la noche, ni el olor que traía, ni el frío que le calaba hasta los huesos.

Cuando al fin llegó al coche, dio un largo suspiro para intentar calmarse. Apretó el botón del cierre centralizado para sentirse más seguro, arrancó el motor para encender la calefacción y rebuscó en la guantera hasta encontrar la cajetilla de tabaco que había dejado por la mañana. Sostuvo uno de los cigarrillos con la boca, dio la primera calada y sacó el móvil del bolsillo para llamar a su mujer. Tenía más llamadas y mensajes, pero podían esperar.

—Todo está bien, cariño. Salgo ahora de Compostela, nos vemos en unas horas —dijo antes de colgar la e incorporarse a la carretera.

Capítulo 19.

Galicia, noviembre 2020

Ubicación: cuartel de Pizarros

El turno siguiente fue distinto a lo que Diego estaba acostumbrado. Después de varios días sin presentarse en el cuartel, todo había cambiado. El despacho del teniente Bazán lo ocupaba ahora la sargento Escobar, la mujer que estaría al mando hasta que Comandancia enviase a alguien para cubrir la vacante.

El sargento Piñeiro notaba cómo sus compañeros le clavaban dagas con la mirada y cuchicheaban a sus espaldas, tratándolo como al asesino que había matado al teniente de un disparo a traición por la espalda. Todo aquello era mentira, por supuesto, pero el daño ya estaba hecho cuando decidieron colocarle la cruz a un hombre sin querer saber la verdad, refugiándose solo en rumores y cotilleos de la calle. Ni siquiera atendían a la explicación que Escobar llevaba días repitiendo.

Trató de no hacer caso de los comentarios y se acercó a la máquina del café. Mientras esperaba, uno de los guardias pasó a su lado, le dio un codazo acompañado de un insulto poco elegante. En otro momento, lo habría estampado contra la pared sin pensarlo dos veces, pero ahora solo respiró hondo: «Respira, esto pasará pronto». Sabía que tenía que mantener la cabeza fría. Estaba en el ojo del huracán, y agarrar a aquel guardia por el jersey para amenazarlo —como solo él sabía hacerlo— solo complicaría más su situación ante Asuntos Internos.

Con el vaso en la mano, volvió a su mesa y empezó a ponerse al día con todo el trabajo atrasado. Esa sería su nueva manera de buscar la calma: refugiarse en el ordenador y en la docena de carpetas que tenía sobre la mesa. Primer caso: robo de coches.

Concentrarse no iba a ser fácil, y menos sabiendo que, en ese mismo momento, a varios kilómetros, Miguel estaba por primera vez delante de Víctor, encerrado en uno de esos despachos donde la tensión podía quebrar al más fuerte.

Fran, otro de los guardias del cuartel, se aproximó hasta la mesa del sargento en completo silencio. Observó lo que hacía durante un buen rato, y

cuando parecía que ya se marchaba, se detuvo, dio media vuelta y le tiró varias cosas al suelo mientras gritaba: "¡Cobarde!"

Diego saltó de su silla completamente fuera de control. Lo agarró por el cuello y lo estampó contra la pared como si fuese un muñeco de trapo. Sin dejar de apretar, le soltó varias amenazas y gritos, para que todos los que estaban allí escucharan que no iba a tolerar ninguna falta de respeto por algo que no había hecho, y que no le temblaría el pulso para enfrentarse a quien fuera.

Escobar salió de inmediato del despacho para separar a los dos hombres y hablar con ellos. No podía permitir esas peleas en el cuartel mientras estuviese al mando. Entendía perfectamente los motivos y, durante varios minutos, trató de explicar —por décima vez— lo ocurrido en el monte de Antas entre el teniente y los tres guardias presentes en el tiroteo. Disparar fue la única manera de salvar tres vidas; nadie tenía la intención de matar a nadie. Y, de hecho, la bala que acabó con la vida de Rafael no provenía de la pistola de Diego, tampoco la que alcanzó la pierna de Miguel, y, por supuesto, tampoco la que dejó a Guillermo inconsciente.

Y eso Víctor lo sabía.

Capítulo 20.

Ubicación: Santiago de Compostela.

Para Miguel Abascal, volver a Santiago de Compostela no era nada nuevo. Era su ciudad, la que lo vio crecer y de la que se marchó hace casi quince años. Tras partir, apenas volvió; no le traía buenos recuerdos y no echaba de menos nada importante. Conocía esas calles, cada local, cada edificio y cada rincón. Sin embargo, aquel día no era como los demás. Nunca antes había tenido que reunirse con Asuntos Internos. Su hoja de servicio estaba tan limpia como el primer día de academia, pero era plenamente consciente de cómo se las gastaba esa gente; llevaba días sin dormir y con los nervios a flor de piel.

—Buenos días. ¿Es usted el cabo Miguel Abascal, del puesto de Pizarros? —preguntó Víctor desde la misma oficina en la que interrogó a Piñeiro días antes.

—Sí, soy yo —respondió el cabo, visiblemente nervioso.

—Necesito que me responda a unas preguntas. Son sencillas… siempre que seas sincero, claro —Víctor se sentó, abrió el ordenador y lo miró fijamente.

—Lo que usted diga.

—Necesito que, por orden cronológico y sin dejar un solo detalle, me cuentes qué sucedió el día quince de noviembre en el monte de Os Mouros, en Antas. ¿Qué pasó exactamente?

—Era un día normal —empezó Miguel—. El sargento me mandó revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad del cuartel; al parecer habían desaparecido varios documentos de un caso importante. Los informes eran cruciales para avanzar en la investigación y yo… hice lo que me pidió. Revisar horas y horas de grabaciones forma parte de mi trabajo. En ellas vi cómo nuestro teniente y el teniente de alcalde de Antas entraban a las dos de la madrugada, cogían una caja con objetos de la persona que estaban buscando y luego el político sacó varias hojas de la carpeta que estaba sobre la mesa del sargento, mientras Rafael tecleaba en el ordenador de su despacho.

—Sé que eres informático y técnico de comunicaciones del cuartel, eres de los buenos —dijo Víctor—; por eso no has tardado muchos años en

volver a Galicia. ¿Crees que el archivo digital fue borrado, protegido o simplemente cambiado de ubicación?

—Sí, soy informático y técnico de teleco —contestó Miguel—. No puedo asegurarlo al cien por cien porque no sé exactamente lo que hizo el teniente. Pero no creo que lo borrara antes de guardar una copia. Mi hipótesis es que lo bajó de la nube y lo pasó a una memoria externa con algún cifrado. Al menos yo lo hubiera hecho así.

—Yo también apuesto por una memoria externa —asintió Víctor—. Borrarlo sin copia sería un sinsentido. Sus ordenadores pronto estarán en nuestras manos y podremos empezar a trabajar con ellos. ¿Qué más pasó ese día?

—El teniente me pilló revisando las grabaciones —continuó Miguel—. Pensé que me echaría la bronca otra vez, pero se mostró… demasiado amable para mi gusto. Me dijo que salía un momento a Antas, que tenía un asunto urgente que arreglar. El compañero en prácticas salió tras él, con unos cinco minutos de diferencia, aproximadamente —abrió la botella de agua y dio un sorbo—. Pensó que el sargento estaría en riesgo si Bazán lo encontraba en ese pueblo maldito, y Diego no cogía el teléfono.

—¿Qué bronca te echó el teniente? ¿Te refieres a Guillermo Halvorsen, cierto? ¿Sabes adónde iba él? —preguntó Víctor, clavándole la mirada.

—Hace unas semanas la bronca fue porque quise pasarle al sargento los datos del SITEL y el volcado de un móvil. Sí, ese Guillermo. Estuvimos un rato tratando de contactar con Piñeiro y, al ver que no respondía, el chico cogió unas llaves y salió corriendo a Antas. Cuando llegó al cuartel le expliqué lo que pasó y salimos tras ellos.

—Al llegar al pueblo, ¿qué pasó? ¿Ibas con el arma en la mano? —insistió Víctor.

—No —contestó Miguel—. En principio solo nos pusimos los chalecos. Entramos al cementerio con la mano cerca del arma por si fuese necesario desenfundar, claro. No había nadie. Aproveché para atarme bien los cordones y, por casualidad, me fijé en que había un pequeño camino que se adentraba en el monte, como si alguien —o algo— hubiera pasado por allí poco antes.

—¿A qué te refieres con “algo”? —preguntó el teniente.

—Un animal, por ejemplo —dijo Miguel—. Pero no teníamos muchas opciones: saltamos por encima del banco y nos echamos a la aventura con la pequeña esperanza de encontrar al chico. A los veinte minutos vi al

teniente amenazando a Guillermo y avisé al sargento, que se había quedado a unos metros buscando otro rastro que seguir. Los dos vimos cómo Bazán le dio un golpe al chaval, lo ató, siguió pegándole y, finalmente, le apuntó a la cabeza.

—¿En ese momento desenfundaste y disparaste contra el teniente? —preguntó Víctor, acusador.

—No —replicó Miguel—. En ese momento no. El sargento me dio órdenes de lo que había que hacer, nos separamos por los laterales. Cuando tuvimos contacto visual hice un gesto y salí de mi escondite con la pistola en la mano, apuntando al suelo. Mientras intentaba convencer a Bazán para que tirase el arma, Diego aprovechó para acercarse por la espalda y tratar de desarmarlo.

—Por la espalda… será que no sorprende —murmuró Víctor—. ¿Qué más pasó?

—Cuando Diego llegó por detrás y le puso la pistola en la nuca, el teniente disparó contra Guillermo y lo dejó fuera de combate. Intentó huir y entonces tanto Diego como yo abrimos fuego, pero Rafael es un perro viejo y no se amedrentó con nada —concluyó Miguel en voz baja.

—¿Quién disparó primero, Diego Piñeiro o tú? —recalcó el nombre de Piñeiro—. ¿Y quién le metió el tiro a Bazán? Yo ya lo sé.

—No lo recuerdo —tragó saliva—. Fue todo tan rápido que… no sé quién fue el primero ni el último. Recuerdo el tiro en mi pierna y cómo quemaba; me caí al suelo y me arrastré hasta detrás de unas piedras. Disparé unas cuantas veces más, pero no sé si llegué a dar a alguien o no. Por trayectoria no debería haber alcanzado a nadie. Pero hace unos días me enteré de que sí: que una de mis balas impactó en el estómago del teniente —apretó los labios—. Yo… estoy convencido de que nos iba a matar.

—Está bien, tomo nota —Víctor se mostró ahora más comedido—. No creo que tarde mucho la resolución de esto: ya tengo el informe de balística, el del forense y el parte médico de vuestras lesiones; solo me falta tramitarlo todo y tomar una decisión.

—¿Tendré problemas? —preguntó Miguel, aún nervioso—. Lo he matado…

—En principio no; todo parece apuntar a defensa propia. Me falta el testimonio del guardia civil en prácticas —dijo Víctor—; me está costando conseguir una cita con él. Supongo que aún te queda tiempo de baja.

—Sí —respondió Miguel con más calma—. Pero pediré el alta voluntaria en cuanto sepa cómo termina esto. Para estar sentado delante del ordenador, la muleta y la pierna no me molestan. Además, necesitarán ayuda con todo el trabajo acumulado en el cuartel.

—Me alegro. Cuando tenga noticias te llamo —Víctor cerró el interrogatorio.

Capítulo 21.

Ubicación: cuartel de Pizarros

La sargento Escobar seguía al mando del cuartel; la tensión entre los guardias y el sargento era tan cortante que, de vez en cuando, tenía que salir del despacho para separarlos.

A la hora de comer, cuando el puesto quedó temporalmente vacío, Diego aprovechó para colarse en el despacho del teniente Bazán. Por suerte, la puerta no estaba cerrada. Sin hacer ruido, entró, bajó las persianas y se puso a hacer lo que llevaba en mente sin que nadie lo supiera.

El ordenador de sobremesa de su jefe seguía allí; seguramente pronto vendría alguien a llevárselo. Durante varios minutos luchó con las contraseñas hasta que descubrió una pequeña pegatina bajo el ratón con la clave apuntada. Cuando consiguió tener acceso, copió todo lo que había en el disco duro y lo guardó en un pendrive. Mientras esperaba a que la copia terminase, rebuscó entre papeles, carpetas y libros en busca de las páginas faltantes del informe de Antas, pero no encontró nada. Volvió a sentarse delante del ordenador para apagarlo y dejarlo como estaba antes. Abrió los cajones de la mesa y los vació en el suelo; había varios botes de medicamentos sin etiquetas y, en uno de ellos, dos pendrives que, sin pensarlo, guardó en el bolsillo. Recogió todo y salió como un fantasma.

Él nunca estuvo allí dentro.

Ahora solo le faltaba esperar a que terminase su turno para revisar todo aquello desde el ordenador de su casa, con tranquilidad. Echó la silla hacia atrás, puso los pies encima de la mesa y sacó el móvil para vigilar la hora y revisar sus redes sociales. Hasta que Asuntos Internos resolviese la situación no podía salir a la calle, y el trabajo de oficina, la burocracia y el papeleo eran cosas que siempre hacía despacio, por obligación, nunca por gusto.

Quizá, antes de irse a casa, se pasaría por el hospital para visitar a Guillermo. No era algo que le apeteciese especialmente, pero el chaval no paraba de enviarle mensajes pidiéndole que fuera a verlo. A pesar del dolor, estar todo el día tumbado en una cama de hospital no era fácil de llevar, y Diego lo sabía de sobra: ya tenía experiencia en aquello.

DICIEMBRE

Capítulo 22.

Galicia, diciembre 2020

6 semanas después del accidente

Después del tiroteo en el monte de Os Mouros, y con la investigación prácticamente cerrada, la aparente calma había regresado al cuartel de Pizarros tras dos meses de caos absoluto.

Las denuncias volvían a ser las de siempre: robos de coches, robos en viviendas del rural y un secuestro exprés fruto de los celos de una pareja. Nada que, con una nueva guardia civil experta en camuflarse entre ladrones y un sargento con un historial brillante resolviendo crímenes, no pudiera solucionarse en pocos días y con los sospechosos declarando ante el juez.

En las parroquias cercanas al cuartel y en las carreteras más transitadas ya flotaba el olor a Navidad: marisco, bacalao, coliflor, dulces navideños y compras de última hora.

Pizarros también se adaptaba a la nueva normalidad con la llegada de caras nuevas. Susana Otero, guardia civil con cinco años en el cuerpo, había sido destinada temporalmente como sustituta de Guillermo Halvorsen y como refuerzo hasta pasado fin de año. Especialista en robos de vehículos —coches, motos, camiones… cualquier cosa con motor y ruedas—, sabía cómo funcionaban las cabezas de los ladrones. Su afición por la mecánica, los tatuajes relacionados con el mundo del motor, la gorra del circuito de Nürburgring, el chándal de Adidas y su metro sesenta le permitían pasar desapercibida en desguaces y talleres donde buscaba piezas robadas sin llamar la atención.

Su único inconveniente: choques constantes con los métodos del sargento Piñeiro y su desobediencia con la teniente.

Sí, la nueva teniente.

Por primera vez desde que existía el cuartel, la máxima autoridad era una mujer. A los guardias no pareció importarles. Sabían que era la mejor, o eso decía Internet y las páginas de los periódicos, que se hacían eco de noticias suyas sobre la resolución de casos que parecían imposibles.

La vida personal de la teniente Belén Rivas era un desastre, pero en lo profesional era impecable: seria, disciplinada, estricta con los protocolos y aún más estricta consigo misma. Su cometido era convertir aquel cuartel

manchado por la corrupción en uno de referencia, admirable para la Comandancia. Sabía que el trabajo iba a ser duro; un escándalo no se borra de un día para otro.

Su primer día consistió en hacer todo lo que odiaba: firmar documentos pendientes, hacer y atender llamadas de Comandancia. De alguna manera que desconocía, cierta información sensible había traspasado las paredes de su cuartel y terminado en manos de los altos cargos de A Coruña. No entendía cómo se filtró, pero estaba segura de que, si Rafael Bazán siguiese vivo, terminaría en la cárcel de por vida. O muerto.

El sargento Diego Piñeiro seguía siendo el mismo de siempre: sin encajar con las nuevas compañeras y empeñado en trabajar a su manera. Sin embargo, después de saber que el tiroteo en el monte no tendría consecuencias disciplinarias —defensa propia—, parecía moverse con más energía y, sorprendentemente, más calma. Se había prometido no meterse en más líos y dejar de ser el centro de atención. De momento, lo estaba cumpliendo.

Durante las semanas en las que no pudo salir a la calle, se encargó de varios casos desde el interior del cuartel, apoyándose en los guardias civiles, que actuaban como sus ojos y su voz en la calle. Un secuestro exprés resuelto en menos de doce horas: ese tipo de delitos nunca se le resistían, igual que los homicidios y asesinatos, que, pese a su dureza, siempre habían sido sus favoritos.

Los robos de arte sacro eran otros delitos que iban en aumento en las aldeas. Cada pocos días aparecía forzada la puerta de una iglesia, capilla o monasterio, y desaparecían tallas y objetos de gran valor. Los ladrones de guante blanco eran prácticamente intocables: una red que movía millones, con contactos en Fiscalía y los mejores abogados del país en nómina. Una organización imposible de cazar.

Guillermo Halvorsen, por su parte, había estado al borde de la muerte varias veces. La bala había quedado alojada muy cerca del pulmón derecho, y tanto la operación como la recuperación fueron derivando en complicaciones. Seis semanas después, aún seguía de baja, recuperándose en casa de sus amigas, en Madrid.

Mientras tanto, en Santiago de Compostela, en el mismo edificio donde trabajan los miembros de Asuntos Internos, llegó un sobre anónimo una semana después de interrogar a Piñeiro y a Abascal. Intentaron buscar al

remitente, pero fue imposible. No había huellas en el sobre ni en los dos USB que contenía. Las cámaras tampoco ayudaron: solo captaron a una persona de estatura media, complexión normal, con pasamontañas, guantes y ropa negra. Una persona astuta, que evitó cada cámara que hubiese por las calles. Era alguien que conocía bien la ciudad.

En la Comandancia de Lugo llevaban semanas analizando el ordenador portátil y los correos del teniente Rafael Bazán. Había documentos cifrados que señalaban directamente a varios políticos, jueces y empresarios importantes relacionados con el narcotráfico, la trata de mujeres y organizaciones criminales a nivel internacional. El sobre anónimo, sin embargo, había entregado la cabeza de Bazán en bandeja de oro.

El teniente Bazán, junto al teniente de alcalde Sánchez, llevaba años colaborando con organizaciones criminales de todo tipo, manchándose las manos de sangre y acumulando deudas de juego. La información que poseían era lo único que los mantenía con vida: un seguro para evitar que alguien les hiciera desaparecer. Si algo les ocurría, todo terminaría filtrándose a la prensa de toda Europa.

En la pequeña aldea de Antas, varios matones contratados eran los encargados de silenciar al pueblo a cambio de dinero, dejando pistas falsas y ocultando las verdaderas.

Pero ahora todo sería diferente. Rafael Bazán estaba muerto, sus matones cumplían condena en una prisión lejos de Galicia y el político tenía una orden de búsqueda y captura internacional. Con ellos fuera de juego, la gente del pueblo por fin podía hablar sin miedo a represalias.

No todos habían tenido esa suerte.

Cuando Manuel Otero —El Besugo— llegó detenido al cuartel, el hecho de haber sido visto con la Guardia Civil le costó caro. Antes de que pudiera regresar a su aldea, dos hombres lo asaltaron en un camino y lo enviaron a la UCI tras propinarle una brutal paliza.

. . .

—Dime, Guillermo, ¿cómo te va? —respondió Diego al teléfono.

—Sigo vivo, que ya es mucho decir… y tú pasas de mí, ni una llamada —intentó reír, pero un dolor en las costillas se lo impidió—. Ahora puedo moverme y caminar sin sentir como si mi corazón escapara por la boca.

Diego, escúchame, tengo que pedirte un favor importante —contestó Guillermo desde Madrid.

—Siempre que no vaya en contra de mis principios, pídeme lo que quieras. No te llamé porque no tuve tiempo, simplemente fue eso.

—Me he acordado de algo esta noche. ¿Te acuerdas de la casa gigante y reformada que está frente al cementerio?

—Sí, la que parece vacía, ¿no?

—Exacto. Pero no está vacía. Allí vive una mujer de unos setenta u ochenta años que se llama Lealdina, y al parecer, es la que corta el bacalao en Antas. ¿Podrías hablar con ella? Sé que sabe algo de la desaparición del hombre.

—Intentaré hacerle una visita. Ya estoy hasta los huevos de estar encerrado aquí. Y a ver si consigo que Miguel venga conmigo para hacer el viaje más ameno —le echó una mirada al cabo que estaba a unos metros—. ¿Quieres que le pregunte algo en concreto?

—Vaya dos que os habéis juntado. Con ponerla nerviosa ya basta. Sé que descubrí algo sobre ella, pero todavía no recuerdo qué fue.

Diego no dudó en pedirle al cabo Abascal que lo acompañase a Antas. El camino era largo y no quería hacerlo solo ni en silencio. No era la primera vez que intentaba hablar con los propietarios de la vivienda, pero nunca había conseguido que alguien saliese detrás de las puertas.

La casa estaba a escasos metros de la entrada del cementerio. Parecía sacada de otra época: de color rosa salmón, con dos pisos y enormes ventanales que la rodeaban. La terraza, el porche y el jardín estaban bien cuidados, con plantas, árboles, fuentes y varios elementos decorativos visibles desde la carretera a través de los barrotes blancos de hierro que cerraban la propiedad. Delante de cada columna que sujetaba el portal, dos estatuas de piedra en forma de león vigilaban la entrada. Sin saber quiénes eran exactamente los propietarios, Diego dedujo que se trataba de una familia adinerada.

Al llegar, apagaron el motor del SEAT León frente a la casa. Nadie sospecharía que aquel coche y aquellos dos hombres pertenecían a la Guardia Civil. Ambos iban vestidos con pantalón vaquero, jersey de lana y cazadora oscura.

Diego fue el primero en llamar al timbre, pero, como era de esperar, nadie respondió. Lo intentaron de nuevo, y una sombra se dejó ver tras las

cortinas del segundo piso. Cuando estaban a punto de volver al coche y desistir, Miguel hizo un último intento. Tras unos segundos de incertidumbre, el portal crujió y se abrió lentamente, dejando que pasaran. Un camino de losas grises conducía hasta el escalón de la puerta principal.

Una mujer de unos cuarenta años los esperaba, acomodándose el pelo y observándolos fijamente. Vestía un vestido gris y un delantal blanco con puntilla; de algún modo se sabía que era la mujer del servicio. Cruzó unas cuantas palabras mientras los guiaba hasta un pequeño salón cercano a la puerta, les sirvió café y se retiró para seguir con sus tareas. A su jefa no le gustaba tener oídos cerca cuando estaba reunida.

El salón tenía aspecto antiguo y un olor a rancio. Varios muebles de castaño se mantenían en pie gracias a un soporte de madera que los calzaba. «Típica casa de marqueses: muebles apolillados y gente tacaña», pensó Diego. Las estanterías estaban cubiertas de figuras y jarrones de porcelana, con flores de plástico marrones. Del techo colgaba una lámpara de araña similar a la de las iglesias, con varias bombillas rotas. En el centro del salón, una alfombra marrón con dibujos blancos cubría el suelo, sobre la que descansaba una mesa redonda con patas de bronce y un sofá de dos plazas acompañado de un sillón floreado.

En el sillón, alejada de la puerta, se encontraba una mujer de unos setenta y muchos años. Moño alto y apretado. Vestía completamente de negro y lo único que destacaba era el collar de perlas blancas. En ningún momento hizo el amago de levantarse ni de invitar a sentarse a sus invitados: simplemente se quitó las gafas y las dejó en una esquina de la mesa para iniciar la conversación.

Aquella mujer no era la anciana frágil, débil y quebradiza que había imaginado el cabo Abascal al verla. Se trataba de Doña Lealdina: la mujer más rica y temida del pueblo, o al menos una de ellas. Los negocios y empresas de la villa eran suyos, tenía contactos, dinero e información suficiente para destruir a cualquiera. Decidía qué hacer con los datos que le llegaban: a veces los usaba como arma para apartar a alguien, otras los vendía a cambio de silencio, y en ocasiones pagaba para que nunca salieran a la luz. Su legado del terror se basaba en chantajes y amenazas, pero ni ella ni su familia se manchaban las manos de sangre; para eso tenían hombres que lo hacían por dinero, por su dinero. Todo eso parecía haber terminado

con la muerte del teniente Rafael Bazán y la detención de sus matones. Ahora, Lealdina era una anciana más, esperando el paso de un reloj.

—Doña Lealdina —comenzó Piñeiro, sentado en el sofá—, ¿por qué no nos abrió la puerta las veces que vinimos? ¿A qué está jugando? Estamos investigando y necesitamos su ayuda; creo que usted es quien más nos puede aportar.

—¿Está usted seguro de que no conoce la respuesta, sargento? —vaciló ella, con una sonrisa helada—. No nací ayer para saber cuándo me conviene hablar y cuándo callar. Podíais haberos ahorrado la visita: hoy tampoco diré nada. Solo quería ver la ilusión en vuestras caras al cruzar la puerta… y la cara de pánfilos que tenéis ahora.

—Rafael está muerto —dijo Diego, clavándole la mirada—. Sé que habéis trabajado juntos muchas veces. Sé que le prestó dinero para sus deudas de juego. Sé que chantajeó a jueces, políticos y empresarios; que pagaba a matones para que hicieran el trabajo sucio. Sé muchas cosas. De usted depende que esto salga a la luz —cruzó una pierna sobre la otra—. ¿Está dispuesta a colaborar?

—¿Siempre actúas así, chantajeando y amenazando a una anciana indefensa? Si tuvieras algo contra mí, ya estaría en los periódicos y yo en la cárcel. No tienes nada, querido. —Abascal lanzó unos papeles sobre la mesa y la cara de Lealdina cambió al empezar a leer—. ¿De dónde habéis sacado esto? ¡No podéis hacerlo público! —exclamó, la voz rota por la ansiedad—. Si sale a la luz, será mi ruina.

—Oh, claro que podemos —replicó Piñeiro, implacable—. No me ponga a prueba. Ya nos conocemos y sabe cómo trabajo. ¿Va a colaborar con nosotros? Si se niega, me encargaré de que acabe en la cárcel; y créame, no durará mucho viva después de habernos dado los nombres de los matones y de toda esa gente tan poderosa con la que se rodea. —Esbozó una sonrisa fría.

—¡Yo no os he dado ningún nombre! —gritó ella, antes de quedarse sin voz.

—Nadie la creerá —insistió Diego, sin bajar la guardia—. En ocasiones la palabra de un guardia civil pesa más que la de cualquier otra persona. Yo tengo estos documentos que explican todo —señaló la carpeta sobre la mesa—. Puede quedarse con ellos, son solo una copia. Y tras la muerte de Rafael, usted es ahora la cabeza a la que le están poniendo precio desde algunas cárceles del país.

El cabo Abascal, sentado al lado del sargento, negaba con la cabeza. No le gustaba el tono ni las formas. Después de tanto tiempo sin salir del cuartel, le costaba recordar las maneras agresivas de su superior. No compartía esos métodos, pero no le quedaba otra que callarse y esperar a que la conversación terminase pronto.

—Está bien —dijo finalmente Lealdina en un hilo de voz, mirando al suelo—. ¿Qué queréis saber?

—Abascal, es su turno —añadió Piñeiro, sacando el móvil.

—Como ya sabe —empezó el cabo, más mesurado—, el 29 de octubre desapareció un vecino de esta localidad. Usted conoce todo lo que sucede en este pueblo y en estos montes. Necesitamos que nos cuente todo lo que sepa sobre Javier: si tenía enemigos, deudas, vicios o cualquier cosa que nos sirva.

—De ese hombre hay poco que contar —respondió Lealdina con gesto de desdén—. Su mujer murió hace meses y él perdió la cabeza. No entiendo cómo su hijo no lo metió en una residencia. Ese viejo era mecánico de trenes, tenía buena pensión y, a pesar de eso, vivía con un miserable. No soltaba un duro, y así murió, solo.

—¡No nos referimos a eso! —explotó Piñeiro, poniéndose en pie—. O me das algo que sirva o me encargo yo personalmente de que acabes en la cárcel. No estamos aquí para perder el tiempo. Tú también estás sola, ¿o quieres que pregunte por tu hijo?

—¡Diego, tranquilo! —interrumpió Abascal, antes de que se complicasen las cosas en aquella casa—. Sal a fumar y, cuando te calmes, vuelves.

—Menudo impresentable el sargento este —refunfuñó Lealdina entre dientes—. ¿Y a ese le pago el sueldo con mis impuestos? Mañana mismo me presento en el cuartel y pongo una denuncia; yo solo soy una anciana asustada.

—Déjelo, ya me encargaré de él en cuanto usted me diga lo que quiero saber. Intentemos calmarnos y continuar con esto —cambió el ritmo de la entrevista para apurar—. ¿Javier tenía deudas de juego? ¿Frecuentaba bares? ¿Algún vicio que lo conecte con usted?

—El de los vicios es tu compañero, su mujer es una fulana, pero él no se queda atrás —soltó Lealdina con una carcajada ácida—. ¿De verdad crees que te voy a decir algo después de esto?

—A mí no me importa la vida personal de mi sargento —dijo Abascal —, en estos momentos solo me importa la de Javier. Pero viendo que no va a colaborar, solo me queda una opción: hablar con la prensa. Hay varios periodistas ahí fuera esperando información —recogió los folios que tenía sobre la mesa.

—Fuera de aquí, ahora —Lealdina se levantó del sofá y señaló la puerta con autoridad—. Como se nota que no está Bazán aquí.

—Vale —Abascal se puso de pie y guardó la libreta en un bolsillo—. Cuando todo este escándalo salga en la prensa no habrá vuelta atrás; en la cárcel ya le guardan una cama. —Se dirigió a la puerta—. Ah, y allí no tendrás sirvientas ni peones. Nos vemos pronto. —Vaciló un instante antes de salir.

El sargento aprovechó que estaba solo para dar una vuelta alrededor de la casa, con la intención de buscar algo que ni él sabía exactamente qué era. En la parte de atrás encontró un almacén que parecía llevar años abandonado. La puerta de madera tenía trozos faltantes, una bisagra estaba rota y el pomo había sido sustituido por un corcho de botella. La empujó con cuidado para no hacer ruido.

El interior estaba oscuro y lleno de telarañas que se le enredaban en el pelo. Un fuerte olor a humedad impregnó sus fosas nasales. Con la linterna del móvil iluminó la estancia: todas las herramientas que guardaban estaban corroídas por el óxido; solo se salvaban dos palas y una tina de goma que contenían restos de tierra mojada. Sospechó que se habían usado hacía pocos días.

Hizo un par de fotografías con el móvil y sacó los guantes de látex del bolsillo de la cazadora. Se asomó a la puerta para asegurarse de que nadie lo veía; a continuación, sacó una bolsa para muestras que siempre llevaba encima y recogió un poco de tierra de las palas.

Al salir, con las manos en los bolsillos, atravesó el jardín y observó a través de la ventana del salón que Miguel seguía hablando con la anciana. Aprovechó para acercarse al cementerio y tomar otra muestra de la tierra que cubría la tumba. Durante el camino llamó a la teniente para informar; él no era un experto en jardinería, pero estaba seguro de que el laboratorio podría comprobar las muestras y, si coincidían, Lealdina tendría muchas explicaciones que dar.

Cuando Miguel abandonó la casa, su superior ya estaba totalmente calmado. Arrimado al coche, con un cigarro en la boca y el móvil en la mano, parecía que nada hubiese pasado. Abascal tuvo que contener las ganas de reprocharle lo sucedido, de decirle que, por su culpa, habían perdido la oportunidad de sacarle la información que necesitaban. Pero no lo hizo; enfrentarse a él solo traería problemas, y no estaba de humor para discutir.

Subieron al coche en silencio y, sin cruzar una sola palabra, se dirigieron al laboratorio para dejar las muestras antes de regresar al cuartel.

—¿Qué hacemos aquí? —gritó Miguel justo cuando Diego estaba a punto de abrir la puerta—. Por tu culpa has conseguido que la única persona que sabe algo se niegue a colaborar. Me da igual que seas mi superior, ¡siempre haces lo mismo!

—Dame cinco minutos. Hablamos después —Piñeiro salió del coche y fue al maletero a por el maletín con las muestras—. Ya estoy aquí, Miguel. No hemos perdido ninguna oportunidad, y no me vuelvas a hablar en ese tono: soy tu superior y sabes que te encubrí mil veces. Tú eres peor que yo; la diferencia es que yo voy de frente desde el primer momento —respondió casi gritando.

—¿Ir de frente es amenazar a una anciana? —replicó Miguel, alterado —. Te lo digo como amigo, pero no soy yo quien tiene el expediente lleno de faltas, ni me han echado de Comandancia, ni mi teniente me ha denunciado a los superiores por indisciplina —se calmó un poco al ver que Diego hablaba con tranquilidad—. ¿Qué coño has llevado al laboratorio? Me estás poniendo de los nervios.

—Yo también te lo digo como amigo: no te metas en mi vida — encendió el coche y se incorporó a la carretera—. Escuché perfectamente los gritos de la vieja para que te marcharas; no vengas ahora de santo, porque no lo eres. La gente, cuando me conoce, sabe que soy un cabrón; yo no disimulo. En el laboratorio acabo de dejar unas muestras de tierra que encontré en una pala que tenía esa anciana, para que las cotejen con las de la tumba. Supongo que será aficionada a plantar tomates; de ahí la pala — respondió, todavía cabreado.

—¿Y cómo lo conseguiste? ¿Entraste sin autorización en una propiedad privada, verdad? Te lo dije varias veces: tú no investigas, tú sales de caza en búsqueda de un culpable y arrasas con lo que se te ponga delante. Esa tierra puede ser de cualquier cosa; te recuerdo que estamos en

Navidad y la gente coge pinos, acebos o musgo del monte para decorar sus casas.

—Y también plantan tomates; los huertos ecológicos están muy de moda. O mejor aún, entierran cadáveres —vaciló—. Pero esa mujer no hace ni lo uno ni lo otro

Capítulo 24.

Ubicación: cuartel de Pizarros
Horas más tarde

La teniente Rivas ya estaba al tanto de lo ocurrido en casa de Doña Lealdina. La anciana esperó a que la Guardia Civil se marchara para llamar al cuartel y dar parte, pero no tuvo el efecto que ella esperaba; esta vez ya no estaba hablando con Bazán, amigo y peón suyo. Al otro lado del teléfono estaba una teniente que solo se mojaba por los suyos y, además, ya sabía de primera mano lo que había sucedido.

O casi.

Los métodos de trabajo de Piñeiro empezaban a llegar a los oídos. No tardó demasiado en leer el expediente para asegurarse de si los comentarios eran ciertos, pero la realidad superaba todo lo que había escuchado. El sargento siempre se saltaba los cauces oficiales y hacía lo que le daba la gana.

La parte buena era que siempre resolvía los casos en tiempos récord, y a pesar de sus errores, contaba con varias condecoraciones. Por eso, muchas veces sus superiores no daban parte de los hechos a Comandancia. Sabían que su forma de trabajar era diferente, pero efectiva, y que Diego Piñeiro era, sin duda, el mejor guardia civil que podían tener en cualquier cuartel.

Capítulo 25.

Guillermo - diciembre 2020
Semanas antes

El joven guardia Guillermo seguía recuperándose de la larga operación. La intervención había sido complicada: la bala no solo había rozado órganos vitales, sino que se alojó en un hueco detrás del pulmón, dificultando el acceso de los cirujanos. Tres días después, cuando la recuperación debería evolucionar favorablemente, la vida le dio un nuevo revés: una infección lo obligó a pasar por quirófano de nuevo y regresar a la UCI, luchando entre la vida y la muerte. La podía oler, incluso la llegó a ver de diferentes formas.

La primera vez tenía forma de hombre, con ropa negra y facciones repugnantes.

La segunda vez era una mujer con un vestido blanco, piel pálida, pelo largo y dorado.

Y la última vez tenía forma de animal: un gato gris con ojos rojos que lo observaba fijamente.

Quizá todo era fruto de la fiebre que le hacía delirar junto a los fármacos.

Tras dos semanas, finalmente subió a planta. Allí comenzaron las visitas de compañeros y amigos, hasta que llegaron sus amigas más fieles de Madrid para llevárselo lejos de Pizarros, Antas y Lugo, y permitirle descansar en un entorno más seguro.

Pero antes de hacer las maletas, le quedaba una última cosa que hacer en Galicia: llamar al cuartel para concertar la entrevista con Asuntos Internos. Llevaban días detrás de él, pero cada vez que iban al hospital surgía algún imprevisto que obligaba a retrasar la cita.

Era 21 de diciembre, cuando a primera hora de la mañana Víctor llegó desde Santiago de Compostela para terminar de hacer su trabajo en Lugo. Podía haber enviado a cualquier otro agente, pero lo suyo con el sargento Diego Piñeiro seguía siendo personal; necesitaba terminar con su carrera fuera como fuese.

Al llegar al hospital, una enfermera lo acompañó hasta la habitación de Guillermo.

—Buenos días. ¿Eres el guardia civil en prácticas Guillermo Halvorsen, verdad? —preguntó mientras cerraba la puerta—. Soy Víctor, de Asuntos Internos, el agente encargado de esta investigación. Supongo que ya sabes quién soy; ahí fuera todos hablan de mí.

—Buenos días, Víctor… —dijo Guillermo, tumbado en la cama—. Sí, sé quién es y también sé por qué está aquí. Fui yo quien le llamó.

—Perfecto, nos ahorramos las presentaciones. Antes de continuar, me gustaría saber cómo se encuentra —dijo Víctor, sentándose y cruzando las piernas sobre la silla, apoyando la libreta—. Tengo entendido que estuvo a punto de perder la vida hasta en tres ocasiones diferentes y en menos de dos semanas.

—Ahora me encuentro bastante mejor —respondió Guillermo—. Un disparo que me dejó inconsciente y desangrándome en medio de un monte perdido, una operación a vida o muerte para extraer la bala y, después, una infección que fue peor que el propio disparo… Ya puede hacerse una idea de lo que tuve que pasar. En unos días me darán el alta; me iré a Madrid un par de semanas, pero en cuanto me recupere volveré al trabajo.

—Joder, buen comienzo y qué buen contacto con la calle. Me alegro de que te vaya recuperando; necesitamos gente con vocación. Empecemos —abrió la libreta y sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa—. Quiero que me cuente lo que pasó en el monte de Antas el día 15. Las reglas son sencillas: por orden, sin omitir nada y sin mentiras, porque las detectaré enseguida. ¿Fácil, no?

—Entendido. Lo primero: no recuerdo todo lo que pasó, tengo lagunas, pero no voy a inventar nada —Guillermo se incorporó un poco, tranquilo.

—Normal con lo que te ha pasado. Cuando quieras, empieza.

—Estaba en el cuartel, un día más de mi rutina. Diego me dejó dos carpetas de casos resueltos para que le echase un vistazo y aprendiera un poco y, cuando terminé, empecé a aburrirme —hizo una pausa breve—. Él se ausentó y yo acerqué a su mesa a leer algunos casos más que estaban en proceso. Es algo que me deja hacer. Al mirar la hora, me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo fuera y el teniente Bazán no paraba de preguntarme por él. Le dije que no sabía nada, que le había llamado y no me cogía la llamada. Entonces Bazán salió enfadadísimo hacia Antas: decía que el cabo Miguel Abascal había metido la pata descubriendo algo que dejaba al teniente en pelotas, en ese momento…

—Vale, vale, calma, chaval —interrumpió Víctor—. Los detalles están bien, pero no necesitas profundizar tanto.

—Perdón —se corrigió Guillermo—, es que como me dijiste que no omitiera nada… En fin, que el teniente se las ingenió para saber dónde estaba Diego y salió a buscarlo. Yo lo escuché, cogí las llaves de un coche y salí detrás.

—¿El Diego ese al que mencionas, quién es exactamente?

—Diego, el sargento Diego Piñeiro, mi inmediato superior.

—Diego, cómo no —añadió en voz baja—. Piñeiro siempre en medio de todos los líos. ¿Al llegar a Antas, qué hiciste?

—Bajé del coche y llamé otra vez al sargento, que no me cogió el teléfono. Escuché a Bazán hablar con una vieja detrás del portal de una casa, pero no presté atención; entré al cementerio y vi algo importante para la investigación —no recuerda qué exactamente—. Iba a avisar a Diego por WhatsApp, pero alguien me dio un golpe en la cabeza. Cuando desperté, vi al teniente a mi lado, apuntándome con un revólver antiguo. Lo siguiente que recuerdo fue levantarme mareado y echar a correr por el monte.

—¿Problemas de comunicación con su sargento? —preguntó Víctor—. ¿Qué miraba para que llegase a esto? ¿Y de ese teléfono móvil suyo sabemos algo?

—No, con Diego no tengo problemas —contestó Guillermo—. Simplemente en ese momento no contestaba. No recuerdo qué vi, aunque supongo que debía ser importante. Y no, el móvil no sé dónde está, pero ya me consiguieron otro —señaló el teléfono que cargaba sobre la mesita—.

—Vale, intentaré averiguar dónde está ese teléfono —dijo Víctor—. Seguramente lo encontró algún compañero y lo tienen en el cuartel. Le tengo que pedir algo importante —miró el monitor y vio cómo las pulsaciones de Guillermo se disparaban—. En cuanto sea posible, continuamos con lo ocurrido en el monte. Veo que necesita descansar.

—Me acabo de acordar de algo —dijo Guillermo—. Antes de que me golpeasen y perdiese el conocimiento, escuché cómo Rafael Bazán hablaba con una vieja, una tal Lealdina… sí, la vieja que vive al lado del cementerio —hizo una pausa, recordando—. Después de saltar un muro o un banco, recuerdo que él me perseguía por el monte, gritando y con el revólver en la mano. Cuando miré hacia atrás para calcular la distancia, me enganché en una raíz, caí al suelo, y eso le dio ventaja.

—¿Fue cuando te ató? —preguntó Víctor—. Cuando llegaron los servicios médicos, estabas amarrado a un árbol, según el informe.

—No —contestó Guillermo—. Esperó a que me levantara. Eché a correr, y él apareció de la nada. Me agarró del brazo, me tumbó y me ató al árbol. Luego me dijo que yo había oído o visto algo que no debía… y ojalá pudiera recordar qué era eso tan importante que nadie debía descubrir —que nadie debía descubrir—. Ah, es cierto, mientras me tenía atado, me golpeó unas cuantas veces más. Toma nota de eso, Víctor.

—Madre mía… y pensar que ese hombre era un teniente de la Guardia Civil —dijo Víctor, frotándose los ojos—. Ese hombre nos pudo haber matado a cualquiera con tal de no tener que dar explicaciones sobre ese hombre desaparecido. Espero que consigáis resolver todo y desvelar los secretos que Bazán guardaba. ¿Qué pasó después?

—Dijo que me iba a matar —continuó Guillermo—. Sacó otra vez el revólver del bolsillo de su cazadora. Cerré los ojos, pensando que me iba a matar. Volvió a decir que esto de mí no se lo esperaba. No sé cuánto tiempo pasó hasta que escuché la voz del cabo Miguel Abascal acercándose y pidiéndole que tirara el arma, pero no le hizo caso. Luego llegó el sargento Diego Piñeiro, más enfadado y agresivo de lo habitual. Pero Rafael tampoco le escuchó.

—¿Recuerda qué hizo el sargento? ¿O al menos podría decirme quién empezó el tiroteo?

—Diego no hizo nada, solo le pidió que tirara el arma y se arrodillara. Pero no lo hizo. Me disparó a mí. Después se oyeron disparos por todas partes; no me atreví a abrir los ojos y ver cómo una bala impactaba en mí. Cuando volví a mirar, estaba en una habitación similar a esta, con más cables que un Tesla —hizo un gesto con las manos.

—Muchas gracias por su colaboración, Guillermo —dijo Víctor—. En pocos días le diré algo sobre la resolución del caso.

Para Víctor fue un alivio dar al fin por terminada su investigación, después de varios días yendo y viniendo de distintos lugares, realizando interrogatorios largos y viendo cómo, una vez más, su querido amigo Diego Piñeiro podía seguir con su vida y su trabajo con total normalidad, sin sanciones. Tal vez era cierto que le tenía manía, pero también lo era que Diego, tal como decían sus compañeros, era un buen profesional.

Una vez más, el sargento salía indemne, y en esta ocasión estaba claro desde el principio que todo había sido en defensa propia.

Víctor no tendría por qué alegrarse por el sargento, pero no podía negar que su actitud, su capacidad para tomar decisiones en un segundo y su falta de miedo a disparar y afrontar las consecuencias habían salvado la vida del guardia civil en prácticas Guillermo Halvorsen, del cabo Miguel Abascal y de la suya propia.

ENERO

Capítulo 26.

Galicia, enero 2021

A mediados de enero, Guillermo decidió reincorporarse al trabajo con el alta voluntaria, a pesar de que los médicos no se lo aconsejaban. Había estado casi dos meses de baja, y para él eso era más que suficiente. Todavía conservaba algunas lagunas sobre lo que ocurrió el día del disparo y los días siguientes; por mucho que lo intentara, no era capaz de recordar nada, como si su cerebro hubiera decidido protegerse borrando información. Solo tenía claro que, si repetía los pasos de aquel fatídico día, los recuerdos podrían volver y, con ellos, demostrar que estaba a la altura de lo que la Guardia Civil exigía.

La vida en el cuartel no se detenía y todo seguía igual que antes. El sargento había sido suspendido un par de días por saltarse el protocolo durante una detención delicada, mientras la teniente Rivas seguía vigilando sus pasos para evitar más problemas. Una guardia civil desconocida ocupaba la mesa de Guillermo Halvorsen, acompañando los días gallegos. «Bienvenido de nuevo a Galicia, chaval», pensó Guillermo al entrar.

Los análisis de las muestras de tierra ya estaban listos. Había surgido una pequeña discusión entre Diego y Miguel por tratarse de una prueba obtenida de manera ilegal, pero a Diego no le importaba. Había conseguido lo que quería: la tierra de la casa de Lealdina era idéntica a la que cubría la vieja tumba: el nivel de pH, los restos de insecticidas y el fertilizante usado en frutales procedentes de otro continente coincidían perfectamente. También estaba convencido de que, en aquel almacén, podrían encontrarse las huellas de las personas que estaban detrás de todo, pero no tenía manera legal de hacerlo, ni ningún juez autorizaría un registro en la vivienda de la anciana.

El sargento Piñeiro avisó a Halvorsen para que cogiese su cazadora y salieran a recorrer los pueblos asignados antes de continuar con el caso. El ambiente en el cuartel estaba tenso entre el cabo, la nueva guardia civil y el sargento: nadie estaba de acuerdo con los métodos de Diego en los últimos meses. Cualquier excusa era buena para salir a la calle, airearse y evitar discusiones por tonterías. Guillermo lo había notado desde la mañana, pero

prefirió callar; conocía demasiado bien a Diego como para saber cuándo era el momento de hablar y cuándo, el de cerrar la boca.

—¿Cómo vas con eso, Guillermo? ¿Qué tal las Navidades por Madrid? —preguntó Piñeiro mientras arrancaba el coche.

—Del disparo voy bien, la herida está cicatrizada y sin riesgo de infección. Lo único malo es que no puedo hacer grandes esfuerzos ni correr durante mucho tiempo, pero te aseguro que estoy entrenando con ganas para estar al cien por cien otra vez. Lo que más me preocupa es no recordar lo que escuché entre el teniente y la anciana… ni lo que vi aquel día. Me paso las noches en vilo tratando de recordar —suspiró—. Te iba a avisar para contártelo, pero no me dieron tiempo. ¡Qué rabia! Aquello habría sido de gran ayuda para el caso… o eso creo.

—Tranquilo, Guillermo. Sea lo que sea, pronto encontraremos el motivo por el que te quisieron matar. Y si no, siempre podemos volver a Antas para reconstruir los pasos que diste aquel día. ¿Sabes algo del hijo de Adonina?

—Estoy de acuerdo en todo. Primero comprobamos que los demás pueblos estén bien, y luego volvemos a ese maldito cementerio. Aunque me cueste un poco entrar… —se giró hacia Piñeiro—. Es importante que revisemos todo a fondo: letras, nombres, fechas… todo.

—¿Y los pétalos de las flores los envío al laboratorio para buscar huellas o coincidencias? —dijo, vacilando entre risas nerviosas.

—Del niño no hay nada. No hay ninguna tumba con su nombre. Pero claro, en aquellos años un niño sin bautizar no podía ser enterrado dentro del cementerio; su madre lo pudo enterrar en cualquier otro sitio, siempre que sea cierto que murió.

—Cuando regresemos al cuartel, busca el acta de nacimiento o defunción con los apellidos de esa mujer… creo que era Álvarez. Según nos dicen, tenemos que remontarnos setenta y cinco años atrás. Busca desde 1945 a 1947.

Una hora después de finalizar la ronda, llegaron a la aldea de Antas. Todo parecía igual, al menos a simple vista. El cementerio volvía a ser el lugar gris de siempre.

Entre los dos revisaron todo lo que tenían a su alcance, pero nada parecía relevante; no había ningún motivo por el que algunos de aquellos objetos casi le costaran la vida a Guillermo. Él fue el primero en rendirse. Era la primera vez que no quería permanecer más tiempo en un cementerio;

nunca se había sentido tan mareado como en ese momento; su cabeza se alejaba de su cuerpo y sentía un mareo constante. Tras media hora, avisó a su sargento y le pidió marchar; no aguantaba más escuchando voces, lamentos y llantos dentro de su cabeza.

Diego aceptó regresar al cuartel, aunque no estaba convencido. Sabía exactamente cómo se sentía su compañero; él mismo había pasado por lo mismo meses antes. Aunque le hubiese gustado tener quince minutos más para averiguar una cosa, creía tener algo claro: nunca antes había visto tantas coincidencias con las fechas, y si algo tenía claro, es que las casualidades no existían.

Mientras esperaba a que Guillermo se recuperara y se tranquilizara, Piñeiro citó al cabo Abascal y a la sargento Escobar en la sala de interrogatorios. Necesitaba repasar lo que tenían: los resultados de la muestra de tierra; las pisadas que coincidían con unas botas de monte número 42; las charlas con los dos vecinos del pueblo en las que Guillermo había participado; la entrevista oficial de la familia, hecha por el sargento; y la última charla con Doña Lealdina, a la que asistió Abascal.

Además, quedaba un hilo nuevo y quizá valioso: varias personas fallecidas el 31 de octubre o el 2 de noviembre.

Pero para Guillermo nada de lo que decían sus superiores tenía sentido. Seguía atormentado por los llantos de bebés que solo él podía escuchar. No entendía cómo una mujer de más de setenta años podía controlar un pueblo entero y convertirse en la pesadilla de sus vecinos.

Y, por si eso no fuera poco, aquella anciana también tenía poder sobre un teniente de la Guardia Civil y guardaba documentos capaces de hundir a los empresarios más influyentes de Lugo y a varios políticos de toda Galicia: narcotráfico, corrupción, tramas criminales…

Tenía en nómina a los mejores matones del norte de Portugal y, una vez más, la investigación la volvía a poner en el punto de mira.

Al escuchar el nombre de Lealdina, Halvorsen salió disparado de la sala de interrogatorios hacia los vestuarios para cambiarse de ropa y salir con el coche.

Nadie sabía a dónde se dirigía, pero no le dieron mayor importancia; Diego era el único que tenía una idea de dónde podía estar yendo. Su cachorro ya

caminaba solo. Había aprendido demasiado rápido a saltarse el protocolo… cuando a él le convenía.

Conocía aquella carretera demasiado bien. Era la única que había memorizado en poco tiempo; para todo lo demás seguía necesitando el GPS para no perderse. El día era uno de los más fríos que recordaba, con una lluvia insistente y un viento tan fuerte que arrancaba paraguas y doblaba árboles. La poca gente que se cruzaba con él trataba de refugiarse bajo las marquesinas o los balcones de las casas.

Supo que Lealdina estaba dentro en cuanto vio varias ventanas iluminadas. Siguiendo el ejemplo de Diego y Miguel, aparcó delante del portal y esperó a que dejara de llover. Tocó el timbre y esperó unos segundos. El portal se abrió con su habitual crujido. Guillermo avanzó por el camino de losas procurando no meter los pies en los charcos, observando el jardín en silencio.

Esta vez fue la propia dueña quien lo recibió. Estaba en el umbral, erguida, sin rastro de la mujer del servicio. Lo acompañó hasta el salón, donde ambos tomaron asiento. Ella estaba sospechosamente tranquila, como si hubiera estado esperando esa visita.

—Guillermo, qué sorpresa. No contaba contigo. ¿Quieres tomar algo? —preguntó con un tono amable, casi sedoso.

—¿De qué me conoce? —preguntó él, tenso—. Y no, no quiero tomar nada, gracias.

—Un viejo amigo me habló mucho de ti —respondió ella—. Imagino que lo recuerdas, se llamaba Rafael Bazán. Me contó que llegaste aquí recomendado por alguien de Comandancia para ayudar con una investigación del pequeño cuartel de Pizarros.

—Sí, sé quién es. Me dijo que era útil hasta el día que dejé de serlo, y entonces intentó matarme en medio del monte como si fuese un perro. Me dio la mano y en la otra escondía la piedra. ¿Eso le suena? Estoy cansado de este juego.

—Eso no fue lo que pasó —replicó ella con calma, sirviéndose té—. Según él, todo iba bien hasta que decidiste obedecer a ese sargento y pasar por encima de sus órdenes. Apenas llevas unos días aquí; no quieras bailar sin conocer el suelo que pisas.

—No termino de entender lo que me quiere decir —respondió Guillermo, inclinándose hacia ella—. Igual es que me quedé tonto de los golpes en la cabeza. Pero tenga cuidado con las amenazas, y sobre todo con

quién las hace. Yo no soy de seguir normas; si llegué a este agujero fue por desobedecer a mis superiores cuando todavía estoy en prácticas.

—No te estoy amenazando, querido. Si lo has entendido así, lo siento. Solo te digo lo que pasó. Lo relacionado con Javier es superior a todos nosotros. Nadie puede luchar contra ellos. Hasta el Miércoles de Ceniza todo será silencio. Nadie permitirá que salvéis a ese hombre y condenéis a un pueblo entero.

—¿Cuándo es ese día? ¿Qué va a pasar? —preguntó Guillermo, cada vez más inquieto—. Es que no… no logro comprender a dónde quiere llegar.

—El 21 de febrero —respondió ella—. No puedo decirte nada de lo que ocurrirá en esa romería.

«¿Romería?», pensó Guillermo.

Al escuchar la última palabra, algo encajó de pronto. La memoria regresó de golpe y de una forma nada agradable, con un sabor a sangre que le subió a la garganta. Lo que había visto aquel día en el cementerio… lo que había escuchado… Necesitaba volver corriendo al cuartel e informar a Diego; ahora tenían la pieza que le faltaba para completar el puzzle. Se levantó del sofá y se dirigió a la puerta mientras se despedía de Lealdina.

—¡Espera! —la voz de la anciana lo detuvo un segundo antes de que alcanzara la puerta—. Dile a tu sargento que no puede entrar en mis propiedades sin autorización judicial. Tendré que pensar si aviso a la teniente de esto. No puedo dejarlo pasar por alto.

Guillermo asintió con la cabeza y salió corriendo de aquella casa, sin escuchar lo que le decía.

Nada más llegar al cuartel y cruzar las puertas, Guillermo habló con su sargento. Le pidió que reuniera a todos los que estaban al tanto de la investigación y, de paso, que alguien llamara al párroco de la iglesia de Santa Eulalia de Antas. Ahora, al fin, parecía que tenían un buen hilo del que tirar.

Durante un cuarto de hora se sentaron en la sala de reuniones y analizaron lo que tenían hasta el momento. Quizá no estaban llegando al final de una vía muerta.

Capítulo 27.

Vamos allá...

En cuanto llegaron a las puertas del cementerio de Antas, dejaron los coches junto a la cancela y fueron a los maleteros para coger el equipo de trabajo. El sargento Piñeiro observó de arriba a abajo a Guillermo y Susana antes de darles un gesto de aprobación por la ropa que llevaban.

Susana vestía un pantalón vaquero con rotos en las rodillas, botas negras estilo militar, sudadera negra y cazadora caqui. Su cara juvenil, el pelo suelto y los tatuajes la hacían pasar por cualquiera, menos por Guardia Civil. A su lado, Guillermo llevaba vaquero azul marino, un abrigo del mismo color, zapatillas deportivas, el pelo peinado hacia atrás con los laterales más cortos, barba espesa y ojos azules. Con esos rasgos, tampoco llamaba la atención.

Diego, en cambio, era inconfundible incluso vestido de civil: vaqueros, jersey negro de lana, abrigo marrón, despeinado y con esa barba de varios días que nunca terminaba de afeitarse. “Se te nota que eres *picoleto* de lejos”, le decían siempre sus amigos, y tenían razón.

Abrió un maletín y sacó una cámara para entregársela a los dos guardias. Ninguno entendía por qué cargar con una cámara cuando todos llevaban un móvil encima, pero de esa manera era más fácil trabajar luego en el cuartel: bastaba con quitar la tarjeta SD y entregársela al cabo Abascal.

Halvorsen y Otero cogieron, además, unas bolsas de muestras y unos guantes de látex de la guantera, y se alejaron hacia el cementerio.

El sargento se quedó observando cómo se perdían en la oscuridad. Soltó una risa nerviosa al pensar que él, a su edad, en su lugar estaría cagado de miedo. Encendió un cigarro, cerró el portón del coche y esperó a que llegara el párroco, Don Jesús.

No era la primera vez que trabajaban juntos. A pesar de ser dos polos opuestos, eran buenos amigos y solían quedar en un bar para charlar. Don Jesús, sacerdote de noventa y siete años, todavía seguía al cargo de dos de las ocho parroquias que había llevado en su vida, repartiendo fe allí donde iba. Diego, en cambio, era todo lo contrario: cuestionaba cada palabra del libro sagrado, acumulaba dudas que nadie supo responderle y asumía que jamás encontraría todas las respuestas.

Cuando el sacerdote llegó, caminaron juntos hacia el interior de la iglesia. La noche no invitaba a quedarse fuera. Pasaron junto a los primeros nichos-litera, donde los guardias ya estaban trabajando, revisando fechas, nombres y hasta pétalos fuera de lugar.

—¿Por qué fallecieron tantos el día 2 de noviembre? —preguntó Susana, inocente, todavía sin conocer todos los detalles del caso—. ¿Y a finales de marzo?

Levantó la cabeza para mirar a Guillermo, que le sonrió sin decir nada.

—Vale, ya sé lo que estamos buscando. ¿Tienes bloc de notas listo? Tenemos mucho trabajo por delante.

—Eres lista. El sargento acertó contigo al ficharte para el equipo —respondió Guillermo con otra sonrisa—. Sí, ya tengo el móvil listo para ir apuntando todo.

—Al menos hasta encontrarlo todo. Después ya me dará igual el resto.

—Si apruebo las prácticas, quiero entrar en la UCO.

—Pues suerte —respondió Susana, encogiéndose de hombros—. Apunta: José Antonio Monte Pereira. 2 de noviembre de 1991. ¿Lo tienes? Vamos a por el siguiente.

El sargento Piñeiro estaba haciendo lo mismo que ellos, pero dentro de la iglesia. Mientras los otros trabajaban bajo la lluvia y el frío, él estaba sentado en la sacristía con el sacerdote, revisando el listado de las personas enterradas y fallecidas en las fechas marcadas. A pesar de las enormes paredes de piedra y el frío que calaba los huesos, no le importaba. Quizá al día siguiente, con un resfriado, descubriría que aquel lugar no era tan cómodo como le había parecido al entrar.

Con la ayuda de Don Jesús, comenzó a revisar y fotografiar los nombres de quienes habían fallecido o sido inhumados el 1 y el 2 de noviembre. Llevaba ya una docena anotada cuando el párroco le recordó que el Miércoles de Ceniza también tenía relación con aquella celebración. Al escucharlo, Diego decidió salir a fumar y despejarse unos minutos; de paso, aprovecharía para comprobar el trabajo de los otros dos y avisarlos de la nueva fecha. Al mirar al cielo, intuyó que la tormenta estaba a punto de caer, y tenía claro que no pensaba estar en un cementerio cuando cayera el primer relámpago.

—Me imagino que sabrás por qué te dije que no te olvides de los fallecidos durante el Miércoles de Ceniza, es decir, en fechas de Carnaval

—comentó el párroco sin apartar la vista de los papeles—. Ya veo que has avisado a la pareja que tienes ahí fuera…

—La verdad es que no tengo ni idea —respondió Diego mientras seguía leyendo—. Supongo que ellos saben algo; ya estaban haciendo fotos cuando salí a decírselo. Él es bastante friki con los cementerios, iglesias, tradiciones… con todo lo que tenga que ver con estas cosas.

—¿Sabes qué se celebra el Día de Difuntos? Por lo que me contaste por teléfono y por lo poco que he leído en el periódico, esta desaparición parece tener relación con rituales ancestrales y la religión. Y ahora, mientras veo las fechas que estás buscando, todo empieza a encajar.

—No soy creyente —se encogió de hombros—. No creo en nada que esté relacionado con este chiringuito vuestro. Solo sé que se celebra el día de los difuntos: se ponen velas y flores al muerto, igual que el vecino para que tu nicho no esté diferente al resto. Me parece postureo puro y duro.

—¿Tú en qué crees, Diego? —preguntó el párroco, desconcertado—. Te voy a explicar un poco esta tradición. El Día de los Difuntos nació en la Edad Media. Muchas culturas honran la memoria de los muertos con ofrendas de flores. Esta costumbre surgió cuando los cuerpos se velaban durante días, sin formol ni ataúdes como los actuales. Para evitar la descomposición, se quemaba incienso y se cubría el cuerpo con flores. Con el tiempo, quedó asociada al velatorio, al entierro y a las visitas posteriores al cementerio. El ramo de flores de las novias nació por lo mismo: otra forma de enmascarar el hedor.

—Creo en mí mismo —sonrió por primera vez esa noche—. ¿Te parece poco? Eso lo entiendo, pero… —apartó los papeles y se giró hacia él — no le encuentro relación con el caso. Igual estoy cansado, llevo un par de noches sin apenas dormir y tengo la cabeza en mil cosas, pero veo la conexión. Por lo que me has contado, hay un país en el que desentierran a sus muertos, los visten y los tienen en casa durante el Día de Difuntos. La ley mortuoria ya veo por dónde se la pasan. Encontrar un cadáver en descomposición es difícil; no quiero imaginar uno que lleva años enterrado…

—Tienes cara de cansado, sí —dijo el párroco—. Hablas de tribus de Indonesia[10]. Lo hacen para mantener vivo el recuerdo. Yo, siendo sincero, prefiero nuestra tradición de poner flores. —Miró de reojo hacia el altar decorado—. Te conté la historia, ahora te hablo de la conexión con la

religión, que es lo que te interesa —soltó una risa suave—. Ya sé que soy pesado, pero estas cosas me fascinan.

—Tranquilo, Guillermo es igual de pesado y me lo tengo que comer todos los días, durante horas —respondió Diego, entre risas—. Lleva semanas trabajando con nosotros y aún piensa que en Galicia todo lo que pasa está relacionado con leyendas, la mitología, la Compaña y los duendes. Con la parte religiosa intenta amenizar, señor cura; ya es noche y quiero irme cuanto antes.

—Para la Iglesia católica, este día es un recuerdo en ayuda de los que han muerto y se encuentran en el purgatorio, purificando sus pecados. Es el 2 de noviembre, cuando los creyentes hacemos distintas ofrendas: rezos y misas para que los fallecidos lleguen ante Dios —se levantó—. Ahora te diré lo que creo que te puede interesar. Las almas de los difuntos están entre nosotros durante lo que llamamos la "parte oscura" del año, es decir, el invierno.

—¿Y en verano se van? —vaciló Diego—. Supongo que no les gusta el calor. ¿Qué significa eso de la parte oscura del año? ¿Hay menos horas de luz?

—Exacto. Antes de la primavera, hay que despedir tanto a las almas buenas —nuestros familiares— como a las malas. Para darles ese adiós, se celebra el Entroido[11], o los Carnavales. Sé que no eres gallego, pero en Asturias tenéis celebraciones similares. Durante esta festividad, se sale a la calle con disfraces y haciendo ruido: campanas, cazuelas, instrumentos de labranza… eso sirve para espantar a las almas.

—Tenemos el Antroidu[12], sí —lo interrumpió Diego—. Supongo que me estás diciendo que el Antroxu[13] marca el final de esa época oscura, y luego viene la época clara. ¿Es así?

—Exactamente. Ahora te explicaré por qué. Supongo que ya sabes que hay espíritus buenos y malos. Esto es anterior a cualquier religión. Antes, sin avances científicos, se creía que los espíritus malos causaban enfermedades durante el invierno. Moría más gente, los mayores sufrían, la tierra y la cosecha se resentían —explicó Don Jesús—. Cuando llegaba la primavera, había que expulsarlos. Los difuntos regresan al mundo de los muertos y dejan paso a la vida, aunque solo sea durante unos meses.

—El invierno es muerte… —murmuró Diego, intentando unir conceptos—. Entonces, ¿en Navidad están aquí con nosotros? ¿Y cómo se

produce el paso a la vida del que hablas?

—Están aquí, claro. El paso se da mediante un intercambio: ellos se marchan y, a cambio, la fertilidad, el sol y la luz vuelven del inframundo.

Diego guardó silencio varios segundos. La conversación empezaba a encajar piezas que llevaba días sin comprender.

—Creo que te estoy entendiendo, pero me faltan cosas —dijo, levantándose y saliendo hacia la sacristía—. Si sigo este hilo, ¿esto significa que a este vecino lo van a enviar directamente al inframundo para que vuelva la luz y la fertilidad?

—Piensa que te hablo de almas —matizó el párroco—. El Miércoles de Ceniza es el momento de despedirse de ellas hasta noviembre. Tanto de los malos como de los buenos espíritus.

—Entonces nos queda poco margen para encontrar al desaparecido, ¿verdad?

—Verdad. Los vecinos del pueblo os pondrán trabas. Harán lo posible para impedir que lo encontréis. Eso te lo garantizo.

—¿Por qué no quieren que lo encontremos? —Diego negó con la cabeza—. Llevo pocos años en este cuartel y supe de Antas hace poco, pero lo que pasa aquí no es normal. Las actitudes de los vecinos, sus creencias…

—Hubo años peores que este —Don Jesús bajó la voz—. Hay algo más, pero necesito que no hables de esto con nadie. A la derecha —señaló hacia el exterior— hay una tumba antigua que se abre en fechas concretas. No sé si lo hace por arte de magia o por alguien de carne y hueso. Pero cuando está abierta, la gente no se acerca. Y quien lo hace… suele morir a los pocos días.

—A ver, señor cura —Diego se tensó y empezó a caminar por el altar mientras el párroco lo seguía—. Somos amigos a pesar de nuestras diferencias y lo sabes, pero esto que me cuentas no tiene sentido. No es magia. Ahí fuera hay un asesino suelto, o varios. Tiene que haber algo que atraiga a la gente viva hacia esa tumba.

—Exacto, somos amigos. Por eso te lo cuento. Confío en ti —dijo Don Jesús con voz baja—. Solo te pido una cosa: no le digas a Doña Lealdina que fui yo quien te habló de esto.

—Sin problema. Ahora, habla —Diego apoyó los codos en la mesa del altar y miró hacia los bancos, respirando hondo.

—Te cuento —Don Jesús se sentó en uno de los bancos de terciopelo granate, justo a espaldas de Diego—. Llevo años al mando de esta

parroquia. Esa tumba se abre en fechas cercanas a Difuntos. Dicen que atrae a la gente mediante olores… alguien pasa cerca, percibe un aroma que nadie sabe describir, escucha voces que lo llaman, y un pasillo de flores lo guía hasta el interior.

—No te fíes de los dulces cantos de sirena… —Diego abrió la libreta —. Si esto es cierto, ¿qué pasa con la persona que desaparece? ¿Está dentro de ese agujero?

—Sí… y no —contestó el sacerdote—. Pueden pasar dos cosas: que la persona caiga en la trampa y termine dentro, o que consiga escapar y salvar su vida… durante un tiempo. Por eso los vecinos mantienen la tumba cubierta con tierra el resto del año, aunque no siempre se mantiene oculta. Quien se asoma a mirar lo que hay dentro no vive para contarlo. Si encuentras al desaparecido, puede que le salves la vida… o puede que no. Pero otra persona morirá el Miércoles de Ceniza. Ese día siempre muere alguien —la voz de Don Jesús se volvió más apagada, casi un susurro que helaba la sangre.

—Gracias por esta información. Sabré usarla —dijo Diego con firmeza, incorporándose y caminando hacia la puerta principal—. Y tendré que volver a hablar con la vieja.

—Diego, espera —lo llamó el sacerdote desde el altar—. Se me olvidaba algo que escuché el domingo en misa: “El hombre muere para que, a la vez, vuelva a nacer la vida”.

El sargento Piñeiro salió de la iglesia con las fechas y los detalles más importantes anotados, pero más perdido que cuando entró. Su cerebro giraba a toda velocidad, intentando dar sentido a todo lo que el párroco le había contado. Era demasiada información, condensada en demasiado poco tiempo.

Mientras daba vueltas alrededor de la iglesia, fumando un cigarro para calmarse, Otero y Halvorsen trataban de espantar el frío, charlando tras haber cumplido con el trabajo asignado. Incluso habían conseguido adelantar algo más.

La primera fecha significativa era la de una mujer fallecida el 2 de noviembre de 1983. El 2 de noviembre se repetía una y otra vez, marcando un patrón que empezaba a cobrar sentido. Los fallecidos del Miércoles de Ceniza aún faltaban por revisar, pero esa fecha cambiaba cada año y, sin un calendario a mano, complicaba el trabajo.

Cuando finalmente se dirigieron al coche, la noche ya era cerrada y no quedaba rastro de luz. Aun así, se marcharon con la satisfacción de haber conseguido otro hilo del que tirar. Era la segunda pista sólida del día, y por primera vez, parecía que los contornos del misterio empezaban a perfilarse.

La noche avanzaba lentamente mientras ellos trataban de ir adelantando el trabajo para el día siguiente.

A las tres de la mañana se repartieron las tareas entre los tres que quedaban en el cuartel. Guillermo se puso delante del ordenador con un calendario y el listado de festivos, tratando de localizar los Miércoles de Ceniza desde 1980; aquello le llevaría varias horas. Susana se sentó al lado del sargento, revisando lo que ya tenía hecho y contrastándolo con la información que él había recopilado en la sacristía con ayuda del párroco, tras consultar documentos y esquelas de las últimas décadas.

En total, identificaron a diecinueve personas fallecidas el 2 de noviembre (Día de Difuntos) y a cinco el 1 de noviembre (Día de Todos los Santos). Era algo que no sucedía todos los años y no seguía un patrón específico en el tiempo, pero, a partir de 2007, aquellas desapariciones misteriosas se repetían anualmente y nunca se logró resolver ningún caso. Nadie había llegado tan lejos en la investigación como el sargento Piñeiro y su equipo. Todas aquellas desapariciones archivadas ocurrieron bajo el mandato de Rafael Bazán, entonces teniente del cuartel de Pizarros.

Capítulo 28.

Adonina

La cuenta atrás para el Miércoles de Ceniza avanzaba cada vez más rápido, casi tanto como el ritmo de la investigación, que por una vez parecía alumbrar con fuerza la luz al final del túnel. Faltaban cinco semanas para que se produjera un nuevo fenómeno, pero esta vez lograrían detenerlo a tiempo.

O eso creían.

Lo que sucedía en aquel pueblo no tenía nada que ver con fuerzas extrañas ni con muertos que resucitaban, sino con los propios vecinos, quienes se las arreglaban para hacer desaparecer a uno de los suyos y salir indemnes de cualquier proceso de investigación. Todos los años repetían el mismo patrón: la persona extraviada era alguien sin familia, ancianos o personas con problemas mentales —como demencia o alzhéimer—. De esa manera, nadie investigaría demasiado tiempo y el suceso se reducía a "una persona mayor que se desorientó en medio del monte".

La única persona que sabía lo que sucedía alrededor de aquellas fechas tan especiales se negaba a hablar con la Guardia Civil. Cada día que los veía cruzar por el pueblo se ponía más nerviosa, hasta que dejó de salir a la calle y de hacer sus reuniones con las feligresas de la parroquia, por miedo a ser vista. Los vecinos más mayores y amigos de doña Lealdina también estaban aterrados, pero todavía quedaba gente que desconocía por completo la situación. Por eso, muchos transformaban sus viviendas en verdaderas casas de clausura, sin salir ni dejar entrar a nadie, como si se tratara de búnkeres preparados para la guerra.

El guardia Halvorsen y el sargento Piñeiro comenzaron el día con trabajo de oficina; aún quedaban varios flecos por revisar antes de poder trabajar con los datos obtenidos en la iglesia de Santa Eulalia. Uno de los nombres que más les llamó la atención fue el de Adonina Álvarez Gaiteiro, la mujer fallecida que apareció delante de ellos el día que fueron a hablar con el hijo de Javier, el desaparecido. Aquellos apellidos los habían visto

grabados en una chapa dorada en la columna de un portal: el portal de la casa de Lealdina. ¿Cómo había podido pasar desapercibido aquel detalle?, ¿cómo era posible que nadie se hubiera dado cuenta? Llegados a ese punto, estaba claro que el párroco tenía razón: aquella mujer sabía mucho más de lo que contaba.

Que compartieran los mismos apellidos no podía ser casualidad.

Guillermo dejó de buscar más información en las actas de defunción, pues el cabo Abascal no tardó ni media hora en descubrir la verdad en las actas de nacimiento. Ninguno de los tres podía creer lo que estaban leyendo en aquel papel antiguo y manuscrito.

Hija.

Lealdina era la hija de Adonina.

¿Hija? Los vecinos de Antas decían que Adonina no tenía descendencia y que nunca había sido vista con ningún hombre. Pero ellos, al igual que el resto del mundo, desconocían la verdad.

Cuando quedó embarazada, se mudó a la capital de Lugo para vivir en una casa propiedad del matrimonio más rico de Antas. Pasó parte del embarazo encerrada en una de las habitaciones y, cuando dio a luz, inscribió a su hija con sus propios apellidos antes de regresar a su aldea natal, sin ella. Nadie sospechó nada: el matrimonio se encargó de difundir el rumor de que la mujer trabajaba con el personal de servicio en uno de sus chalets. Por eso tampoco resultaba extraño verla bien vestida y con tanto dinero en las manos.

Otros vecinos habían escuchado rumores de que la niña había nacido muerta. El matrimonio, que no podía tener hijos, regresó años más tarde a la aldea con una niña de unos tres años. Aquello llamó la atención de los vecinos, pero, una vez más, hicieron correr otro rumor para encubrir lo sucedido. La mayoría eran campesinos y gente con pocos o nulos estudios, y cualquier comentario servía para manejarlos a su antojo.

Aquel silencio había durado demasiados años.

Aquel silencio tenía que salir por algún lado.

El sargento ordenó al cabo Abascal imprimir todos los documentos que confirmaban la verdad, para poder hablar con la anciana que no dejaba de

mentirles. Halvorsen y Piñeiro se dirigieron en coche hacia Antas, dejando a Miguel Abascal en el cuartel al mando de las telecomunicaciones, como hacía habitualmente.

Al llegar, se detuvieron un instante frente a la chapa dorada con los apellidos. «¿Cómo no lo vimos antes?», pensó Diego, mientras sacaba el móvil para hacerle una foto. Guillermo llamó al timbre. Doña Lealdina no tardó en abrir la puerta ni en enviar a su asistenta a limpiar la parte más alejada de la casa. Seguía con su moño apretado, su collar y pendientes de perlas blancas, y ropa oscura.

—Nos tiene que explicar muchas cosas —comentó el sargento nada más cruzar el umbral.

—Buenas tardes a ti también —respondió la anciana, molesta—. ¿Se puede saber qué queréis ahora? Estaba comiendo.

—Adonina —añadió Diego, escuetamente.

—¿Qué le pasa a esa mujer? —respondió ella, sentándose en su sillón —. Esta pesadilla no se va a terminar nunca.

—Lo que se dice "pasar", no le pasa nada; lleva años hecha polvo. Pero eso ya lo sabe —respondió Diego con ironía—. Queremos saber de qué la conoce. No es necesario que nos mienta: lo sabemos todo, pero quiero que nos lo aclare usted. Puede decirlo aquí, por las buenas, o en el cuartel. Y, siendo sincero, la segunda opción me gusta más.

—No me amenaces, sargento —alzó la voz la anciana—. Esa mujer era una vecina, como tantas otras. Dicen que era bruja y que, después de tantos años, todavía no ha muerto del todo. Hay quien afirma que la encuentran por los caminos, ¿no es así, queridos? —soltó con ironía.

—Claro —vaciló—. Era su vecina; por eso compartían los apellidos y el ADN. Lo normal en cualquier aldea de pocos vecinos.

—Es un pueblo pequeño, muchas generaciones se cruzaron entre sí y los apellidos se repiten —respondió ella, más tensa que antes.

—No lo niego. Pero tengo dos teorías —dijo el sargento, marcando cada palabra—. La primera: que usted fuera la hermana pequeña, un accidente, un calentón… de ahí la diferencia de edad. Y la segunda, la que me convence más: que usted sea su hija, la famosa hija bastarda —hizo una pausa para medir la reacción de Lealdina—, bastante habitual en su época, que avergonzaba a las familias; por eso su madre la dio en acogida. Al fin y al cabo, nos movemos por instintos, igual que los animales. ¿Qué opinas, compañero? Hoy estás muy callado.

—Yo estoy con usted, sargento —contestó Guillermo, y le tendió los documentos a Lealdina—. Una noche de verbena, un camino sin luz y dos personas que se atraen.

Durante unos interminables minutos, la anciana leyó los papeles varias veces, sin perder detalle. Por momentos su expresión era confusa —la de quien ya conocía aquello—; por otros, la de quien lo descubría por primera vez. Guillermo, cansado de esperar, le retiró con cuidado el informe de las manos. Lealdina tardó unos segundos en reaccionar y finalmente confirmó con voz queda lo que había leído.

—Cuando quiera puede volver a hablar —dijo el sargento, volviendo a sentarse—. Por su cara, diría que la opción correcta es la segunda. Intuyo, además, que hay cosas que usted no sabía. ¿Me equivoco?

—Una violación —la anciana habló con voz seca—. Un matrimonio de marqueses con mucho dinero que no podía tener hijos y una mujer con poderes. Ese sería el resumen de lo que pasó hace casi ochenta años. Y, gracias a ese matrimonio, yo terminé por hacerme con el poder en este pueblo.

—¡Qué comentario más repugnante! —explotó Diego—. ¿Me está diciendo que su madre, Adonina, fue violada y a usted solo le interesa el poder y el dinero? ¿De qué le sirve todo eso si está sola? Ni los gatos le hacen compañía.

—Ahora me voy a comer. —Doña Lealdina se incorporó, apoyándose en el bastón, y se dirigió a la cocina—. Cierren la puerta al salir.

—Parece que los muertos andan revueltos estos días —dijo Guillermo con ironía mientras se ponía de pie.

—Los muertos, muertos están —respondió ella, aún más enfadada.

—O no. Los muertos también necesitan ser escuchados —replicó Guillermo con calma.

—¿Qué sabe de Javier? —interrumpió Diego, cortando la tensión—. No me diga que nada; esto lo estamos investigando y, en pocos días, conoceremos la relación entre ustedes.

—Ese hombre era malo, igual que la madre y su abuela. Tenía muchos enemigos. Yo misma me encargué de echarlo de Antas, como hice antes con su madre. Por eso ahora vivía con su hijo. Si no llega a ser por él y por su nuera, Javier habría acabado pudriéndose, igual que sus antepasados… Uno es lo que merece y paga por lo que hace —respondió ella, con la mirada fría.

—Claro, entiendo —vaciló el sargento—. Uno es lo que hace, y por ese motivo, usted no puede ver a su nieto.

—¡FUERA DE AQUÍ! —gritó Lealdina, desbordada—. O llamo a la teniente.

El sargento Diego Piñeiro, al fin, consiguió que por primera vez de la boca de aquella mujer salieran verdades. Sabía de los vínculos existentes entre Javier y Lealdina e incluso había descubierto la existencia de una nueva propiedad que, con la ayuda del cabo Abascal, podría abrir otra pequeña línea de investigación. Lo peor era pensar que toda aquella gente fallecida a principios de noviembre podría estar relacionada con la mujer con la que acababa de hablar, y eso no le gustaba nada.

Guillermo Halvorsen seguía cabreado después de volver a escuchar cómo su superior continuaba amenazando a la gente para obtener lo que quería. Por momentos pensaba que la única manera de frenarlo era hablar con la teniente, pero tampoco quería ser él quien denunciara a un superior y, mucho menos, quedar de chivato.

A Miguel Abascal se le volvía a acumular el trabajo, y no pudo evitar que las peticiones del sargento tardaran varios días en estar listas. No era fácil buscar vínculos entre fallecidos y desaparecidos de décadas pasadas con personas actuales, ni tampoco resultaba sencillo ser el único encargado de ese tipo de trabajo en el cuartel. Tal y como era de suponer, las corazonadas de Diego iban por buen camino: varios de los nombres que había conseguido en la iglesia resultaron ser familiares, vecinos o sirvientes de la casa de Lealdina. Incluso aparecieron varias denuncias por amenazas y agresiones físicas que terminaron archivadas al fondo de un cajón, sin que nadie moviera un solo dedo.

Capítulo 29.

Galicia, enero 2021

Si el sargento Diego Piñeiro tenía algo claro, era que quien estaba detrás de la desaparición del vecino de noventa y cuatro años, desaparecido desde el 29 de octubre de 2020 en Antas, era una persona de carne y hueso. Empezaba a estar cansado de que sus hombres derivaran la investigación hacia vías muertas, persiguiendo fantasmas, leyendas o cosas imaginarias, mientras el verdadero culpable se encontraba ahí fuera, riéndose de todos.

Detrás de aquel suceso existía algo más que un anciano perdido. Había gente encargada de hacerlo desaparecer, de ocultar cualquier indicio que pudiera guiar a los investigadores y de dejar pruebas falsas como migas de pan. Era la misma mecánica que habían repetido durante décadas en esas mismas fechas. Lo único que había cambiado era que, en los años anteriores, siempre aparecía un cuerpo el día 2 de noviembre. Pero esta vez no. Por algún motivo que aún faltaba por aclarar, el cuerpo de Javier seguía sin aparecer, igual que su familia, que había abandonado el pueblo sin dejar rastro.

La investigación tenía que cambiar de rumbo y empezar de cero, con una línea paralela que evitara repetir los errores de siempre. Ya no buscaban a un anciano desorientado en mitad del monte: buscaban un cadáver, quizá oculto o enterrado en cualquier lugar.

Diego estaba cansado de no poder llevar la investigación a su manera. Le frustraba que la nueva teniente y la sargento Escobar no confiaran en sus métodos y que llevaran meses atascados.

Esa noche se quedó solo en el cuartel, en compañía de una lámpara, unas cuantas tazas de café y el expediente esparcido sobre la mesa. Necesitaba darle una vuelta completa. Tras varias horas revisando papeles y fotos, por fin vio algo distinto: llevaban siguiendo pistas falsas desde el primer día. Sacó un panel vacío del almacén, rotuladores y post-it, y empezó a ordenar todo desde cero.

Según los primeros investigadores, el camino por el que se perdió Javier llevaba únicamente hasta el cementerio. A un lado había un barranco de varios metros, sin rastro de resbalones; al otro, una altura imposible de

trepar sin dejar huellas. En cambio, salir del cementerio hacia el monte de Os Mouros no suponía ningún esfuerzo. No todo estaba cerrado con nichos y bancos de piedra: había huecos por los que cualquiera podía pasar, y desde la casa del desaparecido no se veía nada de lo que ocurría en esa zona.

«¿De verdad nadie se dio cuenta después de venir aquí cien veces?»

Quedaban pocas horas para que amaneciera y pudieran iniciar una nueva batida en Os Mouros. Encontrar tierra movida sería casi imposible después de tanto tiempo, pero aun así tenían que intentarlo con los pocos efectivos disponibles. Diego siguió trabajando con el mapa del pueblo, marcando las zonas más próximas al cementerio y trazando el lugar que revisaría cada patrulla. Sabía que aquel trajín de señalizar las zonas sobre un mapa físico se le daba mejor a la sargento Escobar, quien conocía esos montes como la palma de su mano; llevar toda una vida trabajando y viviendo en la misma zona le daba una ventaja evidente frente al sargento llegado de ciudad.

Lo que también tenía claro Diego era que el sitio que buscaban tenía que estar cerca del cementerio. Nadie cargaría un cuerpo durante demasiado tiempo, y una persona con problemas de movilidad tampoco podía haber ido muy lejos. La zona se reducía cada vez más, aunque, si era necesario, siempre podían ampliar el perímetro a doscientos, quinientos o mil metros.

Por la mañana, en cuanto la teniente Rivas entró en el cuartel, Diego la siguió hasta el despacho con el mapa en la mano. Ya tenía las zonas marcadas y todo preparado para salir al monte. Hacía años que se conocían. Nunca habían trabajado juntos, pero ambos habían cometido los mismos errores por saltarse el protocolo una y otra vez, lo suficiente para terminar destinados en un pueblo perdido.

Diego ya estaba acostumbrado al trabajo en pueblos pequeños y a los sucesos que traían consigo: desapariciones, asesinatos, cadáveres ocultos, robos, secuestros, amenazas. Para Belén Rivas, todo aquello la había hundido moralmente. No terminaba de entender a los vecinos ni sus costumbres, y siempre se hacía la misma pregunta: «¿Cómo es posible que pase todo esto en un sitio tan pequeño y en tan poco tiempo?»

La teniente no estaba segura de si la idea del sargento tenía sentido, pero no estaban perdiendo nada por intentarlo. Llamó al cabo Abascal para reunir a todos los guardias y hacer la reunión matutina.

No eran ni las nueve cuando los sargentos salieron del cuartel con los efectivos disponibles, listos para rastrear las zonas del monte. Diego y Eva se adentraron en la parte más boscosa, situada a la derecha del mapa, mientras que el resto trabajaba en otras áreas. Con ayuda de un palo, comenzaron a revisar palmo a palmo, sin dejar un metro de terreno sin inspeccionar. Tocaba fijarse en cada detalle: ramas partidas, marcas en los troncos, huellas, tierra movida, etc. Había que apartar la maleza y los arbustos, y revisar hasta debajo de las pocas hojas que quedaban. La radio sonaba cada pocos minutos con las novedades del resto de patrullas.

—¡Sargentos! —gritó la guardia civil Susana Otero.

Los dos sargentos, junto a varios compañeros, corrieron hacia ella. Se detuvieron en seco al ver lo que se levantaba a pocos metros de sus pies: una piedra de más de dos metros puesta en vertical, con varios símbolos tallados. Diego se puso los guantes y se acercó al pequeño altar situado en la parte frontal. Se agachó para comprobar lo evidente: aquel líquido viscoso que corría sobre la tela blanca era sangre mezclada con restos de cera y plumas. Sin tocar nada más, dio un paso atrás, y Escobar llamó de inmediato al cuartel para informar y pedir una unidad de Criminalística. Había mucho trabajo por recoger y muestras por analizar.

Cuando la unidad llegó y empezó a trabajar, Diego decidió quedarse un par de horas con ellos. El resto, incluida Escobar, regresó de nuevo al cuartel para esperar los resultados y seguir trabajando.

—Sargento —dijo Otero mientras cruzaba la cinta policial.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿No te habías ido ya con los demás? ¿Habéis encontrado algo nuevo?

—No. Es sobre la piedra: es un menhir, de la época prehistórica.

—Muy bien, ¿y qué me aporta eso?

—Me comentó un compañero que usted está llevando este caso basándose en la cultura que hay entre la vida y la muerte. Por eso me gustaría decirle que estos monumentos se cree que eran funerarios y que cerca suele haber tumbas.

—Pues te han informado mal. Quien está buscando fantasmas es ese compañero, que por eso hoy está en el cuartel jugando a ser un cazafantasmas y no aquí ayudando.

—Si me permite, creo que este le puede ayudar más de lo que imagina —Otero señaló la base del menhir—. Cerca de este menhir vuelve a haber

tumbas. Igual ocurrió hace siglos.

—¿Qué piensas? —Diego se encendió un cigarro y se alejó unos pasos para no molestar a Criminalística.

—Pienso que detrás de esto hay algún tipo de ritual, y pueden hacer daño a mucha gente. Lo que vemos ahí son ofrendas. La sangre significa vida e inmortalidad. La cera no significa nada, pero la vela sí. Normalmente usan velas rojas, que simbolizan fuerza y vitalidad. Y las plumas seguramente son del ave que sacrificaron para iniciar el ritual —respondió asqueada—. No entiendo cómo la gente sigue creyendo estas cosas.

—¿Todo eso te lo dijo el mismo compañero que te habló del caso? —bufó Diego—. Que esto es un ritual lo tengo claro. Que no me gusta nada, también. Cuando se juntan la desesperación y el desconocimiento nacen estos rituales. Son capaces de cometer cualquier atrocidad pensando que un sacrificio o una leyenda les va a curar, les devolverá un familiar o la vida será mejor —Se giró hacia el altar, donde los agentes seguían levantando muestras—. Hubo quien me dijo que "el hombre muere una vez para dar a luz a una nueva vida".

—La desesperación es peligrosa. Cuando ni la ciencia funciona, quedan pocas cosas a las que agarrarse, aunque sea un hierro hirviendo. ¿Es usted creyente? ¿Qué piensa hacer ahora? En este pueblo todos van a negar conocer la existencia de este menhir, aunque lleve aquí desde los inicios de la vida —se encogió de hombros.

—Creo en lo que veo —respondió Diego sin apartar la vista de los huesos que estaban saliendo de la tierra—. Y lo que veo no me gusta nada. En este pueblo no colaboran ni para hacer una comida. Ahora nos toca esperar a que terminen, analicen todo y nos envíen los informes al cuartel. La prioridad es saber de quién es la sangre y los huesos que están desenterrando.

—¿Puede que se trate de huesos humanos? No me gusta esperar. ¿Puedo ayudar en algo más? —preguntó Susana.

—Tiene toda la pinta —respondió Diego, señalando con la cabeza el agujero—. Eso de ahí es la cabeza de un fémur, y no descarto que aparezcan más. La espera forma parte de nuestro trabajo. Si quieres algo que hacer, tengo varios archivos pendientes en el cuartel. Si te aburres, ya sabes.

—Esto se está poniendo muy feo. ¿Cree que el desaparecido estará muerto y que esos huesos son suyos?

—No. Creo que sigue vivo, pero hemos entrado en la cuenta atrás. Si hacemos caso a lo que nos han contado, lo matarán el Miércoles de Ceniza en un ritual similar a este. Y no, esos huesos no son suyos. Llevan años bajo tierra.

Abandonaron el terreno cuando la noche cayó sobre ellos. Tuvieron que terminar la exhumación de restos óseos bajo varios focos que iluminaban la zona y, una vez levantado todo lo necesario, aquel monte quedó desierto. Ya tenían las fotografías, la muestra de sangre, una docena de huesos y un par de objetos personales encontrados en los cincuenta metros más próximos a la zona cero.

El sargento Piñeiro salió directo al cuartel. Una vez más necesitaba adelantarse a los hechos.

Necesitaba localizar las denuncias por desaparición anteriores al año 2000, y una por una, las ocurridas entre el 25 de octubre y el 2 de noviembre. Cabía la posibilidad de que los restos encontrados pertenecieran a alguna de aquellas personas que nunca aparecieron, víctimas olvidadas que merecían justicia y descanso. Igual que él.

Otra noche más se quedó solo en la oficina. El cansancio ya era excesivo tras dos días sin apenas dormir y casi sin pasar por casa, pero su prioridad seguía siendo encontrar a Javier con vida. El tiempo jugaba en su contra. No pensaba permitir que este fuera el primer caso que dejara sin resolver.

Se preparó una taza de café y se sentó frente al ordenador, dispuesto a localizar e imprimir las denuncias.

Entonces, todo el cuartel se quedó a oscuras. Un apagón dejó sin suministro eléctrico a Pizarros y a los vecinos del entorno. Sin luz, era imposible seguir trabajando. Después de varios intentos por restablecer el sistema y viendo que nada funcionaba, recogió sus cosas y se marchó a casa, preguntándose si aquel apagón era una simple casualidad.

Capítulo 30.

Galicia, enero 2021

Después de una mala noche, el día parecía comenzar con normalidad. Eran las diez de la mañana cuando Diego llegó al cuartel y encontró el primer informe esperándolo sobre la mesa. La sangre hallada en aquel extraño altar bajo el menhir no coincidía con el grupo sanguíneo de Javier. En ese momento, nadie sabía si era una buena noticia o una mala. Todavía faltaba esperar al laboratorio y ver si conseguían identificar el ADN de los huesos encontrados alrededor.

La guardia Susana Otero continuaba recopilando las denuncias de desaparecidos en las fechas que le había indicado su sargento, filtrando a quienes ya habían aparecido, con la idea de facilitar la identificación de los restos. Mientras tanto, Eva y Diego cogieron uno de los coches y se dirigieron al monte de Os Mouros para revisar de nuevo la escena del crimen con luz suficiente y asegurarse de que ningún curioso hubiera husmeado durante la noche.

Halvorsen seguía apartado de todo lo relacionado con el caso. No estaba de acuerdo con los métodos del sargento Piñeiro, y ya resultaba imposible mantener una conversación sin que acabara en gritos. Cada uno tenía un punto de vista diferente. Los superiores y compañeros se centraban en las pruebas sólidas que iban apareciendo y en seguir la pista de uno o varios asesinos reales. Guillermo insistía en el lado de la historia, los mitos y las leyendas, aunque no tenía nada contundente con lo que demostrar que su camino fuera el correcto.

Era frustrante.

En los últimos días había descubierto algo sobre el monte de Os Mouros y la historia que ocultaba. En Antas se decía que varios hombres, sin rostro conocido, habitaban aquel monte desde siglos atrás. Nadie sabía quiénes eran; nadie los había visto ni escuchado nunca. Se movían como fantasmas entre los árboles, y la inmortalidad iba con ellos.

A las pocas horas, Susana recibió una llamada avisándole de que ya tenía los dos informes en su correo. Terminó de ordenar las denuncias que le había pedido a primera hora con el típico «tienen que estar para ayer». La

prisa era evidente. Esperó a que llegaran los sargentos y la teniente para ponerlos al tanto de los resultados del laboratorio y del forense. La sangre no coincidía con nadie conocido.

Lo peor y lo más extraño llegó de la mano de Emilio, el forense. Algunos restos óseos ya tenían identidad: coincidían con la lista de personas desaparecidas y fallecidas en fechas clave. Entre ellos apareció Adonina Álvarez. Otra vez esa mujer. Y con ella, inevitablemente, su hija: Lealdina.

Para el forense había algo todavía más inquietante: solo aparecieron dos costillas del lado izquierdo y del derecho de cada una de las víctimas enterradas en aquella fosa del monte, al lado del altar.

Guillermo seguía sentado en su silla, observando sin pestañear lo que ocurría dentro del despacho de la teniente Belén Rivas. Seguía enfadado. Lo habían apartado del caso sin explicaciones y, para colmo, en su lugar habían puesto a la guardia Otero, con los pies en la tierra y las ideas claras.

—Mi sargento, ¿podemos hablar? —dijo Halvorsen en cuanto Diego salió del despacho—. No me parece correcto que me haya apartado del caso de esta manera para meter a Susana en mi lugar. Me tiene archivando papeles que podían esperar meses, mientras ella está de lleno en lo importante.

—¿Me estás intentando decir cómo tengo que hacer mi trabajo? —respondió Piñeiro con un tono firme que cortaba el aire—. Si te tengo aquí archivando expedientes me lo podrías agradecer. Te estoy dando más responsabilidad de la que te mereces. Y para la próxima, dile a los hombres que están trabajando en el monte que, si les roban madera, no se preocupen, que son tonterías. Y dile a Sol que, cuando haya una pelea en su cafetería, no hace falta que nos llame; total… son tonterías, ¿no?

—No le estoy diciendo eso. Solo que no es justo que Susana esté en un caso grande y yo no, cuando fui yo quien empezó con todo. Fui yo quien se coló en el cementerio buscando pruebas —respondió más cabreado—. Fui yo quien se llevó un tiro en el pecho por querer avanzar en el caso. No es justo que me deje fuera.

—Guillermo, lo primero: no hay casos pequeños. Lo segundo: tú solo quieres perseguir fantasmas. Te crees que esto es Cuarto Milenio y no la Guardia Civil. Aquí no se persiguen sombras ni se hacen grabaciones nocturnas en un cementerio. Te lo avisé en su momento. Tú eres un chaval recién salido de la academia, te falta mucho por madurar. Susana lleva años

en el cuerpo, tiene varios casos resueltos, experiencia y cabeza. No me gusta ella ni su forma de trabajar, pero la necesito. Necesito que los dos me ayudéis. No te estoy hablando como sargento… te estoy hablando como amigo.

—No es justo… —murmuró Guillermo, casi para sí mismo.

—Exacto. La vida no es justa, nada es justo. Y ahora deja de buscar fantasmas, Guillermo. ¿Qué tienes? —preguntó el sargento Piñeiro.

—No tengo nada —respondió él, respirando hondo—. Solo que una persona desaparece en fechas próximas al Día de Difuntos y quien se acerca a esa tumba cuando está "abierta" muere a los pocos días de forma extraña, como en un ritual sin cerrar. Luego hay leyendas sobre el Miércoles de Ceniza y el monte de Os Mouros.

—¿Mueren o los matan? —Diego se acercó a la mesa—. Sabemos que detrás de esto hay una o varias personas de carne y hueso. Lo único de los rituales que me creo es lo que vimos ayer. Ahora que estás más tranquilo, te pido dos cosas: indaga todo lo que tengamos sobre Lealdina —familia, propiedades, amistades, movimientos bancarios—; lo quiero ya. Y cuando lo tengas, tráela al cuartel. Tengo una conversación pendiente con ella y no pienso volver a esa casa tan fea.

—¿Lealdina?, ¿Doña Lealdina? Entendido, mi sargento —sonrió Guillermo—. En cuanto tenga algo, le aviso.

—¿Cuál, si no? La única que conocemos. No hay muchas con ese nombre. Habla con el cabo Abascal, que te eche una mano; entre los dos iréis más rápido. Y busca información sobre Antas y sus tradiciones, pero no hables con los vecinos: usa el ordenador, busca debajo de las piedras o en las alcantarillas si hace falta. Llevan años matando a inocentes, pensando que así serán más fértiles, como si fuese la piedra mágica de A Lanzada.

—¿Una secta? —vaciló Guillermo—. Hace años leí algo de un pueblo gallego que practicaba sacrificios para devolver la vida. Lo hacía una mujer que no conseguía quedarse embarazada, o un hombre que podía ser padre. ¿De dónde sabe usted eso? En el pueblo ya nadie abre la boca; tienen más miedo que cuando vivía Bazán.

—Tengo mis fuentes —dijo Diego, encogiéndose de hombros—. Amigos en sitios donde a nosotros no nos dejan entrar. Ahora, ponte a trabajar.

Guillermo acató la orden. Con Abascal a su lado, la búsqueda fue mucho más rápida; no le hacía gracia, pero en situaciones de prisa había que contar con el mejor, y Abascal lo era. No tardaron en sacar a la luz los secretos de Lealdina y sus movimientos bancarios, una vez que obtuvieron las autorizaciones correspondientes. Cada hallazgo los descolocaba más: la anciana no era la mujer frágil que parecía; en aquel cuerpo tan pequeño y arrugado solo quedaba maldad, poder y una fortuna de dinero y propiedades. Diego tenía razón: la había calado desde la primera vez que habló con ella.

Mientras Miguel terminaba de buscar los últimos datos, Guillermo cogió uno de los coches patrulla y puso rumbo a Antas. Sabía que traerla al cuartel sin una orden judicial sería difícil, pero no iba a perder tiempo.

Eran las 12 del mediodía cuando el coche se detuvo frente a la casa. La asistenta tendía la ropa y Doña Lealdina disfrutaba de un libro, aprovechando los pocos rayos de sol que se pueden pedir en enero. Halvorsen llamó al timbre y esperó a que alguna de las mujeres le abriera la cancela. Una vez dentro, fue directo hacia la anciana y le explicó, sin rodeos, cuál era la situación y por qué debía acompañarlo al cuartel. Lealdina dudó varios minutos, aunque finalmente aceptó. Estaba convencida de que no tenían nada contra ella y que, en pocas horas, estaría de vuelta en casa, maquinando otra de sus maldades.

Cuando el cabo Abascal la vio entrar por la puerta del cuartel, avisó a Diego y a Eva. Entregó al sargento la carpeta con toda la información que habían reunido y acompañó a la anciana hasta la sala de interrogatorios. Conservaba su aplomo habitual, incluso al aceptar un café solo, como quien prueba la cortesía ajena sin mostrar interés real.

Los sargentos se reunieron en el pasillo antes de entrar, poniéndose al día a toda prisa con los datos recopilados. No necesitaban leer cada hoja para obtener un resumen claro de sus compañeros. Mientras tanto, Lealdina observaba el ajetreo del cuartel con aire altivo.

La sargento Escobar decidió llevar la iniciativa. Sabía que los métodos de Diego no habían funcionado con aquella mujer, y aunque dudaba de sacar algo nuevo, tenía la obligación de intentarlo.

—Buenas tardes, Lealdina. Sentimos hacerla venir a estas horas, pero necesitamos hablar con usted —dijo Eva mientras cerraba la puerta.

—Buenas tardes, sargentos. A oportunos no hay quien les gane —soltó la anciana con desgana.

—Yo también me alegro de verla —respondió Eva sin darle margen—. Hoy está aquí por otro motivo, y supongo que Halvorsen ya le comentó algo. Aun así, voy a explicárselo con más detalle. Hace dos días, en el monte de Os Mouros, muy cerca de su casa, aparecieron varios huesos humanos enterrados. Algunos ya los hemos cotejado gracias al ADN y… —abrió la carpeta con calma y sacó varias fotografías sobre la mesa: costillas y una cabeza de fémur con tierra adherida— sabemos que pertenecen a su madre biológica, Adonina Álvarez Gaiteiro.

—Eso es imposible —respondió Lealdina, visiblemente alterada—. Ella está enterrada en el cementerio de la parroquia. Tenía el nicho en propiedad y a perpetuidad. Para abrir ese nicho tienen que pedir mi autorización. Soy la única heredera. Es imposible que esos huesos aparecieran tirados en el monte. Voy a verla cada poco; la lápida siempre está cerrada y las flores en su sitio, igual que la de mi hijo.

—El forense calcula que llevan allí casi una década —añadió Eva—. Es muy fácil exhumar unos restos si se tienen las herramientas necesarias.

—¿Pero cómo fue posible? —la interrumpió Lealdina—. ¿Para qué los querrían? ¿Y cómo los habéis identificado tan rápido?

—De momento no sabemos cómo han llegado allí, pero estamos trabajando en ello —respondió el sargento Piñeiro—. Tenemos su ADN de cuando su hijo falleció hace unos cuatro o cinco años. Y otra pregunta sencilla: ¿por qué recibe transferencias tan grandes en sus cuentas? —colocó los tres extractos bancarios delante de ella; la menor de las cifras superaba los 10.000 euros.

—En primer lugar, mi hijo no falleció hace cinco años. Se suicidó por vuestra culpa —replicó la anciana—. Y en segundo lugar, ese dinero proviene de una herencia de Brasil. Puede comprobarlo.

—Cuando pasó aquello yo no trabajaba por aquí. Sé que su hijo tenía deudas con prestamistas y estaba acorralado. Si no pagaba, lo mataban. Y si colaboraba con nosotros, también. Creyó que la única salida era esa y, créame, fue valiente. Ellos no se habrían conformado con un tiro limpio —Diego la miró con seriedad—. Y sobre la herencia, claro que lo comprobaré. Es mi trabajo.

—¿Qué le iban a hacer? —preguntó Lealdina, mostrando debilidad por primera vez.

—Tengo amigos que trabajaron de cerca con esas mafias. Terminaron en psiquiatría, con bajas médicas de años por todo lo que vieron. Todo tipo de torturas: amputaciones, dejar morir a alguien mientras se desangraba, secuestros, empalamientos… Yo, en esa situación, habría hecho lo mismo que su hijo —respondió Diego sin entrar en más detalles.

Lealdina no dijo nada más. Se levantó con el rostro tenso y salió de la sala sin despedirse. No estaba detenida y lo sabía, así que se marchó de vuelta a casa, probablemente a refugiarse en un café preparado por su asistenta. Aunque, por primera vez, las palabras del sargento parecían haber dejado una grieta en su gesto.

Los sargentos se quedaron en silencio. Les frustraba que aquella mujer ocultara tanta información sobre las muertes de Antas y siguiera resistiéndose a colaborar. No parecía tener miedo ni sentirse presionada; solo se negaba a pronunciar una sola verdad relacionada con las desapariciones.

Eva y Diego fueron al despacho de la teniente Rivas buscando una luz nueva, un hilo del que tirar. Algo seguía escapándose, pese a releer el dossier decenas de veces, revisar los informes de forenses y de criminalística, examinar las fotos y acudir a las escenas casi a diario. Tal vez la perspectiva más fría de Rivas les ayudaría.

La teniente salió del despacho y se acercó al panel nuevo, repasando cada dato con calma:

Foto del hijo y la nuera de Javier: aparentemente normales, desaparecidos tras el suceso.

El párroco don Jesús: sabía poco. Y lo que supiera, no podía decirlo por el secreto de confesión.

Doña Lealdina: la más temida de la aldea, la más poderosa, la que recibía sumas enormes sin explicación, la mujer a la que todas las pistas apuntaban.

Y una nueva foto se añadía al tablero, en una columna aparte: Adonina. Muerta desde hacía décadas, pero ahora más presente que nunca.

Guillermo llegó corriendo hasta ellos con una noticia urgente. Había descubierto algo en el mismo lugar donde aparecieron los restos óseos y el altar usado para los rituales. Las huellas de varias botas en el barro dejaban claro que un grupo de personas había estado allí reunido pocos minutos

antes de que llegara la patrulla. Sobre el altar aún quedaban velas encendidas, casi sin consumirse, un par de copas con vino tinto del que alguien había estado bebiendo y, lo peor de todo, una foto de Javier con una cruz dibujada boca abajo.

Sin que sus superiores le hubieran dado instrucciones, Guillermo tuvo la iniciativa de avisar a Criminalística, que ya estaba otra vez sobre el terreno recogiendo las nuevas muestras. Mientras tanto, él se debatía entre la duda de si sería buena idea llamar al párroco para que le explicase los símbolos religiosos o dejar que los sargentos se encargaran de ello en caso de ser necesario.

Capítulo 31.

Los de arriba seguían presionando a la teniente Belén Rivas con el caso. Los que mandaban no eran San Pedro ni San Pancracio; en esta ocasión volvía a ser el teniente Víctor. El ascenso no le sentaba nada bien y, de nuevo, lo único que quería era conseguir la cabeza del sargento; la resolución del caso era algo secundario. Por la mañana, a primera hora, ya estaba en el cuartel de Pizarros dando órdenes sobre cómo avanzar con el caso y, de paso, vigilando a Diego de cerca. Ningún guardia se sentía cómodo trabajando bajo la mirada de Víctor. Todos eran conscientes de que, al mínimo fallo, se irían para casa suspendidos de empleo y sueldo hasta nuevo aviso.

Finalmente, en un descuido, Guillermo Halvorsen salió del cuartel desobedeciendo una orden del teniente: «Que nadie se mueva de aquí», había dicho Víctor, mientras se reunía en el despacho con la teniente Rivas y los sargentos Escobar y Piñeiro. El chico salió con cuidado, esfumándose como un fantasma, y se dirigió a ver al párroco don Jesús para que le ayudara con unas dudas sobre el menhir y el altar hallado cerca de una de sus iglesias.

—Buenos días, don Jesús —saludó Halvorsen al verlo desayunando en una cafetería cercana al cuartel—. ¿Tendría unos minutos?

—Buenos días, Guillermo —respondió el párroco, sosteniendo una taza de café en la mano derecha—. ¿En qué puedo ayudarte ahora?

—Supongo que a estas alturas ya se habrá enterado del hallazgo cerca de la iglesia de Santa Eulalia de Antas. Aparecieron varios símbolos religiosos y me gustaría saber su significado; quizá nos ayude en algo relativo al caso.

—¿Te refieres a los huesos enterrados cerca del menhir? —se sorprendió—. Me resulta extraño que nunca nadie mencionara esa piedra en la parroquia. Son monumentos importantes incluso hoy en día.

—¿No sabía nada de esa piedra? Pensé que habría oído algo sobre ella o la habría visitado en algún momento. Mire —sacó unas fotos del bolsillo —: aparecieron estos símbolos: una cruz boca abajo, tres velas formando un triángulo y unas copas con vino tinto. ¿Qué significa cada uno de ellos? ¿Tiene relación con lo satánico?

—Vayamos por partes. Al contrario de lo que mucha gente piensa, una cruz colgada al revés no siempre está relacionada con el satanismo. Esa cruz —señaló la foto— hace referencia a cómo murió San Pedro, colgado con la cabeza hacia abajo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el hombre desaparecido? —se rascó la cabeza—.

—Yo ahí no puedo ser de mucha ayuda. Habla con tu compañero; Diego seguro será capaz de encajar las piezas —cogió la siguiente foto—. El número tres también tiene referencias en la Iglesia Católica: es la Santísima Trinidad, que afirma que Dios es un único ser que existe en tres personas distintas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aunque, a veces, el número tres se utiliza como burla hacia ellos.

—Verá que divertido va a ser explicarle esto a Diego, cuando él no cree absolutamente en nada —suspiró—. ¿Y del vino tinto, qué sabemos?

—Sabemos lo de siempre: la inmortalidad, la sangre, el sacrificio…

Como ya era habitual, Guillermo no le dio tiempo a terminar la frase. Se despidió cordialmente y salió de nuevo hacia el cuartel para hablar con su sargento. Ya sabía todo lo que quería saber y, una vez más, todo hacía referencia a algún ritual que aún se seguía practicando en aquel pueblo, nacido a pie de las montañas. La poca gente que vivía en Antas probablemente todavía conservaba los ritos de sus ancestros.

El sargento Piñeiro trataba de contactar con Guillermo por todos los medios posibles. Se empezaba a cansar de que su compañero siempre fuese por libre, de que se marchase sin avisar y de que, cuando sus superiores le decían que no, lo hiciera igual. Diego acababa de recibir una llamada de un *confite* que parecía importante, pero no podía salir a la calle sin un binomio mientras Víctor siguiese trabajando en el cuartel.

Miguel era el único que estaba pendiente de los movimientos de Diego y con las mismas ganas de salir de aquel lugar. Solo que él no podía hacerlo y tenía que seguir pendiente de las telecomunicaciones.

O no.

Abascal entendió los gestos de Piñeiro y, sin pensarlo dos veces, salió de patrulla con él. Ya en el coche, cogieron las coordenadas y se dirigieron hacia el lugar. En menos de una hora deberían estar aparcando para continuar los últimos metros a pie. La ubicación exacta estaba en una

pequeña construcción en medio de la nada, a la que había que acceder cruzando un puente colgante sobre el río.

Cuando llegaron, se dieron cuenta de que aquello no podía salir demasiado bien. Dejaron el coche y empezaron a caminar monte arriba, sin apartar la mirada de la pantalla del móvil para no perderse. Después de varios minutos, llegaron al puente colgante, que se conservaba extraordinariamente bien. Cuanto más se acercaban al centro, más se tambaleaba, aunque seguía siendo seguro cruzarlo sin caer al vacío.

Al otro lado se podía observar una cabaña de madera. La chimenea echaba humo, señal de que dentro había gente en ese momento… o que acababan de marchar pocos minutos antes de que ellos llegaran. Sin una orden judicial no podían entrar ni acercarse sin saber lo que ocurría dentro. Dieron varias vueltas alrededor a una distancia prudente, sin ser vistos, y se quedaron en un lugar oculto a la espera de que saliese alguien.

Mientras tanto, Diego le envió las coordenadas a Guillermo, que ya estaba de nuevo en el cuartel, para que investigase de quién era la propiedad de la cabaña. En su trabajo, pocas cosas había más aburridas que hacer guardia delante de una casa, sin tener la certeza de si tantas horas escondido y vigilando cada puerta y ventana valdrían la pena.

Dos horas más tarde, se abrió la puerta principal, también de madera y situada sobre un pequeño balcón con vistas al río. De ella salió una mujer mayor, con moño apretado y ropa negra; sin lugar a equívoco, se trataba de Lealdina. A su lado apareció un hombre de mediana edad, alto, rapado y con una cazadora de cuero. Pocos minutos después, se dejó ver una tercera persona: una mujer de pelo rojo, de algo más de sesenta años, aunque nadie consiguió distinguir su rostro. El cabo Abascal trató de hacer todas las fotos posibles para añadirlas al tablero y, de paso, comprobar si algún compañero podía identificar a aquellas dos personas.

Desde el cuartel, Guillermo seguía luchando con el ordenador para averiguar a nombre de quién estaba registrada la cabaña. Llevaba un buen rato esperando la llamada de Comandancia y peleándose con el Catastro, que tampoco le permitía avanzar.

La primera mala noticia llegó horas después, a través de una llamada telefónica de Comandancia. Por fin habían podido acceder a la página del Catastro y descubrir que la cabaña pertenecía a Elvira López. Pero de ella

no había absolutamente nada: sin huellas dactilares, sin cuentas bancarias, sin multas de tráfico. Nada. Por no tener, no tenía ni luz, ni agua, ni teléfono. Ante la administración, no era nadie; alguien inexistente.

La segunda y última mala noticia llegó en la misma llamada: no había forma posible de identificar al varón que estaba con ella. Ni siquiera los mejores programas de reconocimiento facial lograron sacar algo en claro.

Capítulo 32.

Galicia, enero 2021

Quedaban poco más de tres semanas para el final, el día en que todo lo comenzado buscaría un desenlace. El día en el que se produciría una nueva muerte para dar paso a una nueva vida. Rituales, creencias, fe, desinformación y desesperación: un pacto capaz de hacer explotar un pueblo entero en pleno siglo XXI, igual que ocurrió antaño. La historia se convierte en leyenda, y la leyenda en mito, pero para muchos la historia seguía viva, con todas sus creencias intactas; un pueblo en el que ni el agua tiene memoria.

La Guardia Civil del puesto de Pizarros trabajaba a contrarreloj, aparcando las diferencias entre compañeros y colaborando codo con codo. Cada hora contaba para poder terminar con aquel caso y, sobre todo, para encontrar a Javier, aunque ya nadie confiaba en hallarlo con vida. No parecía algo propio de 2021; más bien, parecía sacado de otra época, lejana, en la que se cometían todo tipo de atrocidades pensando que así se solucionaban los problemas de la vida.

Al sargento Piñeiro no le quedaban muchas opciones: debía volver a confiar en Guillermo, el guardia en prácticas que seguía investigando los rituales y las creencias locales. Habían trabajado por separado los últimos días, pero sus caminos volvieron a unirse en un punto.

La teniente Rivas continuaba trabajando desde el despacho, cada vez más harta de los casos extraños que llegaban a su cuartel de manos de los vecinos. Toda línea de investigación apuntaba de nuevo a Lealdina, pero esta vez le daría un respiro. Necesitaba que se confiase, que creyese que ya nadie la seguía, para que fuese más fácil que cometiera un error.

El Besugo también trabajaba, consiguiendo información que un guardia civil no podría obtener nunca.

En su investigación sobre las tradiciones de Antas, Guillermo recordó la advertencia del primer día: en bibliotecas de Madrid o en Internet nunca encontraría nada. Antas era un pueblo diminuto, de apenas quince habitantes, y la única noticia que trascendía era la desaparición de Javier,

gracias a que su hijo tenía contactos en la prensa local y nacional que le debían varios favores.

Se detuvo unos minutos a pensar dónde podría hallar archivos históricos. Lo más fácil sería levantar el teléfono y llamar al hombre de Antas que le ayudó con Adonina, pero ahora todo era diferente: no podía hablar con nadie fuera del cuartel. Mientras buscaba en Internet el Archivo Histórico de Lugo, el sargento Piñeiro se acercó para darle un nuevo trabajo relacionado con su búsqueda: revisar la habitación del fondo, donde se guardaban todos los informes antiguos aún sin digitalizar. La teniente Rivas no dudó ni un instante en enviarlos a ambos allí a trabajar.

Nunca habían traspasado aquella puerta, y sus caras cambiaron al ver la cantidad de muebles antiguos, cajones y cajas que llenaban la sala. Todo estaba ordenado alfabéticamente, con pegatinas en cada cajón.

Comenzaron a buscar por “Antas”, “Desaparición” o “Anciano”. Diego encontró unas cincuenta carpetas que tendría que revisar una a una. Bajo “Desaparición” había unas veinte, la mayoría relacionadas con ganado, y solo cuatro se referían a personas. En “Anciano” halló tres informes, dos de ellos sobre desaparecidos en Antas.

Cogió la mejor silla y empezó a revisar el montón de carpetas, papeles y fotos apilados sobre la mesa.

Guillermo, por su parte, trabajaba con palabras diferentes, relacionadas con su hipótesis sobre el caso. Revisó “El Chopo”, donde encontró media hoja escrita a mano en los años 80 en la que alguien afirmaba haber visto a un hombre cargando con una persona sobre los hombros. En “Os Mouros” halló dos informes: uno sobre El Chopo y otro sobre un ritual cerca de la entrada de la iglesia de Santa Eulalia. La palabra “Ritual” aparecía en otra carpeta, con varias hojas y fotos en blanco y negro; la escena era muy similar a la que habían encontrado días atrás. Por último, “Cementerio” figuraba en treinta carpetas, aunque la mayoría se referían a peleas menores o robos de flores.

Con el montón de carpetas sobre la mesa, Guillermo se sentó en la silla que su compañero había dejado libre y comenzó a leer hasta hallar algo que conectara aquellos papeles antiguos con los hechos actuales.

—Sargento —dijo mientras guardaba unos folios—. ¿Ha encontrado algo interesante? Estoy viendo que todo está relacionado con todo.

—¿Qué has encontrado? —respondió Piñeiro sin apartar la vista de los papeles.

—Pues verá —explicó Guillermo—. Cogí las carpetas que ponían "El Chopo", "Os Mouros", "Ritual" y "Cementerio". Un buen resumen sería decir que alguien denunció haber visto en el monte de Os Mouros a un hombre sin rostro cargando con una persona. Meses después aparecieron velas negras, sangre, una muñeca con la foto de una anciana y sus restos se encontraron…

—¿Dónde? ¿En nuestro cementerio? —interrumpió Piñeiro, por fin alzando la mirada—. Yo aún estoy revisando este montón; me faltan muchas carpetas, pero creo que tengo algo. Encontré la denuncia de dos ancianos desaparecidos en Antas: un varón de no sé qué año —le pasó el papel a su compañero— y una mujer en 1986, cuyos restos aparecieron tiempo después.

—Sí, en nuestro cementerio. Para ser exactos, dentro de una tumba que lleva siglos sin ser utilizada. Entonces, tanto lo que usted ha descubierto como lo que descubrí yo están relacionados. ¿Qué hacemos ahora?

—Lo primero es que te calmes un poco; te veo muy alterado. Lo segundo, acabar de revisar esto y no montarse películas, que aquí no te van a dar un Goya —puso la mano sobre las carpetas y le pasó varias a Guillermo—. Lo tercero será avisar a Belén para que trate de pedir una autorización y abrir esa tumba, a ver qué secreto nos esconde.

—No puede hacer eso, mi sargento. Se pondría en peligro; le recuerdo que toda persona que se asoma termina muerta.

—¿Enviamos a Lealdina delante de nosotros? —vaciló Diego—. Acaba de leer tú todo esto; yo voy a hablar con Rivas.

El sargento Piñeiro salió de la habitación llena de armarios apolillados. El olor a humedad era insoportable; se metía en las fosas nasales hasta convertirse en el único aroma perceptible allí dentro

El despacho de la teniente, en cambio, era mucho más cómodo y acogedor. Rivas tampoco terminaba de entender cómo era posible que toda aquella información que le llegaba estuviese relacionada entre sí. Tampoco comprendía cómo su predecesor, el teniente Rafael Bazán, siempre había intentado de ocultar todo lo relacionado con el caso, y más cuando él había trabajado media vida en aquel cuartel. La desaparición de una persona en fechas próximas a Difuntos y los rituales cerca del cementerio no era la primera vez que ocurría de la misma manera.

Halvorsen terminó de leer los informes que le había dejado su superior. En aquellas carpetas ya no quedaba nada relacionado con el caso. Las guardó de nuevo en sus lugares correspondientes y se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba a punto de salir, recordó una última cosa: volvió a abrir un cajón con otro agudo chirrido y empezó a buscar lo que tenía en mente. Consiguió encontrar una caja con unos trescientos folios, casi todos escritos a mano, titulada "*Adonina*".

Regresó a la misma mesa y cogió la silla cómoda; tenía mucho trabajo por delante. Mientras leía, vio que la mujer había presentado varias denuncias por rituales realizados en las inmediaciones del cementerio, rituales en los que se llegaba a sacrificar a personas mayores, enfermas o sin familia. En definitiva, gente a la que nadie echaría de menos. El menhir siempre hacía de altar para llevar a cabo aquellas fechorías ante los ojos de quien quisiera mirar, pero quienes las ejecutaban eran hombres o mujeres que, por enfermedad o por el motivo que fuese, no podían tener hijos.

El hombre muere para que a la vez vuelva a nacer la vida.

Adonina fue la única mujer del pueblo que tuvo el valor de denunciar aquellos sucesos, pero Rafael Bazán, al igual que los guardias tenientes del puesto, nunca le hizo caso. Todas aquellas denuncias terminaron archivadas en cajas en la habitación más oscura del cuartel, una sala en la que podían pasar meses sin que nadie entrara.

Guillermo continuaba leyendo todas las hojas en busca de algo que le ayudase a resolver el caso. Sabía que en algún folio habría un par de líneas que le mostrarían un camino a seguir. Incluso recordaba el día en que el espíritu de Adonina se le apareció para darle indicaciones, aunque para el sargento Piñeiro aquello no era más que una alucinación provocada por algo que habían respirado o bebido mientras hablaban con el hijo del desaparecido en su casa. Pero Guillermo estaba convencido de que era todo lo contrario: aquella mujer no podría descansar en paz hasta que alguien detuviese las atrocidades de su pueblo.

En varios de los folios se confirmaba que Adonina era curandera, bruja o *menciñeira*, pero también quedaba claro que jamás había hecho daño a nadie. Todo lo que hacía lo realizaba con sus manos o mezclando hierbas, usando sus poderes únicamente con fines curativos.

"Estos rituales se hacen cada tres noches; comienzan el uno de noviembre y terminan con el gran sacrificio la noche del miércoles de

ceniza. Siempre se realizan a las 3:33 de la madrugada, junto al menhir."

"Dicen que todo el mundo es bienvenido, pero no le gustan los mirones. Todos los años hacen lo mismo: primero captan a una persona mediante aromas que recuerdan a un día especial de su vida, y una suave voz comienza a llamarles por su nombre. (...) Son como los cantos de sirena en alta mar que atraen a los marineros hacia un naufragio seguro. Después se alimentan de sus restos y beben de su sangre. Solo así logran que en su vientre habite un nuevo ser durante nueve meses"

Guillermo seguía concentrado, anotando en su libreta aquellas frases de mayor importancia. Ni siquiera se daba cuenta de lo rápido que avanzaba el día. Estaba encerrado entre aquellas cuatro paredes, con el café que le había llevado Eva, mientras se ponía al día con los avances que iba encontrando en los papeles antiguos.

Diego, por su parte, trabajaba a su manera, muy diferente de Halvorsen y Escobar. Tenía claro que dentro del cuartel no iba a encontrar nada que le ayudase. La ayuda que necesitaba estaba en la calle, o en alguna casa, solo tenía que saber a qué puerta llamar.

Y acertó a la primera.

O eso parecía.

Se acercó al bar más cercano, un bar de toda la vida donde los vecinos que quedaban se reunían para jugar al ajedrez. Diego se dirigió a la camarera, a quien veía con frecuencia en los últimos meses. Normalmente era por alguna pelea en el bar; otras veces, de manera extraoficial, buscaba información nueva para adjuntar al caso.

Ese día necesitaba saber más sobre Adonina. Siendo bruja, todo apuntaba a que podría estar relacionada con los rituales de una manera directa o indirecta. Pero nada más lejos de la realidad: la anciana fue la única persona de Antas que se opuso a participar en ellos. Hacer daño a las personas no iba con su forma de ser ni sus ideales. Ella sanaba, no mataba. No creía en los rituales, ni en los sacrificios; confiaba en el poder de sus manos, en las hierbas, en los santos y en los amuletos para atraer la buena suerte o alejar el mal.

Adonina pasaba su vida alejada de los vecinos para evitar mofas cada vez que bajaba las escaleras de su casa. Confiaba en muy pocas personas, y solo a ellas permitía ayudarla en sus quehaceres. Estaba harta de ver cómo la trataban de manera diferente, de escuchar las piedras golpear sus

ventanas cada noche, o de que los jóvenes intentaran entrar a la fuerza en su vivienda..

Aun así, cuando algún desconocido pedía ayuda, allí estaban sus manos curativas. Fue la única que luchó contra los rituales celebrados a escasos metros de su vivienda, pero nunca nadie la escuchó. En el pueblo, la gente mayor todavía recuerda una frase que Adonina dejó en vida: no descansaría hasta que dejasen de sacrificar a personas y de beber su sangre.

No estaba loca; solo quería ser escuchada y que la justicia se impartiera en aquel pueblo que parecía inmune a las leyes

"Es mentira. Un Mouro nunca mataría a nadie, aunque en ocasiones sí practican la antropofagia. En tal caso lo harían las Mouras, ellas sí cometen este tipo de muertes. Pero aquí, esto lo hacen personas de carne y hueso, como tú y yo; solo que su cabeza funciona de forma diferente a la nuestra"

Capítulo 33

Mientras Diego conducía tranquilamente hacia el cuartel, una llamada le obligó a desviarse un par de kilómetros para visitar al Besugo, que había descubierto algo que podía ser útil.

—¿Qué pasó ahora, Besugo? —preguntó el sargento nada más verlo.

—Que he descubierto algo, ya te lo dije por teléfono —respondió Besugo, apoyándose en la ventanilla del coche.

—Dime, ¿qué has descubierto?

—Elvira es la otra bruja que vive en una casa… bueno, casa, aquello es una cuadra, una ruina; mis ovejas vivían mejor —dijo sin concretar demasiado.

—Ey, frena, frena —Diego trató de devolverlo a la conversación—. ¿Quién es esa mujer? ¿Y por qué dices que es bruja?

—Ah, sí, eso… una bruja —se rascó la cabeza—. Los caciques de Antas la echaron del pueblo, la echaron de su propia casa. A Javier, el hombre que buscas, también lo echaron de la suya; por eso ahora vivía con su hijo.

—¿Qué más sabes de eso?

—Digamos que fue una pelea entre brujas, la mala contra la buena. La buena es esa que se aparece por los caminos a pedir ayuda; la mala es la que sigue viva.

—¿Dónde vive?

—¿Adonina? No sé —se encogió de hombros—. Búscala por el cementerio.

—No, esa no. ¿Dónde vive Elvira?

—Ah, esa… por ahí, por el monte.

Después de terminar la conversación, Diego llamó a Eva para informarle sobre esa nueva bruja e ir hasta su cabaña. Ninguno de los dos sargentos sabía con certeza en qué podría serles útil aquella persona, pero, si realmente tenía *poderes*, lo más probable era que supiera algo sobre los rituales ocurridos en su pueblo.

Cuando llegaron al lugar, después de caminar por caminos de barro llenos de charcos, se detuvieron a observar el entorno. Estaban en medio del bosque, rodeados de árboles grises y altos, y un río corría cerca. Las vistas

eran bonitas; era un lugar tranquilo, aislado de la población. Delante de la puerta de la cabaña, una mujer estaba sentada en el único banco que había, esperando. Los sargentos tuvieron que esperar un poco más: en la casa de Elvira la gente entraba por orden de llegada. Su casa, sus reglas.

Al llegar su turno, solo Diego pudo entrar. Saludó a Elvira, y ella cogió su mano con suavidad, lo observó unos segundos y murmuró: «Nadie merece sufrir tanto». El sargento se quedó desconcertado, sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

Le impactó el interior de la cabaña. De las vigas colgaban patas de gallina y ramos de hierbas secas. En el centro, una mesa de madera estaba abarrotada de santos y estampitas de Santa Rita.

Intentó formular la primera pregunta, pero antes de que terminara, Elvira sacó una baraja y comenzó a echar las cartas. Sacó tres cartas: un día, un mes y un año. Las recogió, barajó de nuevo y volvió a cortar. El resultado fue el mismo.

Su rostro cambió de inmediato. Se tensó, ladeó la cabeza y, sin decir una sola palabra, indicó la puerta, obligando al sargento a salir.

Eva Escobar seguía esperando fuera, sentada en el banco, atendiendo una llamada urgente del cuartel. No sabía cómo decirle a su compañero que Lealdina acababa de aparecer muerta en su casa. Era la única persona que conocía a Javier y la única sospechosa hasta la fecha.

Una vez más, fue un vecino quien dio la voz de alarma al encontrarla en el balcón, sentada en una silla, con un libro sobre el regazo.

La guardia civil, el médico y el juez de guardia ya se encontraban en el domicilio, esperando a que llegara el furgón de la funeraria. Todo apuntaba a una muerte natural: la anciana padecía desde hacía años una enfermedad cardíaca que solo conocían ella y su médico.

En el cuartel, Guillermo y Miguel esperaban la orden del juez para intervenir el móvil y recibir los primeros objetos personales de la fallecida. También aguardaban el registro de llamadas del SITEL.

Todo fue llegando poco a poco.

La primera caja contenía efectos personales: libretas, fotografías y varios santos. En una libreta había números de teléfono; en otra, recetas de cocina; en unas hojas encuadernadas, el registro de bienes; en una libreta pequeña, citas médicas y con menciñeiras; y en la última, refranes y pasajes bíblicos acompañados de dibujos de simbología religiosa.

El cabo Abascal revisó las pantallas con paciencia. El registro de llamadas no aportaba nada: el móvil llevaba meses casi sin uso. En la galería solo había fotos de plantas, hojas de diferentes árboles y comidas. No había redes sociales ni correos electrónicos.

Todo lo que sabía se lo llevó a la tumba; su silencio y el terror que había sembrado durante generaciones habían llegado, por fin, a su final.

FEBRERO

Capítulo 34.

Galicia, febrero 2021

Habían pasado más de dos semanas desde la muerte de Lealdina Álvarez, una de las vecinas más poderosas de Antas. Sorprendía ver la iglesia llena para su funeral, aunque la gran mayoría decía que solo habían venido para confirmar que el rumor de su muerte era cierto. Durante años, aquella mujer había sembrado miedo: insultos, humillaciones y expulsiones. Había personas a las que dejó pudrirse en casas ruinosas en las afueras del pueblo, olvidadas por todos.

Eran las doce de la mañana de un lunes. Diego acababa de volver a casa con Fátima, su mujer, después de pasar unos días en un hotel de una ciudad cercana. Desde que había llegado a Galicia, apenas había tenido tiempo para estar con ella. Las urgencias del hospital ya no eran tantas, pero sí las del cuartel. En ese momento tocaba dejarlo todo y volver corriendo al trabajo. Aquellos días parecían distintos. En el cuartel reinaba una calma extraña desde la muerte de Lealdina, tanto que la teniente había dado descanso a parte de la plantilla.

Para Fátima era un día más, otro en el que seguía en cama intentando llevar el embarazo lo mejor posible y con su marido para ella sola. No había motivo para estar pendientes de los teléfonos. Ninguno estaba de guardia, y cualquier asunto laboral podía esperar hasta el día siguiente.

Acababan de salir de la ducha cuando sonó el timbre. «No puede ser», dijeron al unísono. Diego se puso el albornoz y abrió. Detrás de la puerta estaba Guillermo, agitado y sin aliento.

—Sargento, siento molestar, pero ha pasado algo importante y le necesitamos en el cuartel —respondió Guillermo, asfixiado.

—¡La madre que os parió! —contestó Diego, cabreado—. ¿No podéis vivir sin mí ni veinticuatro horas? Sois capaces de vivir sin el teniente, pero no sin mí. ¿Qué ha pasado ahora?

—Abrieron una tumba en el cementerio de Antas. Profanación con robo. La teniente me ha pedido que venga a buscarle.

—¿Y eso no puede esperar a mañana? Tengo cosas más importantes que hacer que ir a ver una tumba.

—Mire, le digo lo que hay y ya. Le espero en el coche. Si no, hable con Rivas.

No pasaron ni quince minutos cuando Diego subió al coche con su compañero. Todavía no entendía la urgencia por una simple profanación de tumba. El tiempo de Difuntos quedaba lejos, aunque las gamberradas de los jóvenes en los cementerios podían suceder en cualquier época del año.

En el cuartel había cuatro guardias, incluidos la teniente y el sargento. Otros dos seguían en el cementerio, trabajando. Aquella profanación era diferente a las anteriores: no solo habían roto la lápida, sino que también habían sacado el féretro y robado el cadáver.

El sargento Piñeiro tardó poco en despejarse y repartir tareas. A Guillermo lo quería revisando el archivo de profanaciones de tumbas de toda Galicia y de robos de cadáveres. Para Susana también había trabajo: desplazarse al cementerio y echar una mano en lo que hiciera falta. Cada vez que ocurría algo en Antas, estaba relacionado con la muerte y el cementerio.

Cuando todos estuvieron ocupados, Diego aprovechó para ponerse al teléfono con la teniente Belén Rivas. La voz de alerta la dio una vecina que paseaba por la zona: vio la cancela abierta, entró en el camposanto y, al ver el ataúd fuera de su lugar, salió corriendo a casa para llamar a la Guardia Civil. Allí estaba nerviosa, angustiada y dudaba de si lo que había visto era real.

La tumba profanada y el cadáver robado pertenecían a Lealdina Álvarez.

Guillermo comenzó a leer los casos de profanación que le habían enviado, ordenados por años y por proximidad geográfica, tal y como lo había pedido. El año anterior, en toda la comunidad, se denunciaron más de mil profanaciones. La mayoría habían sido archivadas por falta de pruebas. Continuó revisando año por año y solo encontró un robo de cadáver registrado, ocurrido muchos años atrás.

Fuera se avecinaba un fuerte temporal. Si Criminalística no se daba prisa, de nada valdría la escena: en menos de una hora, la lluvia borraría cualquier rastro. Los guardias no dejaban de mirar al cielo y pedir quince minutos más. Quedaba por revisar el interior de la tumba.

Para avanzar, la guardia Otero se acercó al hueco por orden de un superior. Esperaba no encontrar nada, o en su defecto, una pulsera o algún objeto que se le hubiese caído al autor. La sorpresa fue mayor: un trozo de carne sobresalía de la tierra, con una carta clavada como si fuese una bandera. Dio un salto hacia atrás del susto, provocando que varios compañeros se acercaran de inmediato.

El más valiente de todos bajó para recoger la pieza y prepararla para enviarla al forense. Sobre los guantes de látex quedó un corazón todavía caliente, lleno de sangre, con la imagen de una santa incrustada en él.

Capítulo 35.

Galicia, febrero 2021

El sargento Piñeiro ocupó el despacho de su compañera Escobar durante gran parte del día. No era amigo de trabajar en despachos; prefería estar junto a los demás guardias en el cuartel. Aunque en momentos complicados, cuando no sabía qué hacer y se sentía bloqueado, le bastaba entrar en el despacho de los oficiales, bajar las persianas y sentarse en aquellas sillas para aclararse. Necesitaba silencio, que nadie le observase y repasar los casos desde cero. Cada uno tenía su método para avanzar en los momentos difíciles.

—Sargento —dijo Guillermo mientras abría la puerta—. Siento molestarle otra vez, pero ya tengo lo que me pidió.

—¿Pero nadie sabe llamar a la puerta en este cuartel? —respondió Diego, alterado—. Qué manía te estoy cogiendo. ¿Qué quieres ahora?

—Los de Criminalística ya terminaron de revisar la escena y tengo los resultados —cerró la puerta—. Le cuento. Alrededor de la tumba no apareció prácticamente nada, solo unas pisadas de unas botas de monte que pueden pertenecer a cualquiera. Pero, dentro de la tumba, encontraron algo, y no le va a gustar nada —hizo una pausa breve—. Había un corazón medio enterrado con la estampita de Santa Rita.

—¿Comprobasteis que las pisadas no sean de la mujer que dio la voz de alarma? Sé que dijo que no se acercó, pero no está de más comprobarlo. Cuando alguien está tan alterado se olvida de detalles; el cerebro se autoprotege —se puso en pie—. ¿Y cómo que un corazón? ¿Sabemos de quién es?

—La mujer llevaba zapatos y calza un 37; está descartada. Estas huellas pueden ser de cualquiera, también pueden ser las del mismo hombre de la otra vez. Botas de monte, número 42. Llamé al forense para meterle prisa. Por ahora, solo me confirmó que el corazón es de un cerdo.

—¿Cómo qué de un cerdo? —se sorprendió Diego.

—Sí, fue lo que dijo —le entregó el informe—. Un corazón de cerdo. Lo arrancaron cuando aún estaba vivo y con la precisión de un cirujano.

—Vale. En parte me tranquiliza saber que no hay otra víctima. Aunque lo siento por el cerdo. Supongo que alguien sabrá disfrutarlo. Y sobre la estampita de Santa Rita, ¿quién es? ¿O qué se supone que hace?

—Patrona de las causas imposibles y de los casos desesperados —respondió Guillermo, escueto.

—Algo me dice que esta profanación tiene que ver con la desaparición del hombre de hace unos meses y con los rituales del menhir. La desesperación causa muchos males. Puede ser una amenaza, una advertencia. Yo no creo en las casualidades.

Diego se quedó solo otra vez. El dolor de cabeza que llevaba horas persiguiéndolo seguía sin ceder. No era buena señal. La última vez que le ocurrió fue durante un caso con la mafia rusa, horas antes de recibir una mala noticia, horas antes de que un asesinato sacudiese el cuartel. Su cabeza empezaba a doler y latir con más fuerza que nunca. Aquel día supo que era una señal: tocaba bajar el ritmo, tomar aire y prepararse para lo que estaba a punto de llegar.

Salió unos minutos a la parte trasera del cuartel a fumar y llamar a su compañera Eva, que seguía disfrutando del día libre a pesar del trabajo acumulado. Diego necesitaba hablar con alguien que no estuviera tan metido en el nuevo suceso, alguien que pudiera ver el asunto desde fuera. Esperaba que ella le dijera que no había nada de lo que preocuparse. Aunque, igual que él, la sargento tampoco tenía una idea mejor.

Cuando regresó al interior del cuartel, Diego reunió a los tres guardias que tenía disponibles. Repasaron todo lo sucedido: desde la llamada de la mujer que dio aviso hasta revisar de nuevo el trabajo de Criminalística y del forense, colocando cada dato en el panel.

Abascal y Halvorsen seguían sentados frente al ordenador, leyendo y cotejando la lista de autores de profanaciones de tumbas en la provincia de Lugo para localizar posibles responsables. Ya no quedaba ninguno viviendo cerca: o estaban en prisión o lejos de la provincia.

En cambio, Susana Otero continuaba en su silla, con otra infusión entre las manos, tratando de asimilar lo ocurrido en el cementerio. Ya sabía que el corazón era de cerdo, aunque el susto del primer momento había sido mucho mayor. Durante horas había pensado que se enfrentaban a un órgano humano y a alguien capaz de arrancarlo.

La sargento Eva Escobar aprovechó la tarde de su día libre para visitar a Elvira, la bruja oficial de Antas. Su casa era una cabaña de madera en medio del monte, con una puerta casi sin bisagras, ventanas sin cristales y tejas a punto de caer. En el cuartel todos pensaban que Eva tenía la suerte

de no estar metida en un caso tan macabro, pero nadie imaginaba que estaba investigando por su cuenta, al margen de las órdenes de su superior.

Necesitaba volver allí y hablar ella misma con Elvira. Sentía la necesidad de preguntarle por Lealdina, por el paradero del cadáver o por el motivo de tantos rituales alrededor de una piedra. Aunque la bruja era mucho más lista de lo que aparentaba. Solo respondía lo que quería, o mejor dicho, lo que las cartas querían que dijera. Todos sabían que parte de su trabajo consistía en leer manos, tirar cartas o, lo que era peor, hacer rituales, amarres o magia negra. Nunca la habían visto sacrificar animales, ni arrancar órganos, ni profanar tumbas. Para ella, los muertos eran sagrados y merecían respeto. En varias ocasiones confesó que se aprovechaba de la desesperación de la gente, y sobraba desesperación. Aun así, seguían acudiendo a ella en busca de un futuro mejor.

El interior de la cabaña era todavía menos apetecible que el exterior. El suelo era una mezcla de tierra y tablas levantadas. Un olor extraño invadió a la sargento, difícil de describir: una mezcla entre carne podrida y todas las hierbas que colgaban de las vigas.

—Esto es para usted —dijo Elvira al levantarse del banco de piedra que había junto a la puerta. Le entregó un ramo de hierbas "especiales" mientras entraban—. Y le hará falta para protegerse de su compañero Diego. Es un hombre bueno, pero tiene algo oscuro que lo persigue. Tendrá que protegerse usted y todo aquel que esté cerca de él.

Escobar se quedó sin palabras. Su compañero era uno de los mejores sargentos con los que había trabajado. A veces era brusco tratando a la gente, aunque su empatía superaba a la de la mayoría; incluso las mujeres víctimas de abusos confiaban en él desde el primer momento. En los días complicados era casi imposible hablarle, pero en los normales cualquiera le confiaría la vida. La relación laboral entre ambos había sido un tira y afloja desde el primer caso, aunque en las últimas semanas parecía mejorar. Ya no había chantajes ni dagas cruzadas en cada frase.

—Las cosas no sucedieron como crees. Esto es muy diferente —dijo Elvira tras varios minutos de silencio.

—¿Entonces cómo ocurrió? —preguntó Eva, aunque intuía que tampoco obtendría respuesta.

—Ayer pasó por aquí un hombre. No puedo decirle el nombre. Mis valores no me lo permiten. Su padre lleva meses desaparecido, o eso asegura él —respondió Elvira con calma—. Me encargó un conjuro. Dijo

que otro hombre le explicó qué debía hacer. Aunque no fui yo quien abrió esa tumba ni quien robó el cadáver. Yo no me meto con los muertos ni con sus tumbas.

—¿Fue Jaime quien organizó todo esto? —preguntó Escobar, alterada —. No me lo puedo creer. ¿De los rituales qué sabes?

—Ese nombre no salió de mi boca. Yo no organizo rituales. Pero en varias ocasiones ese otro hombre me pidió cosas: conjuros, bebibles, hierbas… Yo se las preparé, claro. En el fondo, esto forma parte de mi trabajo —contestó ella sin mostrar emoción.

A última hora de la tarde llegó la tormenta. Si quedaba algún rastro fuera, la lluvia se encargaba de borrarlo. Dentro del cuartel, los efectos de la tronada se hacían notar. La luz se iba cada pocos minutos y los ordenadores dejaban de funcionar. La única alternativa era trabajar con papel y linternas. No había Internet y el teléfono fijo emitía molestos crujidos cada vez que intentaban hacer una llamada.

Capítulo 36.

Galicia, febrero 2021

El martes arrancó con trabajo suficiente para mantener a todos ocupados durante un par de horas. Quien no estaba metido en el caso de Antas o resolviendo algún pequeño robo tenía que recorrer los pueblos cercanos para comprobar si la tormenta había causado destrozos.

Los sargentos se reunieron en el despacho con la teniente y con el cabo para ponerse al día. Diego y Escobar no dejaban de comentar las cartas que Elvira le había echado al sargento, ni la forma en la que la bruja cambiaba de expresión al llegar a la tercera carta, la del "año". Parecía haber visto algo que no le gustaba, aunque nunca lo explicó.

Guillermo estaba frente a la máquina del café, quieto, pensando. Había tenido un sueño extraño que se apoderó de él durante la noche y aún seguía dándole vueltas. En el sueño, Lealdina se cruzaba en su camino para mostrarle un lugar en medio del monte. La vio caminar con tranquilidad hasta que un grito de mujer rompió el silencio y ella echaba a correr. Guillermo la seguía, pero la perdía delante de un árbol, donde había una muñeca apoyada en el tronco.

En medio de la reunión, el móvil de la sargento recibió una llamada. Era Elvira. Parecía urgente; descolgó, pero no escuchó palabras, solo una respiración ahogada que la puso en alerta.

Ambos abandonaron la reunión y salieron del cuartel con una patrulla de refuerzo pisándoles los talones.

Al llegar a la cabaña, Diego tomó la iniciativa. Pistola en mano, aseguró el entorno y abrió de una patada la puerta, que estaba entreabierta. Escobar entró tras él. Dentro, todo era un caos: muebles volcados, objetos rotos, esparcidos por el suelo. En la cocina, un charco de sangre. Diego se agachó, enfundado en guantes de látex. Aquella cantidad de sangre no dejaba dudas: nadie podía haber sobrevivido.

La prioridad era echarse al monte para encontrar el cuerpo. El problema era que Os Mouros era un laberinto para cualquiera que no hubiese crecido allí, igual que los demás montes de Antas. Guillermo quiso participar en la batida; no conocía el terreno, pero algo dentro de él lo empujaba a ir. No tardó en darse cuenta de que estaba en el lugar de su

sueño, solo que Lealdina no estaba para guiarlo. Caminaba exactamente por los mismos senderos que había visto en aquel sueño: mismas piedras, mismos caminos, mismas raíces. A unos doscientos metros encontró el árbol de corteza lisa y de color gris, aunque allí no había ninguna muñeca.

—¿Qué es eso? —gritó alguien a pocos metros.

Guillermo levantó la mirada. A su izquierda, las paredes en ruinas de una pequeña nave se sostenían a duras penas. El sargento Piñeiro se acercó a una ventana sin cristales y se asomó. Dentro, el cuerpo de Elvira yacía sobre el suelo. Alguien se había tomado la molestia de cerrarle los ojos y colocarle los brazos sobre el regazo… y arrancarle el corazón. En el pecho quedaba un enorme agujero.

Ya no había nada más que hacer allí, salvo esperar a Criminalística y al forense. Luego volver al cuartel y esperar horas. Esperar… esa palabra que a veces es buena señal y otras, un recordatorio de que el mundo sigue siendo la misma basura de siempre, donde siempre hay quien se cree superior y está por encima de la ley, del bien y del mal.

—Sargento, acaba de llegar parte de lo que pidió —avisó el cabo Abascal desde su mesa, con el rostro desencajado—. No soy capaz de describir este horror.

—¿Ya llegó? No será sin tiempo —respondió Diego mientras avisaba a la sargento Escobar y a la teniente. Después se acercó a Miguel—. ¿El forense tiene algo?

—Sí, prácticamente tenemos todo. El cuerpo de esta nueva víctima apareció a menos de un kilómetro de su vivienda. Tanto el forense como los de Criminalística dicen que estamos ante un asesinato ritual.

—¿Y eso qué significa, Miguel? —preguntó la teniente Rivas.

—Pues verá. Esta víctima murió antes de que le arrancaran el corazón. Le hicieron varias incisiones en el abdomen, brazos y piernas. Perdió demasiada sangre y no logró sobrevivir hasta el final del ritual. Esto es una carnicería y una chapuza —añadió el cabo Abascal—. Hay más: creen que estamos ante la misma persona que arrancó el corazón al cerdo. En aquel caso lo hizo bien, usando la misma fuerza y la misma hoja.

—¿Quién cree que estamos ante tal situación? —preguntó la teniente — ¿Sabemos qué tipo de cuchillo se usó?

—El forense. Cree que es fue el mismo autor y que las cosas ocurrieron así. El cuchillo es de grandes dimensiones, unos veinte centímetros, pero no ha aparecido.

—¿Algo más? —interrumpió la sargento Escobar—. Supongo que el arma sigue en manos del autor.

—Nada, mi sargento. No hay huellas en el cementerio, ni en la casa, ni en la escena.

—Lo que sí hay es método, planificación y ensañamiento con la víctima —añadió el sargento Piñeiro mientras revisaba el informe—. ¿Quién puede ser capaz de esto?

—¿No es demasiada casualidad que aparezca una víctima sin corazón justo después de un ritual usando uno animal? —dijo Eva—. Cabo, ponte con esto. Necesito la relación exacta entre las tres víctimas: Javier, Lealdina y Elvira.

El cabo Abascal se reunió con Halvorsen para que le echase una mano. Necesitaban conectar las piezas del puzzle, y si alguien sabía revolver el pasado hasta encontrar un hilo, era Guillermo.

La puerta principal del cuartel se abrió. Un niño pequeño entró acompañado de su padre. Ambos estaban muy nerviosos y alterados, y el hijo, de unos diez años, parecía al borde de un ataque de ansiedad. Abascal salió corriendo para asistirlo y pidió una ambulancia de inmediato.

El sargento Piñeiro escuchó los gritos y salió del despacho. El ataque fue tan fuerte que el niño perdió el conocimiento unos segundos. Cuando despertó, Diego se arrodilló frente a él, tratando de mantenerlo despierto y estable hasta que llegara el equipo médico.

Mientras tanto, el cabo se ocupó del padre y de tomarle declaración. El hombre, temblando, contó que había salido a dar una vuelta por el monte con su hijo, en un camino frecuentado por deportistas, cuando de repente se encontraron con dos cadáveres: una mujer mayor, tendida en el suelo, y un hombre mayor, tumbado sobre una piedra con forma de cuna, los ojos cerrados y un corazón en las manos con la imagen de una santa sobre él.

Los guardias tardaron un buen rato en llegar hasta los cadáveres. Los caminos no eran aptos para vehículos, por lo que les tocó recorrer los últimos dos kilómetros a pie. Tenían que darse prisa: analizar la escena, recoger las muestras necesarias y enviar ambos cuerpos al anatómico forense antes de que la lluvia volviera. Fran llegó antes que la sargento; no necesitaba supervisión para entender que la escena era una figuración y que probablemente no encontrarían nada. Durante la noche había llovido sin cesar, pero los cuerpos estaban totalmente secos y limpios. Estaba claro que

alguien los había colocado allí pocas horas antes de que el padre y el niño pasaran por el lugar; quien los dejó quería que los encontraran rápido.

La niebla no tardó en aparecer, cubriendo el monte y complicando el trabajo. Era imposible ver a más de un metro de distancia. Las piedras mojadas se convertían en trampas resbaladizas, y el ambiente se volvía cada vez más denso. Los de Criminalística podían tener la pista más importante a cinco metros de distancia o incluso al asesino a sus espaldas, y no podrían verlo ni escucharlo; los arbustos y las piedras formaban extrañas figuras que podían confundirse con personas o con un coro de túnicas largas. Aun así, lograron llevar al laboratorio los objetos hallados en la escena, como las tres copas con un líquido viscoso en su interior. Ahora quedaba analizarlas e intentar aislar alguna huella dactilar.

El sargento Piñeiro seguía empeñado en encontrar algo sólido que demostrara que los tres casos estaban vinculados. Estaba convencido de que el asesino trataba de enviar un mensaje con las escenas, igual que ocurría con la imagen de la Santa. En el cuartel, nadie más apoyaba su teoría; solo el guardia en prácticas podía entenderlo, aunque no estaba de acuerdo con todo.

—Mis sargentos, ¿tienen cinco minutos? —dijo el cabo Abascal al entrar en el despacho de sus superiores—. Acaba de llegar parte del informe forense. Dice que con nosotros ya tiene trabajo suficiente y que, a este paso, montará su consulta propia. Aparte de eso, y bromas aparte, también tengo cosas para ustedes.

—Pues dile que siga soñando. No creo que al Ministerio le haga gracia ver cómo despiezan cuerpos en domicilios particulares —bromeó el sargento—. Si me traes noticias buenas, incluso puedo tener seis minutos para ti.

—Bien, voy por partes. Primero, efectivamente, el cuerpo de la anciana es el de Lealdina Álvarez Gaiteiro —abrió la carpeta que tenía en las manos —. Segundo, ya sé quién es el propietario de la casa donde apareció el cuerpo de Elvira. Pertenece a un hermano de Javier que murió hace años, y los herederos, también fallecidos, nunca llegaron a registrar la propiedad porque no podían hacerse cargo de los impuestos.

—Eva, ¿qué te dije? Que esto estaba relacionado. Me debes café gratis durante una semana —respondió el sargento—. ¿De Jaime sabes algo? Creo que ya va siendo hora de hablar con la teniente y pedir al juez una orden de busca y captura. Llevamos más de 48 horas detrás de este hombre: no está

en su casa ni en el trabajo, su mujer no sabe nada de él desde hace días y el móvil lo tiene apagado. Nos está poniendo las cosas muy complicadas.

—Tomaré nota —respondió el cabo—. Lo tercero es que los objetos personales de Elvira ya están aquí. Se están encargando Guillermo y Fran —miró hacia la caja sobre una mesa—. Hay una libreta, amuletos, fotos de una santa, una baraja con cartas del tarot y bebibles con etiquetas de sus supuestas curas.

—¿Esas cosas aún existen? —bromeó el sargento una vez más—. Cuidado con las pócimas, no vaya a ser que alguno de vosotros se convierta en rana y tenga que ir yo a deshacer el hechizo. No doy crédito de que haya gente que crea en todo esto.

—Lo tendré en cuenta para que nadie beba de ello. Para ir terminando: el corazón que encontramos junto a estos cuerpos pertenece a Elvira. El varón, Javier, falleció de un paro cardíaco; no se aprecian signos de violencia ni de envenenamiento. Todo apunta a una muerte natural, aunque el forense sigue trabajando en ese cuerpo —sacó una foto de la carpeta—. ¿Esa expresión de susto a qué se puede deber?

—Vale, gracias. Vete a descansar; mañana se avecina un día duro —respondió por primera vez la sargento Escobar.

—Espera —dijo el sargento, cogiendo la foto que le tendió el cabo—. ¿Puede que su hijo estuviese delante de él en el momento de su muerte? No sería la primera vez que pasa —devolvió la foto y sacó una libreta del bolsillo para anotarlo—. Se lo preguntaré a Jaime el día que aparezca... si es que aparece.

Los ánimos en el cuartel decayeron al conocer la identidad del cadáver de Javier. Todos confiaban en llegar a tiempo para salvarle la vida. Tenían todo: lugar, día y hora en los que se iba a celebrar el ritual, pero todo se adelantó de manera extraña y rápida, como si alguien tuviera prisa por llevar a cabo el sacrificio y no temiera atropellar a quien se interpusiera.

Era difícil cargar con el peso de dos víctimas inocentes: Lealdina y Elvira, las dos personas que más sabían sobre la celebración de los rituales.

Algo había pasado; las casualidades en este trabajo no existen. Tampoco era casualidad que, cuanto más avanzaban en la investigación, todas las piezas se movieran de sitio. Si era verdad lo del sacrificio ritual… ¿por qué este año fue diferente? ¿Por qué no esperaron hasta el miércoles de

ceniza para completarlo? ¿Por qué cambiaron el menhir por una cuna? ¿Qué pasó para que tuvieran que adelantarlo?

Capítulo 37.

Galicia, febrero 2021

El sargento comenzó su turno en la Comandancia para adelantar trabajo y suposiciones. Uno de sus antiguos compañeros de A Coruña llevaba varios meses trabajando en Lugo, y los equipos que usaban allí no tenían comparación con los del cuartel de Pizarros; ni siquiera el software más básico era el mismo. Seguir el reglamento y los cauces oficiales nunca fue lo suyo, y se los saltaba cuando lo veía conveniente. Tenía mucha gente que le debía favores, y aquel día se iba a cobrar uno. Necesitaba localizar la ubicación del móvil de un compañero durante unos días concretos y también que le echaran una mano desde el laboratorio para comprobar si el ADN de algunas de las copas con sangre coincidía con un vaso de cartón hallado cerca de la cabaña de la bruja.

No tardó muchas horas en obtener las respuestas que buscaba. Por un lado, se alegró de que su compañero no estuviese en la cabaña de Elvira cuando la mataron; por otro, no le gustó nada descubrir quién era el líder y autor intelectual de todos los crímenes. Detrás de esos asesinatos se encontraba un loco peligroso: una persona que llevaba años en busca y captura, que se había escapado de varias cárceles y centros psiquiátricos de máxima seguridad, y que mataba por vocación.

Cuando menos trabajo quedaba por hacer en el cuartel, la teniente Rivas y la sargento Escobar decidieron salir al bar más próximo a comer; por la tarde habría suficiente trabajo como para no levantarse ni un minuto de la máquina de café. Mientras caminaban y hablaban tranquilamente, observaron al final de la calle a un hombre con claros síntomas de embriaguez, deambulando de lado a lado y haciendo que los viandantes se apartaran. Llamaba la atención su ropa: un traje verde aceituna bien arreglado, con camisa y corbata.

Una moto oscura, al reconocer al hombre, se acercó al cuartel, aparcó y volvió caminando hacia él. La sargento y la teniente fueron andando detrás para asistir a su compañero.

—Buenas tardes, Jaime —dijo el sargento Piñeiro, agarrándolo por el brazo—. Vamos a caminar en silencio y sin tonterías. ¿Estamos?

—Estamos —asintió Jaime—. Pero quiero hablar con la teniente —señaló con la cabeza—. Tiene que ser con ella.

—¿Sabe cuántos días llevamos detrás de usted, Jaime? —preguntó la teniente Rivas al llegar a la sala de interrogatorios—. Estaba esperando la orden de la jueza para anunciarlo como prófugo en todos los medios de comunicación del país. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? —alzó la voz.

—Eso es que no han buscado bien. ¿Qué más necesitas saber? —respondió Jaime lentamente.

—Que me diga dónde ha estado. ¿No quería hablar conmigo? —preguntó Rivas tratando de no perder los nervios—. Su padre apareció ayer muerto sobre una piedra, con un corazón en sus manos. Hemos tratado de localizarle para comunicárselo, pero nos fue imposible; el teléfono lo tiene apagado y su mujer hace días que no le ve. Además, una de las copas halladas en el lugar tiene sus huellas.

—Sí, pero si ya lo sabes, ¿para qué me traes aquí?

—¿Qué puede decirme de esto? —la sargento le tendió varias fotos de los asesinatos.

—Uff, qué duro —respondió sin mostrar emoción—. Hace falta más valor para verlo que para hacerlo. No entiendo la carnicería que hicieron con esta mujer, no era necesario —señaló la foto de Elvira abierta en canal.

—¿No le parece un trabajo fino?

—No. Eso es obra de un aficionado. O espera —se echó a reír—, quizá no es un aficionado. Cabe la posibilidad de que sea una obra de arte hecha por un maestro… para despistar.

—Jaime, esto es muy serio. Se le acusa de varios asesinatos —respondió cabreada.

—La primera matanza que vi: la sangre, los gritos, los cuchillos afilados… eso sí eran auténticas obras de arte.

—¡Ya está bien! —el sargento abrió la puerta—. Teniente, ¿puede salir un momento?

Había muchas dudas, muchas preguntas sobre los sucesos que sobrecogieron al pequeño pueblo de Antas durante los últimos tres meses, pero lo que estaba sucediendo en la sala de interrogatorios no tenía ningún sentido. Ningún asesino se entregaría de forma voluntaria, ni mucho menos saldría a pasear frente al cuartel. El sargento Diego Piñeiro tenía su teoría formulada desde hacía unas cuantas horas, y en esta ocasión tenía que darles la razón al teniente Rafael Bazán, a doña Lealdina y a la bruja Elvira

cuando le dijeron que se estaba enfrentando a algo mucho más grande que todos ellos, que todo lo que estaba sucediendo era muy peligroso y que quien se metiera por medio terminaría muerto, igual que ellos.

Luego de discutir lo hablado en el interrogatorio, volvieron a la sala. Esta vez solo hablaría el sargento.

—Nos ahorramos las presentaciones, ¿le parece bien? —entró más tranquilo de lo normal—. Ya le han dicho que encontramos el cadáver de su padre hace algo más de veinticuatro horas. He vuelto a escuchar la llamada que usted hizo el día 29 de octubre, el día de la desaparición, y también escuché de nuevo la docena de llamadas que hizo en los días posteriores al cuartel, pidiendo avances y respuestas sobre el caso —le puso una grabación para ver su reacción—. Sus ojos dicen lo contrario a las palabras —hizo una pausa—. ¿Sabe qué? Recuerdo el día que fui a su casa para hablar con usted. Estaba muy nervioso y alterado, algo normal en alguien muy apegado a un familiar, no le juzgo. Aunque no entiendo lo de hoy. Lleva aquí más de hora y media y ni siquiera nos ha preguntado por la causa de la muerte, ni por el cuerpo, ni por el entierro.

—No tengo nada que decir. Sé que está muerto —tragó saliva—. ¿Qué quiere que haga? Sé que hasta dentro de unos días no me lo van a entregar; también sé que no puedo incinerarlo. He leído que, en ocasiones, el juez pide una segunda autopsia o algo por el estilo.

—¿Cómo murió Javier, su padre? El ritual y las pruebas apuntan a usted.

—Murió solo, yo no lo toqué. Estaba muy enfermo y no aguantó. Al llegar a la cuna, cayó muerto. Tenía que elegir entre su vida o la de mi futuro hijo. Va siendo hora de formar una familia —cogió la botella de agua.

—No le pregunté eso. Sigo sin creerme su versión. Solo hay que ver cómo le tiemblan las manos y la mirada acuosa cuando hablamos de Javier, su padre —remarcó el nombre—. ¿Qué pasó ahí arriba? ¿Quién más estaba para hacerle los cortes?

—Ya te dije que no tenía más alternativas. Tiemblo por los nervios, nada más. ¿Sabe usted? Yo no estoy acostumbrado a estar todos los días en un cuartel. ¿Eres psicólogo ahora, o qué?

—¿Me dice que hizo el ritual para formar una familia? —replicó Diego —. ¿Qué futuro le espera a su hijo con usted en la cárcel? ¿Y si llega a saber que su padre mató a su abuelo? —le abrió la botella de agua y se la

ofreció—. Puede que sea psicólogo, pero ahora está hablando con un sargento de la Guardia Civil.

—Gracias —cogió la botella y bebió—. El hombre que muere da fruto a una nueva vida, pronto. Pero si el hombre que debería morir vive, la persona que tiene que nacer morirá.

—Eso ya lo he oído cien veces. Sigo sin saber quién le hizo eso a su padre. Sé que usted no lo hizo, a pesar de estar allí y participar en el ritual. ¿Cree de verdad que matar a alguien hará que su mujer se quede embarazada mágicamente? Eso no funciona ni en las películas —hizo una pausa y añadió con ironía—. La única vez que pasó algo parecido hubo una paloma de por medio.

—¿Me hablas de la Biblia? —bufó él—. No tienes ni idea de lo que dices. Esto es distinto. Llevamos siglos haciéndolo y siempre funcionó. La vida es un círculo. ¿Has oído hablar de la reencarnación? Pues eso hacemos: nuestros padres no están muertos, son nuestros hijos; nuestros abuelos serán nuestros nietos. No sé si me explico...

—Si no funcionó con una paloma viva, tampoco con un asesinato ritual —Diego alzó la vista y ordenó a un guardia que se mantuviera atento—. Lo único que funcionaba en ese pueblo durante tantos años fue que Rafael Bazán estaba de vuestra parte, igual que los anteriores. Pero eso se ha acabado, para siempre. ¿Por qué no esperaron al Miércoles de Ceniza este año? ¿Por qué se adelantaron una semana? ¿Y por qué no usaron el menhir, como siempre?

—Digamos que... tenía prisa —jugó con la botella—. Este ritual se ha hecho durante siglos. La gente mayor y enferma está dispuesta a formar parte del sacrificio para volver a nacer y seguir viviendo entre nosotros. Lo nuestro es como el bosque de la vida: una persona muere, se incinera y sobre sus cenizas se planta un árbol; ese árbol será tu padre, tu abuela o tu hijo. Una vida por otra. El menhir era la tercera parte del rito; la cuna sirve para el bautizo previo a la muerte.

—Precioso todo —murmuró Piñeiro, seco—. ¿Por qué hay una tumba oculta?

—La abrimos nosotros, forma parte del ritual —sonrió—. Es la primera etapa. Elvira hacía una pócima con hierbas y la dejaba allí como trampa, como el queso para el ratón. Este año estuve con ella cuando lo preparó: usamos un olor que recuerde a algún momento feliz. En el caso de

mi padre, a pesar del alzhéimer, el aroma a tulipán le traía recuerdos de Holanda, donde nació y vivió buena parte de su vida.

—¿Y luego la tapáis? —preguntó Piñeiro, acercándose a la puerta—. ¿Qué hay ahí dentro que nadie puede ver y seguir vivo para contarlo?

—Exacto. Cuando atraemos a la ofrenda, tapamos el agujero para que nadie husmee o se haga daño —hizo una pausa larga—. Dentro hay huesos de muchísima gente. Te recomiendo que no la abras todavía; la fecha de nuestro calendario es el Miércoles de Ceniza. Ese día castigamos a los que se han metido por medio del ritual. ¿Puedo preguntarle algo? ¿Cómo han sabido lo del día de Ceniza?

—Trabajo e investigación —respondió Piñeiro—. No fue difícil.

La teniente Rivas y el sargento Piñeiro salieron de la sala de interrogatorios y ordenaron que algún guardia civil de los presentes bajara al detenido a los calabozos. Quedaban muchas preguntas pendientes, pero era necesario hacer un descanso y dejarle solo hasta el día siguiente; así tendría toda la noche para reflexionar sobre lo que había hecho. Era increíble ver cómo un hijo justificaba el asesinato de su propio padre en nombre de un ritual que no aseguraba nada.

Para la segunda parte del interrogatorio, el sargento necesitaba al guardia en prácticas a su lado. A pesar de su poca experiencia, era el único que estaba al tanto de los rituales que se hacían en Antas y el que más controlaba el tema.

El cabo Abascal hablaba junto a la puerta principal con el Besugo. Tenía nueva información sobre la vida de Adonina; quizá llegaba tarde, pero en Antas era el tema del día. Tras años de silencio, los vecinos empezaban a hablar. Tanto Elvira como Adonina eran brujas, y eso lo sabía todo el mundo, aunque con formas muy distintas de trabajar.

Adonina había sido una mujer adelantada a su tiempo: valiente, sin miedo a nada ni a nadie. En sus últimos años, sin apenas movilidad, sufrió las bromas de los jóvenes enviados por Elvira. Era libre en ideas y pensamientos, no entendía de estereotipos ni de creencias rígidas, y sabía sanar. Tenía la sensibilidad de ver más lejos que el resto y a veces se ayudaba de un espejo para adivinar lo que estaba por venir; incluso decía poder comunicarse con el más allá o percibir cosas que nadie más sentía. Vivía de la buena voluntad de la gente y nunca pidió nada a nadie.

Elvira era lo contrario: una mujer movida por el dinero y los rituales sanguinarios. Por eso, los conflictos entre ellas eran continuos.

. . .

A la mañana siguiente, Guillermo preparó café y entró con su sargento en la sala de interrogatorios. No sabía muy bien qué hacer ni qué decir, pero improvisar era su mejor recurso. Necesitaban obtener detalles sobre los asesinatos y los rituales que se repetían desde hacía décadas. La parte más difícil sería lograr que Jaime señalara al autor intelectual y material de los crímenes.

—Buenos días. Seguimos —dijo el sargento—. ¿Por qué el corazón? ¿Qué significado tiene para usted, Jaime? —lo miró fijamente a los ojos.

—Para mí, ninguno —respondió Jaime—. Se cree que en el corazón reside el alma del individuo, pero en realidad es una víscera más.

—¿Y para arrancarlo, qué necesidad hay de abrir a una persona en canal? No lo entiendo —preguntó Guillermo, tratando de comprender y desobedeciendo las órdenes de su superior.

—Ninguna. Para arrancar el corazón no hace falta abrir en canal, solo un corte horizontal paralelo a las costillas. Pero en estos rituales es importante mantener a las víctimas vivas hasta el final.

—Esto es surrealista. Veo que te gusta leer revistas médicas y que has tenido un buen profesor, pero sigo sin creer que todo esto lo hayas hecho tú —dijo el sargento, que por primera vez tuteó al detenido—. ¿Qué significa la escena?

—Es simbólica —respondió Jaime, agarrando la foto del cadáver de su padre—. Nadie arrancaría el corazón de una bruja para ponerlo en manos de mi padre. O quizá sí haya un motivo para hacerlo. Diego, ¿sabes que para atrapar al asesino tienes que entender qué significa lo que hace? Tienes que meterte en su cabeza, entender cómo piensa. Hay que ser muy inteligente. No me pareces tan oscuro como para ser capaz de hacerlo.

—Pues ya estás en los calabozos; igual soy más oscuro de lo que piensas —replicó Diego, levantándose—. Sé que esto no lo has hecho tú. No entiendo por qué no delatas a quien lo hizo. ¿Tienes miedo?

El sargento y el guardia en prácticas salieron de la sala de interrogatorios para coger la baraja de cartas del tarot de Elvira, que aún seguía sobre una mesa. Guillermo no entendía nada de lo que estaba

pasando, pero no le quedaba otra que confiar en su sargento y en sus extraños métodos.

—Estas cartas hablan, y con ellas puedo adivinar fechas, horas y sucesos —las fue echando de una en una—. Me da una fecha: día 13, mes 2, año 22, y una hora un poco rara, 3:33. Y cuatro personas —respondió tranquilo, como si hubiese hecho aquello muchas veces.

—Claro, es la fecha y la hora en la que se sacrificó mi padre para dar vida a un nuevo ser. Es evidente que había gente con nosotros. Eso ya te lo dice el informe del forense y el certificado de defunción —se echó a reír.

—Yo no digo nada, lo dicen las cartas —mezcló y cortó la baraja de nuevo—. Me aparece un lugar alejado, viejo y con gente. Una mujer mayor con ropas negras, otra mujer alta de pelo rojo y un hombre con el pelo muy corto y ropa oscura. ¿Sabe quiénes son?

—Yo ahí solo veo muñecos raros. Aunque sí, esa reunión fue hace unas semanas, en una cabaña cercana al río. No era la primera vez que lo hacíamos.

Guillermo seguía sentado en silencio, con una sonrisa que se ampliaba al ver el talento de su sargento. Diego, en los interrogatorios, era más falso que nadie, más manipulador y más tramposo, pero con la ventaja de que no se le notaba.

—Vamos con esta otra —volvió a cortar y su expresión cambió—. Uuff. El día 13-2-22, en aquel lugar había otra persona. Un hombre de unos sesenta años, pelo canoso, delgado y con una cicatriz que le cruza la cara desde encima de la ceja derecha hasta la mejilla. Mete miedo.

—¿Moisés? —preguntó Jaime, asustado—. No sé nada de él —el sargento lo miraba fijamente, en silencio—. Bueno… en alguna ocasión me habló de una caravana abandonada cerca de la calzada, un kilómetro más arriba de la casa de Elvira.

Halvorsen entendió la mirada de su sargento y salió de la sala de interrogatorios para buscar toda la información posible sobre ese tal Moisés y la caravana. No le gustaba nada lo que estaba leyendo en el ordenador, aunque por una vez todo cobraba sentido. La caravana estaba abandonada en un monte plantado de chopos, árboles de tronco liso y gris. Aquel hombre era el asesino psicópata más peligroso que había visto nunca, alguien que mataba por el placer de ver sufrir. Era el Mouro que habitaba los bosques de Antas desde décadas atrás y que los conocía como si los hubiese colocado uno a uno.

El sargento seguía con el interrogatorio a Jaime.

—De la profanación no ha salido nada —sonrió Diego—. ¿Cómo has podido pedir que matasen a tu padre? Nunca entenderé cómo se siguen usando esos rituales del medievo.

—Mi padre está muerto, pero ahora vivirá en mi hijo para siempre —interrumpió Jaime—. Esos rituales se hicieron toda la vida. Lo hizo mi abuelo para que naciera mi padre, mi padre lo hizo para traerme al mundo y ahora me tocó a mí continuar el círculo.

—¿Qué pinta en toda esta historia Adonina, Lealdina y Elvira? La última asesinada en manos de tu amigo Moisés —volvió a atacar el sargento.

—Adonina estuvo en contra de los rituales de sangre toda su vida. Luchó para que se dejasen de celebrar —hizo una pausa, como si rebuscara en su memoria—. Para no tener estudios era muy lista y muy adelantada a su época. Antes de morir dijo que no descansaría en paz hasta terminar con nosotros, los hijos de los muertos que sacrifican su vida para dar luz a un nuevo ser. Somos fruto de la sangre, tenemos fuerza y poder —se frotó la cabeza—. Hay quien dice que esa vieja se aparece por los caminos y ayuda a quien quiera acabar con nosotros, que da información y cosas así. No lo creo.

—Eso dicen, sí. Que se aparece y suelta datos que nadie conoce —Diego lo anotó, sabiendo que a Guillermo le interesaría—. Llama la atención que no creas en la palabra de una muerta, pero sí en los rituales. Sigue.

—Lealdina era su hija legítima. Una cabrona que me hizo la vida imposible, igual que toda su familia de caciques. Se pensaba que toda la villa era suya. Los montes, los negocios, la gente… todo. Pero está muerta. Y yo sigo vivo. Elvira era igual. Una pesetera que le robó el corazón a mi padre cuando enviudó y quiso quedarse con mi herencia. Ahora todo está de mi lado.

—Y ahora tú se lo has robado en sentido literal. Espero que esto sea el fin de una estirpe de asesinos —cerró la libreta y se dirigió a la puerta.

—¡Espere! Hay una cosa más. Es importante. El Miércoles de Ceniza va a haber otro asesinato a manos de Moisés. Sé que será junto al menhir de Antas, pero no sé quién será la víctima. Él no hace el ritual como nosotros. Él lo hace porque disfruta. Y sí, él es quien mata. Yo no lo hice, pero se lo pedí.

—Tomo nota. Al final tendré que darte las gracias por colaborar —salió de la sala y fue directo al despacho de la teniente.

La declaración de Jaime era suficiente para enviarlo ante un juez por varios delitos y asegurarse de que no volviera a ver la luz del sol en muchos años. Sin embargo, pensar en la identidad del autor intelectual de aquellos crímenes —un psicópata sanguinario y extremadamente peligroso— no podía significar nada bueno. Llevaba quince años en paradero desconocido desde que escapó de un sanatorio en A Coruña y cometió varios asesinatos en el norte de España y Portugal.

Mientras continuaba el interrogatorio, el cabo Abascal descubrió algo que encajaba todas las piezas: Jaime era un *copycat*[14] de Moisés Núñez. Lo idolatraba, trataba de copiar sus crímenes y los firmaba con la imagen de Santa Rita, patrona de las causas imposibles. Ambos asesinos estaban obsesionados con la muerte, con profanar tumbas y arrancar órganos.

Capítulo 38.

A pesar de que el turno de trabajo terminaba a las cuatro de la tarde, los sargentos siempre acababan saliendo de noche, al igual que la teniente Rivas, que una vez más fue la última en abandonar el cuartel. El trabajo de oficina, las firmas y los documentos importantes se apilaban en una esquina de su mesa a una velocidad pasmosa. En ocasiones podía delegar, pero cuando se trataba de firmar, no había ningún guardia capaz de reproducir su firma. Esa noche iba de eso: de preparar suficiente café y de tener los papeles firmados y sellados antes de las nueve de la mañana, hora en la que debían llegar al juzgado y a comandancia, ya fuera en persona o escaneados.

Terminó el trabajo cerca de las cinco de la mañana. Con el cansancio acumulado, ya le resultaba difícil diferenciar si lo que veía y escuchaba era real o fruto de su imaginación. Su casa estaba a escasos minutos caminando a un paso normal. Las aceras anchas estaban decoradas con plantas y, a esa hora, ya empezaban a dejarse ver los más madrugadores paseando al perro o saliendo a hacer deporte. Ella iba concentrada, pensando en el día libre que iba a tomarse y en poder desconectar de todo, lejos.

El puesto de mando de Pizarros abarcaba varias aldeas y pueblos cercanos, lugares de la "Galicia vaciada", donde las casas aparecen en pequeños grupos separados por varios kilómetros del siguiente núcleo. Lugares en los que casi no quedaban habitantes, pero aun así, todos los días pasaban cosas.

Cuando piensas que nada puede ir a peor, Antas siempre te sorprende.

La semana en el cuartel no fue tan tranquila como las anteriores. Ahora ya sabían a quién se enfrentaban y el miedo se reflejaba en la calle. Nadie confiaba en nadie después de que los telediarios abrieran con la detención de Jaime, acusado de ser cómplice de asesinato y de otros delitos. Tampoco tardó en hacerse pública la identidad de Moisés Núñez en las portadas de los periódicos de todo el país, algo que solo sirvió para ponerlo en alerta y convertirlo en un hombre aún más peligroso.

Capítulo 39.

Eva.
Día: Viernes 16

Después del fin de semana, la sargento Eva Escobar salió de casa con la idea clara de colaborar con el sargento Piñeiro. Estaba cansada de las diferencias entre ellos y quería centrar su energía en atrapar al asesino que seguía suelto. Si lograban detenerlo, los asesinatos rituales acabarían. Los vecinos de Antas podrían volver a llevar una rutina normal: sin tumbas abiertas, sin enfermos ni ancianos convertidos en víctimas indefensas, sin profanaciones ni robos de cadáveres. Al menos durante un tiempo habría calma.

Subió a sus hijos al coche y emprendió el camino al colegio. Era la rutina de siempre, aunque la mañana se alargó más de lo habitual porque una persona extranjera se le acercó pidiendo indicaciones. Quería llegar a un lugar cercano, aunque parecía incapaz de entender las explicaciones. Tras varios intentos, Eva decidió cortar la conversación. Ya llegaba tarde al trabajo y no podía perder más tiempo. Arrancó y se alejó de la ciudad mientras las carreteras se volvían más estrechas y solitarias.

En el cuartel nadie notó su ausencia. No era la primera vez que llegaba tarde por asuntos del colegio o por una cita médica de los niños, aunque nunca lo hacía sin avisar. Aun así, la tensión colectiva por la búsqueda del asesino eclipsaba todo lo demás.

Sus compañeros estaban concentrados en el monte donde habían localizado la caravana del sospechoso. La ubicación coincidía con la que Jaime había indicado. En el exterior había un sillón de cuero, varias latas de cerveza tiradas, unos cuantos neumáticos a modo de mesa y un tendal con ropa. Dentro encontraron dos maletines vacíos, dos recortadas —suficiente munición como para sobrevivir una semana en la guerra—, fajos de billetes y más botellas de alcohol. El descubrimiento puso a todos en alerta. A pesar del despliegue, no había rastro de Núñez. Conocía esos montes como si fueran suyos y era demasiado astuto para dejarse atrapar.

Capítulo 40.

Atrapada
Día: Viernes 16

Eva Escobar sintió un paño húmedo presionándole la cara. Sabía que no era cloroformo ni ningún otro compuesto químico. Reconoció el olor áspero de alguna mezcla de plantas, algo bastante común en la zona donde trabajaba. Le nubló la mente al instante y quedó inconsciente durante unos minutos.

Despertó en medio del monte de Os Lobos, mareada y con un fuerte dolor de cabeza que latía detrás de los ojos. «Hubo resacas peores», pensó mientras intentaba recomponer los recuerdos. No sabía cómo había llegado hasta allí ni por qué estaba sola.

Se incorporó con esfuerzo y examinó los alrededores. No vio a nadie. Caminó un buen rato intentando orientarse. Conocía aquellos montes desde pequeña, aunque ese tramo era distinto: más cerrado y traicionero. El bosque era una maraña espesa, un laberinto formado por los propios árboles, hostil incluso para los animales.

El sonido lejano de un río la sacó de su confusión. Echó a andar hacia él. Necesitaba agua, llegar al pueblo más cercano, conseguir un teléfono y avisar a sus compañeros. Sin cobertura, el móvil no le servía de nada.

Capítulo 41.

Nadie conseguía localizar a la sargento Escobar. No respondía las llamadas al móvil, no estaba en su casa y su marido tampoco contestaba. Durante la mañana, todos dieron por hecho que la pareja estaría pasando el día junta, lejos del trabajo.

La ilusión duró poco. A las 14:40, el marido llamó al teléfono personal de la teniente Rivas para avisar de que Eva estaba desaparecida. Aquello devolvió al cuartel a la realidad de golpe. Se acabó seguir buscando a Moisés. Lo urgente ahora era encontrar a Eva Escobar. Todo indicaba que estaba con él, en peligro y con pocas horas de vida por delante.

La teniente no dudó en organizar un dispositivo de búsqueda sin escatimar recursos. Todos entendieron que la vida de su compañera estaba en juego. El cabo Abascal y el guardia Halvorsen comenzaron a hablar con el SITEL para averiguar la última ubicación del móvil de Eva. Sabían que probablemente no serviría de mucho, aunque era el protocolo. También solicitaron las cámaras de tráfico y los registros de las carreteras.

Diego estaba más alterado y nervioso de lo habitual. Por primera vez, su miedo era casi tangible. Sabía perfectamente a quién se enfrentaban: nunca había visto a alguien como Moisés. Moisés.

Mientras repasaba mentalmente sus hipótesis y analizaba las cámaras, encontró lo que buscaba: el coche de Eva, abandonado. La puerta del conductor estaba abierta en medio de la pista que cruzaba el monte de Os Lobos y conectaba con la carretera secundaria que llevaba al cuartel.

Con extremo cuidado, Diego revisó el terreno y pronto elaboró una teoría. El coche había frenado de golpe; las marcas de los neumáticos lo confirmaban. Otro vehículo se habría cruzado delante, obligando a Eva a detenerse. Dos personas bajaron: algunas pisadas eran de un hombre con zapatos, pero las otras huellas no coincidían con ningún niño ni con un adulto normal; eran demasiado grandes para ser de un niño y demasiado pequeñas para ser de un hombre, así que quien conducía debía ser una mujer. No había señales de disparos ni de lucha. Todo había ocurrido demasiado rápido; Eva no tuvo tiempo de reaccionar ni de defenderse.

El sargento Piñeiro llamó a la teniente Rivas y pidió una patrulla de apoyo para iniciar la búsqueda. Mientras esperaba a sus compañeros, siguió

examinando el entorno. A la derecha del coche encontró más pisadas con botas, casi con seguridad de Eva. La hierba y los helechos estaban aplastados, arrastrados hacia el fondo del monte. La tierra seguía fresca. Parecía el rastro de alguien llevado a la fuerza.

El trabajo se multiplicaba para el cabo Abascal, que terminó delegando en Halvorsen. Le pidió que revisara mapas, registros e imágenes de satélite para localizar cualquier construcción cercana al punto señalado por Piñeiro y determinar qué caminos comunicaban la zona.

En ese momento, el sargento era, con diferencia, quien peor lo llevaba. Su relación con Eva no siempre había sido sencilla, pero ahora no podía dejar de pensar en ella: en el desliz que compartieron, en los años que trabajaron juntos, en todo lo vivido, en las veces que vieron la vida pasar frente a ellos y en las ocasiones en que sus propias vidas quedaron en manos del otro. La idea de que quizá nunca más la vería con vida lo rompía en mil trozos.

No era culpa de nadie, pero no podía dejar de culparse a sí mismo: por no haber atrapado al asesino a tiempo, por no saber cuidar de los suyos, por no haberse dado cuenta antes de que su compañera estaba en peligro. Aun sin tener en sus manos las evaluaciones psicológicas de Núñez y sin conocerlo personalmente, sabía que no estaba ante un loco. Los locos son impredecibles; Núñez no. Él encajaba en el patrón de un narcisista metódico y organizado. No era alguien al azar.

El asesino seguía ahí fuera, suelto, y al sargento se le habían acabado tanto las ideas buenas, las que seguían el reglamento, como las malas, esas que improvisaba sin saber si había protocolo que las amparase. Podrían tardar meses en dar con Moisés; nadie conocía el monte como él. La única opción que le quedaba era confiar en que sus hombres encontraran algo, aunque eso tampoco garantizaba resultados.

—Sargento —saludó Abascal al entrar—. Ya tengo lo que me pidió. Pero…

—No será sin tiempo —interrumpió el sargento, cabreado—. Dime que tenemos algo útil, por favor.

—Me temo que no. El teléfono de la sargento está apagado. La última ubicación estaba a un kilómetro de su coche. Pero…

—¿Pero cómo se puede ser tan inútil? —alzó la voz, a punto de perder los nervios—. Solo te estoy pidiendo la ubicación de un teléfono, ¡no es tan

difícil! Y encima tardas medio día para hacer absolutamente nada.

—Mira, Diego —cambió el tono el cabo—. Me da igual que seas mi superior; no tengo por qué tolerar faltas de respeto. Estamos todos igual de nerviosos y asustados. Si ves que tardo demasiado, te paso el teléfono de la cabo del Grupo de Delitos Telemáticos de Comandancia y se lo cuentas a ella —respiró hondo antes de seguir hablando—. Antes de que me interrumpieras, iba a decirte que la patrulla de apoyo encontró el móvil de la sargento cerca de un pequeño riachuelo en el monte de Os Lobos, a la vista, en medio de un camino.

Mientras tanto, Guillermo observaba desde el pasillo de la impresora. Había encontrado los inmuebles registrados que existían en aquel monte y un par más en ruinas que no figuraban en ningún documento oficial, solo visibles desde las imágenes satelitales. Volvió a su mesa, cogió el mapa y marcó los lugares con un rotulador rojo. Dudó un instante antes de acercarse al sargento.

—Sargento, no sé si es el momento —titubeó—, pero creo que tengo algo importante para usted y para la investigación.

—¿Qué quieres tú ahora? Esto solo puede ir a peor —respondió Piñeiro, aún cabreado.

—He localizado seis inmuebles en el monte que me indicó. Dos no están registrados y los encontré gracias a las imágenes del satélite. Puede que haya más —se encogió de hombros—. Los pocos caminos existentes conectan con la carretera por la que secuestraron a la sargento y con otra paralela. Ambas están controladas desde anoche. Nuestro hombre tiene que seguir dentro de los montes; es imposible salir de ahí sin ser visto.

El cabo Abascal cogió el mapa de Halvorsen, con las cruces ya marcadas, y añadió la ubicación donde se encontró el móvil de Escobar.

—Esto no significa nada... —dijo el sargento Piñeiro mientras se acercaba—. Está a unos 300 metros de este galpón —señaló con el dedo en el mapa—. Aun así, voy a ir hasta allí. Que alguien se quede pendiente del teléfono por si necesito algo.

Ni Guillermo ni Miguel habían visto nunca a su sargento en este estado. Ni siquiera en los casos más graves había mostrado tanta pesadumbre. La preocupación por la vida de Eva era palpable en su mirada y en su incapacidad para tomar decisiones.

La teniente Rivas salió hasta la puerta de su despacho, observando la escena sin comprender del todo lo que ocurría. La manera de actuar de Piñeiro empezaba a cansarla: impulsivo, saltándose protocolos, arriesgando operativos completos por hacer las cosas a su manera. Cuando Abascal la puso al tanto, comprendió el riesgo que suponía dejar a Diego salir solo tras un psicópata.

Para Piñeiro, los datos del satélite, los viejos inmuebles del monte y la aparición del móvil de su compañera junto a los matojos podían ser pistas falsas. Aun así, no podía evitar actuar por impulso, mientras otra pequeña voz en su cabeza le advertía que era un error. En mitad del trayecto comprendió que, si Escobar estaba secuestrada cerca, él la pondría en peligro. No podía acorralar a alguien como Moisés y esperar que todo saliese como en las películas. Decidió avisar al cuartel y esperar a las patrullas de refuerzo. Era lo correcto.

Capítulo 42.

Hora: 18:00

La noche no tardaría en caer y Eva seguía perdida en el mismo monte, atrapada en un laberinto natural sin salida. Durante la mañana había dejado su móvil cerca de uno río para marcar un camino, pero al regresar ya no estaba: seguramente su secuestrador se de eliminarlo, igual que las huellas de calzado que se iban borrando en el barro mojado.

Se agachó para beber una poca de agua antes de seguir caminado, hasta que sintió un golpe en su cabeza y cayó al suelo.

De repente, todo se volvió negro.

Capítulo 43.

Hora: 18:30

Las patrullas de refuerzo llegaron pronto a la pista forestal que adentraba al monte de Os Lobos. Avanzaban con extrema discreción: sin luces, sin sirenas, sin alertar a la población cercana. Dentro del bosque, la única iluminación provenía de las linternas de los guardias. Los árboles bloqueaban el cielo y la luna apenas se dejaba ver.

Caminar en la oscuridad no era fácil: las zarzas se enredaban en pantalones y pies, los helechos ocultaban agujeros, y varias piedras mojadas provocaban resbalones. Los aullidos de los lobos erizaban la piel, y el canto fantasmal de algunas aves nocturnas parecía acecharlos.

Según las indicaciones, aún faltaban cuatrocientos metros para llegar al lugar donde apareció el móvil de la sargento. El terreno se volvió más sencillo, con la tierra húmeda, y solo aparecieron dos huellas de botas que desaparecían junto al riachuelo.

Al acercarse a los últimos metros, distinguieron una cabaña de madera, antiguo refugio de cazadores en desuso. Rodearon el lugar con cuidado, manteniendo comunicación por radio, listos para entrar al mismo tiempo por puertas y ventanas.

Falsa alarma.

Precintaron la cabaña y regresaron al cuartel con el mal sabor de boca de no haber encontrado a la sargento ni ninguna pista que indicara su paradero.

Capítulo 44.

Día: Sábado 17

Todo seguía oscuro. Eva sentía su cerebro rebotar en su cabeza; no tenía idea de cuánto tiempo llevaba atada sobre la mesa de acero con desagüe. Tenía la boca seca, el calor era asfixiante y un olor indescriptible flotaba en el ambiente.

Seguía sin poder ver a nadie.

La angustia la consumía: tenía mil preguntas sin respuesta. La muerte no sigue leyes; se rige por la del loco que la provoca. Pensó en sus hijos, imaginando cómo encajarían la noticia de su muerte. En su marido, solo, cuidando de los niños. En sus compañeros, preguntándose si llegarían a tiempo para salvarla. Sobre todo en Diego.

De alguna manera, sabía que aquello podía ser el final. No le aterraba volver al lugar donde fue feliz, con sus padres, abuelos o compañeros ya fallecidos, pero tenía que mantenerse fuerte, sin dejar que nadie oliese su miedo.

Cuando entró Moisés Núñez, encendió el foco del techo. Eva pudo ver entonces que todo alrededor era completamente negro. Al lado de su cabeza había una mesa de acero con cajones y un maletín abierto, lleno de cuchillos, bisturís, tijeras, separadores y más material quirúrgico.

—Buenos días, Eva —saludó Moisés con calma—. El juego acaba de comenzar, pero primero tengo que hacer una llamada importante.

—¿Qué quieres de mí? ¿Quién eres? —respondió Eva, alterada—. Déjame ir, por favor. Te daré lo que quieras.

—No me gustan las condiciones, no me gusta que me presionen y, sobre todo, ¡no me gusta que me griten! —dijo él, sin perder la compostura —. Y no, no te voy a soltar —cogió un móvil—. A ver si consigo que tu jefa me deje tranquilo y sepa que estás en buenas manos. No es necesario que me suelte a sus perros durante la noche.

Moisés paseó un poco por la habitación mientras hablaba en voz baja con Eva, desgranándole con calma lo que pensaba hacer durante el día e intentando que ella mantuviera la cordura. Luego abrió un cajón de la mesa y sacó otro móvil: sin cámara, sin GPS y seguramente un prepago imposible de rastrear. Marcó el número del cuartel y esperó, paciente, hasta que le

pasaron con la teniente. No quería interlocutores que no tuvieran capacidad de decisión; necesitaba hablar con alguien que pudiera actuar sin pedir permiso.

—No te esfuerces en rastrearme —dijo nada más oír la voz de Rivas —. La vida de la sargento no depende del cuartel ni de nadie; es solo un juguete en manos de un loco.

Eva había sobrevivido a lo imposible: dos disparos rozando el corazón, otros secuestros, momentos en los que la vida le había dado la espalda. Pero ahora la situación era distinta. Atada sobre una mesa de acero con desagüe, con la boca seca, el calor aplastando su cuerpo y el olor de aquel lugar clavado en la memoria, podía venirse abajo en cualquier instante.

Capítulo 45.

Hora: 06:40

El sargento Piñeiro llegó al cuartel más temprano de lo habitual. No había pegado ojo; quedarse en casa no servía de nada. Necesitaba encontrar a Eva sana y salva. Toda la noche había buceado en los sacrificios de Antas de los últimos diez años, buscando un patrón. No halló nada. Las víctimas eran, en su mayoría, personas con poco que perder: ancianos, enfermos. Nunca antes habían secuestrado a una mujer de cuarenta años, sana, con toda una vida por delante.

—Diego, a mi despacho —la voz de la teniente Rivas lo sacó de sus pensamientos.

—¿Tiene que ser ahora? —suspiró al entrar—. Tengo cosas que hacer.

—Te pedí que entraras más tarde; estás sin dormir, y así no vas a poder ayudar a tu compañera. Te necesito en plenas facultades —se acercó y se sentó frente a él—. Diego, sé lo que estás sintiendo, pero no puedes seguir así.

—Puedo seguir así el tiempo que me dé la gana —respondió él, con rabia contenida—. Échame del cuartel si quieres, pero ya sabes lo que voy a hacer. No voy a parar hasta encontrar a mi compañera.

—Claro que no te voy a mandar para casa —repuso ella—. Eso solo haría que siguieras la investigación por tu cuenta, que te adentraras en el monte solo y quisieras ir de héroe. —Hizo una pausa—. Pero no eres un héroe, Diego. Eres un hombre. Y enfrentarte tú solo a Núñez te condenará a una muerte segura, a ti y a Eva. Piensa en Fátima, en tu hijo, en tus padres.

—Yo no voy de héroe —respondió Diego, más bajo—. Tengo claros mis límites. Y claro que pensé… pensé toda la noche en Marta y en Diego, en mis ahijados, en los hijos de Eva. ¿Qué les vas a decir cuando pregunten por su madre? ¿Y su marido? ¿Cómo está, sabiendo que su mujer está en manos de un asesino? —Se levantó, dando por terminada la discusión—. Respóndeme a eso. ¿Has encontrado el patrón que usa Núñez?

—Diego, cálmate —pidió la teniente poniéndose también en pie—. Baja el ritmo. Deja eso a un lado y céntrate en la desaparición de Eva. —Le puso una mano en el hombro—. Eres bueno, muy bueno, pero no puedes exigirte más de lo que ya das.

—¿Has pensado en lo que te dije ayer? Sobre entrar en las demás casas viejas.

—Lo estuve pensando, pero la jurista me dice que sin una orden judicial no podemos —vaciló.

—¿Y Belén qué te dice? —preguntó él, algo más calmado—. Sé que Belén Rivas no piensa lo mismo que la teniente Rivas.

—Motivo suficiente para que acabe en este agujero —suspiró—. Vienen refuerzos en camino. Cuando lleguen, avísame y empezamos a trabajar. Nos quedan cinco propiedades por visitar.

Poco después, llegaron los refuerzos enviados por Comandancia: varias patrullas y cuatro guías caninos con sus perros se unieron a la labor de rastreo. La teniente Rivas dibujó un mapa del monte de Os Lobos, señalando edificaciones y los caminos que conducían hasta ellas. Eran muchas hectáreas, alejadas de la población, lugares perfectos para cometer cualquier crimen.

Con la ayuda de Piñeiro, formó los equipos: tres guardias por vehículo, dos patrullas asignadas a cada destino y los cuatro perros listos para rastrear todo el monte si fuera necesario. Salieron hacia los lugares indicados, dejando en el cuartel a dos guardias a cargo de las telecomunicaciones y de seguir investigando la vida pasada de Núñez.

El sargento Piñeiro lideraba una de las unidades, acompañado de un guía canino y uno de los mejores perros de rastreo especializados en localizar personas. Antes de adentrarse en el monte, explicó a sus compañeros cómo actuar si se encontraban con Moisés: no confiar, no hablar, mantener la calma; era demasiado inteligente y peligroso.

El primer kilómetro recorrieron un camino de tierra, maltratado por el paso de tractores. Aun así, el paisaje impresionaba: prados verdes, un río que corría a su lado, el sonido del agua rompiendo sobre las piedras del lecho. Pero no había tiempo para admirarlo; el depósito abandonado al que debían llegar era el punto más alejado de todos, y cada minuto contaba.

La primera patrulla en llegar a la construcción se retiró, dejando el lugar en silencio. Ni rastro de la sargento, ni indicios de vida en aquel edificio abandonado desde hacía más de cincuenta años.

Capítulo 46.

Moisés seguía jugando con la sargento. Para él, matar era una necesidad tan básica como comer o respirar; su personalidad le impedía sentir la menor conciencia sobre sus actos. Hablaba con la misma calma enfermiza de siempre, mientras ella forcejeaba contra la cinta que le sujetaba las manos a la mesa y escuchaba, horrorizada, la forma en la que planeaba matarla.

—Lo primero será hacerte un pequeño corte, un sangrado, para que te vayas acostumbrando al dolor —dijo Núñez con la frialdad profesional de un cirujano.

—¡Estás loco! —gritó Eva—. ¡Eres un psicópata! ¡Suéltame!

—Loco no estoy. Lo de psicópata, si quieres, te lo concedo —sonrió, disfrutando—. Después empezaré a cortar carne… y dejaré lo mejor para el final.

—¡Déjame ir! —siguió suplicando ella, desesperada.

—Tranquila. No te alteres, que eso no te hará ningún bien —se acercó y le rozó el pecho con el filo—. El estrés y los nervios son peligrosos.

—¿Y ahora qué eres, médico? —escupió ella entre dientes.

—Para terminar —dijo mientras se sentaba en una silla— te mantendré con vida doce horas. Ni un minuto más, ni uno menos. Y por último te arrancaré el corazón en vida. ¿Quién soy? Me llamo Moisés Núñez. Aficionado a la anatomía humana. Dicen que, en otra vida, fui carnicero.

—Siempre estuviste loco —respondió ella—. Tanto grito de los pobres animales te dejó sin la poca cabeza que tenías.

—Si lo piensas bien, tienen cosas en común —respondió él con un tono casi nostálgico—: los nervios, la incertidumbre, el miedo en los ojos, la sangre, los gritos… Una pena que me echaran.

—Algo habrías hecho. ¿Quieres soltarme de una vez? —gritó Eva.

—Me echaron por un pequeño error —admitió—. Las cámaras pueden ser traicioneras. Graban cosas que te ponen en peligro. A mí me grabaron haciendo lo que hacen los demás carniceros… solo que, en vez de un ternero, era un hombre —Se rió sin humor.

Los relojes del secuestrador y los del cuartel marcaban la misma hora, sincronizados al segundo. Doce horas. Ese era el plazo para encontrarla con

vida. Pasado ese tiempo, solo quedaría un cuerpo… sin corazón.

Capítulo 47.

Guillermo era uno de los guardias civiles que permaneció en el cuartel para apoyar desde dentro. Había escuchado cómo su sargento hablaba de un patrón entre las víctimas de Moisés, y ahora debía encontrarlo. Tras rastrear su pasado, descubrió que Núñez había cometido crímenes en el norte de Portugal, Asturias, León y A Coruña, donde incluso había estado interno en un sanatorio. En teoría estaba aislado, pero la realidad era muy diferente: sabía cómo despistar a los enfermeros que lo vigilaban y tenía suficiente poder para imponer su voluntad sobre ellos.

El patrón que Guillermo logró encontrar era claro: la mayoría de las víctimas eran mujeres de unos cuarenta años, atractivas y con posiciones de poder o influencia sobre la vida de otros: juezas, empresarias, periodistas… incluso una inspectora jefa de Policía. Imprimió las fotos de las víctimas y las colgó en el panel, con nombres y ocupaciones. La sargento Escobar encajaba perfectamente en ese patrón. Moisés era el asesino confeso de varias mujeres y un asesino inconfeso de quién sabe cuántas más.

Mientras tanto, Halvorsen revisaba informes y monitoreaba las comunicaciones por radio. Otra patrulla había llegado a un segundo depósito, pero ni rastro de la sargento. Solo quedaban tres lugares por inspeccionar.

"N14 para B25: En la ubicación señalada, sin novedades. Nos retiramos y quedamos a la espera de nuevas órdenes."

Dos patrullas con guías caninos continuaban rastreando el monte de Os Lobos. Uno de los perros detectó un rastro y condujo a la Guardia Civil hasta una pequeña caseta de piedra, usada por pescadores, cerca del cauce del río. Desde lejos se veían ventanas abiertas, ropa colgada y botellas tiradas por el suelo. Junto a la puerta, un joven fumaba tranquilamente.

Rodearon la caseta con cuidado, sin ser vistos, preparados para entrar. La vida de su compañera era la prioridad absoluta; tenían autorización para usar la fuerza o armas de fuego si fuera necesario.

—Entramos —informó el cabo al mando por radio.

Al abrir la puerta, un olor intenso los golpeó. Varios jóvenes estaban tirados en el suelo, dormidos. No era lo que buscaban: acababan de dar con un fumadero clandestino de marihuana.

Capítulo 48.

Moisés y Eva no apartaban la mirada del reloj. Las horas seguían pasando sin que nadie diera con su paradero. Núñez abrió el maletín, cogió dos cuchillos nuevos y jugó con ellos un instante antes de decidirse por el azul.

Sin avisar, se lo clavó en el abdomen con más profundidad que las veces anteriores. La sangre brotó con fuerza y el grito de Eva quedó ahogado. La risa de Moisés estalló al instante, corta y seca, como un reflejo animal. A ella los gritos la debilitaban; a él le devolvían vida.

—Estás durando más de lo que esperaba. En fin… —volvió al maletín con calma—. Eres una mujer fuerte, pero de nada te sirve si estás atada.

—Deja de jugar conmigo, por favor… —suplicó ella, agotada.

—Matar no es ningún juego para mí —respondió él, como si impartiera una lección—. Lo tomo muy en serio.

—Suéltame… por favor… —repitió Eva, su voz ya poco más que un susurro gastado.

—Tranquila. El ser humano tiene, de media, cinco litros de sangre. Unos setenta y cinco mililitros por kilo —empezó a rodear la mesa como un profesor ante un alumno moribundo—. Si pierdes tres litros, entras en shock: algunos órganos dejan de funcionar. Si pierdes más… mueres.

—¿Qué… quieres… de mí? —intentó preguntar ella, aunque más bien sonaba a *quequiesdemi*—

—Has perdido casi un litro —los cortes en el abdomen y los brazos hablaban por sí solos—. Por eso la debilidad. Las ganas de dormir, la visión borrosa, la sed… —Se inclinó sobre ella—. Te quedan unos diez o quince minutos antes de morir desangrada.

Capítulo 49.

El cabo Abascal ya había regresado al cuartel para coordinar la operación desde dentro. Sabían exactamente a quién se enfrentaban: un hombre inteligente, metódico, que nunca actuaba por impulso. Su historial clínico confirmaba lo que Piñeiro ya había intuido: Núñez no era un loco momentáneo, sino un depredador planificador.

El último grupo, el grupo de Piñeiro, llegó al depósito pendiente tras sortear algún percance y seguir el rastro que marcó el perro. Era su última oportunidad de encontrar a Eva con vida. Si no estaba allí, tocaría empezar de cero. La puerta metálica y cien metros de lama separaban a los guardias de lo que pudiera haber dentro. No había ventanas ni forma de ver el interior.

Con cautela, abrieron la puerta. Un pasillo de diez metros desembocaba en una sala totalmente negra: suelo, paredes y techo. En el centro, sobre una mesa forense, estaba Eva atada: cinta en las manos, pies y torso, y con un gran charco de sangre. Moisés jugaba con los cuchillos a escasos centímetros de la sargento; en menos de diez minutos le arrancaría el corazón.

Piñeiro no se lo pensó dos veces. Apuntó y disparó a Núñez en el hombro. El hombre cayó al suelo sin tener tiempo a reaccionar. Para los guardias civiles de Comandancia aquel disparo sobraba; creyeron que Diego podía haber inmovilizado al criminal de otra manera y no quiso. Para Piñeiro, lo importante era solo una cosa: mantener viva a Eva hasta la llegada del helicóptero medicalizado.

—Miguel, rastrea la ubicación de mi móvil y envíame una ambulancia y médicos urgente —ordenó el sargento al cuartel—. Por favor, daos prisa. —Dejó el móvil en manos libres y lo tiró al suelo—. Eva está muy grave. Ha perdido muchísima sangre; estamos intentando taponar las hemorragias con nuestra ropa, pero no está funcionando.

—La ambulancia va a tardar un poco —respondió Miguel, visiblemente tenso—. El camino está fatal, no pueden llegar fácilmente. Los médicos dicen que hagáis presión sobre ella con camisetas o lo que tengáis a mano. El helicóptero está en camino; es la mejor opción para evacuarla. ¿Y de Moisés sabéis algo?

—Está aquí —contestó otro guardia—. Haz el favor y envíanos otra ambulancia para él, pero sin prisa.

Mientras esperaban a los médicos, a la teniente y a los refuerzos, obedecían las indicaciones del cabo Abascal para mantener a Eva con vida. Excepto un cabo de Comandancia, que se centraba en recriminar al sargento por el disparo.

—¿Pero a qué vino eso? —gritó el cabo—. Podías haberlo inmovilizado y esposado. No era necesario disparar. El protocolo dice que...

—Me limpio el culo con el protocolo —respondió Piñeiro, agresivo—. Ahora mismo me importa todo una mierda. Tú no me conoces de nada y, si no hubierais llegado, este hombre sí estaría muerto con un tiro entre ceja y ceja.

—Tendré que informar de esta actuación a Régimen Disciplinario —replicó el otro.

—¿Podéis callaros los dos un rato? —intervino el guía canino, cortante —. Lo importante es la vida de nuestra compañera. Dejad de ver quién las tiene más grandes. Y tú —dijo, señalando al cabo recriminador—, sal fuera, espera a la gente y cálmate; así no ayudas.

. . .

Eran las tres de la madrugada cuando Piñeiro llegó al cuartel con todos sus hombres, pero sin la sargento Escobar. En la entrada, los compañeros esperaban, medio para felicitar y medio para obtener novedades sobre Eva. Había buenas y malas noticias. Lo bueno: habían dado con uno de los escondites de Moisés Núñez y, con los cargos que acumulaba, pasaría una buena temporada a la sombra. Lo malo: seguían sin noticias sobre el estado de Eva. Su marido no quería que nadie visitara el hospital; lo único que sabían era que la trasladaban a la UCI y que necesitaba transfusiones urgentes. Los médicos no eran optimistas.

Piñeiro no quería aplausos ni elogios. Había hecho lo que creía justo, pero sabía que no lo había hecho del todo bien. Preparó café y se puso a cerrar diligencias para tenerlas listas durante la mañana del día siguiente. Estaba pendiente la declaración de Núñez, que seguía en el hospital, atado a la cama y vigilado por guardias civiles que lo custodiaban desde dentro y fuera de la habitación.

Piñeiro pidió post-it, se sentó delante del ordenador a trabajar; no quería volver a su casa sin dejar el caso cerrado, o casi. Al mediodía ya tenía todo terminado. Dejó sobre la mesa de la teniente Rivas trescientas páginas de diligencias y un panel reorganizado con fotos y colores más intuitivos. Tenía la sensación de estar delante de la respuesta y no encontrarla.

—Mi sargento —dijo Guillermo, desanimado—, Moisés Núñez pregunta por usted desde el sanatorio.

—En un rato voy —respondió Piñeiro—. ¿Qué te pasa, Guillermo? Estás muy decaído.

—Yo quería cambiar el mundo y… —murmuró Guillermo.

—Pero tu trabajo no es cambiar el mundo —le corrigió Piñeiro—. Es hacer que se cumpla la ley. El mundo es una basura y así va a seguir siendo. El mundo y la vida son injustos, ya te lo dije hace unas semanas. Sé que no querías oírlo, pero es así —hizo una pausa—. Es injusto que Núñez esté vivo y nuestra compañera entre la vida y la muerte.

Piñeiro intentó animarlo y lo ocupó de inmediato dándole tareas que no le permitieran pensar. No quería que uno de los suyos se hundiera. Cuando tuvo todo listo, cogió la carpeta y se dirigió al sanatorio para tomar declaración a Núñez.

El sanatorio era antiguo, con jardines enormes y descuidados; zarzas y hojas invadían los caminos. Entró y se presentó ante el celador. Las paredes estaban pintadas de azul cielo, manchadas por la humedad. Por los pasillos deambulaban varios internos con pijama y zapatillas blancas.

Piñeiro siguió las indicaciones hasta encontrar la habitación donde estaba Núñez. Moisés había pedido volver a ser interno y dejar el hospital; allí era un veterano con todas las comodidades a su alcance.

—¿Me echabas de menos, sargento? —preguntó Núñez, atado a la cama y con la calma de siempre.

—Pensé en ti toda la noche —contestó Piñeiro, seco—. Ya que me hiciste venir, empieza a hablar.

—No me gusta que me presionen —Núñez se mostró tranquilo—. Te he hecho venir para preguntar por mi amiga. ¿Cómo está ella? —preguntó con fingida preocupación.

—Ya lo sabes —respondió Piñeiro—. Es fuerte, pero no tanto. ¿Por qué ella?

—¿Y por qué no? —vaciló Núñez.

Diego suspiró y tomó aire antes de seguir preguntando.

—Asesinatos —sacó las fotos de las víctimas y las dejó sobre la cama —. Rituales: Javier, Elvira, Lealdina y más mujeres. Casi todas son mujeres, excepto Javier.

—Javier no fue obra mía —respondió Núñez, con una sonrisa fría—. Fue un encargo de un cliente. Yo no puse ni la idea. Lealdina tampoco fue mía; estaba enferma y murió sola después de pedir perdón por el daño que causó a todos. Con su muerte dejó una respuesta que tan solo trae preguntas —sonrió de nuevo—. Las demás sí fueron mías. Te faltó Eva en esa lista.

—Sé que chantajeaste a celadores para escaparte —dijo Piñeiro—. Sé cómo matas y para qué lo haces. Aunque las fechas no las entiendo tan bien como tú.

—Tienes el qué y el cómo —dijo—. Deducir el cuándo te cuesta, pero el porqué es más importante.

—Me tienes que explicar muchas cosas. Por ejemplo, ¿tú eres el "Chopo" que habita en el Monte de Os Mouros?

—Así es. Supongo que ya sabes por qué el apodo —vaciló—. Yo actúo bajo ese seudónimo. Mis antepasados lo hacían bajo el de los Mouros: gente discreta, inteligente e invisible para el resto de los mortales.

—Tú también eres un mortal —dijo Diego—, no hay más que verte. Hace tiempo que lo deduje: chopos junto al menhir de Antas, chopos junto a tu caravana, chopos en el monte donde secuestraste a Eva... Allí donde te escondes, hay chopos. Un árbol bonito, sí, pero podrías haber elegido algo más autóctono.

—Tuviste la oportunidad de matarme y me dejaste con vida —Moisés sonrió—. Buena puntería, sargento. Llamarte "Roble" no habría colado; "Chopo" despistó durante años. Supongo que querrás saber mi motivo para matar, ¿no? —rió sin emoción.

—Has despistado a los tenientes anteriores porque estaban de vuestro lado. Yo no. A mí no me las has colado. Eres un narcisista metódico, organizado y con varios trastornos mentales. No te engañes.

—Al final va a resultar que me conoces de verdad —dijo él—. Un buen amigo mío dice que, para atrapar a alguien, hay que meterse en su cabeza y entender cómo piensa.

—No es difícil entender cómo funciona tu cabeza —replicó Diego, recordando a Jaime—. Matar para ti es algo tan básico como respirar: lo

haces de forma involuntaria. Tu alumno tuvo un buen maestro, pero le faltaron cojones.

—Sí, le faltó valor, pero tuvo cojones para mantenerse fuerte hasta el final —contestó Moisés, con una sonrisa fría.

—Todo empezó con la desaparición de un anciano el año pasado. Y ahora tenemos no sé cuántos cadáveres sobre la mesa y a ti otra vez aquí. ¿Qué tienes que decir a eso?

Con Moisés Núñez interno en el sanatorio, a la espera de juicio y de que el juez lo enviase a prisión sin fianza, la normalidad volvía al cuartel de Pizarros. Guillermo, que había seguido cada detalle desde dentro, sabía que había sido parte activa en la resolución de un caso complejo de asesinatos y rituales que todavía mantenían vivo el miedo en algunas aldeas gallegas. Durante años se habían cometido todo tipo de matanzas bajo un menhir, a horas que ellos llamaban "santas", bebiendo la sangre de la víctima para que el ritual tuviera éxito. Cada víctima era una ofrenda, un sacrificio que permitía a otros dar vida a un nuevo ser, casi como la reencarnación de un ancestro. Todo funcionaba como un círculo: los muertos de hace siglos seguían viviendo en otro cuerpo nuevo.

Él, por su parte, mataba por placer, incluso durante fechas concretas como un miércoles de Ceniza, y había llegado a ayudar a algún habitante del pueblo a completar rituales.

Pero a partir de ese día se acabarían las muertes a la luz de la luna y los rituales, como si fueran las brujas y sus conjuros. Los pocos vecinos restantes eran personas mayores, inofensivas, que intentaban aprovechar su tiempo haciendo el bien y pidiendo perdón.

Vivir, a veces, era la peor condena.

Capítulo 50.

Fecha: Martes 20 de febrero

En todos los años de carrera, el sargento Piñeiro había aprendido varias lecciones fundamentales: no darle nunca la espalda a alguien armado, no poner en peligro la vida de inocentes y no discutir con una persona armada que pudiera poner en riesgo a terceros.

Su trabajo nunca fue fácil, y quienes lo rodeaban lo sabían. Parejas y amigos se habían quedado atrás por no entender sus horarios, sus turnos o la urgencia de una llamada del cuartel.

A él tampoco le agradaba dejarlo todo para atender una urgencia sin saber cuándo volvería a casa. Su mujer, su familia y sus amigos desconocían si esa sería la última vez que lo verían con vida. Sus padres ignoraban cuándo sería la última llamada o visita, y si las risas en la playa del año pasado se repetirían el próximo verano. Lo peor era que ni él mismo estaba seguro de si conocería a su hijo, a punto de nacer. Sabía que el futuro era incierto, por eso aprovechaba el presente: estar con su familia, celebrar cualquier pequeño festejo, salir en moto, trabajar y compartir momentos con los suyos.

Apenas habían pasado unos días desde el último operativo en el que participó, uno de los más difíciles de los últimos años. Aún tenía grabado cómo casi veía morir desangrada en sus brazos a su compañera y amiga. Lo que más le pesaba era que, tres días después del suceso, no había sido capaz de acercarse al hospital para saber cómo estaba Eva, ni de preguntárselo a nadie. La sargento había tenido la mala suerte de cruzarse, en un día cualquiera y en una carretera cualquiera, con Moisés. Para algunos sería una casualidad; para otros, un destino cruel.

Halvorsen, por primera vez en su vida, había sentido el miedo de verdad. El desconcierto de casi perder a una compañera de la manera más cruel lo había dejado marcado. Igual que el terror de saber que aquel hombre podía estar de nuevo en la calle, libre, buscando otra víctima: una víctima que podía ser cualquiera de ellos.

En los meses que estuvo destinado en Granada nunca se había enfrentado a nada parecido. Tampoco imaginaba que aquella noticia que leyó en el periódico meses atrás acabaría así. Su afición por la cultura de los

cementerios y la antropología le había enseñado varias lecciones en sus treinta años: todo el mundo llora por los muertos y por los vivos; basta con nacer para condenarse a morir; y su teoría sobre el cielo era bastante distinta de lo que piensan los demás: el infierno es el presente, y el cielo solo se alcanza después de la muerte.

a teniente Rivas seguía en su despacho, hablando por teléfono, tan alterada como el día en que desapareció la sargento Escobar. Colgó de inmediato y salió a reunir a todos sus hombres. En el cuartel, la tranquilidad duraba un suspiro.

—Atentos todos —alzó la voz—. Me acaban de llamar del hospital. Eva ha desaparecido de su habitación esta mañana, en el tiempo que su marido tardó en ir a por un café. Os quiero ahí fuera ya, buscándola. Tenemos que encontrarla cuanto antes.

—¿Se sabe algo más? —preguntó el sargento Piñeiro—. Es imposible que escapara sola. El otro día no podía ni abrir los ojos. De algo así no te recuperas en un par de días, ni en ese hospital.

—¿Has estado con ella? —preguntó la teniente, desconfiada—. Y Moisés Núñez, al parecer, tampoco está en el sanatorio.

—No, no estuve con ella, pero… —Diego apretó los dientes—. Mierda. Moisés va a terminar lo que empezó. Sabemos que no deja testigos. Y mañana es miércoles de Ceniza. Tiene que completar su ritual. Me voy al hospital ahora mismo para ver si alguien vio algo; y tú, Miguel, al sanatorio. Habla con todos: celadores, internos, médicos, visitas… hasta el fontanero si lo ves. Todo el mundo. Revisa su cuarto de arriba a abajo.

Halvorsen observó cómo el sargento repartía tareas entre todos… excepto él. Se quedó plantado, sin trabajo, sin saber cómo ayudar. Sobre la mesa del cuarto de interrogatorios seguía una caja con las pertenencias requisadas de la caravana de Moisés. Guillermo se aseguró de que no había nadie mirando y empezó a revisar su interior en busca de algo útil, algo que pudiera servir en las próximas horas.

En el fondo encontró una libreta. Las hojas estaban arrancadas, gastadas, amarillentas, llenas de pasajes bíblicos acompañados de cruces y frases sobre la muerte, el cielo y el infierno. Los buscadores de Internet no tenían respuesta a tantas preguntas, y solo una persona podía ayudarlo a descifrar aquello: el párroco Don Jesús. Una vez más, el sacerdote, siempre

dispuesto a ayudar, se veía envuelto en una investigación. Guillermo llamó al párroco y lo citó en una cafetería cercana.

—Buenos días, Guillermo —saludó Don Jesús, ya sentado en el reservado—. ¿Cómo se encuentra Eva?

—Buenos días, Don Jesús —respondió Guillermo, cerrando la puerta del reservado—. Estaba mejorando, pero creemos que el mismo tipo la ha vuelto a secuestrar, esta vez en el hospital.

—¿No me diga? —se llevó una mano al pecho, asombrado—. ¿Cómo es posible salir de un hospital sin ser visto? Siempre hay enfermeros en los pasillos, vigilantes en las puertas, incluso personal de limpieza. No entiendo cómo pudo desaparecer así.

—No sabemos aún cómo lo hizo. Diego y Miguel están investigándolo. Ya sabe que, si hablas con la gente adecuada, puedes conseguir cualquier cosa; y si tienes dinero, aún más. Sabemos que el marido de Eva salió unos minutos a por café, al otro lado del pasillo… y cuando volvió, ella ya no estaba.

—¿Y Diego cómo lo lleva? Me preocupa bastante ese hombre y lo que pueda hacer.

—Ya se lo puede imaginar. Está más nervioso y alterado que nunca. Es imposible hablar con él. Hace días que ni me escucha —Guillermo sacó la libreta de Moisés del bolsillo interno de la cazadora—. Mire, quería preguntar por esto. Las cruces, los dibujos… si hay algo que le llame la atención.

—Diego es una persona muy complicada… —Don Jesús cogió el cuaderno—. Estas cruces tienen un significado, como casi todo lo que aparece aquí. Representan la lucha entre el bien y el mal, entre la luz y la oscuridad. Quien las dibujó intenta decir que incluso él tiene una pequeña parte buena.

—¿Como el yin y el yang? —preguntó Guillermo.

—No exactamente. El yin y el yang representa dos fuerzas opuestas pero complementarias.

—¿Y si las cruces las dibuja un asesino? ¿Significan lo mismo? —preguntó, inseguro.

—Sí, lo mismo. Diría que mata de manera incontrolable, pero que de algún modo también intenta redimirse —siguió leyendo el cuaderno—. Siempre lo hace en la misma época del año. Fíjate en las fechas —le devolvió el cuaderno.

—Lo sé. Es muy fácil confundir los rituales antiguos con los asesinatos del Chopo. Los primeros podían ocurrir en cualquier fecha entre el Día de Difuntos y el Miércoles de Ceniza, y el Chopo solo actúa la noche del Miércoles de Ceniza. Sé que no debería contarle tanto sobre la investigación, pero Diego siempre me dijo que usted es de absoluta confianza y que lo que habla con la gente lo hace bajo secreto de confesión, aunque no estemos en la iglesia.

—Diego tiene razón. Lo que hablo con la gente se queda conmigo —El párroco terminó su café—. Y sí, vuestro hombre se aprovechó de los rituales del pueblo para ponerles su propia excusa. Hacía lo mismo, pero por motivos muy distintos.

—Muchas gracias por todo —dijo Guillermo, mirando la hora—. Tengo que volver al trabajo. Cuando acabe todo esto, le volveré a llamar.

De nuevo en el cuartel, Guillermo comenzó a revisar las grabaciones de tráfico que acababan de llegar. El coche que conducía Moisés fue captado varias veces: primero delante del hospital, después pasó por una gasolinera y, finalmente, por el desvío hacia otro monte repleto de chopos.

En la primera grabación se veía claramente cómo metía a Eva en la parte trasera del vehículo. En las siguientes, los cristales tintados impedían saber si seguía dentro.

El cabo Abascal cogió a dos guardias civiles para ir de nuevo al monte, acompañado de un vecino maderista que se ofreció voluntario. Conocía mejor aquellos montes y sus recovecos. El bosque era espeso, con cuevas, lleno de raíces y oquedades abiertas por las lluvias torrenciales de los últimos meses. La niebla apenas les dejaba ver a unos metros, y el silencio solo se rompía por el crujido de las ramas bajo sus botas.

A pocos metros de adentrarse en el monte, en la primera cueva, hallaron un cepo oculto entre hojas secas, colocado para impedir que cualquiera se acercara a la guarida del Chopo. Pasaron por encima con sumo cuidado, sin desarmarlo ni provocar ruido. Las huellas de calzado estaban por todas partes; nadie se había molestado en borrarlas. Todas conducían hacia el río.

En el cuartel, la teniente Rivas empezó a preocuparse. La fotografía de Moisés Núñez, difundida apenas una hora antes para pedir colaboración ciudadana, había desaparecido de todos los medios nacionales. Casi al mismo tiempo, llegó una llamada anónima exigiendo que cesaran la

investigación y que retiraran toda descripción del sospechoso de televisión, prensa y redes. La teniente aceptó el aviso por protocolo, pero Belén —fiel a su instinto— tenía claro que seguiría tirando del hilo, aunque le costara la carrera.

El sargento Diego Piñeiro seguía al tanto de los avances, esperando refuerzos y tratando de recomponer las piezas. Una vez más, la investigación volvía a girar en torno a la religión: las fechas de los rituales, las cruces invertidas, las velas, la sangre y ahora los pasajes bíblicos del cuaderno.

Moisés se desplazaba en una barca por el río, moviéndose entre montes para no ser visto. Criminalística debía analizar las marcas que dejó la embarcación en la arena, mientras Guillermo y Fran rastreaban el registro de embarcaciones e interrogaban a todos los propietarios y pescadores de la zona. Solo existían dos propietarios, y ambos tenían sus lanchas en el puerto, algo que comprobaron con ayuda de Aduanas. Los demás eran pescadores furtivos, pero ninguno pescaba en aquel tramo del río. El río no albergaba ningún tipo de pescado.

—Vicente, ¿tienes lo que te pedí? —preguntó el sargento por teléfono, alejándose del grupo—. Ya sabes que es urgente.

—Correcto —respondió Vicente desde Comandancia—. Me ha costado un poco y un par de favores, pero ya sé quién hizo esa llamada. Esa persona os quiere sabotear la investigación.

—Déjate de rollos y dímelo, nos estamos quedando sin tiempo.

—Esto te queda muy grande, hazme caso por primera vez en tu vida. Es un pez muy grande.

—Dímelo ya. Sabes que soy discreto y que no voy a decir nada, Vicente, por favor —le rogó—. La vida de una compañera está en juego.

—Se trata de Antonio, un importante empresario y político, pero… — Diego le colgó el teléfono antes de que terminase de hablar.

Buscó e imprimió la foto del susodicho para colocarla en el panel del caso. Otro nombre más se sumaba a la lista. Una lista que parecía no tener fin y que cada semana crecía con nuevos implicados. Diego sabía que acababa de tirar el reglamento a la basura y pisotear cada regla. Su teniente no estaría de acuerdo con nada de lo que acababa de hacer; había cometido una falta muy grave, suficiente para perder el uniforme. Pero Belén Rivas no era tan distinta de él; también se saltaba el protocolo siempre que lo

creía necesario. Aun así, esta vez quería a Diego fuera del cuartel durante unas horas.

Por primera vez, obedeció sin discutir; recogió sus cosas y se marchó en silencio, evitando la bronca que sabía que se avecinaba.

En la que iba a ser la habitación de su hijo, una pared entera estaba cubierta con un papel marrón de varios metros que la tapaba de esquina a esquina. En él, Diego había pegado todas las fotografías, notas y mapas relacionados con el Caso Antas, ese caso que nunca dejaba de perseguirlo. Cada cierto tiempo arrancaba todo y empezaba de cero, intentando encontrar una lógica que se le escapaba. En la parte superior estaban las fotos de Moisés y Jaime; debajo, las de sus víctimas y las conexiones entre ellas. En un lateral, los lugares: los montes de chopos, el cementerio, el menhir, y los puntos donde aparecieron cuerpos y pistas.

Ahora tenía entre los dedos la foto de Antonio Quintáns, empresario y político, dispuesto a colocarla junto a Moisés para descubrir el vínculo entre ambos. Guillermo también lo buscaba, aunque en secreto y a espaldas de Rivas. En la pared, los hilos y flechas de colores formaban un mapa caótico, casi enfermizo, de relaciones, muertes y silencios.

Fátima, su mujer, estaba agotada. Verlo trabajar en casa la consumía. La ansiedad de Diego se contagiaba como un virus, y entrar en su cabeza era imposible, igual que acercarse a él para calmarlo.

—Diego, por favor, ¿quieres escucharme? —le recriminó desde la puerta.

—Ahora no —respondió sin apartar la mirada de las fotos.

—Esto es importante. Necesito que me acompañes al hospital, ya sabes que yo no puedo conducir ahora.

—Está bien —suspiró—. Dame un minuto. —Cogió la cazadora y una segunda pistola que guardaba sobre el armario.

—¿Pero a dónde vas ahora, Diego? —volvió a reprocharle—. Deja de hacer el tonto. Belén te mandó para casa precisamente para evitar esto. En el cuartel tienes buenos investigadores; he leído que ya tenéis refuerzos. Por favor, no te marches ahora.

—Necesito hacer esto, Fátima. Tengo demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Si no las encuentro, me voy a volver loco.

—No es buena idea. Piensa en mí y en tu hijo, por favor. Tengo que ir al hospital. Me duele…

—Ya vamos. Te dejo en la puerta, hago lo que tengo que hacer y en menos de una hora estoy de vuelta contigo y con el pequeño Nico. ¿Te parece?

—Espero que llegues antes de que nazca.

Capítulo 51.

Fecha: Martes 20 de febrero

Guillermo seguía investigando el pasado de Moisés para ayudar a su compañero Diego, pero nunca imaginó que tendría que retroceder tantos años para encontrar respuestas. Núñez ingresó en un orfanato con doce años, tras la misteriosa desaparición de sus padres. Un año después, con trece, mató a uno de los internos, Pablo, durante un Miércoles de Ceniza. Aquel fue su primer asesinato, y la fecha se convirtió en algo sagrado para él: cada año, durante esa celebración, mataba de nuevo a un inocente.

El orfanato fue inaugurado por Antonio Quintáns, un influyente empresario y político con contactos en la Audiencia Nacional. Ese era el vínculo entre ambos… y la razón por la que desde arriba querían frenar la investigación. Antonio no podía ser tocado sin sufrir graves consecuencias.

. . .

Moisés mantenía a Eva retenida en una casa perdida en medio del monte. Era una vivienda antigua, pero con cierto encanto: sin electricidad, aunque con agua, amplia, con varias habitaciones, baño, cocina y un salón amueblados en madera.

Esta vez no estaba atada ni encerrada; podía moverse por toda la casa e incluso salir al balcón o al huerto. Pero el miedo era una prisión más fuerte que cualquier cadena.

Moisés tampoco la vigilaba de forma constante. Entraba y salía con normalidad, iba al huerto a por verduras o de caza con la escopeta, siempre atrancando la puerta al salir. En una de esas ausencias, Eva se asomó a la ventana para asegurarse de que se alejaba y aprovechó para registrar la casa en busca del diario que él siempre sostenía y escondía al acercarse ella.

Revolvió cajones, muebles y armarios hasta que lo encontró en el fondo de un cajón de la cocina, oculto bajo un trapo y varios cuchillos grandes. Sentía el corazón a punto de salírsele del pecho mientras pasaba las páginas. Cada año, un nombre. Cada año, una víctima.

En la esquina superior derecha de cada hoja, escrita con tinta negra, aparecía la fecha: siempre un miércoles de febrero, marzo o abril. Eva

comprendió, gracias a lo que había aprendido de sus compañeros, que todas coincidían con el Miércoles de Ceniza.

En la parte inferior figuraba el nombre completo de la víctima, en mayúsculas; la mayoría eran mujeres, aunque también había algún hombre. Debajo, entre paréntesis, constaba el cargo que desempeñaban (personas de poder e influencia). En el centro de la hoja, pegada con cinta, estaba la foto de la víctima y un mechón de pelo a modo de trofeo, como los cazadores con sus trofeos de caza.

. . .

El Besugo de Antas se enteró desde primera hora de la mañana de lo que estaba ocurriendo en el cuartel de Pizarros. Las malas noticias llegaban rápido a todos los lugares. No tardó en hacer preguntas a quienes conocía para saber más sobre aquel hombre del que nadie quería hablar.

Por la tarde, con los deberes hechos, cogió su moto y se presentó en el cuartel en búsqueda de sus amigos, el sargento Diego Piñeiro y el cabo Miguel Abascal, para contarles todo lo que había descubierto. El cabo lo recibió con cierta alegría después de escuchar las primeras preguntas y aceptó acompañarlo al bar más cercano para hablar con calma.

—¿Tú no te sabes estar quieto o qué? —bromeó el cabo mientras daba un sorbo al café.

—No, yo tengo que ayudar a mi amiga —contestó el Besugo, levantando su vaso de whisky.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Qué sabes? ¿De qué querías hablar conmigo? —preguntó Miguel, intentando centrarlo.

—Ah, sí, sí —se rascó la cabeza—. Las drogas de la juventud hicieron estragos… menos mal que las dejé a tiempo —rió—. Escuché que Moisés estuvo interno en un orfanato que inauguró un tal Antonio, un político muy estirado.

—¿Qué más sabes? —asintió Miguel.

—Se habla de una trama de abusos a menores. Ese tal Moisés era el que elegía a las víctimas. Era el mayor de todos, y sus compañeros confiaban en él ciegamente. No lo entiendo.

—¿Antonio también participaba en los abusos?

—Sii, hombre, él era el líder. Pero hubo un día en que un compañero de Moisés se negó a ser una víctima más —negó con la cabeza—. No sé cómo, pero lo mató. Fue un Miércoles de Ceniza, y desde entonces el ritual se repite cada año, sin fallar.

—¿Cómo te enteraste de todo esto?

—Ah… —levantó las manos— yo soy como vosotros, no desvelo mis fuentes.

—Haces bien, Besugo. Te invito a esto que estás tomando. Ahora tengo que informar a Diego y a Belén.

Mientras Miguel hablaba con el Besugo, el helicóptero de la Guardia Civil surcó el cielo. Aprovechaban las últimas horas de luz; el monte era un laberinto de árboles que ocultaban todo lo que había debajo. Desde arriba, el cauce del río era la única referencia. En el cuartel, todo quedó listo por si el piloto pedía descender.

Moisés se enteró de inmediato de la presencia del helicóptero, y no le gustó que estuviera tan cerca de su cabeza. Sabía que en pocos minutos el monte se llenaría de guardias civiles, perros y quizá hasta voluntarios. Necesitaba la colaboración de Eva para reunir lo indispensable y cambiar de escondite.

Eva aprovechó otra ausencia para intentar pedir ayuda. Atrancó la puerta con herramientas y lo que encontró a mano, y luego empezó a prender fuego a varios objetos, confiando en que desde el aire alguien viera el humo saliendo por la chimenea, como en las películas.

Moisés regresó enseguida. Al oler el humo, comprendió lo que ocurría y comenzó a aporrear la puerta con furia. El humo ya ascendía varios metros, pero él no se detuvo hasta derribar la puerta de una patada.

Nada más entrar, se abalanzó sobre ella. Eva intentó defenderse: sabía moverse, sabía pelear cuerpo a cuerpo. Pero tropezó con un tronco de madera y cayó al suelo, dándole la ventaja. Moisés no dudó en aprovecharla y empezó a patearla con violencia.

—¿Cuándo me vas a cortar el pelo y añadir otro trofeo a tu estúpido libro? —gritó ella desde el suelo—. ¿Antes o después de matarme?

—¡Que te calles! —rugió, golpeándola—. ¡Yo no tengo nada que perder!

—Claro, por eso estás tan nervioso y fuera de control —escupió ella, con sangre en la boca—. ¿Dónde está el Moisés calmado del otro día? ¿Tienes miedo de que ese cuaderno acabe en manos de mis compañeros?

¿De que el sanatorio y todo el mundo sepan quién eres? ¿De perder el control de esa basura de historia que…?

Antes de que pudiera terminar, Moisés la agarró del pelo y la arrastró hasta un cajón lleno de cuchillos brillantes y afilados.

—Está bien, ¿qué quieres? —preguntó Eva, asustada—. Podemos llegar a un acuerdo.

—No quiero nada tuyo —la miró con desprecio—. Tú ya estás muerta, pero yo quiero mi libreta. ¿Dónde la has metido?

—Yo no la tengo —intentó ganar tiempo—. La habrás perdido. ¿Sabes que tenemos un helicóptero sobre la cabeza?

El helicóptero continuaba sobrevolando el cauce del río, rumbo sur, desviándose de vez en cuando sobre los chopos que cubrían el monte. A lo lejos, una de las cámaras detectó una columna de humo saliendo de una chimenea, cada vez más densa e intensa. La cámara térmica señalaba presencia humana en el interior.

El cabo Abascal desplegó el mapa sobre la mesa. En el punto señalado no figuraba ninguna vivienda, pero el equipo aéreo le enviaba las coordenadas correctas. En menos de veinte minutos podían llegar hasta allí.

Todos los efectivos disponibles salieron del cuartel: coches y motos rugiendo, siguiendo la misma dirección.

Moisés también había visto la columna de humo y comprendió que el tiempo se le acababa. Era listo —demasiado listo— y ya planeaba su siguiente escondite. Sabía cómo desaparecer sin dejar rastro. Sus planes con Eva habían cambiado: ya no tenía sentido matar a alguien sin esperanza, pero tampoco podía permitir que lo dejara atrás para desvelar su secreto.

Cogió la mochila, la escopeta y arrastró a Eva hasta la orilla del río; emprendieron la carrera hacia la lancha para huir a un lugar seguro. Ella intentó escapar por segunda vez: el miedo la frenaba, pero sabía que sus compañeros estaban más cerca que nunca y que aún tenía una última oportunidad.

Moisés cayó de lleno en el cepo oculto que ella misma había preparado. Eva aprovechó el instante: le arrebató la escopeta y las llaves del candado de la barca.

—Mátame ya y deja de apuntarme de una vez —gritó Moisés, atrapado en su propio cepo—. ¿O quieres que me pudra aquí como un conejo?

—Eres un animal, deberías saberlo ya —replicó ella, temblando mientras lo encañonaba—. Tu vida es una huida constante: del monte al sanatorio, del sanatorio al monte… siempre buscando una nueva víctima. ¿Qué esperas que piense de ti?

—¿Ah, sí? —escupió entre risas doloridas—. ¿Y qué más? ¡Mátame de una vez! ¡DISPARA! He salido de este monte más veces de las que imaginas. Sé cada paso que das, Eva. Sé a qué colegio van tus hijos, en qué parques juegan, dónde trabaja tu marido… y hasta dónde vive tu querido Diego. ¿Qué tal va ese romance? ¿Te dejó tirada cuando supo que su mujer iba a tener un hijo?

—Deja en paz a mi familia. A Diego y a la suya. Ellos no te hicieron nada —disparó al aire, furiosa—. Ni siquiera te conocen.

—Diego sabe más de mí que yo mismo… —rió con la voz rota.

Eva le golpeó la cabeza con la culata, lo justo para dejarlo inconsciente. Buscó la llave que Moisés guardaba en el bolsillo del pantalón y, con las manos temblorosas, la cogió antes de echar a correr. Su salvación estaba a orillas del río, a apenas doscientos metros.

Bajó el monte sin pensar, esquivando raíces traicioneras y piedras mojadas que podían hacerla caer en cualquier momento. Cuando por fin llegó, retiró la lona que cubría la barca con la ilusión desesperada de quien encuentra su único escape. La empujó al agua, subió y arrancó el motor.

Solo pensaba en llegar al primer pueblo y pedir ayuda, sin saber qué cara pondrían al abrir la puerta y encontrarse con una mujer ensangrentada, cubierta de barro y empapada. Tampoco sabía cómo reaccionarían Diego, Belén o Miguel al verla entrar de nuevo al cuartel, viva, consciente y dispuesta a volver al trabajo. Ni cómo la mirarían sus hijos y su marido, que ya la llamaban “superheroína”.

Pensar en un futuro perfecto era absurdo, pero en ese momento necesitaba evadirse, aunque solo fuera por un instante.

Sus compañeros y los refuerzos de otros cuarteles avanzaban con máxima cautela por el monte, siguiendo las indicaciones recibidas desde el helicóptero. La casa estaba a apenas cien metros y contaba incluso con finca y un huerto cuidado.

Un disparo de escopeta resonó en la parte posterior de la vivienda. El sargento Piñeiro dio la orden de entrar de inmediato: no podían esperar más, cada segundo contaba.

Los guardias rodearon la casa para evitar cualquier escape, conscientes de la peligrosidad de Moisés. Una vez más, el interior parecía vacío, pero sabían que Eva debía estar cerca, al igual que su secuestrador. Apenas habían pasado tres minutos desde el disparo.

Moisés, haciendo honor a su nombre, emergió del agua como un animal marino, dispuesto a terminar con la vida de Eva de la manera más cruel y vengarse de las humillaciones, desplantes y amenazas. Tras varios minutos de forcejeos, el cuerpo de la sargento quedó flotando sobre el río, mientras su secuestrador huía hacia un lugar seguro.

La unidad canina, nada más llegar, se desplegó en busca de un nuevo rastro que se perdía a orillas del río. Los perros, una vez más, hicieron bien su trabajo y condujeron a la Guardia Civil hasta el lugar exacto. Diego bajó tras ellos hasta el río, caminando lentamente y sin esperanzas; faltaban pocas horas para el Miércoles de Ceniza, y si Moisés seguía con su ritual, Eva ya era su objetivo más accesible. No podía permitir que escapara por segunda vez.

—Mi sargento, aquí —una voz lejana devolvió a Piñeiro a la realidad. Ante él, flotando a varios metros de la orilla, estaba el cuerpo inerte de Eva. Sin pensarlo, corrió hacia ella, ignorando las posibles trampas y cepos aún colocados. Se lanzó al agua, nadó hasta su lado, la llevó a la orilla y comenzó a reanimarla, mientras el cabo Abascal llamaba al médico con urgencia.

Después de una hora de reanimación, Eva vomitó agua y pronunció sus primeras palabras. Ambos sargentos temblaban por el frío de la noche y la ropa empapada; apenas quedaba algo seco entre los demás guardias para cubrirlos.

—Dejaos de hospitales —dijo Eva con un hilo de voz.

—Tranquila, tranquila —respondió Diego, intentando calmarla.

—No sabéis a quién os enfrentáis… Ese tipo no comete errores.

—Sí los comete, y tú eres la prueba —replicó Diego—. Si pudimos encerrarlo una vez, podemos hacerlo de nuevo. Cuéntame lo que sabes.

Escobar, apoyada sobre las rodillas de Diego, temblaba.

—Se escapó en una barca hacia un nuevo refugio —dijo—. Pero no sé dónde. En la cocina, detrás de la leña para quemar, está su libro, con todas las víctimas.

Cuando llegaron los médicos y el resto del cuartel, ya no eran necesarios; el único que parecía útil era el marido de la sargento, con quien

Eva terminó abrazándose ante los ojos de todos sus compañeros. Diego, contemplando la escena, se dio la vuelta, avisó a Abascal y se alejaron del lugar en silencio para buscar el libro del que Eva le había hablado.

Al llegar a la casa, la unidad canina ya trabajaba en el interior, y la zona estaba completamente acordonada. El sargento se acercó a los perros y a los miembros de Criminalística para recuperar el libro escondido detrás de la leña.

Al abrirlo y empezar a leer, comprendió que aquel libro era una auténtica biblia para Moisés: matar era un acto sagrado, una manera de reafirmar su poder y su inmortalidad, al igual que ocurría con los antiguos habitantes de Antas. Su vida giraba ahora en torno a eso: matar… y nadie podía arrebatárselo.

Capítulo 52.

Fecha: Miércoles 21 de febrero

Después de pasar toda la noche en observación, Eva decidió solicitar el alta para volver a casa y recuperarse con el calor de su familia. Solo necesitaba tranquilidad y tiempo para olvidar lo que había vivido en los últimos días: casi perder la vida en dos ocasiones de las maneras más crueles posibles, primero desangrada y luego casi ahogada.

Desde el cuartel, la teniente Rivas no estaba muy convencida de que fuera buena idea; Moisés podía intentar acercarse de nuevo para terminar lo que un día empezó. De todos modos, la sargento estaría vigilada en su hogar todo el tiempo que fuese necesario: una patrulla de la Guardia Civil se estacionó frente a la puerta para asegurarse de que no corriera peligro mientras intentaban dar con el paradero de su secuestrador.

Los miembros de Criminalística seguían trabajando en la primera casa y en la barca que encontraron a la deriva, a pocos metros del lugar donde localizaron el cuerpo de Eva. La lancha estaba llena de barro y salpicada de gotas de sangre; con algo de suerte, podrían coincidir con la sangre hallada en el cepo de la parte trasera de la casa. Con todas las hipótesis abiertas, Moisés podía estar escondido en cualquier lugar de aquel monte o incluso tratando de burlar la seguridad para continuar su ritual.

El cuartel contaba nuevamente con refuerzos, pero los pocos efectivos que habían llegado desde los puestos cercanos apenas podían cubrir todo el terreno. Era igual de importante peinar el monte que colocar controles y reforzarlos en carreteras y accesos, para que nadie entrara o saliera sin ser visto; incluso los camiones estaban bajo vigilancia. La protección en la casa de Eva y su familia seguía siendo prioritaria, así como mantener personal trabajando dentro del cuartel. Todos los equipos, los guías caninos con sus perros y los voluntarios del pueblo estaban activos, y la patrulla aérea, ayudada por drones, sobrevolaba el monte. Aún así, la búsqueda de Moisés avanzaba lentamente: nadie conocía los montes de chopos como él, ni siquiera los maderistas más veteranos.

El sargento Piñeiro, con la ayuda del cabo Abascal, comenzó a preguntar en las casas de los pueblos situados a unos diez kilómetros del

lugar donde apareció la barca. Sabían que su hombre podía estar escondido en alguno de esos sitios. La última aldea que les quedaba por revisar apenas contaba con media docena de casas. Miguel decidió separarse de Diego para terminar más rápido y regresar a peinar el monte o a ayudar en los controles de carretera.

Al llegar a la casa más grande, repitieron el procedimiento de siempre: mostrar la foto del sospechoso, advertir a los propietarios sobre su peligrosidad y pedirles que extremaran precauciones, llamando al 062 o al número de la tarjeta que les entregaban ante cualquier eventualidad. En aquella aldea nadie sabía nada, igual que en todas las anteriores.

Diego sacó el móvil del bolsillo para llamar a su compañero y regresar juntos al cuartel, pero antes de que tuviera tiempo de marcar el número, recibió un golpe en la cabeza que lo derribó al suelo, haciéndole perder el equilibrio y la conciencia.

Se despertó tiempo después, dentro de un salón completamente desconocido, atado a una silla por las manos y los pies. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que liberarse, pero no había nada: solo una chimenea a pocos metros de su espalda, con leña apilada que podía arder todo el día.

—¿Qué, sargento? —preguntó Moisés al verlo despertar—. Te has pegado una buena siesta; esto te pasa por no quedarte quieto. No te preocupes, el golpe no fue nada. En unas horas volverás a dormir —vaciló —. ¿Has pensado mucho en mí?

—No te puedo sacar de mi cabeza —respondió Diego mientras luchaba con las cuerdas—. Eres peor que una novia; al menos ellas me daban alegrías de vez en cuando… Por cierto, vaya pintas que traes. ¿No había ropa de tu talla? La blanca del hospital psiquiátrico te quedaba mejor.

—Tienes pelotas, sargento. Eso me gusta, pero igual es lo primero que te corto —le apoyó la punta del cuchillo sobre la bragueta—. Siempre que las encuentre, claro.

—El que busca, encuentra. Este juego seguro te funcionaba en el orfanato con los niños —dijo Diego mientras apretaba los dientes de dolor y miraba el cuchillo—. Conmigo vas a tener que esforzarte un poco más para asustarme. ¿Hay que cumplir el ritual, no? Veo que te afectó mucho la muerte de aquel compañero tuyo… ¿Cómo se llamaba?, ¿Pablo? —su rostro mostraba dolor—. Antonio Quintáns declaró que tú no participas en las violaciones, pero yo tengo dos teorías: o ese niño se te resistió, o tú eras

una víctima más, un macaco en manos de aquel político y sus amigos. Te creías alguien por poder elegir a las víctimas, pero terminaste siendo una de ellas.

—Ten cuidado con lo que dices —Moisés cambió el cuchillo de sitio y lo apoyó sobre la garganta de Diego—. Acabo de cambiar de opinión; lo primero que te voy a cortar es la lengua.

—Cuando mataste a ese niño descubriste una nueva sensación: la del poder… matar es una droga que puede destruirte, pero tú aprendiste a dosificar…

Antes de que Diego terminara la frase, Moisés apretó con fuerza el cuchillo y lo clavó en su abdomen. Diego gritó de dolor, mientras el mundo se le nublaba alrededor.

Mientras tanto, todos los guardias civiles continuaban trabajando sin descanso: los controles en carreteras y la búsqueda por el monte y los pueblos seguían sin novedades.

Los últimos acontecimientos se centraban en el cementerio de Santa Eulalia de Antas. Por fin pudieron trabajar en la vieja y abandonada tumba que Guillermo y Diego habían encontrado al investigar el paradero de Jaime. Alrededor del cementerio, varios curiosos y medios de comunicación entorpecían las labores. Dos guardias cavaban dentro de aquel recuadro, que había pasado de ser una tumba inocente a convertirse en una fosa común; por el momento, allí habían aparecido seis cadáveres y restos de alucinógenos naturales, lo que explicaba por qué quienes se acercaban a la tumba terminaban viendo y escuchando cosas extrañas.

Aún quedaba mucho trabajo por delante.

La teniente Rivas estaba nerviosa, dando voces por teléfono con el cabo Abascal. No entendía cómo podían haber perdido a un sargento en un pueblo de apenas siete casas y dos calles. Piñeiro no aparecía ni contestaba.

Abascal trató de calmarse, pensando que si su amigo no respondía, sería porque estaba hablando con alguna persona mayor. En aquellas aldeas perdidas en medio del monte no siempre había señal, y quizá su móvil se hubiese quedado sin batería mientras trabajaba con algún equipo en el monte.

Miguel colgó y continuó con su trabajo: estar a pie de carretera, ayudando en los controles de tráfico, asegurándose de que ningún coche se

diera a la fuga sin que estuvieran debidamente identificados conductor, pasajeros y maletero, con la ayuda de los canes del servicio cinológico.

Mientras le pedía la documentación al único ocupante de una furgoneta blanca, vio cómo un turismo pequeño daba la vuelta en medio de la carretera y escapaba a gran velocidad. El cabo dio aviso al control más próximo para que estuvieran atentos a la descripción del vehículo. En pocos minutos pudieron ver el coche acercándose a ellos a gran velocidad, ignorando por completo las órdenes.

El GRS no dudó en desplegar los pinchos para detenerlo, pero todo era una trampa preparada por Moisés para escapar sin ser visto en ningún control y regresar a la casa de Eva. El coche que había intentado evadir el control lo conducía el propietario de la casa donde estaba secuestrado el sargento.

El sargento Diego Piñeiro estaba solo, atado y respirando un olor a gas cada vez más intenso que empezaba a adormecerlo. Seguía desesperado, sin encontrar la forma de soltarse y escapar. Llevaba toda la tarde peleando con la silla y con las cuerdas sin conseguir nada, hasta que, en un momento de desesperación, tras varios movimientos bruscos, logró dejarse caer sobre la hoguera que calentaba aquel lugar. Se quemó las manos, pero también las cuerdas que lo retenían. Después desató las piernas y salió tambaleándose de la casa.

El dolor del abdomen le impedía moverse con la agilidad que necesitaba, y las manos quemadas le dificultaban incluso sujetar el móvil para avisar al cuartel y advertir a Eva Escobar.

—Joder, Belén… me cago en mi puta vida —gruñó Diego al descolgar —. Ese tipo me ha golpeado, atado, secuestrado, amenazado… y apuñalado.

—¿Dónde estás metido? —respondió Rivas, con la voz tensa—. ¿Estás bien?

—No mucho —dijo, jadeante—. Pero necesito que salves a Eva. Va a por ella y nadie me coge el teléfono en esa maldita casa. No te preocupes por mí, tengo el coche y las llaves. Salgo para allá.

—¡Diego, quieto! —ordenó Rivas—. Ya mando refuerzos a su casa. Tengo a Halvorsen llamando a los guardias que la vigilan, y tampoco contestan ni al teléfono ni a la radio.

Moisés se acercó a la patrulla que estaba delante de la casa de Escobar. Observó que ambos guardias estaban dormidos después de tomar un café

que alguien les había llevado. Se agachó, pasó por delante del coche y entró en la finca con la tranquilidad de quien cree hacer algo bueno. La puerta principal estaba abierta, y accedió en absoluto silencio. Vio a los niños pequeños sentados en el sofá con su padre, viendo la televisión. No eran su objetivo.

Subió por las escaleras hasta la planta superior, vacía, y al bajar vio por la ventana a Escobar sentada en un banco con un libro en las manos. Descendió de nuevo con cuidado de no ser visto. Una vez fuera, corrió hasta abalanzarse sobre ella y tirarla al suelo.

Eva vio cómo su agresor se sentaba encima, intentando estrangularla. Pero no hizo el más mínimo amago de defenderse; sus fuerzas se habían quedado en un charco de sangre, flotando sobre un río que cruzaba un monte de chopos. Ya no podía luchar más.

El sargento Piñeiro llegó corriendo justo a tiempo para abalanzarse sobre Moisés, desarmarlo y apartarlo de encima de su compañera. Entre ellos comenzó una pelea intensa que duró varios minutos. Diego se defendía con habilidad, pero la herida y la sangre que perdía lo hicieron caer al suelo durante varios instantes, tiempo que Moisés aprovechó para escapar corriendo por el monte.

Al ponerse de pie, Diego se sintió mareado y con la visión borrosa. Escuchó la voz de Rivas acercándose y, una vez más, actuó sin pensar: salió corriendo tras su agresor. Belén también se lanzó al monte siguiéndolos.

Cuanto más ascendían, más espesa se volvía la niebla, mezclándose con la noche y aislándolos. Solo se escuchaban pisadas sobre la tierra, hojas crujientes y ramas rotas.

—¡Diegooooo, Diegoooo! —gritó Rivas al perderlo de vista.

Las luces de las linternas apenas ayudaban, solo iluminaban figuras confusas entre los árboles, imposibles de distinguir. Diego pudo ver a Núñez al llegar al borde de un precipicio de dos metros. La sensación de no conocer los montes, junto al dolor y la debilidad, lo obligó a detenerse. Decidió esperar a que Belén se acercara para bajar juntos a la casa de Eva e ir al hospital. Desde aquel alto, ya no había nada más que pudiera hacer.

Entonces escuchó unos pasos a su espalda y se dio la vuelta para ver quién era. La voz de Moisés, fría y segura, fue lo último que escuchó:

—Gané.

Un empujón lo lanzó por el barranco, y quedó clavado en unos hierros que alguien había colocado en el camino que pasaba por debajo. Después de eso, Moisés Núñez emprendió una nueva huida, con el ritual ya completado.

Otro año más.

Otro Miércoles de Ceniza.

Otro inocente.

Rivas llegó al borde del precipicio y bajó derrapando, intentando salvar a Diego. Pero ya era demasiado tarde.

—¡Diego, Diego! —gritó desesperada—. ¡Por favor, Diego!

—Corre… por allí… —logró decir él, ahogado por el dolor.

—No te voy a dejar solo, no ahora —sus ojos se llenaban de lágrimas al contemplar la escena dantesca, con sangre por todas partes y un hierro atravesando el estómago de su compañero.

—La suerte dura un suspiro. Neces… necesito que me pro… prometas una co… —sus fuerzas flaqueaban.

—Lo que quieras, pero por favor, tienes que aguantar. Has salido de otras peores —susurró Rivas, abrazándolo.

—No, de est… esta no. Cuid… cuida de mi hij… hijo, de Fat… Fátima, mis pad… padres y de Guill… —sus palabras se apagaban.

—¡Diego! ¡Diego! —trató de despertarlo—. No me puedes hacer esto, no ahora —se echó a llorar sobre él.

Belén cerró los ojos de Diego y se sentó a su lado, esperando la llegada de la ambulancia que ya no hacía falta, del juez de guardia, del coche de la funeraria y de varios de sus hombres. Moisés había vuelto a escapar delante de sus narices, después de asesinar a su mejor amigo, y ella no había podido detenerlo.

Epílogo

Un mes más tarde....

El cuartel seguía totalmente conmocionado. La noticia había trascendido a todos lados, y aún no podían creérselo. Nadie se imaginaba que aquel hombre tan bueno, con un humor especial, siempre dispuesto a ayudar a sus compañeros, capaz de empatizar con las víctimas, de sacar tiempo para estar con quienes lo necesitaban, y el mejor investigador que Pizarros había tenido, no volvería nunca más.

Miguel y Belén no podían dejar de culparse por lo sucedido: él, por no estar pendiente de su compañero y dejarlo solo en aquella aldea; ella, por sentirse impotente mientras él moría delante de ella.

El mayor dolor que podían sentir era ver cómo el caso pasaba a manos de la Comandancia, dejándolos a todos fuera, sin poder presenciar cómo se hacía justicia por Diego. Al enterarse de la noticia, la teniente Rivas no dudó en poner su carrera en riesgo y realizó una última llamada telefónica a alguien que nadie habría imaginado.

—Diego está muerto y su asesino sigue libre. Tiene que pagar por lo que hizo —fueron las palabras que escucharon los demás guardias, conscientes de que aquellas llamadas extraoficiales siempre suponían un riesgo.

El guardia civil en prácticas, Guillermo Halvorsen, seguía preocupando a sus compañeros. Cada mañana que regresaba al cuartel, no podía evitar mirar hacia la taquilla o la mesa de Diego; a veces le parecía verlo dando vueltas por los pasillos, y el olor a tabaco se cruzaba frente a todos, obligándolos a girarse para buscar quién estaba allí. Al volver a su habitación del hotel después de la jornada, en ocasiones lo veía con la misma ropa que había llevado el día de la reunión para escuchar las psicofonías.

Pero lo peor eran las noches. Durante meses soñaba con Adonina, que no dejaba de indicarle los pasos a seguir para poner fin a la estirpe de asesinos que cometían rituales cerca de las casas, siguiendo un círculo en el que nadie moría y que se reencarnaba en el hijo de la pareja que sacrificaba

a la “ofrenda”. Cuando finalmente se logró poner fin a todo aquello, Adonina apareció por última vez para darle las gracias.

Ahora era el turno del sargento Diego Piñeiro de aparecer en los sueños de Guillermo, guiándolo como siempre lo hizo, dándole consejos de amigo y enseñándole cómo continuar con las investigaciones. Guillermo sabía que no sería para siempre; el día que se hiciera justicia por su muerte, Diego desaparecería para descansar en paz.

El cabo Miguel Abascal tenía clara una cosa: cumplir el último deseo de su amigo y compañero, cuidar de Guillermo como si fuese un hermano menor y enseñarle todo lo necesario antes de jurar el cargo, acompañado de él y de Belén. Miguel era el mejor en su terreno, tanto en telecomunicaciones como en investigaciones frente a una pantalla, o cuando se requería precisión de tiro.

Su forma de trabajar siempre había sido distinta a la de Diego: sin salirse del protocolo ni de los reglamentos, pero logrando resultados brillantes sin aparecer ante Asuntos Internos cada pocos años. Lo único que tenía claro era que quería ascender a sargento y ser tan respetado como lo fue Diego Piñeiro hasta su último día. Con él, el mundo había sido un poco mejor.

Por su parte, la sargento Eva Escobar decidió dar un giro de 180 grados, poner tierra de por medio y alejarse del miedo. Se trasladó a trabajar lejos de Galicia y de la villa que la vio crecer junto a toda su familia. Tenerife parecía un buen lugar, lejos de las meigas, brujas, supersticiones y rituales que se llevaban a cabo desde siglos atrás, sin que nadie se atreviera a intervenir. Miedo era la palabra que mejor definía a los vecinos de Antas.

Necesitaba tomar aire para volver a ser ella misma, centrarse en sus hijos y en su marido, y empezar a borrar a Diego de su cabeza. Sabía que sería un proceso largo: olvidar al hombre que entregó su vida para salvar la suya y al hombre del que aún seguía enamorada, a pesar de saber que aquel amor había sido imposible desde el primer día que los presentaron en el cuartel.

La teniente Belén Rivas también fue una víctima de Moisés Núñez. Su vida y su carrera cambiaron bruscamente aquel 21 de febrero, cuando sostuvo la mano de Diego mientras veía cómo la vida se escapaba de su cuerpo, sin poder hacer nada por ayudarlo. Desde entonces, nunca volvió a ser la misma.

Las peleas, discusiones, agresiones a detenidos o presentarse ebria en el cuartel condujeron al cese de su carrera profesional, algo que ya intuía que sucedería. Una excelente teniente, que pese a algún fallo y a métodos de trabajo algo alternativos siempre había sido una gran profesional, reconocida por sus superiores y con varias medallas decorando su uniforme de gala y su despacho. Asuntos Internos ya no podía hacer nada para salvar su carrera; las últimas semanas habían sido un continuo expediente disciplinario, con faltas graves a diario.

Siendo una civil más, y antes de marcharse de aquel maldito agujero, Belén aún tenía asuntos pendientes: hablar con Guillermo y con Fátima, dos de las personas más importantes en la vida de Diego en los últimos años.

Guillermo fue el primero en reunirse con ella en el despacho del cuartel para recibir nuevas lecciones sobre el trabajo, la Jura del Cargo y cómo escoger el mejor destino. Eran consejos que ya había oído del teniente Rafael Bazán en sus primeros días en Pizarros, de Diego, de Eva o de Miguel. Sin embargo, aún le faltaba aprender el más importante: el trabajo nunca debe estar por delante de la familia.

Lo siguiente fue intentar de nuevo hablar con Fátima. En el tanatorio y en el cementerio había sido imposible acercarse a ella; ni siquiera permitía que el personal funerario se aproximara al féretro cuando llegó el momento de introducirlo en el nicho. No era capaz de separarse de él ni de asumir que no lo volvería a ver.

Era injusto.

Totalmente injusto que la vida hiciera coincidir el día en que familia y amigos conocían al bebé con el día y el lugar en que se despedían de Diego para siempre.

Nada servía: ni el reconocimiento heroico, ni las medallas, ni los honores póstumos calmaban la rabia y el dolor que llevaban dentro.

—Buenas tardes, Fátima. Soy Belén, ¿me puedes abrir? —preguntó la teniente desde la puerta.

—¿Qué necesitas? —respondió Fátima al abrir, con ojeras profundas, casi translúcida, como un fantasma que llevaba noches sin dormir.

—Vengo a despedirme. Todo esto terminó con nosotras. Tu marido… —la voz de Belén se quebró—. Cuando estaba allí, me pidió que cuidara de ti y del pequeño.

—¿Has dejado el Cuerpo? —preguntó Fátima, con un hilo de voz—. Diego nunca lo haría, ni te dejaría hacerlo. ¿Quién va a vengar ahora su muerte?

—Me han apartado por una llamada delicada que hice —Belén respiró hondo—. Tengo gente que me debe favores buscando a ese desgraciado; están muy cerca de él.

—Sé que vosotros sois más de leyes y de justicia —contestó Fátima—, pero la justicia es injusta. La cárcel no basta por todo el daño que nos causó ese tipo. No quiero verlo preso y que dentro de veinte años vuelva a estar en la calle. Necesito verlo muerto, que sufra todo lo que sufrió mi marido antes de morir.

—Lo sé. Yo también quiero lo mismo: venganza —Belén rebuscó algo en su bolso.

—Él siempre decía que trabajabas de forma distinta a otros tenientes. Erais parecidos en el fondo, aunque distintos en los métodos.

—Me gustaría que tengas esto. Es la placa de Diego. La tenía guardada en el cajón de mi mesa, pero contigo estará mejor —se la entregó con cuidado.

—Pero… —Fátima la abrió y empezó a llorar, deslizando el dedo sobre la foto de Diego en la esquina inferior derecha—. Trabajo de mierda.

—Hay más cosas suyas en la taquilla y en su mesa —añadió Rivas—. Guillermo Halvorsen quiere traértelas él personalmente; es el guardia en prácticas que trabajaba con tu marido.

—Sí, sé quién es. Estuvo aquí un par de veces. Un buen chico —hizo una larga pausa—. Lástima que en este trabajo de nada vale ser bueno; las medallas sólo te las conceden cuando ya estás muerto.

—Y a los altos cargos… —murmuró Rivas—, por ver cómo mueren sus hombres desde un despacho. Tu marido también recibió alguna medalla en acto de servicio; aunque la última, en Tráfico, casi le costó la vida.

—Y la máxima me la dan a mí ahora —respondió Fátima—. Yo no la quiero para nada…

Rivas se acercó a la pequeña cuna del salón, donde el bebé dormía, y luego miró a Fátima.

—¿Cómo se llama el niño?

—Se llama como su padre —por primera vez apareció una leve sonrisa en su rostro—. Diego Piñeiro. Al final decidí ponerle su nombre y el

apellido primero, aunque no era lo acordado con él. Nació el día 21 de febrero, cerca de las diez de la noche.

—¿De verdad nació a esa hora? —preguntó Rivas, abriendo los ojos con sorpresa—. Fue la hora exacta en la que murió Diego. Yo estuve con él… le sostuve la mano mientras se le iba la vida.

—Lo sé —Fátima apretó los labios—. Me pasé la tarde llamándole desde el hospital. Me dijo que tenía que hacer unas preguntas y que en menos de una hora estaría conmigo. Lo primero que supe, ya después del parto, fue que había muerto alrededor de las diez. Me lo comunicaron mis padres —las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas.

—Vaya… eso sí que es casualidad. Al final va a ser cierta esa creencia de Antas.

—Me habló mucho de ese pueblo —dijo Fátima mientras el bebé empezaba a llorar. Lo tomó en brazos con gesto automático, como quien repite un movimiento aprendido a base de cansancio—. Tenía sentimientos encontrados con lo que ocurre allí el Miércoles de Ceniza. Me contó que las parejas sacrificaban a los padres, o a algún vecino que se ofreciera voluntario, ante un menhir. Bebían su sangre y así, decían, podían concebir un hijo que sería la reencarnación del muerto.

—Una historia de las que solo se creen en esos pueblos —susurró Rivas.

—He estado semanas dándole vueltas —continuó Fátima—. Mientras mi marido se moría en ese monte "mágico", nació mi hijo. Por eso le puse su nombre. ¿Cómo era aquello que dicen allí? Que el hombre muere para que, a la vez, vuelva a nacer la vida.

—Al final esos rituales tendrán algo de verdad —respondió Belén—. Ya sabes: la historia se convierte en leyenda, y la leyenda en mito. Nunca sabremos qué hay de cierto. Lo que sí sé es que me comprometí con Diego a cuidarte. Para lo que necesites, llámame. Estaré cerca.

—Gracias —dijo Fátima, acunando al pequeño Diego—. Gracias por venir, por aguantarnos estos meses… por todo lo que hiciste por nosotros. Pero tengo que pedirte una última cosa.

—Dime —respondió Rivas, girándose hacia ella.

—Cuando tengáis delante a ese desgraciado… a Moisés. Que sufra todo lo posible.

Belén sostuvo su mirada unos segundos, largos y pesados.

—Dalo por hecho. Ahora tengo que irme. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que haga falta.

"El hombre muere para que a la vez vuelva a nacer la vida".
Nunca nadie sabrá lo que hay detrás de cada ritual.
Ni lo que pudo o puede significar.

Curiosidades I

En su primer caso real, Guillermo Halvorsen se enfrenta a una serie de crímenes marcados por fechas y rituales tan antiguos como letales.

El primer caso nunca es el último.

El nombre de la parroquia de Santa Eulalia de Antas es ficticio, al igual que el lugar donde se ubica el cuartel, Pizarros, en la provincia de Lugo.

Las oficinas del Servicio de Asuntos Internos de la Guardia Civil tampoco se encuentran en las calles del casco histórico de Santiago de Compostela, sino en Madrid. Sin embargo, las plazas mencionadas en la novela sí son reales, al igual que las tiendas de souvenirs.

Curiosidades II

Los nombres que aparecen en la novela —Eveltina, Abelardo, Adonina y Lealdina— son reales. No son actuales, pero sí existen o existieron.

Llevo años recopilando nombres curiosos a partir de las esquelas de Galicia, y en tres años ya he reunido 112. El último fue ‘Hilarina’.

Biografía de la autora

Cao Moreira, seudónimo que combina los apellidos de sus abuelos paternos, grandes figuras en su vida, vive en Pontevedra y es técnica superior en Administración y Finanzas. Ha trabajado en varias empresas, la mayoría cercanas a la muerte, experiencia que le permitió observar la vida y la muerte desde una perspectiva única, y que ha influido en su interés por las historias humanas y los secretos que cada persona esconde.

Apasionada por la lectura y los viajes, disfruta explorando lugares con historia y leyendas, buscando siempre inspiración para sus relatos. Escribir, para ella, es la manera de vaciar la mente antes de continuar con su rutina diaria de deporte y preparando las oposiciones.

Su seudónimo en redes sociales es **@c.moreira20**, donde comparte sus descubrimientos literarios y reflexiones sobre la vida, la escritura y los misterios que le rodean.

NOTAS

Notas

[←1]
Es una forma de turismo que consiste en visitar lugares relacionados con la muerte, como cementerios, necrópolis, tumbas, panteones, criptas y catacumbas.

[←2]
Eso fue El Chopo.

[←3]

—¿No saben quién es? Pues mal vais entonces —respondió ella.

[←4]

—Internet no sabe nada, ni lo va a saber. ¿Sabéis cuántos vecinos vivimos aquí? Nuestras noticias no salen más allá de dos ayuntamientos. Pero esto es distinto: se hizo famoso porque su hijo tiene dinero y medios para que la noticia llegase más lejos que nuestro pueblo.

[←5]

—¿Libros de dónde? ¿De Madrid? ¿O de Noruega? —la mujer soltó una risa grave y, sorprendentemente ágil, se incorporó y empezó a alejarse—. Os están engañando y no os dais cuenta. Todos os mienten.

[←6]

Compostora: En Galicia, puede referirse a una mujer que prepara remedios caseros o que “compone” dolencias físicas o espirituales. Es una figura tradicional, cercana a la curandeira, con saberes populares transmitidos oralmente.

[←7]

Menciñeira: Es la forma gallega de curandera. Mujer que cura con plantas, rituales, o conocimientos ancestrales. En muchos pueblos, la menciñeira era la primera opción antes de acudir al médico.

[←8]

En muchas aldeas de principios del siglo XX, el veterinario era llamado para atender tanto a animales como a humanos, debido a la escasez de médicos y la proximidad de los albéitares.

[←9]
En Galicia se dice que la menor de siete hermanas nace con poderes de meiga.

[←10]

En Indonesia, el pueblo Toraja de Sulawesi practica el ritual ancestral llamado Ma’nene, en el que cada tres años desentierran a sus muertos, los limpian y los visten con ropas nuevas para honrar su memoria y reafirmar el vínculo con los antepasados**.**

[←11]

El Entroido es el carnaval tradicional de Galicia, una fiesta popular con raíces paganas y cristianas, caracterizada por disfraces, máscaras, sátira y gastronomía, que se celebra en los días previos a la Cuaresma.

[←12]

El Antroidu (también llamado Antroxu, Antroiru o Antrueyu) es el nombre en asturiano para el carnaval, celebrado en los días previos al Miércoles de Ceniza. Es la versión asturiana del Entroido gallego, con sus propias variantes locales y rituales.

[←13]

El Antroxu es el nombre más extendido en Asturias para el carnaval, equivalente al Antroidu o Antrueyu, y comparte raíz con el gallego Entroido.

[←14]

(En inglés: “gato copión”), se usa para describir a alguien que imita a otra persona, especialmente en acciones, estilo o crímenes.